MÓNICA GARCÍA
PERFECTA SINCRONÍA
BILOGÍA BAILE 2
Selecta

Perfecta sincronía

BILOGÍA

Baile 2

Mónica García

Selecta

A todos los que creen en mí y a los que les gusta soñar. Nunca dejéis de hacerlo. Los sueños son el motor del alma.

Prólogo

Hannah Brown Studio, Portland

Hacía un día horrible en Portland. Llovía a mares y el viento helador le calaba a uno hasta los huesos. La calle estaba desértica debido al mal tiempo, pero, a pesar del clima tan horrible, un coche se acercaba sin miedo alguno por la carretera para dirigirse al *Hannah Brown Studio,* una de las escuelas de baile más prestigiosas del país. Muchos bailarines ansiaban formar parte de su compañía y solo unos pocos contaban con el privilegio de estudiar allí.

El parking estaba medio vacío, encharcado. El conductor estacionó y del vehículo se bajaron una niña y su padre. La pequeña iba dando saltos a pesar de que el hombre que la acompañaba le pedía que se relajara. Pero la niña no podía parar. Le gustaban mucho aquellas horas que pasaba en el estudio, más la primera de ellas, en donde su profesora favorita, Madison Moon, le daba clases de manera experta. Aquella muchacha de diecisiete años se había convertido en el modelo a seguir de la niña y de mayor quería ser tan buena como su maestra.

—Vamos, papá. No quiero llegar tarde.

La pequeña estaba impaciente por entrar. Aquel estudio de baile era su refugio y su lugar favorito de todos. Le gustaba pasar horas allí metida y aprender cosas nuevas con sus amigas.

—Hayley, cariño, no tengas prisa. Hace un día malísimo. Ve con cuidado, a ver si te vas a resbalar.

Pero ella no hacía caso de las palabras de su padre. Solo quería llegar cuanto antes. Pronto los dos cruzaron las grandes e imponentes puertas del estudio de

baile de Hannah Brown, una eminencia de la danza. En sus años jóvenes, había sido una de las grandes bailarinas de su promoción y pronto encontró su pasión por la enseñanza a las nuevas generaciones. Su propiedad era tan grande y sus clases de tanta calidad que muchos bailarines aspiraban y soñaban con que ella fuera su maestra.

Ya en la entrada, Sophie, la agradable recepcionista, los saludó con su característica sonrisa.

—Buenas tardes, Hayley. ¿Lista para darlo todo en el ensayo?

—¡Sí! Tengo ganas de que Maddie vea mi solo —soltó ella con mucho orgullo. Había estado ensayando en casa para que su profesora estuviera contenta.

Sophie, desde el otro lado de su mesa, le dedicó una amplia sonrisa.

—Estoy segurísima de que a ella le encantará. Trabajas mucho. Ya sabes que este fin de semana os enfrentáis al *Great Dance Studio.*

La pequeña hizo una mueca.

—No me lo recuerdes. Esas niñas son muy buenas y yo no lo soy tanto.

Ahora fue su padre quien intervino. Le lanzó una mirada de orgullo y le dijo unas palabras que calaron muy hondo en la pequeña:

—Hayley, eres tan buena como ellas. ¿Tengo que recordarte que en tu primer concurso quedaste tercera? Tienes talento, pequeño monstruo. —La cogió en brazos y frotó su nariz con la suya—. Pero ¿sabes qué es más importante que el talento?

La niña negó con la cabeza.

—No, ¿qué es?

Su padre le revolvió el pelo.

—Que te lo pases bien y que te guste lo que haces. Eso es lo fundamental.

La niña infló los mofletes.

—¡Pero yo ya me lo paso bien! —se quejó ella—. También quiero ganar, me gusta. Me gusta todo: ensayar, bailar y subirme a un escenario. Me siento una estrella.

—Ya eres una estrella, cielo.

—Quiero ser buena, papá —le dijo su hija como si fuera tonto—. Para serlo, necesito practicar mucho.

Su padre soltó un suspiro.

—¿Desde cuándo te has hecho tan mayor?

La niña soltó una pequeña risita. Antes de que su padre pudiera añadir algo más, ya estaba corriendo en dirección a los vestuarios. Acababa de ver a Mia, una de sus compañeras de equipo, con la que se llevaba muy bien. Mientras su padre

se iba a la sala en la que podía ver cómo su hija ensayaba, la niña entró a los vestuarios dando saltitos.

—Nunca adivinarías lo que he visto —le dijo esta. Los ojos de Hayley se llenaron de curiosidad.

—¿Qué? ¿Qué has visto? ¿Un unicornio? ¿Un hada? Por favor, cuéntamelo. ¿Qué es?

Mia reía al ver lo desesperada que estaba su compañera.

—He visto a Maddie acompañada de un niño. ¿Podría ser nuestro nuevo compañero?

Hayley se llevó la mano a la barbilla, pensativa.

—Puede ser.

Se empezó a cambiar de ropa. Aquellas medias tan monas que llevaba con forma de tela de araña plateada no le servirían de nada en el ensayo, menos el vestido tan bonito y que tanto le gustaba que su madre le había preparado aquella mañana. Cuando terminó de ponerse aquella ropa tan brillante que su hermano mayor le había regalado por su cumpleaños, Mia la ayudó a hacerse un moño para que el pelo tan largo que tenía no le molestase en el ensayo.

Las demás niñas de su grupo fueron llegando a medida que el tiempo avanzaba y pronto estuvieron ya todas listas y con ganas de iniciar la semana de ensayos. Ninguna se esperaba la sorpresa con la que se iban a encontrar cuando cruzaron la puerta que las llevaba al salón de baile. Y es que no estaba solo Maddie en la estancia, sino que la directora del estudio, Hannah Brown, y un niño unos años mayor que Hayley también estaban allí.

—Buenos días, niñas —las saludó tan alegre como siempre su instructora. Todas las alumnas la saludaron con un tímido «Hola»—. Como veis, tenemos un nuevo integrante en el grupo. Chicas, él es Kevin Graham y se acaba de incorporar al estudio.

El pequeño de diez años se acercó a ellas con paso temeroso. Estaba muy contento de que se le dejara bailar y de que, además, le brindaran la oportunidad de formar parte de un equipo de competición. ¿En qué momento su vida había pasado de ser una auténtica agonía a un paraíso? ¿Sería aquello parte de un sueño, de un delirio, quizás?

—Encantado de conoceros —les dijo él. En sus labios se formó una gran sonrisa.

Las niñas en seguida lo aceptaron en el grupo y mientras Hannah y Maddie intercambiaban un par de palabras, sus nuevas compañeras aprovecharon para bombardearlo a preguntas. «¿Dónde vives?», «¿Eres bueno?», «¿Qué estilo de

baile es tu favorito?» y demás preguntas que soltaron y que el niño respondió.

Kevin estaba entusiasmado con la idea de formar parte de un equipo de danza. Siempre le había interesado bailar, desde que su madre le enseñara cuando él era muy pequeño. Ella había sido una gran bailarina en su época. Pensar en ella siempre le entristecía. La echaba mucho de menos, a ella y a su padre. Los dos habían sido los mejores padres que le habían podido tocar y si bien él los había perdido cuando era solo un crío, no había día que no pensara en ellos.

La clase comenzó. Maddie fue muy estricta, algo que al pequeño de diez años le sorprendió. No era tan dura cuando estaban en casa. Parecía que en ella habitaban dos personalidades, una jovial y amable y otra mucho más rígida. Le gustó, le gustaba su nueva profesora.

Con esos pensamientos en mente, el niño empezó a ejecutar los ejercicios que su maestra le pedía. Pronto, la hora de Maddie pasó y fue mucho más sorprendente para él que otra maestra la sustituyera. Él pensaba que ella se quedaría con ellos toda la tarde. Cuando se lo comentó a sus compañeras, una de ellas le explicó:

—Maddie es una de las mejores bailarinas del estudio de Hannah. Ella nos da clase de cuatro a cinco y, después, nos la da Gwendolyn. Ella es muy maja y menos estricta que Maddie, aunque yo prefiero la caña que nos mete Madison.

—Ella es la actual campeona nacional —añadió Hayley. Sus ojos brillaban de admiración—. Ojalá algún día sea tan buena como ella. Tienes que verla bailar. Es superincreíble.

—¡Hala!

Kevin estaba asombrado. ¿De verdad su nueva hermana era tan buena en el baile? Le había dejado con la boca abierta el saber que ella se dedicaba a la danza desde pequeña, más ahora saber que era tan buena que estaba cualificada para darles clase. «Es alucinante», pensó el pequeño.

Ya cuando apenas quedaban diez minutos de clase, Gwendolyn les dejó aquel tiempo para que improvisaran y fue allí donde Kevin bailó tan bien que la pequeña Hayley se quedó totalmente embobada. Lo miró bailar y bailar, hacer aquellas piruetas. «Es muy bueno», fue lo que pensó ella. Parecía que volaba.

En un momento dado, Kevin dejó de bailar y la miró. Llevaba un rato sintiéndose observado y, cuando pilló a aquella niña rubia mirándolo con esos ojos tan bonitos puestos en él, no pudo evitar echarle un vistazo también. Hayley era una niña preciosa y muy talentosa. Él se había fijado en lo bien que bailaba para solo tener seis años.

Le dedicó una sonrisa y le tendió la mano.

—¿Bailamos juntos?

Hayley le tomó la mano con el corazón bombeándole con fuerza. La niña no lo supo hasta pasados unos años, pero en aquel instante Kevin se había ganado un pedacito de su corazón.

Los pequeños bailaron juntos entre risas y bromas, siguiendo el ritmo de la música.

Ese fue el principio de su historia.

Capítulo 1

N*ueva York, unos años después*

Hayley

Me apasionaba bailar. Mamá decía que yo estaba destinada a ello. Desde pequeña siempre había mostrado un gran interés por la danza. Según ella, cuando en la televisión emitían algún programa sobre ello, me ponía a imitar a los bailarines en el salón. Quizás fue por eso por lo que mis padres decidieron apuntarme. Fue la mejor decisión que tomaron en su vida. No había día que no practicara. Para mí era tan esencial como respirar.

Con los años había asistido a conferencias, a *masterclass,* a campamentos y a cursillos de verano y demás sinfines de cursos que me habían ayudado a perfeccionar mi técnica y a convertirme en lo que era en aquel momento, una bailarina con un sueño por cumplir: poder dedicarme a ello.

Por desgracia, los años de experiencia me habían enseñado que era un oficio duro y difícil de lograr. Puede que por eso tras el instituto hubiera decidido estudiar en la Universidad de Catrine mi plan B: Periodismo y Comunicación Audiovisual. Me gustaba, para qué mentiros, pero no era a lo que querría

dedicarme el resto de mi vida. Me gustaría que mi futuro girara en torno al baile.

Estaba cursando el primer año de carrera y, si bien estaba muy contenta y me gustaba, en muchas ocasiones había tenido que perderme horas de ensayo debido a los trabajos que los profesores nos mandaban hacer en grupo. Era una carrera bastante exigente y atractiva. Las asignaturas y talleres eran muy interesantes, pero algunos profesores hacían que la teoría fuera muy pesada y aburrida, cuando la realidad era otra muy diferente.

El ambiente universitario era muy distinto al del instituto. Había estudiado toda mi vida en Portland, en el instituto al que fueron todos mis hermanos, pero incluso antes de acabarlo ya tenía mis ojos puestos en Nueva York. Había una academia de baile muy buena allí y, tras insistir mucho a mis padres, ellos decidieron que lo mejor para mí era que hiciera la prueba de acceso de dicho estudio. El día que me convocaron estaba de los nervios; sentía que toda mi carrera como bailarina se resumía en solo dos minutos y juro por Dios que di lo mejor de mí misma. Bailé como mejor sabía, con el corazón. Muy en el fondo pensaba que no estaba a la altura (mis años de competiciones se habían quedado atrás tras una lesión) y por eso me sorprendió tanto que me aceptaran.

El siguiente paso fue buscar una universidad que tuviera el grado que quería hacer y que estuviera medianamente cerca del estudio. Tras revisar un sinfín de propagandas dimos con la UC, mejor conocida como Universidad de Catrine, y en el mismo instante en el que mis ojos se posaron en su programa, me cautivó. Era todo lo que yo buscaba. Tenía el grado que tanto me interesaba y las instalaciones eran muy buenas. La matrícula no era tan cara para estar ubicada en Nueva York y ofrecía como añadido un servicio de residencia.

El cambio de aires me vino de perlas; lo necesitaba de verdad. El ambiente universitario era tan novedoso y adictivo para mí que todos los días iba contenta a clase. Aquel día no fue para menos. Llegué al aula antes que nadie y me situé en una de las mesas del fondo. No me gustaba mucho destacar y ser el centro de atención en clase. Hablar en público no era lo mío.

Me acomodé y esperé pacientemente a que el señor Miller, el profesor de periodismo social, llegara. Poco a poco el aula se fue llenando de gente. Unos minutos antes de que dieran las nueve, Michaela se sentó a mi lado.

—Dios, casi no llego —jadeó.

Parecía que había corrido una maratón. Tenía su pelo rubio ceniza desordenado y la respiración entrecortada. Torcí el morro. La puntualidad no era una de sus virtudes. Estaba convencida de que si no fuera porque los profesores la habían amenazado con suspenderla, llegaría tarde cuatro de los cinco días lectivos.

—¿Otra vez te has quedado dormida? —adiviné.

Ella se hizo la ofendida.

—¡No es mi culpa que las clases empiecen tan pronto!

Puse los ojos en blanco.

—El horario es mucho mejor que el del instituto.

—Ya, pero aun así...

Dejé que parloteara sobre por qué deberían ser más considerados con aquellos estudiantes que también trabajaban a la par que estudiaban. Ella hacía los turnos de tarde en una pintoresca cafetería muy cercana al campus. Iba de cinco y media a diez y media de la noche. En varias ocasiones la había sorprendido con alguna visita cuando volvía del estudio. Me sentaba en una mesa, pedía algo para cenar y esperaba a que su turno terminara para volver juntas a la residencia.

Me gustaría decir que yo también trabajaba, pero no de esa manera. Pasaba las tardes en el estudio de baile ensayando y aprendiendo nuevos ejercicios o perfeccionando la técnica. De vez en cuando mis amigas del estudio y yo organizábamos un espectáculo cuya entrada costaba un pequeño precio.

Mi amiga dejó de hablar en cuanto el señor Miller, un hombre apasionado por el periodismo pero que odiaba a los adolescentes y jóvenes hormonados, entró en el aula. Saqué los apuntes de la mochila junto a un pequeño estuche y la agenda.

Las dos horas de clases se pasaron entre apuntes y algún ejercicio práctico. Por lo general, aquella era una asignatura que me encantaba. Se nos enseñaban técnicas muy buenas para tratar con la sociedad. Al fin y al cabo, un periodista siempre estaría de cara al público. Yo me veía más trabajando en una revista independiente o, en su defecto, en alguna relacionada con el baile. Recuerdo que en mis años de instituto leía una muy conocida en el mundillo de la danza, en la que llegué a salir más de una vez. Sería un puntazo poder formar parte de su equipo.

Lo sé, soñar es gratis.

Durante el descanso de media hora, Michaela y yo estuvimos cotilleando sobre la nueva parejita que se había formado en nuestra clase. Éramos más de setenta alumnos y era normal que cosas como esas llegasen a pasar. En ese caso, yo estaba muy contenta por ellos, pues opinaba que hacían muy buena pareja. No como la que hacían Presley Derrick y Jules Donaldson, los más populares de la clase. Esos dos se podían estar comiendo los morros en pleno pasillo que uno casi podía escuchar a kilómetros de distancia cómo Jules le aspiraba el alma a Presley o viceversa. Eran repugnantes.

Presley estaba dentro del grupo que yo denominaba *Las divinas*. Siempre iban a la moda, maquilladas como si fuesen a salir de fiesta tras la universidad. Riley Fleming y Lupe Reyes también pertenecían a ese grupo. Las tres formaban un trío macabro. Eran los seres más malévolos que había conocido en la vida. Lo peor de todo era que las tres, aparte de ser guapas y estilosas, también eran muy inteligentes.

Jules, por otro lado, pertenecía al grupo de los chicos guais. Se hacía el gracioso y el bromista con todos, quería caerle bien a todo el mundo. Llevaba estudiando con él lo suficiente como para saber lo cruel que podía llegar a ser. Siempre estaba rodeado de sus amigos y cada vez que el profesor decía algo inapropiado se reían como unos niños pequeños. Eran demasiado infantiles. No entendía por qué muchas chicas estaban detrás de ellos cuando estaba claro que su coeficiente intelectual no era superior al de una tortuga.

—Son tan monos. Me alegro mucho por ellos. —Michaela sonreía mostrando su blanca dentadura. Sus ojos verdes brillaban con fuerza.

—Espero que lo suyo dure. Me parecería una pena que su amistad se rompiera en mil pedazos si la relación no llega a funcionar.

Mi amiga me dio un manotazo.

—¡No seas gafe!

Reí.

Le di un bocado a mi barrita energética y, mientras masticaba, seguí escuchándola fantasear.

—¿Sabes? Ojalá algún día encontrara el amor.

Esbocé una sonrisa de lado. Ya estábamos de nuevo con lo mismo. Michaela siempre había soñado con el famoso príncipe azul y todas esas chorradas. Yo no creía en ello, ni en el amor. No me sentía preparada para mantener una relación, más ahora que estaba centrada tanto en mis estudios como en el baile. No necesitaba que nada ni nadie me distrajera. Puede que por eso Jules y sus amigos me habían apodado *La reina del hielo*.

Torcí el gesto. Alejando esos pensamientos de mí, empecé a caminar hacia el aula trescientos veintitrés, en donde se impartía mi siguiente asignatura. Michaela me siguió mientras hablaba y hablaba sobre lo mucho que le gustaba la asignatura.

Puse los ojos en blanco. Era única en su especie.

La clase de «El reportaje en su profundidad» era una de las asignaturas más difíciles con las que me había encontrado hasta ese momento en la universidad. Cogí los apuntes sin apenas apartar la mirada de la hoja mientras la señora Bennet parloteaba durante otras dos horas sobre la historia del periodismo, desde

cómo poco a poco se fue insertando en la sociedad a través del tiempo. Cuando aquella hora pesada por fin terminó, solté el bolígrafo y giré mi muñeca derecha. Hice una leve mueca de dolor al escucharla crujir debido a las tantas páginas que había llenado de apuntes.

Por suerte para mí, aquella era mi última clase del día. Tenía una hora libre antes de reunirme con mis amigos en la cafetería de la facultad. Mientras recogía mis cosas, charlé animadamente con Michaela. Me despedí cuando llegué a la biblioteca. Necesitaba poner orden a mis apuntes. Si no lo hacía ya, era muy probable que no entendiera lo que había redactado a todo correr.

Estuve un buen rato sumida en aquella tarea. A ver, no os dejéis engañar. No era, ni a lo sumo, tan aplicada como lo era mi mellizo Andrew. Él sí que era un empollón. Recuerdo que en la graduación dio el discurso de cierre por haber obtenido la mejor nota de toda la promoción. A mí me costaba. No es que no estudiara, me costaba concentrarme. Es más, con el tiempo había descubierto que se me daba mejor si estudiaba en movimiento, bien dando paseos por mi habitación bien haciendo mis ejercicios de estiramiento o cualquier otra cosa que requiriera que me moviera.

A veces era una mierda ser tan movida y me costaba horrores mantenerme quieta en clase cuando lo que necesitaba era dar un paseo o simplemente cambiarme de sitio porque me lo pedía el cuerpo. Al principio los profesores (incluso el psiquiatra al que fui con diez años) creían que tenía un Trastorno de Déficit de Atención con Hiperactividad. En clase no daba un palo al agua, pero lo curioso era que después, en mis clases de baile, era capaz de aprenderme la coreografía en un solo día. Por eso, la idea tonta del TDAH fue descartada en mi caso y en el momento en el que supe que si hacía mis ejercicios de baile al mismo tiempo que aprendía las derivadas, por ejemplo, me era mucho más sencillo.

Conseguí que mis apuntes quedaran limpios y entendibles en cuarenta y cinco minutos. De vez en cuando movía la pierna o me levantaba con la excusa de buscar un libro en un estante, cosa que no necesitaba para nada. Solo necesitaba moverme para mantener mi mente activa.

Una vez terminado el trabajo, me estiré y guardé todo en la mochila. Si me daba prisa, podría conseguir una mesa con vistas al exterior. Salí de aquel pequeño oasis de silencio sin apenas fijarme. Puede que por eso no me diera cuenta de que había un alma perdida por los pasillos que deambulaba tan despistada como yo.

De pronto, sentí cómo me daba de frente contra alguien que del impacto cayó al suelo. Los papeles que el chico llevaba en las manos se esparcieron por las baldosas. Al mismo tiempo que se frotaba el brazo adolorido soltó un «¡Ay!».

—Lo siento, lo siento, lo siento —solté de corrillo—. Ando súper despistada últimamente. Debía haber mirado por donde iba. Yo...

Me agaché y lo ayudé a recoger sus cosas. Me sentía tan mal por haberlo tirado al suelo.

—Gracias. —Su voz era tan varonil que al instante se me erizaron los pelos de la nuca.

Esbocé una sonrisa lanzándole una mirada de culpabilidad.

—Te la debía por lo que ha pasado.

El chico era muy guapo. Tenía los ojos del mismo color que el chocolate, grandes, cubiertos de espesas pestañas. El pelo rubio lo llevaba en un peinado que daba un aire a despeinado, tan característico de los hombres de hoy en día. Era espeso y tenía las puntas ligeramente rizadas. De mandíbula cuadrada, su rostro era tan perfecto y él era tan guapo... Esa sonrisa que me dedicó era tan atractiva…

Pero muy en el fondo unas alarmas se activaron. Lo conocía de algo, pero ¿de qué? Había algo familiar en sus hermosas facciones.

Me había quedado sin habla, como si me hubiesen comido la lengua. A él pareció divertirle mi mutismo repentino, porque aquella sonrisa se tornó pícara. Cuando salí de aquel estado de atontamiento, enarqué una ceja que hizo que él soltara una carcajada.

Se puso en pie y, tras ayudarme, extendió una mano en mi dirección.

—Encantado. ¿Con quién he tenido el gusto de chocar?

Lo miré recelosa. Estaba segura de que lo conocía.

Al final, solté un pequeño suspiro y le estreché la mano.

—Soy Hayley Woods.

Su rostro pasó por un sinfín de emociones hasta llegar a la perplejidad. Lo miré con alarmas puestas. En mi interior una vocecita gritaba un «¡Corre!».

—No puede ser. ¿Eres Hayley, Hayley Woods?

Elevé la ceja izquierda con aire inquisitivo.

—Sí, la misma que viste y calza.

Él soltó una pequeña carcajada. ¿Qué narices estaba pasando? Mi cara debía de ser todo un poema de emociones. Joder.

—¿No sabes quién soy? ¿No te acuerdas de mí?

Lo miré. Era demasiado guapo y atractivo como para olvidarme de él. Mas había algo que me resultaba tan familiar. Pero no sabía de qué lo podía conocer.

Negué con la cabeza.

—Soy Kevin, Kevin Graham. Fuimos juntos a clases de baile.

Y fue allí cuando mi mundo se detuvo. Porque delante de mis narices tenía a

mi primer amor, al amor de mi infancia.

Mierda.

Capítulo 2

Kevin

Quién me iba a decir que en mi primer día de universidad iba a encontrarme con Hayley, aquella niña rubia que siempre llevaba trenzas o dos moños a los lados en los ensayos. Estaba muy guapa y los años la habían mejorado. En su rostro no había rastro de rasgos infantiles. Sus pómulos perfilados, esa boca de un color rojo cereza, su nariz recta, su piel pálida ligeramente ruborizada y aquellos ojazos azules como el mar que tenía…

Me hizo gracia que se quedara tan callada y que me diera un ligero repaso con descaro. No había cambiado nada.

—Vaya, qué sorpresa —articuló cuando salió de aquel estado de asombro en el que se había sumido.

Sonreí.

Sí que era una sorpresa, pero de las buenas.

—Estás… —Le di un repaso con la mirada. Llevaba un pantalón ajustado de color gris y una blusa blanca de manga larga. Su pelo estaba suelto y caía en cascada por sus hombros. Una pequeña huella de maquillaje cubría su rostro—, bien.

Ella se destensó. Parecía que se relajaba.

—Hacía años que no te veía —comentó como quien no quiere la cosa—, desde que empezaste el instituto, si mal no recuerdo.

Tenía razón. Cuando Maddie acabó la carrera de magisterio, decidió que

quería tomarse un año para probar suerte en Nueva York. Así que en cuanto acabé la escuela primaria, mamá decidió que lo bueno sería que los tres nos mudáramos allí, puesto que se negaba a estar de nuevo separada de su sobrina. Yo tenía catorce años y, si bien al principio me pareció una putada dejar a mis amigos y compañeros de estudio, con el tiempo me di cuenta de que aquello había sido para bien. En la gran ciudad había hecho grandes amigos, como lo era Derek, mi mejor amigo. Es cierto que nuestra amistad no empezó con buen pie, puesto que él se creía el rey y dueño del instituto, pero con el tiempo, y tras una pelea, logramos congeniar.

Llevaba sin verla casi diez años. Habían pasado muchas cosas durante ese tiempo; como, por ejemplo, mi paso por un programa sobre baile o aquella vez que quedé campeón en una competición muy difícil de baile. Gracias a Maddie, me había animado a asistir a *castings* y audiciones y, si bien en la gran mayoría se me había rechazado, no me rendiría tan fácilmente. Sabía desde el comienzo que el mundillo de la danza profesional era muy duro.

—Ya sabes que Maddie es imparable. Su sueño siempre fue ser parte de Broadway. Fue lógico que nos mudáramos en cuanto tuvo la oportunidad de hacerlo.

Hayley esbozó una gran sonrisa. Sus ojos brillaban de admiración. Seguía sin cambiar. Según me contó mi hermana, Hayley siempre fue una gran admiradora suya, incluso cuando, debido a la universidad, tuvo que dejar de darles clase. Recuerdo la de veces que, siendo ella una niña, intentaba imitarla.

—¿Cómo está? Lo último que sé es que la han elegido para ser la protagonista de una obra de Broadway. Eric me lo ha contado.

Claro, olvidaba que ella era la hermana pequeña de Eric Woods.

—Está muy feliz, aunque se siente presionada por todo. Ya sabes lo perfeccionista que es. Entre los ensayos y cuidar de la pequeña Clara se le va todo su tiempo.

—Eric me envió una foto de la pequeña y es idéntica a su madre.

Chasqueé la lengua.

—Pues yo le veo más parecido con su padre. Aunque aún es muy pequeña. Tiene casi dos años.

—Estoy deseando poder verla de nuevo. Hace como un mes que no me paso por su casa. —Parecía que sus ojos se nublaban de tristeza—. Entre la universidad y los ensayos, no me da el tiempo para mucho.

Así que la pequeña Hayley seguía bailando. Era muy interesante saberlo. Me pregunté si seguiría siendo tan buena como antes. Recordaba que Gwendolyn nos había puesto de pareja de baile desde que ella tenía nueve años. Creció bastante

el verano previo a aquella temporada y su gran técnica nos llevó a ganar uno de los concursos más prestigiosos del país.

Iba a preguntarle más acerca de la danza, pero un estudiante pasó a toda prisa y me tiró los papeles que llevaba en la mano. Mascullé una maldición y los recogí del suelo. De pronto, aquella burbuja en la que parecía que nos habíamos sumido reventó, llevándonos de nuevo a la realidad. Ella pareció darse cuenta de que estaba más perdido que un pulpo en un garaje.

—¿Estabas buscando algo en concreto cuando he chocado contigo?

Miré mis papeles unos momentos antes de volver a mirarla a ella.

—Sí. Soy demasiado despistado y me he perdido. Estoy buscando la secretaría general. Tengo que rellenar unos papeles antes de incorporarme a este curso. Me he trasladado desde otra universidad y necesito que todo esté en regla.

Hayley se ajustó las tiras la mochila.

—Te acompaño. —Empezó a caminar y, al ver que no la seguía, se volvió para lanzarme una mirada que lo decía todo. En cuanto vio que la seguía, volvió a ponerse en marcha—. En realidad, te entiendo. Me pasó lo mismo el primer día de clase. Me perdí y acabé en el edificio de ingeniería. —Soltó una risita, como si recordara aquel momento—. Fue muy embarazoso y me habría gustado contar con la ayuda de quien fuera. Por suerte, tras preguntar a varios chicos, conseguí llegar a mi destino.

En todo lo que duró el paseo hasta la secretaría (os juro que aquel edificio era peor que un laberinto; habíamos subido y bajado escaleras, torcido a la derecha y a la izquierda varias veces) no dejó de hablar, una característica que recordaba claramente de ella. Siempre hablaba de más cuando se ponía nerviosa, o simplemente por todo.

Pasada una eternidad (para mí lo fue), llegamos a un patio cubierto bastante amplio. En el centro había bancos y del techo de cristal se filtraba la luz del día. Había alguna que otra planta desperdigada por aquí y allá. Era bastante bonito. Recorrimos aquel patio a lo ancho hasta dar con una puerta. En la pared había un letrero azul que decía «Secretaría general». Estaba casi en la entrada del edificio. ¿Cómo no me había dado cuenta antes de ello?

—Aquí es —se limitó a decir Hayley. Empezó a jugar de manera nerviosa con un mechón de pelo.

—¡Gracias! Sin ti seguramente no habría llegado.

Y era cierto. No sé en qué momento había acabado en el tercer piso del edificio. Os lo juro, era un puto laberinto.

Ella se encogió de hombros.

—No ha sido nada. Además, me pillaba de camino. —Comprobó la hora en

su reloj de pulsera y abrió los ojos como platos—. ¡Joder! Llego tarde. Tengo que irme. He quedado con mis amigos para el almuerzo. —Se acercó a mí y posó una mano en mi hombro. Esbozó una sonrisa radiante y contagiosa—. Ha sido un gusto volver a verte. A ver si coincidimos por aquí de vez en cuando.

La imité.

—Te tomo la palabra. Deja que te invite un día a un café como agradecimiento.

Ella se llevó la mano a la barbilla e hizo como si lo pensara.

—Está bien. —Hizo un gesto con la mano—. Hablamos.

Pero yo la retuve.

—Espera, no tengo forma de contactarte.

Hayley miró nuestras manos entrelazadas durante unos segundos antes de clavarme la mirada. Como si se diera cuenta de ello, sacó su teléfono y me lo pasó. Yo hice lo mismo. Le anoté mi número junto a mi correo electrónico (quién sabe si algún día lo necesitaría). Cuando nos devolvimos los aparatos electrónicos, se alejó unos pasos. Parecía realmente apurada.

—Lo siento. Debo irme. ¡Nos vemos!

Y antes de que pudiera añadir algo más se perdió entre los pasillos laberínticos de la universidad. No sé cuánto tiempo estuve mirando el lugar por el que se había marchado, pero cuando volví a la realidad fui consciente de que se me había tatuado en los labios una sonrisa de lo más estúpida.

Suspirando, entré en la estancia para realizar todo el papeleo que me quedaba.

***

Llegué a casa pasadas las cinco de la tarde. La secretaria, una señora bastante arisca y borde, me había tenido allí todo ese tiempo. Era una mujer bastante lenta en su trabajo y yo solo tenía ganas de regresar a casa. Por suerte, no eran muchos los trámites que tenía que hacer.

Mamá, mi hermana pequeña adoptiva Venus y yo habíamos estado viviendo en una pequeña ciudad de Massachussets unos meses, cuando a mamá le habían dado la oportunidad de ser tutora de una clase de primaria de un barrio desfavorecido. Si bien había estado muy a gusto trabajando, le habían ofrecido un puesto fijo en un colegio bueno en Nueva York y, tras sopesar los pros y los

contras de mudarnos, habíamos decidido que cambiar de aires era la mejor opción. Christina, mi madre adoptiva, se había encargado de que Venus pudiera asistir a la misma escuela en la que impartiría clases.

Ya estaba todo solucionado. A partir del día siguiente yo podría asistir a la universidad mientras que Venus podría cursar segundo curso de primaria. Adoraba con locura a esa niñita de ocho años desde el primer momento en que la vi, hacía ya dos años.

—¡Kevin! —Unos brazos me rodearon con fuerza. Venus se había materializado de la nada y me daba un abrazo que bien podría haber dejado sin respiración al mismísimo Hulk—. ¡Por fin llegas! ¿Sabes? Mamá ha conseguido que me admitan en el cole nuevo. Estoy superemocionada. —La cría hablaba a toda prisa y, debido a eso, al principio me costó descifrar su mensaje.

La cogí en brazos y di vueltas con ella en el aire, haciéndola chillar de felicidad.

—No sabes cuánto me alegro, pequeñaja. Aunque estaba completamente seguro de que te admitirían. Eres una niña muy lista.

La bajé al suelo y le di un beso en la frente. Sin embargo, pronto toda esa felicidad del momento pareció evaporarse. Venus en seguida se puso triste.

—Calla, calla. Sabes que yo no soy lista. Si no, no habría repetido segundo.

Venus había tenido una vida difícil y, en cierta medida, me recordaba a mí. Sus padres habían sido asesinados cuando ella era muy pequeña y, al no tener a nadie que pudiese cuidarla, había pasado a manos de los servicios sociales. Fue de casa de acogida en casa de acogida, como yo, y en la gran mayoría sufrió por desnutrición y falta de cariño. No fue escolarizada hasta primero de primaria, cuando empieza la educación obligatoria. Por aquel entonces mamá y yo estábamos en Waterbury, Connecticut. Mamá daba clases en una escuela de primaria y pronto se dio cuenta de que Venus no seguía la clase. No sabía ni leer ni escribir, cuando sus compañeros sí, y, para más inri, la pequeña iba siempre a clase desaliñada y muerta de hambre. En cuanto Christina se dio cuenta de que algo iba mal con la familia de Venus, dio la voz de alarma. Fueron unas semanas intensas, pero al final mamá consiguió adoptarla.

No os mentiré, su adaptación fue muy mala. Era una niña que nunca había sido atendida. Se portaba mal, gritaba e incluso intentaba lesionarse. Así que tuve que intervenir por el bien de todos. La saqué de su habitación y la arrastré al pequeño patio que teníamos. Allí le conté parte de mi infancia, cómo yo también había sufrido y pasado por lo mismo que ella. Creo que eso en parte la hizo comprender que no estaba sola. La participación de la psicóloga también ayudó. Y el tiempo.

Yo adoraba a aquella preciosidad. Le acaricié las puntas de sus dos coletas con ternura y me puse a su altura. La miré directamente a sus ojos color tierra con seriedad.

—Escúchame, Venus. Eres una niña muy inteligente.

Pero ella negó con la cabeza, cortando así mi discurso.

—No lo soy. Me cuesta mucho seguir el ritmo y creo que este año volveré a repetir segundo. Soy tan tonta. ¿Por qué la escuela tiene que ser tan difícil?

La agarré por los hombros y con una mano borré la pequeña lágrima que se escapaba de sus ojos.

—Eres muy lista, abejita —lo intenté de nuevo. Siempre la llamaba así, «abejita», de manera cariñosa—, y muy trabajadora. En menos de un año te has puesto al mismo nivel que tus compañeros. Has aprendido a leer y a escribir, a sumar y a restar; sabes español tan bien como cualquiera de tus compañeros; sabes los continentes e incluso has empezado antes que ellos a multiplicar. No creo que todo eso lo pueda aprender una niña tonta, ¿no crees?

Venus se pasó su mano por la cara, limpiándose las lágrimas. Su labio inferior temblaba, pero aun así la cría fue capaz de soltarme:

—Ya, pero eso lo sé porque mamá me ayuda mucho.

La miré con falsa sorpresa.

—Pues no sabía eso de que estaba prohibido pedir ayuda. Fíjate tú qué drama. Además, te recuerdo que yo estoy en primero de carrera cuando se supone que a mi edad ya debería de haberla acabado. ¿Eso me convierte a mí en un tonto?

La niña negó con la cabeza, haciendo una mueca bastante mona con los labios.

—¡Tú eres muy listo y me ayudas siempre que puedes!

Le revolví el pelo.

—Entonces, tú también lo eres, abejita.

La tomé de nuevo en brazos y le di un abrazo muy fuerte. A unos metros de distancia vi cómo mamá nos miraba a los dos. Murmuró un «gracias» silencioso mientras esbozaba una sonrisa. Criar a Venus no era tarea sencilla. Debido a todo lo que había vivido, tenía la autoestima por los suelos y se valoraba muy poco. Mamá no sabía qué hacer con ella, cómo ayudarla a valorarse.

Cuando la dejé de nuevo en el suelo, ella se puso de puntillas y tiró de las mangas de mi camiseta.

—¿Juegas un rato conmigo? Porfi —me pidió, poniendo esos ojitos a los que la muy condenada sabía que no podía resistirme.

—Está bien. Ve preparando tu cuarto, que voy en seguida.

—¡Sí!

Venus salió corriendo por la casa hasta encerrarse en su habitación. La suya y la mía estaban pegadas pared con pared y, mientras dejaba los papeles ordenados en el escritorio y la mochila sobre la silla giratoria del mismo y me ponía cómodo, la podía escuchar revolviendo lo que sea a lo que querría que jugara con ella. Solo esperaba que no me tocara aguantar otra fiesta del té.

A la noche, tras haber pasado gran parte de la tarde con Venus y la otra entrenando en la pequeña sala de baile que mamá había insistido en instalar, los tres cenamos en el comedor. Venus parloteaba sobre lo nerviosa que estaba de empezar en su nuevo colegio. Mamá la escuchaba con una sonrisa en los labios. A pesar de que ninguno éramos parientes de sangre, yo los sentía como si lo fuesen. Ellas dos junto a Maddie eran mi familia y nos queríamos pese a las adversidades con las que nos encontrábamos.

Capítulo 3

Kevin

La mañana del jueves fue una completa locura. De entrada, los tres coincidimos. Mamá debía estar en el centro educativo a las ocho y media; Venus no tenía que estar hasta las nueve y cuarto, por lo que la llevaría en coche. Yo entraba a las diez ese día, pero como debía acercar a mi hermana pequeña, tuve que levantarme a su hora.

No veáis lo complicado que era compartir un cuarto de baño con dos mujeres, y eso que Venus aún era una cría. Christina podía tardar sus buenos veinte minutos o más para prepararse. Venus necesitaba también su tiempo. Así que como único hombre de la casa me tocaba aguantarme, por desgracia.

—¡Vamos, mamá! —grité a la persona que estaba tras la puerta cerrada a cal y canto—. Necesito usar el baño con urgencia.

—¡Dame cinco minutos!

Uf. Había vivido con ella lo suficiente como para saber que sus cinco minutos podían ser fácilmente diez o quince.

Mientras esperaba mi turno, fui a la cocina y empecé a preparar el desayuno. Aún mamá no había salido del baño cuando una soñolienta Venus entró olisqueando el aire. Llevaba puesto su pijama de invierno de princesas y apretaba contra su pecho una abeja de peluche con la que siempre dormía, aquella que le regalé poco después de que tuviera una pesadilla que la hizo tener un ataque de pánico.

—Buenos días, abejita —la saludé con cariño—. ¿Lista para el gran día?

—No lo sé. ¿Y si no hago amigos?

Me puse a su altura y la miré con seriedad. Posé las manos en sus pequeños hombros. Parecía preocupada y no entendía por qué. Una de las razones de que nos hubiésemos mudado era que Christina quería que la pequeña empezara de cero y que no fuera señalada con el dedo por su pasado.

—Los harás. Eres una niña estupenda.

Ella hizo un mohín.

—Eso solo lo dices porque eres mi hermano y me quieres.

Le di un beso en la coronilla.

—Te equivocas. Sé que no tendrás ningún problema en la nueva escuela. Eres lista, guapa y muy maja. Seguro que triunfas.

Una pequeña sonrisita se fue formando en sus labios. Cuando sonreía de verdad, se le formaban unos hoyuelos muy monos que, sospechaba, serían parte de sus encantos cuando madurara.

—Solo quiero hacer amigos. En el otro cole nadie quería jugar conmigo. —Sus ojos se apagaron y se llenaron de tristeza. Apreté los puños de impotencia, pensando en lo mal que lo había pasado antes de que Christina y yo formásemos parte de su vida.

—Eso no quiere decir que en este te vaya a pasar igual. No sé si lo sabes, pero yo estuve yendo de casa de acogida en casa de acogida hasta que acabé en el Moonlight. Era un niño muy triste y con mucha rabia contenida que se portaba muy mal con sus compañeros. Incluso le hacía la vida imposible a Maddie. No tuve amigos hasta que llegué a ese orfanato. Allí conocí a Adam y a Caleb, dos chicos que me llevaban un año y con los que congenié en seguida en cuanto me di cuenta de que ya nadie me haría daño.

»Lo que quiero decir es que yo también pasé por algo parecido. No tenía amigos y me sentía muy solo. Mírame ahora. Tengo un grupo de buenos amigos. —Le pellizqué la nariz con cariño haciéndola reír—. Eso mismo te pasará a ti. Hoy quiero que te pongas más guapa de lo que ya eres para que dejes a esos niños boquiabiertos. ¿Lo harás?

Venus asintió con la cabeza.

—Sí. —La envolví entre mis brazos y le di otro beso en la frente—. Te quiero, Kevin. Eres el mejor hermano mayor del mundo.

No pude evitar sentirme contagiado de su sonrisa. Venus me recordaba a mí. Su historial era muy parecido al mío y por eso creo que siempre habíamos congeniado bien. Desde el primer momento en que la vi supe que aquella niña iba a revolucionar nuestras vidas para bien.

—Tú también eres la mejor hermana del mundo.

Aún entre mis brazos la oí preguntar:

—¿Más que Maddie?

—No se lo digas. —La separé de mí, le guiñé un ojo y me llevé un dedo a los labios como si aquello fuera nuestro mayor secreto—. Y, ahora, es hora de prepararse, señorita. ¿O quieres llegar tarde a tu primer día de colegio?

—Ay, no.

Y salió disparada hacia su dormitorio.

Terminé de preparar el desayuno y cuando ya lo estaba sirviendo en la mesa del pequeño comedor que teníamos adherido a la cocina, vi a dos de las tres mujeres más importantes que tenía en la vida. Mamá entró con la energía que la caracterizaba. Venus la seguía. Sonreí al verla. Se había puesto su vestido preferido y mamá le había recogido el pelo castaño en dos trenzas que la hacían ver como una niña buena.

Los tres desayunamos juntos, conversando y bromeando entre nosotros. Le manché la nariz a Venus con un poco de yogur y eso hizo que ella se vengara manchando mi pantalón del pijama (porque era el único que aún no se había vestido) con mantequilla. Me encantaba hacerla rabiar, era mi pasatiempo preferido.

—¡Parad los dos! ¿O queréis que os castigue a uno sin clases de baile y a la otra sin ir a fútbol?

Su amenaza surtió efecto. Los dos dejamos al instante de meternos el uno con el otro.

Para mí era muy importante el baile. Era como respirar. Los pocos recuerdos que tenía de mi madre eran de sus clases de baile y de cómo aprendí a amar la danza. Con los años me di cuenta de que no era un arte que muchos chicos apreciasen y hubo un tiempo en el que los niños me tachaban de ser homosexual solo porque me gustaba seguir el ritmo de la música. Una cosa no tenía que ver con la otra, ni de lejos.

Mis padres murieron cuando yo era muy pequeño y apenas tenía recuerdos de ellos. Después del accidente pasé a manos de un asistente social y estuve yendo de casa de acogida en casa de acogida hasta que llegué al Moonlight. Si bien no tuve la suerte de instruirme en el baile, mamá me había enseñado bien y seguía repitiendo los ejercicios que ella me hacía hacer siempre que podía. De vez en cuando experimentaba algún que otro paso de baile o investigaba en internet cuando tenía conexión al mismo. No fue hasta llegar al Moonlight que no pude asistir a una buena escuela de baile y, gracias a la generosidad de Kara y Álvaro, los directores, pude aprender y disfrutar del deporte que de verdad me

llenaba.

Tras desayunar, me preparé con rapidez para llevar a Venus al colegio. Cuando ya estaba guardando los cuadernos y el estuche que llevaría en la mochila, Christina tocó la puerta de mi dormitorio con suavidad.

—Estoy visible —vociferé concentrado en la tarea de preparar la mochila.

La puerta se abrió y escuché unos pasos. Estaba de espaldas y no podía verla al principio. Se colocó a mis espaldas.

—Me marcho, tesoro. Recuerda, Venus debe estar en el colegio a las nueve y cuarto.

Me volví y le sonreí.

—Lo sé, mamá. No te preocupes. Estará allí a esa hora.

Pero lo que le dije no pareció relajarla.

—Lo sé, lo sé.

Tomé su rostro entre las manos. El paso de los años ya hacía mella en ella. Era curioso, siempre había sido una mujer muy guapa y no entendía cómo no había encontrado pareja.

—Pasa algo más, ¿verdad?

Ella suspiró. Hizo un leve movimiento afirmativo con la cabeza. Miró hacia la puerta de la habitación para asegurarse que Venus no estaba cerca. Así que sea lo que sea que fuera no quería que mi hermana pequeña lo escuchara.

—Me da miedo que Venus no pueda integrarse. Ha sufrido tanto que temo no estar a la altura para hacerla feliz.

La miré de hito en hito. Christina era una madre ejemplar. Se había hecho cargo de mi hermana mayor Maddie, que era su sobrina. No solo eso, me adoptó a mí y me dio todo el amor de una madre, incluso más. Nos amó y nos cuidó tanto que estaba seguro de que era la mejor madre del mundo. Para mí era mi superheroína. Venus no podía ser más afortunada.

—Mamá, Venus te adora. Solo tienes que ver cómo se le iluminan los ojos cuando te ve. Es feliz, mucho. Lo estás haciendo bien.

Su mirada se tornó triste.

—A veces pienso qué habría pasado si yo no hubiese sido su tutora cuando estaba en el otro centro educativo. ¿Se habría sabido su caso de maltrato?

Le di un pequeño beso en la frente.

—No debes preocuparte por eso ahora. Piensa en lo mucho que te quiere. Te aseguro que es feliz y que yo no puedo vivir sin ella. Es tan adorable.

Todo lo que decía era verdad. Mi hermanita pequeña era mi debilidad, mi talón de Aquiles. Siempre se me caía la baba cuando hablaba de ella e intentaba mimarla con todo lo que podía: la llevaba al parque, a la piscina si hacía bueno,

le compraba helados o gominolas…

Una pequeña sonrisa se instaló en sus labios y por fin la tristeza pareció evaporarse.

—Os lleváis muy bien y desde el principio habéis congeniado bien.

—Es la princesa de la casa. No puedo negarme a nada de lo que me pide. —Me encogí de hombros.

Le di un abrazo fuerte y le deseé que tuviese un buen día.

—Si pasara cualquier cosa, llámame. Ya sabes que estaré atenta al teléfono por si las moscas —me pidió.

Le di un último beso en la mejilla.

—Lo sé, mamá. Ten un buen día. Te quiero mucho.

—Yo también te quiero, tesoro.

Christina desapareció por la puerta. A lo lejos escuché cómo se despedía de Venus.

Terminé de guardar todo y, cuando estuve listo, fui a asegurarme de que mi hermana no estuviera haciendo una de las suyas. La puerta de su habitación estaba abierta y ella estaba en el centro. Estaba sentada en la cama con la cabeza gacha. Tenía la mochila en su regazo. Sus pequeñas piernas se balanceaban arriba y abajo, inquietas.

—¿Estás lista para el gran día? —pregunté mientras me acerca a ella. Su dormitorio era como el de cualquier niña de su edad. Tenía las paredes de un color rosa palo decoradas con algunos pósteres de películas o princesas Disney. El suelo de madera estaba cubierto de una alfombra lila de pelos. En la pared opuesta a su escritorio había un pequeño mueble de cerezo en cuyo interior estaban los trofeos que había ganado como futbolista. Venus era increíble y desde el primer momento supe que había nacido para ello.

Me senté en la cama, a su lado. En ningún momento levantó la mirada de su mochila, aquella que tanto le gustaba y que estaba llena de lentejuelas de colores. Se encogió de hombros.

—Sí.

Aquella vaga respuesta y su falta de energía, lo que era muy sospechoso teniendo en cuenta cómo había empezado el día, me pusieron en alerta. Tomé su cara entre mis manos y la obligué a mirarme. Sus ojos estaban llenos de lágrimas retenidas y sus pequeños labios temblaban. Vale, no estaba bien.

—¿Qué pasa, abejita?

Ella hizo una mueca.

—Nada.

Sí, ya. Y yo me chupaba el dedo.

—Escúchame, Venus. No tienes que preocuparte por nada. Vas a bordarlo y vas a pasarlo bien en tu primer día de colegio —intenté tranquilizarla.

—¿Y si no les caigo bien a mis compañeros? ¿Y si no hago amigos?

Borré las lágrimas que empezaban a descender por su carita de ángel.

—Los harás.

—No, ya sabes que en el otro cole...

—¡Pero no es el mismo colegio, Venus! Sé que en el anterior la hija de tus padres de acogida puso a tus compañeros en tu contra y amenazó con hacerles la vida imposible si se acercaban a ti. Créeme, preciosa, eso no va a pasar. No lo permitiremos, ni Christina ni yo. Además, ¿cómo no querer ser tu amigo cuando eres una niña tan inteligente?

—Tengo miedo de no encajar.

Le di un suave beso en la frente.

—Créeme, en cuanto llegues a clase y la maestra te presente, todos los niños se te acercarán curiosos y harás muchos amigos.

—¡Eso solo lo dices porque eres mi hermano y me quieres! Pero...

—¡Claro que te quiero, pequeña abeja! Pero hablo en serio. Me pasó cuando me mudé a Portland, ya sabes, cuando formé parte del Moonlight. Todos los niños del orfanato quisieron incluirme y cuando empecé el colegio, mis compañeros en seguida me dejaron jugar con ellos, en cuanto la señorita Samantha me presentó delante de todos.

—¿En serio crees que haré amigos hoy? —preguntó con timidez, fantaseando quizás con la idea.

Le di otro beso en la frente y froté nuestras narices con ternura, lo que la hizo soltar un par de carcajadas infantiles.

—No solo lo creo, estoy seguro de ello. Tú solo ve y sé la Venus que conozco. Los deslumbrarás.

Una gran sonrisa se extendió por sus rasgos infantiles. Me dio un fuerte abrazo y, después, un beso en la mejilla.

—Gracias, Kevin. Ahora sí que tengo ganas de ir al cole.

Y así como el miedo al rechazo apareció, desapareció, y yo me sentí el mejor hermano mayor del mundo por haberla ayudado a superar ese pequeño temor.

***

Quince minutos antes de que Venus entrara al colegio estacioné el coche en el

aparcamiento de su institución, Good Village School. Acompañé a mi hermana a la puerta y esperé a que el timbre sonara antes de irme. Había muchos niños a nuestro alrededor jugando. Según tenía entendido, aquella era una escuela inclusiva. Se les daba respuesta a las distintas necesidades que los niños tuvieran, dándoles una educación igualitaria basada en el respeto mutuo.

Venus estaba tranquila hasta que sonó la campana que daba inicio a las clases. Allí se empezó a poner muy nerviosa. La mirada de angustia que me lanzó fue brutal. ¿Cómo alguien tan pequeño podía sentirse así por algo tan cotidiano como era el inicio de las clases?

Antes de que se fuera, le di un gran abrazo y un beso en la mejilla.

—Te quiero, abejita. Pásalo bien y disfrútalo a tope. Vas a hacerlo fenomenal, confía en mí. ¿Cuándo me equivoco yo?

Ella se aferró a mí como si fuera su salvavidas.

—Te quiero, Kevin.

—Yo también te quiero.

Venus se separó de mí y empezó a caminar con paso vacilante hacia la fila que le había sido asignada. Antes de ponerse en ella, se giró hacia donde estaba yo y, para darle ánimos, le tiré un beso. Pronto la perdí de vista, en cuanto su tutora los llevó a clase.

No era el primer día de clases oficial. Estábamos a mediados de curso y, no sé cómo, Christina había conseguido que admitieran a Venus en el segundo trimestre escolar. Los dos confiábamos en que Venus lograría superar aquel curso que, por desgracia, le habían obligado a repetir por falta de asistencia y de conocimiento, todo ello culpa de los padres de acogida que le habían sido asignados.

A veces la vida era tan injusta. Ella había crecido en una casa en donde no se la quería ni respetaba y, gracias a eso, la pequeña había crecido con unas inseguridades que no todos los niños tenían. Por fortuna, ahora estaba con nosotros, en un hogar en el que no le faltaba de nada y en donde la pequeña vivía rodeada de amor.

Cuando vi que subía a su clase, me marché. Deseé con todas mis fuerzas que la pequeña tuviera un buen primer día.

Capítulo 4

Hayley

El jueves por la mañana me levanté temprano. Mi primera clase era a las diez y fácilmente podría levantarme a las nueve, pero, como buena profesional, decidí levantarme a las siete para estirar y practicar ejercicios acrobáticos en la pequeña área que mi compañera y yo habíamos creado en el salón. Desde pequeña había sabido que una parte de mí pertenecía al baile y esa pasión fue creciendo con el tiempo. Si bien mi temporada de concursos ya estaba acabada, seguía acudiendo a clases de danza. Me gustaba aprender y perfeccionar mi técnica a pesar de que en el futuro no me veía actuando en grandes musicales o películas.

Mi vida estaba ligada al baile, siempre lo estuvo. Por eso, cuando me mudé a Nueva York decidí utilizar mis ahorros y pagarme mis clases y la matrícula de aquel prestigioso centro de baile. Se llamaba *Grace Dance Studio* y era uno de los más conocidos del país. Recordaba que la academia de baile de Hannah había competido varias veces contra él y en varias ocasiones habíamos quedado tras ellos. Sus bailarines eran espléndidos y, por lo que vi, solo admitían a la *crème de la crème* del baile. La audición que hice fue estresante y os juro que pensaba que no me habían elegido. No veáis la cara de tonta que puse cuando escuché que estaba dentro. No me lo podía creer.

Salí de puntillas de la habitación, intentando hacer el menor ruido posible. Lo que menos quería era despertar a mi compañera cuando sabía que podía dormir plácidamente una hora más. Además, había convivido con ella lo

suficiente como para saber lo mucho que le molestaba que la despertaran antes de hora.

Me encantaba nuestra habitación, aunque más que habitación era todo un apartamento. Era enorme. Nada más entrar por la puerta te dabas de lleno con una cocina que a pesar de ser pequeña estaba equipada con lo necesario. La cocina daba directamente a un salón muy grande decorado con un gran sofá, una mesita de cristal y dos sillones. Tenía, además, una gran televisión y estanterías decoradas con libros que tanto mi compañera como yo habíamos leído. Lo mejor de aquella zona era la gran chimenea que habíamos utilizado cuando el clima se había tornado frío; y junto a esta estaba mi amado rincón, aquel en donde me pasaba horas y horas inmersa en mi mundo. Un pequeño pasillo llevaba hacia los dormitorios, pegados el uno al otro, y al baño que ambas compartíamos.

Mi nuevo hogar me gustaba demasiado y todavía no creía el hecho de que ya me hubiese graduado y estuviera en la universidad. Debo confesaros que repetí mi último año de instituto y que, después, me tomé un año sabático de los estudios para dedicarme en cuerpo y alma a aquello que más me gustaba. Pero al final, al no saber qué quería hacer en el futuro, decidí que lo más sensato era tener un plan B, por si acaso.

Cuando llegué a mi rincón, me senté en el suelo y me puse las punteras de baile. En el cuarto ya me había puesto ropa cómoda. Empecé una serie de ejercicios simples, desde estirar los empeines o hacer un *split* hasta terminar haciendo lanzamientos de pierna. Más adelante, me centré en perfeccionar mi técnica, corrigiendo aquellos errores que mis profesores habían resaltado.

Así pasé aquella primera hora, sumida en mi propio universo. No fui consciente del paso del tiempo hasta que Maya Moon, mi compañera de piso y mi mejor amiga desde el colegio, entró en el salón con una cara de muerta viviente.

—Odio los jueves —masculló en cuanto me vio—. Son el peor día de la semana. ¿En qué momento me pareció buena idea hacer esas prácticas extras? Mi tutora es una idiota y no me deja para nada ser creativa.

Me levanté del suelo escuchando las quejas que Maya escupía contra aquella mujer que le había tocado como guía. Mi amiga tenía la suerte de llevar a cabo sus prácticas en una empresa muy buena como creadora de contenido en su página web y realización de su publicidad. Tenía mucho talento con el manejo de las nuevas tecnologías. Todavía recordaba el vídeo que tuvimos que hacer en quinto de primaria y cómo la maestra nos puso un diez gracias a ella.

—¿Por qué no le muestras el diseño de los *banners* publicitarios en los que has estado trabajando este mes? —propuse. Maya nunca paraba de crear contenido, ni siquiera durante las vacaciones. Tenía un portafolio en donde

recopilaba los mejores trabajos, como el cartel que creó para el *Hannah Brown Studio* cuando solo tenía diez años. A Hannah le gustó tanto que lo utilizó y le pagó por sus servicios.

Frunció los labios.

—No creo que le gusten. Están demasiado recargados para ella y tienen demasiado *brilli-brilli*.

—El *brilli-brilli* no es malo, amiga mía. Añade color a la vida.

—Como sea, da igual. No le van a gustar y me dirá de nuevo que no estoy preparada para estar en un cargo tan grande.

La seguí por el salón y fui a la cocina. Mientras ella sacaba y troceaba la fruta, yo fui preparando nuestros cafés. Si bien no tenía clase hasta dentro de dos horas, no podía ignorar el pequeño rugido de mis tripas.

Tomamos juntas el desayuno y estuvimos poniéndonos al día. La noche anterior había llegado muy tarde a casa debido a los ensayos. Cuando pisé el salón, Maya ya estaba en su cuarto. Le conté cómo Harriet estuvo a punto de besar el piso por mi culpa o cómo Anthony le tiraba los tejos a Autumn. Ella me puso al día de sus clases y de los últimos cotilleos. Me gustaba mucho pasar tiempo con ella y lamentaba que en mi vida apenas hubiésemos podido quedar o tener una salida normal.

Quince minutos antes de que dieran las nueve, Maya salió corriendo por la puerta. Aproveché aquel tiempo a solas para prepararme y, cuando estuve lista, me puse a repasar los apuntes que había tomado aquella semana. Me gustaba estar al día, porque así era más sencillo para mí el estudio.

***

Llegué a mi primera clase disparada y cuando me situé en mi lugar, junto a Michaela, el profesor de Periodismo Internacional entraba por la puerta. Menos mal. Por los pelos. Se suponía que él no dejaría entrar a nadie que llegara más tarde que él y, por desgracia para muchos, era la clase de persona que cumplía a rajatabla sus palabras.

El hombre ni siquiera se había situado en centro del aula cuando unos golpes interrumpieron la sesión. Hice una mueca al mismo tiempo que me lamentaba por la pobre alma que sufriría su ira. Al instante un joven que yo conocía bien (¿qué narices estaba haciendo Kevin allí?) entró y fue sometido a la dura mirada pétrea del señor Kenneth.

—Llega tarde, señor... —Dejó las palabras en el aire dándole la oportunidad al muchacho de presentarse.

—Graham, Kevin Graham.

—Veo que nadie le ha contado las normas de mi clase. Nadie entra más tarde que yo. Lo siento, señor Graham, va a quedarse fuera. La próxima vez, madrugue. No le vendría mal hacerlo de vez en cuando. ¿Sabe que es muy bueno para la productividad?

Toda la clase estalló en carcajadas, pero no pareció afectar a Kevin.

—Siento llegar tarde. He tenido que dejar a mi hermana y...

—Lo siento, no acepto sus disculpas. Hoy se quedará fuera. A ver si así espabila y la próxima vez llega antes.

—Pero...

—¡Ni peros ni peras en vinagre!

Otra serie de carcajadas se extendió por toda el aula. A unas filas de distancia, vi cómo Presley le susurraba algo a Jules, su novio. Este último soltó un «pringado» lo suficientemente alto como para que los que estábamos cerca lo escuchásemos. Puse los ojos en blanco. Esos dos personajes a veces podían con mi paciencia. Eran tan crueles y malvados que no me extrañaba que estuviesen juntos. Presley era la versión femenina de Jules, arrogante y falsa.

Kevin soltó un bufido y muy a su pesar tuvo que perderse aquella primera clase. Cuando todo volvió a su cauce, el señor Kenneth impartió su asignatura como si no hubiese pasado nada. Mientras tomaba apuntes, a lo lejos me llegaba la conversación que estaban manteniendo aquella pareja tan chiclosa.

—Es un pringado. De pequeño siempre fue un renegado y veo que no ha cambiado nada.

Puse los ojos en blanco ante el comentario de Jules. ¿Qué sabía él al respecto? Si ni siquiera fuimos al mismo colegio. Según los cotilleos, él era de Pittsburgh, Pensilvania. Aunque podría ser posible que ambos hubiesen coincidido en el cole cuando fueron pequeños, antes de que Kevin se mudara a Portland. Podría ser.

—Es muy guapo —objetó Riley, una de las amiguitas de Presley.

—Y sexy —añadió Lupe, aquella chica de procedencia argentina.

A Jules las palabras de ellas dos no le hicieron ninguna gracia. En un momento dado, mientras escribía en mi cuaderno, elevé la vista y vi cómo ponía los ojos en blanco. Justo en el instante en el que iba a volver a centrarme en mis cosas, me pilló observándolo y su sonrisa escalofriante me puso alerta.

—¿Tú qué miras, reina del hielo?

Tragué en seco. No me gustaba nada que me llamaran así, porque estaba claro que ninguno sabía por qué rechazaba a los chicos. La única compañera que sabía que era bailarina era Michaela. Desde el primer momento supe que podía contarle algo tan grande como aquello. Era una chica muy confiable y se había convertido en una persona fundamental para mí.

Hice caso omiso de su pulla y volví a centrarme de nuevo en mi trabajo. Por suerte, no volvió a ocurrir ningún incidente y yo pude por fin ignorar la voz chillona de Presley y las risas del grupito de «Los Populares» —así les llamábamos Michaela y yo—. Pronto llegó la hora del descanso de treinta minutos y yo aproveché para estirar un poco las piernas e ir al baño. Lo que fuera con tal de salir de aquella aula.

Cuando regresé, Kevin ya había entrado. Estaba sentado a unas filas de distancia, casi en la última. Estaba solo y al instante sentí pena por él. Debía de ser duro ser el nuevo. Quiero decir, yo lo pasé un poco mal el primer día, cuando no conocía a nadie. Suerte que a Michaela y a mí nos pusieron juntas en un trabajo. Desde aquel momento fuimos inseparables, en cuanto vimos que teníamos gustos similares.

Así que decidí que sería gentil con él. En el colegio Kevin siempre me había tratado bien y en clases de baile aprendí mucho gracias a él. ¿Por qué no devolverle el favor? Le dije a Michi un «Ahora vuelvo» y avancé por la clase hasta llegar a donde estaba sentado él, ojeando su teléfono como si lo que hubiera en la pantalla fuera lo más interesante del mundo. Vamos, era el truco más viejo. Sabía que lo hacía para hacerse el misterioso.

Me dejé caer a su lado y él apartó la mirada del aparato.

—Hola, Kevin. No sabía que estábamos en la misma clase.

—Hayley —pronunció con aquella voz tan varonil. Me gustaba cómo sonaba mi nombre en sus labios. Era como una caricia.

Un pequeño silencio nos invadió. Vaya, ese momento fue muy incómodo. ¿Qué le diría? Debía haber pensado en qué decirle cuando fui allí. ¡Qué tonta que era a veces!

Kevin carraspeó.

—No quiero sonar maleducado ni nada por el estilo, pero ¿se puede saber qué haces aquí y por qué no estás con tu amiga?

En ese momento reaccioné.

—¿Por qué no te sientas con nosotras? Sabes que no mordemos, ¿verdad? —Me giré hacia donde estaba mi amiga sentada, terminando de un mordisco su sándwich—. Bueno, Michi puede hacerlo si la hacen rabiar. No te aconsejo sacar su fiera interior.

Una sonrisa tirante apareció en sus labios.

—Está bien. He captado el mensaje.

Kevin empezó a recoger su mochila del suelo y, mientras tanto, observé cómo las hebras rubias de su pelo se movían. Me encantaba el color de su cabello, unas tonalidades más oscuras que el mío. Y esos ojos color chocolate me derretían por dentro. Había algo en él que siempre me había atraído y en aquel momento pude comprobar que aquella conexión que sentía no se había extinguido con el tiempo.

En un momento dado, se volvió y no me dio tiempo a apartar la mirada. El muy condenado esbozó una sonrisita socarrona.

—¿Te gusta lo que ves?

Elevé una ceja.

—Más quisieras.

Cogí el cuaderno, la agenda y el estuche que había en su mesa y lo ayudé a mudarse con nosotras. La verdad era que junto a mí no se sentaba nadie. No era algo que me preocupara. La gran mayoría de mis compañeros no me caían bien (había comprobado que eran unos falsos). Nunca me había preocupado por la popularidad. Desde pequeña siempre supe que el ser la abeja reina de una clase no te hacía ser mejor persona y por eso nunca me había preocupado de destacar, solo en aquello en lo que más amaba.

La mirada de «¿Quién narices es este extraño?» que me lanzó Michaela me sacó de mis ensoñaciones y me hizo volver a la realidad. Dibujé una gran sonrisa en mis labios y me dejé caer en mi sitio.

—Michi, te presento a Kevin. Es un amigo de la infancia. Kevin, ella es mi amiga Michaela.

—Encantado.

No dio tiempo a más presentaciones, puesto que poco a poco el resto de nuestros compañeros fue entrando y situándose en sus lugares. Unos minutos después, la señora Hayes entró por la puerta y todo el mundo enmudeció. Como para no, hasta ahora era la profesora más estricta que habíamos tenido. Impartía su asignatura con mano dura y, para mi desgracia, no tenía compasión con nadie que no fuera parte del equipo de fútbol americano o baloncesto. A ellos los tenía entre algodones y los ayudaba con los trabajos; mientras que al resto nos podían dar por saco. Era injusto. En más de una ocasión le había pedido un cambio de tutoría debido a mis ensayos, pero ella siempre se había negado.

—Bien, alumnos. Espero que hayáis venido con ganas de trabajar porque hoy os voy a presentar vuestro primer proyecto del semestre. Tendréis que cubrir una noticia, la que sea, pero debéis emplear un medio audiovisual para transmitirla. ¿Entendido?

Se escucharon unos cuantos resoplidos por toda la clase.

—Genial, menudo tostón —masculló Presley con desgana.

—Tranquilos, la universidad os dará los medios que necesitéis para llevar a cabo este proyecto. Solo debéis hablar conmigo. Podéis utilizar la radio universitaria, el canal propio de la universidad, las cámaras... Todo estará a vuestra disposición.

A unas filas de distancia una chica cuyo nombre no recordaba levantó la mano.

—¿Será individual o grupal? —preguntó en cuanto la señora Hayes le dio la palabra.

—El trabajo será en equipos que yo formaré. Ya sé que a estas alturas ya deberíais saber con quiénes trabajáis mejor, pero prefiero formar los grupos yo. Cuando los tenga formados, os enviaré un correo con vuestros compañeros de equipo.

Y dicho esto se pasó el resto de las dos horas parloteando sobre lo que quería encontrarse. Nos mostró los criterios de evaluación y varios ejemplos del año anterior. Algunos eran muy buenos e interesantes de ver; pero otros no tenían mucho sentido o simplemente no estaban bien hechos.

Cuando las dos horas de tortura terminaron, tuve un pequeño descanso de diez minutos y, tras él, Periodismo Local con uno de mis profesores preferidos hasta el momento. Nos enseñaba estrategias a la hora de buscar noticias jugosas y cómo contarlas para que se vieran interesantes. Para mí aquello era sumamente importante. Quiero decir, podrías ser un reportero muy bueno y no saber enganchar a la audiencia.

—Bien, clase, nos vemos el lunes. Os quiero bien despiertos a primera hora. Recordad traer una noticia que os haya parecido importante.

El señor Davis era un buen docente. Se notaba que le apasionaba la enseñanza y que disfrutaba cada vez que iba a clase. No todos conseguían que una clase entera estuviese atenta casi todo el tiempo; muy pocos profesores habían hecho que una persona tan movidita y distraída como lo era yo estuviera atenta tanto tiempo. Se necesitaban más profesores como él.

No siempre almorzaba en el comedor de mi facultad, solo aquellos días que debía acudir por las tardes a un taller de escritura. No era obligatorio, pero nos habían recomendado apuntarnos. Además, aquel taller daba créditos extras.

Como en el almuerzo no vi a Kevin por ningún lado, supuse que él tampoco estaría apuntado. Tremenda sorpresa me llevé al verlo allí sentado en una de las filas de en medio. Todavía no había nadie más en el aula, ni siquiera el profesor había llegado. Lo saludé con una sonrisa y, después de dudar un buen rato, me

animé a sentarme a su lado.

—No esperaba verte por aquí —confesé cuando hube estado acomodada a su lado—. A muy poca gente le parecen interesantes este tipo de talleres. —Me encogí de hombros—. Ya sabes que si no son obligatorios la gran mayoría decide hacer otras cosas.

No sé por qué le soltaba toda esa verborrea a Kevin. No tenía sentido. ¿Qué narices me estaba pasando? ¿Por qué le había soltado algo tan obvio?

Pero, al parecer, no pareció importarle. Se limitó a esbozar aquella sonrisa tan genuina que tenía. Me fijé que si esta era verdadera no solo le brillaban los ojos; unos hoyuelos irresistibles se le formaban. Tenía un pequeño lunar en la barbilla que le daba un aire encantador.

¿Pero qué narices estaba pensando?

—Me encanta todo lo que esté relacionado con la escritura. Últimamente le cuento a mi hermana unos cuentos que la dejan con ganas de más.

Me estaba perdiendo en algo. Que yo supiera su hermana era casi diez años mayor que él. Pareció que se dio cuenta de mi confusión, puesto que me lanzó una sonrisa de lado.

—Oh, vaya, qué tonto. No sabes que Christina decidió adoptar una niña. Se llama Venus y, a pesar de que a veces es peor que un grano en el culo, la adoro. —Sacó su teléfono móvil y me mostró la imagen de una pequeña de pelo castaño y ojos tan marrones como el mismo chocolate. Era bastante morena de piel y tenía unos ojos enormes, cubiertos de largas pestañas. Era preciosa. Llevaba el pelo recogido en dos trenzas muy monas—. Tiene ocho años y es la niña más lista que conozco.

—Ella te importa. —No fue una pregunta, fue una afirmación. Se notaba con creces lo importante que era su hermana pequeña para él.

—Ella no lo sabe, pero es una de las personas más importantes que tengo. Me hace reír incluso cuando mis días son más grises. Además, a pesar de ser una cría, es mucho más madura que el resto de niños de su edad.

La conversación entre los dos fluyó y fluyó hasta que el aula se llenó de los pocos estudiantes que acudíamos a aquel taller. Seguimos charlando incluso cuando el maestro entró en el aula y empezó a impartir su asignatura. Me sentía tan cómoda a su lado como cuando era niña; sentía que el tiempo no había pasado y que aún seguía siendo aquella chiquilla que estaba locamente enamorada de aquel chico al que tanto admiraba.

Capítulo 5

Kevin

Aquella misma tarde al salir de la universidad me dirigí hacia un estudio de baile que estaba a veinte minutos en coche. Mamá se había pasado tardes enteras a mi lado ayudándome a buscar aquella academia de danza que me pudiera ayudar a crecer como bailarín. Tras varias horas y días sentados frente al ordenador, por fin dimos con ella. El *Grace Dance Studio* era mi mejor opción, no solo porque podría optar a una beca si superaba una pequeña prueba, sino porque allí impartían clase instructores con gran fama a nivel mundial. Se decía que aquellos estudiantes que habían aprendido de la mano de ellos conseguían muy buenos puestos de trabajo.

Por eso yo estaba temblando como un flan de los nervios cuando conseguí aparcar el vehículo que tanto me había costado ganarme. Sentía el pulso a mil por hora y la boca seca. «¿Y si no estoy a la altura?», pensé mientras veía el imponente edificio de dos plantas. Las paredes blancas estaban decoradas con siluetas de bailarines bailando todos los géneros y, en grande, un gran cartel de letras azules decía el nombre del estudio.

Era simplemente alucinante.

Joder. Sentía que toda mi carrera dependía de aquel instante.

No sé cómo —no lo preguntéis porque ni yo mismo lo tengo claro—, pero conseguí que Hazel Williams, la fundadora y actual directora del estudio, me diera la oportunidad de optar por una beca. Solo debía ejecutar una coreografía

propia e impresionarla. Vamos, nada del otro mundo, nótese el sarcasmo.

Tomé una bocana de aire más antes de entrar por las puertas acristaladas. Ya dentro, di con un amplio pasillo que llevaba a las distintas aulas de baile. Justo en la entrada había un pequeño puesto de recepción que me recordó de inmediato al que había en el *Hannah Brown Studio,* la primera academia de baile a la que asistí. Sin poder evitarlo, esbocé una sonrisa enorme al recordar cómo empezó para mí mi preparación profesional.

—¿Qué haces aquí —le pregunté con todo el desprecio del mundo.

Él se encogió de hombros con indiferencia.

—Escuché la música y sentí curiosidad de ver de dónde provenía. No sabía que te gustara bailar.

—Y no me gusta —mentí. Mi yo de nueve años era muy arisco en aquel entonces y no se fiaba de nadie.

Eric se echó hacia delante y me clavó la mirada.

—Sí, ya —dijo con sarcasmo—, y yo me chupo el dedo.

Bufé. Ese chico me estaba sacando de mis casillas. Mas al final acabé confesando con un suspiro:

—Vale, me gusta, ¿contento? Felicidades, ¿quieres un pin o una chapa por haber descubierto eso?

—¿Tomas clases de baile? —siguió interrogándome él.

Me estaba poniendo nervioso. ¿Por qué se mostraba tan interesado en mí? ¿Acaso no veía que era un monstruito?

Exploté.

—¡¿A ti qué te importa?!

—Mucho, la verdad.

Admito que su respuesta me descolocó bastante. ¿Por primera vez yo le importaba a alguien? ¡Eso era imposible!

—¡Eso es mentira! —exclamé con furia—. No le importo a nadie. —Aparté la mirada para que Eric no me viera llorar. Seguro que se burlaría de mí—. No le importo a nadie.

Lo siguiente que recuerdo fue el abrazo que él me dio y, pese a que al comienzo me quedé helado, me aferré a él como si mi vida dependiera de ello. Hacía mucho tiempo que nadie me daba un abrazo reconfortante, hacía mucho tiempo que no me sentía así de seguro.

—No le importo a nadie —decía entre hipidos—. Soy un niño malo, soy un niño malo.

—No lo eres, Kevin, eres un gran chico —me dijo él en un tono tranquilizador.

—No —sollocé—, no lo soy. Ya ves cómo he tratado a mis compañeros. Soy un

niño malo. ¿Quién me querría a su lado?

Eric se separó de mí y me miró directamente a los ojos.

—Escúchame, no sé cuál es el motivo de que digas esas cosas, pero me veo obligado a decirte que no son más que estupideces. Estoy seguro de que en cuanto te abras a los demás, ellos te integrarán gustosos en su gran y maravillosa familia.

—¿Cómo lo sabes si no los conoces?

—Los conozco lo suficiente como para saberlo. Kara y Álvaro se han encargado de construir un lugar en el que los niños y no tan niños puedan crecer rodeados de amor. Ya lo has visto por ti mismo.

Me quedé callado. Por un lado, Eric tenía razón. Aquel matrimonio tan pintoresco había creado de la nada un hogar gigantesco. El primer día me pareció tan grande como una mansión. Todos los chicos se veían felices, como una familia. Por el otro lado, a mi mente venían imágenes de mi pasado, de aquellos padres de acogida haciéndome sufrir cuando yo no tenía la culpa de nada.

¿Y si me fiaba de ellos y luego me hacían daño? ¿Y si solo era una estrategia para que bajara la guardia?

—No sé, no me fío de ellos —acabé diciendo al final.

—Parece ser que no confías en nadie.

Eric me parecía un pesado y como sabía que no se callaría si no le contaba lo que quería, le dije:

—Si te cuento algo, prométeme que no se lo dirás a nadie.

—Te lo prometo —juró con los ojos azules puestos en los míos.

Fue en aquel momento en el que le conté lo mal que lo había pasado tras la muerte de mis padres. Había ido de casa de acogida en casa de acogida y siempre había sido el último mono. La ropa que llevaba era de segunda mano cuando en muchos de los casos dicha familia se podía permitir algo mejor; me daban de comer las sobras alegando que eso era lo único que se podían permitir con el poco dinero que el estado les daba; y demás. Luego llegaron los abusos verbales, los gritos y los golpes.

¿Por qué me había tocado a mí? ¿Qué era aquello tan malo que había hecho como para merecerme un trato así? ¿Acaso era cierto que era un niño malo?

Cuando terminé de hablar, su mirada era lastimera.

—Esto… No tenía ni idea.

No me gustó nada cómo me miraba, así que volví a explotar.

—¡No me mires así, con lástima! No te lo he contado para que me mires como si fuera alguien que necesita caridad.

—No era mi intención. —Desvió la mirada—. ¿Por qué no se lo has contado al juez o, en este caso, a los directores del Moonlight?

Lo miré como si fuera tonto. ¿Acaso no me había escuchado?

—Porque no confío en la gente.

—Escúchame, Kara y Álvaro son dos personas increíbles, totalmente confiables. Seguro que intentarán ayudarte en todo, al igual que han hecho con el resto de internos durante todos estos años.

—No lo creo.

Eso era mentira. Yo no le importaba a nadie.

—Si has podido confiar en mí para contarme este secreto tuyo, que hasta hace cuatro días no era una persona muy de fiar, que te lo diga Maddie, podrás contar con su apoyo incondicional. Créeme, estamos aquí para ayudarte porque te queremos.

Lo miré con duda.

—No sé…

—Además, si les dices que amas la danza, es muy seguro que te apunten a clases de baile. —Me guiñó un ojo.

Espera, espera, espera. ¿Qué acababa de decir? ¿Podría bailar sin esconderme? ¿Podría mejorar?

—¿Estás seguro de que me dejarán hacerlo?

—Claro. En primer lugar, lo haces de maravilla y, segundo, hay una compañera tuya que asiste a un estudio de danza.

Una sonrisa sincera se escapó de mis labios.

—Gracias por… —empecé a decir, pero pronto callé al darme cuenta de un pequeño detalle—. ¡Espera! ¿Has dicho que una chica de aquí baila? —Eric movió la cabeza de arriba a abajo—. ¿Quién es?

—Madison.

Abrí aún más mis ojos, sin creérmelo.

—¿Ella?

—Sí.

—Hala… —suspiré, totalmente maravillado—. ¿Es buena?

—Es una profesional. ¿Sabes que da clases de baile en el estudio a un grupo de niñas de seis a diez años?

Creo que estuve un buen rato soltando mi tan conocida muletilla.

—Ahora entiendo por qué llega tan tarde entre semana.

—¿Sabes que también tiene una sala en el sótano especial para bailar?

¡¿Qué?! Eso era increíble, superguay.

—¡Por eso pasa tanto tiempo ahí abajo encerrada!

—Ajá.

—¿Podría preguntarle si podríamos compartirla?

—Creo que ella estará encantada de compartirla siempre y cuando no la molestes

y dejes de hacer esas travesuras que tanto la sacan de quicio.

Cuando escuché que decía aquello, me puse muy triste al instante.

—Lo siento, lo siento de verdad, Eric.

—No está en mis manos perdonarte o no porque a mí no me has hecho nada. Deberías disculparte con tus compañeros e intentar convivir con ellos porque me da la sensación de que harás grandes amigos aquí.

—Nunca he tenido amigos —confesé.

En mi vida nunca había tenido a aquella persona que fuera mi confidente, aquella en la que pudiera confiar plenamente. Siempre había estado solo contra el mundo. ¿Podría por fin tener un amigo?

Ver cómo Eric me tendía una mano, sonriente, me dejó por un momento desconcertado.

—Aquí tienes uno. Será un placer ser amigo tuyo, Kevin.

—Encantado de serlo, Eric.

Eric nunca supo que en aquel instante él se convirtió en más que un amigo para mí: se convirtió en un hermano.

Recordar aquel momento de mi vida me dio las fuerzas que necesitaba para seguir adelante. Estaba listo. Lo superaría tal y como hacía siempre.

***

La señora Williams era mucho más imponente en persona de lo que me había esperado. Mientras repasaba con atención mi currículum, frunció el ceño. No supe si aquel gesto sería bueno o malo. Mientras tanto, yo intentaba mantenerme sereno, como si no me estuviera jugando mi futuro. Todo el mundo sabía que su estudio de baile era uno de los más prestigiosos del país, que la formación que se daba era excelente. Necesitaba entrar como fuera.

—Veo que ha estudiado en el *Hannah Brown Studio* cuando era pequeño —dijo de pronto apartando la mirada de las hojas y centrándola en mí—. Es un buen estudio y Hannah Brown es una gran amiga.

—Estuve en ese estudio desde los diez hasta los catorce años.

—¿Por qué lo dejó?

Me encogí de hombros.

—Mi familia se mudó.

Otra vez volvimos a sumirnos en aquel silencio ensordecedor. Intenté con todas mis fuerzas no removerme de la incomodidad que sentía. Aquella mujer

había vuelto a centrarse en mi currículum y, de pronto, parecía muy centrada en su contenido.

Unos minutos después (lo que para mí fueron horas e incluso toda una eternidad) volvió a abrir la boca:

—Es usted todo un campeón. Ha ganado Los Nacionales en varias ocasiones, siendo la última hace dos años. No solo eso, también acudió a Los Internacionales ese mismo año y quedó entre los cinco primeros puestos. ¡Es admirable!

Cuando aquella mujer madura de pelo castaño canoso soltó aquel cumplido, sentí que mi pecho se hinchaba de orgullo. Todo eso era cierto. Con veintidós años había ganado Los Nacionales gracias a todos los consejos que mi hermana Maddie me había dado y quedé cuarto en los famosos Internacionales. Después de eso, decidí dejar a un lado las competiciones para centrarme en otro tipo de oportunidades, como salir en programas de televisión, series o películas. Si bien no había conseguido un papel importante todavía, no dejaría de insistir. Sabía que tenía talento, todos los profesores que me habían enseñado lo decían a menudo.

Los ojos marrones y expertos de la señora Williams se clavaron de nuevo en mí. Volví a ponerme alerta.

—¿Por qué quiere formar parte de mi estudio?

Tragué saliva y me tomé unos instantes para pensarlo. Cuando hube meditado bien, esbocé una sonrisa y empecé a soltar aquel discurso:

—Desde niño siempre me ha gustado bailar. Mi madre me enseñó a hacerlo y me inculcó su pasión por la danza. Una de las razones por las que quiero entrar en esta escuela de baile es que mi madre fue alumna en su juventud. —Tuve que parar. Siempre que hablaba de mis padres sentía que me pondría a llorar. Yo era muy pequeño cuando murieron en aquel trágico accidente de coche y apenas los recordaba. Mas había algunos detalles que recordaba a la perfección, como el perfume favorito de mamá o la sonrisa de papá cada vez que miraba a mi madre. Los echaba mucho de menos—. Otra de las razones —volví a decir retomando toda la confianza— es que sé que quiero bailar, que lo amo con todo mi ser. Quiero ser bailarín y mejorar como tal. Sé que su escuela es de las mejores. Por eso quiero formar parte de ella.

La mujer pareció sorprendida.

—¿Eres el hijo de Isabelle Graham? Ya decía yo que tu apellido me sonaba de algo. Ella fue una estrella dentro del estudio. Tenía una técnica y un estilo envidiables.

—Era la mejor —estuve yo de acuerdo.

Apenas la recordaba, solo unos pedazos de mi infancia: la de veces que se

ponía a bailar en el salón de casa porque sí y cómo yo intentaba imitarla; su voz cantarina y su risa contagiosa, y la de veces que me cantaba cuando tenía miedo…

¿Por qué mis padres tuvieron que irse cuando yo era tan pequeño? ¿Por qué me dejaron solo y desamparado?

De nuevo volvimos a quedarnos callados. Hazel me estudió con la mirada con detenimiento, comprobando quizás que dijera la verdad.

—Quiero verte bailar —sentenció y, acto seguido, se puso en pie. Me hizo un gesto con la mano para que también me levantara—. Vayamos al salón F. He reservado la sala para ver cómo de bueno eres.

A medida que nos íbamos acercando a allí, me fui poniendo un poco nervioso. Esperaba que la coreografía que había preparado le gustara. La había estado ensayando durante un par de meses, cuando conseguí aquella audición. Esperaba que fuera lo suficientemente buena como para impresionarla. Quería dar mi ciento diez por ciento.

Rayos, ya estaba pensando como Maddie. A veces me daba miedo a mí mismo.

Cuando llegamos al salón, la señorita Williams me invitó a que pasara delante de ella y, cuando estuvimos los dos, se colocó frente a la pared de espejos y se volvió hacia mí. ¿En qué momento había cogido aquel cuaderno que tenía en las manos? Me estaba poniendo cada vez más nervioso. Tenía que impresionarla si quería que me admitieran en aquel estudio de baile.

Se sentó de espaldas a los espejos y centró toda su atención en mí. Contra todo pronóstico, esbozó una agradable sonrisa que me ayudó a relajarme.

—Quiero ver el calentamiento y esa coreografía de la que tanto me ha hablado. Puede comenzar, señor Graham.

Me situé en el centro de la gran sala de baile. Probé el suelo de madera luminosa y, después, me senté en el mismo para empezar a estirar los músculos. En todo momento sentía la mirada de Hazel Williams clavada en la nuca. Intenté no mostrar cuán aterrorizado y nervioso estaba, y seguí con lo mío hasta que me sentí preparado para dar lo máximo.

—Estoy listo para mostrarle la coreografía —hablé en cuanto me puse de pie. La directora estaba tomando apuntes con avidez. Me pregunté si ya habría hecho algo mal, si ella ya tendría su veredicto solo con verme estirar. Descarté esa idea de inmediato. Claro que no lo tenía. Era muy consciente de que para ver el potencial de un bailarín era necesario verlo bailar con el corazón y eso era lo que yo haría.

Antes de comenzar, me llevé dos dedos a los labios, después a las mejillas y

por último los lancé al cielo. Era mi ritual antes de comenzar, una manera de recordar y sentir a mis padres conmigo. Porque cada vez que bailaba era como si los tuviera allí, entre el público. Yo bailaba para ellos.

En cuanto la música empezó a sonar por los altavoces, empecé a moverme tal y como yo sabía hacerlo. Di lo máximo que podía, me esforcé en cada ejercicio y pirueta y cuidé que mi técnica fuera impecable. Cuando terminé, sentí que lo había hecho lo mejor que había podido, que había bailado como nunca lo había hecho. Estaba muy satisfecho conmigo mismo.

Pero la señora Williams no decía nada. Solo estaba allí sentada anotando lo que fuera en su dichoso cuaderno. ¿Acaso no lo había hecho tan bien como pensaba?

Estaba hecho un manojo de nervios cuando por fin dejó de redactar. Se levantó del suelo y caminó con gracia hacia donde estaba situado. Intenté descifrar su expresión en balde. Era tan indescifrable como la mayor de las cámaras acorazadas.

Apoyó su mano derecha en mi hombro y ahora sí que sonrió.

—Buen trabajo, muchacho. Está dentro. Tiene una técnica asombrosa, como la de su madre, y transmite una emoción cuando baila que pone a uno la piel de gallina. Muy pocos artistas logran eso. Debería estar muy satisfecho con su trabajo.

Juro que estuve a punto de hacer un mortal hacia atrás de la emoción. Madre de Dios, ¡había superado la prueba!

—Venga —continuó hablando la señora Williams—, quiero presentarle a sus compañeras. Muchas de ellas son grandes bailarinas y han trabajado con los mejores coreógrafos. —Hazel empezó a caminar fuera de la sala y se adentró por todo el estudio. La estructura del mismo me recordaba a muchos de los que había estado. En la planta baja había una infinidad de salas, incluido un taller de costura muy similar al que había en el *Hannah Brown Studio,* y una cafetería. Subimos al segundo piso por las escaleras y, tras recorrer un pasillo infinito, nos detuvimos frente a una puerta—. Antes de que se incorpore quiero que sepa que se espera de usted la excelencia. Si no trabaja lo suficiente se le sancionará y a la tercera sanción será expulsado. ¿Me ha entendido?

Tragué saliva en seco.

—Está bien, señora Williams. Antes de que me deje quisiera agradecerle la oportunidad.

Me dio unas palmaditas en la espalda.

—Sé que será un alumno ejemplar.

Y con estas palabras entró en el aula y cambió completamente su

comportamiento. En vez de mostrarse fría y distante como lo había hecho conmigo momentos antes, entró con una alegría y garbo que me sorprendieron. Estaba flipando tanto que no escuché sus palabras hasta que mencionó mi nombre.

Me adentré en aquella aula repleta de chicas. Estaba acostumbrado a trabajar con ellas, tanto en bailes en grupo como en tríos o dúos. Había muy pocos chicos bailarines.

—Chicas, quiero presentaros a vuestro nuevo compañero. Acaba de incorporarse al estudio y espero que le deis una buena bienvenida. —Que dejara de hablarme de usted me relajó. Ya no debería ser tan formal como antes, podría ser yo mismo—. Él es Kevin Graham. Quinn, lo dejo en tus manos.

La instructora de baile asintió con la cabeza y se despidió de ella con un movimiento de manos. Era una mujer bastante joven, no llegaría a los cuarenta (quizás tuviera menos). Su pelo marrón estaba recogido en un moño prieto. Me miraba con aquellos ojos azules como el hielo. Por su porte supe que sería una profesora muy estricta.

—Bienvenido a bordo, Graham. Te presento a tus compañeras.

Los siguientes minutos los invirtió en que conociera mis iguales. Cuando yo ya pensaba que había terminado, ¡oh, sorpresa!, alguien tocó la puerta y entró a toda pastilla.

—Llegas tarde, Woods —la recriminó.

—Lo siento. He estado haciendo un trabajo y...

Pero de pronto sus palabras se quedaron atascadas en cuanto nuestros ojos se encontraron. Abrí los míos tanto que casi se me salieron de las órbitas. No podía ser. ¡Madre mía, el mundo era un puto pañuelo!

Quien estaba allí, con la respiración agitada, era ni más ni menos que Hayley Woods.

Capítulo 6

Hayley

Dios mío, qué día llevaba. Se suponía que debía acudir a ensayar a las cinco de la tarde. Mierda. Había estado tan centrada en mis tareas de la universidad, haciendo aquel trabajo tan importante, que se me había ido la hora por completo. Había salido a todo correr de la residencia para coger el primer taxi que me llevara hasta el *Grace Dance Studio*. Cómo no, el día que más prisa tenía era cuanto más tráfico había. Por eso no me gustaba conducir y prefería mil veces el transporte público. Fui demasiado grosera con el pobre conductor y, tras reiterarle que acelerara, por fin llegué a mi destino. Le dejé una buena propina —al fin y al cabo, él no tenía la culpa de mi despiste— y bajé del coche a todo correr.

—Mierda —mascullé entre dientes después de tropezar con mis propios pies. Si es que una no podía andar con prisas.

Entré con la respiración entrecortada y, tras saludar a Amy —la recepcionista tan maja que teníamos— a toda prisa, subí como un rayo las escaleras y me metí en los vestuarios que estaban adheridos a la sala en la que me tocaba ensayar. Apenas tardé en cambiarme de ropa y en recogerme el pelo en dos moños.

Antes de entrar, toqué la puerta con miedo y entré a todo trapo. Joder, nunca había llegado tarde.

—Llegas tarde, Woods —me regañó la señora Quinn, mi instructora de baile.

En seguida empecé a vomitar mi excusa:

—Lo siento. He estado haciendo un trabajo y...

Pero me quedé muda al ver que en la sala no solo estaban mis compañeras habituales. Había un chico que yo conocía bien y, por unos segundos, me quedé sin habla, totalmente sorprendida de verlo allí. A ver, no me malinterpretéis: estaba muy contenta de tenerlo como compañero. Pero habiendo tantos estudios en Nueva York era increíble e impensable que coincidiésemos en el mismo.

—¡No acepto excusas, Woods! —Las palabras de Quinn me sacaron de mis pensamientos y me hicieron chocar de nuevo con la realidad—. Ya sabes las consecuencias de llegar tarde.

Hice un leve asentimiento con la cabeza y, saliendo de aquel estado de congelación en el que me había quedado, avancé hacia una esquina y me puse a hacer cien flexiones. Aquel era el precio que debía pagar por la tontería. Daba igual si estábamos estudiando, trabajando o haciendo cualquier otra cosa; debíamos cumplir con el horario. Solo podíamos faltar en caso de lesión o, en su defecto, si estábamos enfermas.

Quinn empezó a dar la clase de perfeccionamiento de técnica mientras yo hacía las flexiones y, al terminar, me uní al grupo con los músculos un poco adoloridos. Me puse junto a Erika Jennings, una de las mejores amigas que tenía en el estudio y de las mejores bailarinas que había conocido. Rompía con todos los estereotipos. Su fuerte era el ballet, aunque podía bailar cualquier género que le pusieras. Su piel negra me encantaba y aquel pelo azabache como la noche lleno de tirabuzones era la envidia de muchas chicas.

—Llegas tarde —susurró ella para que solo yo la escuchara.

Me puse colorada.

—Me he despistado. Se me ha olvidado poner la alarma y se me ha ido la hora.

Ella puso los ojos en blanco mientras hacía los ejercicios que Quinn nos mandaba.

—Excusas baratas.

Sabía que se estaba metiendo conmigo de la misma forma en la que yo lo hice cuando le pasó lo mismo. Por eso no me molesté. Además, me llevaba fenomenal con ella. Nos habíamos conocido cuando me pusieron en el mismo nivel de ballet que ella y desde el primer momento intentó ayudarme. Me daba consejos para mejorar la técnica o el equilibrio. Al principio solo nos veíamos en el estudio. Un día, en cambio, decidimos quedar y desde entonces nos habíamos prometido hacer una salida al menos una vez cada dos semanas. Tenía un año más que yo y estaba terminando los estudios musicales. Cantaba como los ángeles y tenía una voz especial, potente y armoniosa.

—¿Qué te parece el chico nuevo? —preguntó de pronto y le dio un repaso con todo el descaro.

Kevin estaba en la primera fila y desde nuestra posición teníamos una vista espectacular de su trasero. La camiseta sin mangas que llevaba mostraba sus brazos musculosos y bien trabajados por el ejercicio. Dios, Kevin era un hombre tan atractivo que sabía que seguía enamorada de él pese a los años que habíamos pasado separados. Una parte de mí seguía emocionándose cuando nuestras miradas se encontraban.

—¡Dios mío! —exclamó y en seguida le tapé la boca con las manos para que se callara. Lo que menos quería era llamar la atención—. Te has puesto roja. Veo que a alguien le gusta cierto chico.

Intenté apartar la mirada u ocultarme con el pelo, pero recordé que lo llevaba recogido y maldije por lo bajo.

—¿Por qué no lo dices más alto? Creo que en Australia todavía no te han oído.

Erika se tapó la boca, pero aquel gesto no le sirvió de mucho. Pude escuchar cómo se carcajeaba de mí la muy condenada.

Cuando la instructora nos lanzó una mirada recriminatoria, me puse seria y me centré en los ejercicios. Minutos más tarde, dio por terminada la sesión de estiramiento y nos hizo sudar la gota gorda durante las dos horas de clase. No nos dio ni un respiro hasta que se quedó satisfecha con nuestra técnica.

—Os veré mañana, chicos.

—¡Hasta mañana!

Me junté con Erika, Harriet y Autumn, mis amigas dentro del estudio. A pesar de que éramos un grupo de lo más variado, habíamos descubierto que teníamos muchas cosas en común. Mientras Harriet hacía un comentario sobre la clase, vi por el rabillo del ojo cómo Paris Olivier, la bailarina más talentosa, guapa y cruel del estudio, se acercaba a Kevin y empezaba a susurrarle algo mientras le ponía ojitos. Me dio una arcada. Paris y yo no nos llevábamos bien desde el comienzo. Puede que sin querer tropezara y le tirara mi batido de proteínas y que eso fuera todo un aliciente, pero ello no quería decir que lo hiciera a malas. Fue un acto inocente, pero, al parecer, ella creyó que quería quitarle su puesto de abeja reina dentro del estudio.

Entre nosotras existía una rivalidad avivada por las bromas crueles que me había visto obligada a aguantar, tales como romperme las medias de baile o utilizar pegamento en mi calzado. Era muy difícil lidiar con semejante monstruosidad, más cuando se era el objetivo de ella.

No sé en qué momento exacto Harriet dejó de parlotear y siguió mi mirada. Solo sé que emitió un bufido.

—Pobre de él. Creo que Paris lo ha metido en su lista.

Por supuesto. ¡Cómo no! Se creía la dueña del lugar y siempre se paseaba pavoneándose como si el mundo le perteneciera. Era la clase de persona que, si se encaprichaba de algo o de alguien, intentaba conseguirlo a toda costa. Sentí pena por Kevin. Él parecía estar siendo amable con ella porque, si mis recuerdos no me fallaban, desde pequeño había sido un tipo majo.

—Espero que no se pegue a él como un pulpo —comentó Autumn arrugando el morro con desagrado.

Paris era conocida por ser pegajosa como una lapa y malvada como la peor de las villanas. A todas nosotras nos había puesto piedras en el camino. Le gustaba destacar y ser el centro de toda la atención. Recuerdo que en el recital del año anterior me habían dado un papel importante en un número y ella tuvo que sobresalir como fuera. Era frustrante.

Cuando vi que Paris empezaba a revolverle el pelo a Kevin, no pude soportarlo más.

—¿Sabéis una cosa? ¿Por qué no vais yendo a clase? Hoy apenas he almorzado y me ha entrado un poco de hambre. Voy a pedir algo en la cafetería antes de la siguiente clase.

Pese a que mis amigas eran muy conscientes de que se trataba de una mera excusa, no pusieron objeciones. Se limitaron a despedirse de mí con mucho desparpajo.

Tenía quince minutos de descanso entre clase y clase y aprovecharía todo ese tiempo para mantenerme alejada de la perra de Paris. No me gustaba cómo me había sentido al verla toqueteando a Kevin. Se notaba que estaba incómodo. Aunque ¿quién no se sentiría así cuando se está invadiendo su espacio personal?

Lo mejor sería que me alejara cuanto antes.

Bajé a la planta baja y avancé por los pasillos cuyas paredes estaban recubiertas de trofeos de todas las clases, medallas y diplomas de gran importancia. Había fotografías de grandes bailarines. De pronto, una me llamó la atención. Se trataba de una mujer muy guapa. Tenía el pelo rubio recogido en un moño elegante y unos preciosos ojos grises, impactantes. Algo en ella me resultaba familiar, pero no sabría deciros el qué.

—¿Qué estás mirando? —preguntó una voz masculina muy cerca de mí, tanto que me asustó.

—¡Joder, George! —exclamé, llevándome una mano al pecho—. Eres sigiloso como un asesino en serie. ¿Debería preocuparme?

El muy listillo se rio de mí.

George era uno de los mejores bailarines del estudio. Me llevaba un par de años, aunque ello no quitaba que no nos lleváramos fenomenal. Desde el primer momento se había mostrado muy amable conmigo e incluso se había ofrecido voluntario para mostrarme el estudio de baile. Fue un gesto que aprecié. Además, fue él quien me presentó a Erika.

—¿Y bien? ¿Qué estabas mirando con tanto interés? —repitió.

Esbocé una sonrisita y le señalé la fotografía con la cabeza.

—No sé qué tiene. Es como si conociera a esa mujer, pero no sé de qué. Además, tampoco sé quién es —me expliqué.

Él se encogió de hombros.

—Todo tiene solución. Si está colgada en la pared es porque en su día fue una gran bailarina.

Torcí un poco la cabeza.

—Tienes razón. —Le di la espalda para admirar la imagen de nuevo. Esa sonrisa me resultaba familiar—. Solo es que siento que la conozco de algo.

George me pasó un brazo sobre los hombros y me atrajo a él. Me fue arrastrando poco a poco hacia la cafetería, que era el lugar al que me dirigía antes de pararme en el pasillo. Me acompañó hasta la barra y esperó pacientemente a que pidiera y el chico que atendía me sirviera. Después, se sentó en uno de los sofás y me hizo un gesto para que me uniera a él, cosa que hice sin oponer ninguna resistencia.

Estuve todo ese tiempo del descanso a su lado, charlando animadamente y relajándome de todo. La verdad es que me vino de perlas para desconectar y olvidarme de que el chico que me había robado el corazón estaba deambulando por mi paraíso.

***

Llegué muy tarde a la residencia, tanto que pensaba que Maya ya se habría ido a la cama. Tremenda fue mi sorpresa al ver que se estaba enrollando con Owen en el sofá de casa. Genial, qué gran escena me tocaba presenciar. No me gustaba joderles el momento, pero debía hacerlo si no quería vomitar arcoíris de lo empalagosa que era la escena.

Me aclaré la garganta. Pero ellos estaban tan en su mundo que ni siquiera me

oyeron.

—¿Podéis dejar de daros el lote en mi casa?

En ese momento los dos se despegaron con un sobresalto y Maya me fulminó con la mirada, lanzándome dagas de puro odio.

—¡Hayley!

Puse cara de niña buena.

—¿Qué?

Ella me tiró un cojín que esquivé carcajeándome de ella.

—Nos has cortado el rollo.

—Ese era el plan. —Le tiré un beso y un guiño.

—Eres una aguafiestas.

Me encogí de hombros.

—Es lo que hay. Debes asumir las consecuencias de compartir residencia conmigo.

—¿En qué momento de mi vida acepté?

Le volví a tirar un beso.

—Vamos, sabes que eres incapaz de vivir sin mí. Recuerda aquellas colonias de baile a las que fui y qué bienvenida me diste.

Recordaba aquel verano. Tenía doce años y me habían dado una beca para participar en un curso de verano intensivo de danza en Seattle. Estuve dos meses aprendiendo de los mejores bailarines y coreógrafos del país. Si bien para mí aquel tiempo se pasó como un suspiro, cuando regresé Maya se tiró a mis brazos y me hizo prometer que jamás me iría tanto tiempo.

Aquel verano fue cuando Owen y ella discutieron tanto que su amistad estuvo a punto de romperse. Creo que pasaron todas esas semanas sin hablarse hasta que a principios de curso se vieron obligados a compartir pupitre.

Maya no tenía muchos amigos; le costaba socializar. Era muy tímida y apenas hablaba con las chicas de clase. A medida que fuimos creciendo, más alejada estaba del grupo. Era muy estudiosa y estoy convencida de que gracias a ella había conseguido aprobar. Mi mejor amiga me ayudaba en todo momento, desde pequeñas explicaciones a tardes enteras de estudio. Que fuera tan lista no les gustaba a mis compañeros y lo tomaron como aliciente para marginarla. Pero ¿sabéis?, a ella le daba igual. Era feliz.

Por eso, cuando aquel verano yo me fui fuera y Owen se pasó todo el tiempo pasando de ella, me sentí un poquito mal. Sabía que no tenía a nadie con quien salir o hacer planes, puesto que sus dos únicos amigos no estábamos disponibles.

Por fortuna, Maya había hecho un grupo de amigas en la universidad y estaba saliendo con Owen. Yo ya había sospechado años atrás que acabarían

juntos y, es más, estuve *shippeandolos* en secreto durante años. Así que cuando mi mejor amiga me contó que estaba colada hasta los huesos por él le hice una especie de baile de la alegría.

—Pero eso fue diferente —se defendió—. Ya sabes que siempre me ha costado socializar. Prefiero un buen libro en una tarde de lluvia que estar con personas que me caen mal.

Era cierto. Yo la conocía lo suficiente para dar fe de ello.

—Excusas, excusas —me burlé.

Owen le pasó una mano por encima de los hombros y atrajo a Maya hasta su pecho.

—Además —la defendió él—, no fue un buen verano. Me comporté como un verdadero capullo con ella.

Al instante los ojos marrones de Owen se apagaron, quizá recordando lo vivido. Realmente yo no tenía ni idea de por qué discutieron. Di por sentado que sería una tontería, como las demás veces que se habían enfadado. Era consciente que convivir con la misma persona las veinticuatro horas del día no era tarea fácil. Yo lo había experimentado con mis hermanos, sobre todo con Andrew. Lo quería mucho, pero a veces era un plasta.

Maya le dio una palmadita en el pecho.

—No debes preocuparte por eso. Solo éramos críos.

—Ya, pero estuve sin hablarte por una gilipollez. Siento haber creído a Savannah en vez de a ti.

Mi mejor amiga lo calló con un beso.

—No pasa nada. Es agua pasada —lo tranquilizó ella.

Arrugué el morro al escuchar el nombre de Savannah. Ella era la chica popular de clase y recordaba que tenía a Maya atravesada. Siempre intentaba dejarla en ridículo y le gastaba bromas crueles. Recordaba que Kara y Álvaro, los directores del Moonlight, llegaron a denunciar al centro por no hacer nada. Realmente Maya lo pasó fatal en su adolescencia.

—Ya está, es agua pasada —repitió ella.

De pronto, Maya dio pequeños golpecitos con la mano en el asiento junto a ella en el sofá, invitándome a que me sentara a su lado. El resto de la tarde lo pasamos los tres juntos, viendo películas y cenando pizza grasienta de un restaurante que nos encantaba.

Capítulo 7

Kevin

La primera semana en el estudio fue complicada. Al ser el chico nuevo era la comidilla y mi nombre estaba en boca de todos. Intenté acercarme a Hayley —desde pequeños siempre habíamos bailado juntos y nos habíamos llevado fenomenal a pesar de la pequeña diferencia de edad—, pero Paris Olivier no se despegaba de mí y me llevaba de un lado para el otro.

Los maestros eran muy exigentes y estrictos, algo que yo prefería. Me gustaba que se me exigiera y trabajar en coreografías al mismo tiempo complicadas y bonitas. Era un hombre al que le gustaban los desafíos, qué se le iba a hacer.

Estaba encantado con mis compañeros, pero, en serio, debía pensar cómo quitarme a Paris de encima. Empezaba a agobiarme con sus claros intentos de coqueteo. A ver, sí, era preciosa, pero no era mi tipo. Aquella morenita de ojos azules y largas piernas no despertaba en mí aquello que yo buscaba en una mujer.

En definitiva, me encantaba el estudio y me sentía muy afortunado por estar en él. Lo que no me gustaba era mi grupo en la universidad. Bueno, a decir verdad, solo una persona: Jules Donaldson.

De pequeño, cuando tenía siete años, un matrimonio de Florida me acogió: los señores Donaldson. Eran una pareja unida y tenían un hijo. Mi yo de siete años, inocente todavía, se alegró de tener a alguien con quien jugar. Pero cuando los problemas comenzaron, cuando el dolor y el sufrimiento se convirtieron en mi

pan de cada día, lo único que deseaba era salir de allí, huir. Y eso hice. Escapé con las pocas pertenencias que tenía.

Jules se comportó fatal conmigo. Me hacía bromas pesadas, me pegaba siempre que podía y se burlaba de mi vestimenta. Al ser un niño de acogida, el Estado le daba a mi familia una pequeña pensión que, por supuesto, no gastaban en mí. Casi siempre vestía desaliñado, con ropas no acordes a la estación del año en la que se estaba. Recordaba haber ido a la escuela con un jersey finito cuando hacía un frío de la hostia.

Lo vivido no solo con aquel matrimonio sino con los demás me hizo escudarme en mí mismo y crear una barrera para con el resto. Me prometí que nunca nadie más me volvería a lastimar y no rompí ese escudo hasta que conocí a la gran familia Moon. Gracias a ellos poco a poco entendí lo que era ser querido y formar parte de una familia. Me enseñaron tanto que no hay día que no los recuerde. Incluso de vez en cuando les hacía una visita.

Por eso, el día que me di cuenta de que Jules Donaldson, aquel demonio que me hizo la vida imposible de pequeño, estaba en la misma carrera y en la misma clase que yo, supe que en mi vida pasada debía de haber sido alguien completamente cruel. De lo contrario, la vida no sería tan perra conmigo de nuevo.

Por fortuna, de momento no había tenido ningún altercado. Supuse que tenía la buena suerte de que el chaval no se acordara de mí. Pero, como siempre, me equivocaba.

Un día, tras volver de un fin de semana intenso, me encontré con él en los pasillos. La miradita de suficiencia que me lanzó no me gustó nada de nada. Supe que, en efecto, se acordaba de mí. Me miró de arriba a abajo como si fuera insignificante y esbozó una sonrisa de creído que me puso en estado de alerta.

—Vaya, vaya, vaya. Así que mi querido «hermanito» de acogida está en Nueva York. Interesante.

No me gustó nada cómo escupió la palabra «hermanito», el énfasis despectivo que noté en su voz.

Dio un paso en mi dirección, amenazante.

—Estás muy cambiado. No eres el niñito escuálido que recordaba.

Sonreí con orgullo. Era cierto. Los años de clases de baile y de ejercicio habían dado sus frutos. Tenía los músculos marcados y ya no era tan delgado como lo fui en el pasado por la desnutrición que viví en la gran mayoría de las casas de acogida. La dieta equilibrada que seguía y las vitaminas que tomaba me ayudaban bastante.

Me encogí de hombros.

—Es lo que tiene que hayan pasado los años. Llevo sin verte, ¿qué?, ¿quince años?, ¿dieciséis?

—Puede ser.

No podía estar más alerta a sus movimientos. Sentía que pronto me atacaría a la yugular, como cuando éramos pequeños. A pesar de llevarnos dos años, de ser yo mayor que él, siempre tuvo las de ganar. Sus padres siempre se ponían de su lado y no sabían lo bicho que era cuando no estaban presentes ni cómo me trataba. Aunque ellos tampoco es que fueran unos santos. Recuerdo los gritos y las tareas hasta altas horas de la madrugada, los insultos.

Es una etapa de mi vida que me gustaría olvidar.

—No pensaba que el tontito de clase acabaría estudiando una carrera.

Cuando la primera pulla salió de aquel pozo de mierda que tenía por boca, cuadré los hombros.

—Ya ves. No soy tan tonto.

Pero eso no pareció importarle.

—Bueno, algo lento sí que debes de ser si estás estudiando la carrera con, ¿cuántos?, ¿veinticuatro?

Me encogí de hombros.

—He estado trabajando. Además, lo mismo puedo decir de ti. Tienes veintidós años. Si fueras tan inteligente como alardeas, ¿no deberías haber terminado ya tus estudios?

Los ojos grises de Jules se oscurecieron y por un momento temí por mi vida. Aquella mirada era la misma que tenía cada vez que hacía una travesura. Tragué saliva con fuerza.

Por fortuna, Jules no llegó a decir nada más. Una Hayley sonriente apareció en mi campo de visión. El verme con Jules no la amedrentó. Siguió avanzando a paso rápido hasta colocarse junto a mí. Me saludó exclusivamente con un «buenos días» y su sonrisa contagiosa se me pegó a los labios.

—Vaya, mira a quién tenemos aquí. Si es la reina del hielo —se burló con descaro ese engendro. Le lanzó una mirada de odio y, después, centró toda su atención en mí—. ¿Sabes? No deberías juntarte con personas como ella. Es más fría que un témpano de hielo.

Tensé la mandíbula mientras daba un paso hacia delante.

—¿Tú qué sabrás? ¿Acaso la conoces bien? Veo que sigues siendo el mismo chico prejuicioso de siempre —la defendí. Nadie se metía nunca con mis amigos.

—Veo que Kevin Graham sigue siendo el mismo idiota, defendiendo continuamente a los más débiles —se burló Jules.

Puse los ojos en blanco. Ya estaba empezando a perder la paciencia.

—Mira, Jules, tengamos la fiesta en paz. Hagamos como que no nos conocemos de nada y pista. Tú por tu lado y yo por el mío.

Él dio un paso hacia delante. Me miró tan despectivamente que me puso los pelos de punta.

—Más quisieras.

Me empujó con tal fuerza que me tiró al suelo. Entró en el aula como si lo que acabara de hacer fuera lo más gracioso del mundo. Idiota.

Hayley se puso en cuclillas y me revisó preocupada.

—¿Estás bien?

Me toqueteé el trasero e hice una mueca de dolor.

—Sí, solo ha sido una caída de nada.

Aquella rubia bufó.

—Jules es un gilipollas. Se cree el rey y dueño del mundo.

—¿No me digas? No me había dado cuenta.

Hayley me ayudó a ponerme de nuevo en pie y tiró de mí en dirección a la clase.

—Vamos, no quiero llegar tarde. Si no, la señora Lay no nos dejará entrar.

***

Todavía no podía creer el hecho de que Jules Donaldson estuviera no solo en la misma universidad en la que estudiaba, sino cursando la misma carrera que yo. Era impensable, casi imposible. Joder.

Mascullé una maldición cuando perdí el equilibrio al hacer un *fouetté en tournant*. Descansé un tiempo apoyado contra la pared, intentando calmar mi aún agitada respiración.

Mierda. No podía dejar que mi pasado influyera en mi presente de nuevo. ¿Acaso no lo había superado ya? Por supuesto que era feliz viviendo con Christina y Venus, pero en ocasiones sentía que las pesadillas que tenía eran tan reales que me agobiaban. Ya no eran tan comunes, pero seguía teniéndolas. Había noches en las que me despertaba gritando o que simplemente sentía que volvía a ser aquel niño indefenso.

Le di un puñetazo a la pared, frustrado porque no me saliera un paso tan simple y básico como aquel. Debería controlarme, ya era bastante adulto como para hacerme cargo de mis propios asuntos.

Solté un bufido y me dejé caer contra la pared hasta acabar completamente sentado en el suelo. Unos golpecitos en la puerta y unos pasos me hicieron alzar la cabeza. Sentía los ojos húmedos, escocían. ¿En qué momento me había puesto a llorar? ¿En qué momento me había derrumbado, había derruido aquellos muros que había ido construyendo de pequeño?

—Dios mío, tesoro. ¿Ha pasado algo?

Escuchar aquella voz tan familiar y dulce tan cerca de mí me tranquilizó en parte. Confiaba plenamente en ella.

Christina se dejó caer a mi lado y me acurrucó contra su pecho. Dejó que llorara hasta que sentí que me quedaba sin lágrimas. Sus manos acariciando mi pelo con ternura y su voz tranquilizadora lograron que mi respiración agitada se fuera regulando poco a poco y que mi pequeño ataque desapareciera.

—Ya está, ya pasó. Todo saldrá bien —me decía ella.

Pero yo sabía que no era cierto. Desde el mismo instante en el que había visto a Jules supe que se avecinaban los problemas, que estaba jodido.

—No, mamá —negué yo.

Nos separamos y ella me obligó a mirarla a los ojos. Estaba seria y preocupada al mismo tiempo. Me posó ambas manos en los hombros y esbozó una sonrisa que intentaba calmar mis nervios y mi ansiedad.

—Claro que sí. Cualquier obstáculo con el que nos encontremos lo superaremos juntos.

Sus palabras eran tan esperanzadoras que quise creerla, quise creer el hecho de que se hiciera justicia y que los malos no ganaran nunca. Pero esto es la vida real y, por desgracia, las injusticias estaban a la orden del día.

Sus manos me apretaron con más fuerza los hombros y su mirada se volvió más intensa, más expectante.

—¿Ahora me vas a contar qué ha pasado?

Tomé una gran bocanada de aire e intenté tragar el nudo que tenía en la garganta. Asentí levemente con la cabeza. Abrí la boca para contarle todo, pero sentí que las palabras se me quedaban atascadas en la garganta. Volví a intentarlo, pero nada. ¡Qué frustración! Por suerte, en el tercer intento, las palabras salieron en tropel.

—¿Te acuerdas lo que te conté sobre mi pasado?

—¿Cómo olvidarme de algo así, tesoro? Viviste una salvajada cuando eras un niño tan pequeño. —Sus manos volaron hacia mi pelo y lo ordenaron como pudieron. Era una muestra de cariño que siempre tenía conmigo y que yo apreciaba. Sus ojos tan expresivos se apagaron, recordando quizás todo lo que le había contado.

Tuvimos aquella charla un tiempo después de que fuera adoptado. A ver, lógicamente, Kara y Álvaro la pusieron al tanto del asunto en cuanto al maltrato que había vivido, pero no sabía los detalles. Cuando sentí que podía confiar en ella plenamente, decidí contárselo todo. Sin haberlo previsto, Christina se había ganado un hueco en mi corazón.

—¿Recuerdas que cuando era pequeño estuve en casa de un matrimonio que tenía un hijo unos años menor que yo? Los Donaldson —seguí hablando. Sentía la lengua pastosa y la garganta seca, como si hubiese tragado arena a palo seco.

—Fue de los peores momentos de tu vida, sí. Me acuerdo. Te hicieron mucho daño.

Ahora sus manos estaban tocándome la cara. Siempre con aquel deje de cariño y ternura que tanto la caracterizaba.

—Pues por cosas de la vida debo compartir clase con él.

Mamá se llevó las manos a la boca con sorpresa, sus ojos empañándose de lágrimas también. Un pequeño grito de horror se le escapó de los labios.

—Lo sé, yo tampoco pude creérmelo —escupí.

Mamá me atrajo de nuevo hacia sus brazos y me dio un gran abrazo. Sentí que lloraba en silencio, al igual que yo. Me aferré a ella con todas mis fuerzas. Su perfume siempre me había transmitido seguridad y su calor me relajaba de una manera sorprendente. Puede que ella no fuera mi madre biológica, pero sí que era mi madre de corazón.

—Tesoro, lo siento tanto. Debe de ser tan duro —escuché que sollozaba.

Me separé y me pasé las manos por el pelo con frustración.

—Lo es. No ha cambiado nada. Sigue siendo el mismo demonio de siempre. Lo peor es que se mete con Hayley siempre que puede y la llama de esa manera tan despectiva que me enerva.

Una chispa que no me gustó nada brilló en los ojos claros de ella.

—Había olvidado que Hayley también estaba en tu clase. La próxima vez que la veas dile que se pase por casa siempre que quiera. Hornearé unas galletas e incluso podría hacer una de mis famosas tartas que tanto os gustan a Venus y a ti.

Esbocé una pequeña sonrisa, la primera de aquel día.

—Se lo diré. —Suspiré—. Jules es un gilipollas.

Mamá me dio una palmada en el pecho con desaprobación.

—Cuida ese vocabulario, señorito. No quiero que Venus las repita. Bastante me ha costado que deje de comportarse como una salvaje como para que ahora empiece a repetir palabrotas.

—Está bien. —Le di un pequeño abrazo y un beso sonoro en su mejilla—.

Gracias, mamá. Te quiero mucho.

Ella me devolvió ambos gestos con una pequeña risita.

—Yo también te quiero, tesoro. Recuerda que siempre puedes hablar conmigo de lo que sea.

Dejé que me acurrucara de nuevo entre sus brazos y disfruté de ese pequeño momento madre e hijo que tanto necesitaba.

Capítulo 8

Hayley

El tiempo fue pasando y poco a poco llegaron los temidos parciales. Me costaba horrores centrarme en los estudios y sentía que a medida que los días pasaban, me iba agobiando cada vez más. Repetía como un papagayo la teoría mientras hacía ejercicio tras ejercicio de baile. No podía estarme quieta para estudiar.

Mas pronto me di cuenta de que mi método de estudio era una mierda y no me serviría de mucho. Suspendí el parcial de la señora Hayes. Os juro que había estudiado mucho y que sabía la teoría de pe a pa. Miré con rabia mi examen lleno de garabatos en rojo. Un cuatro con noventa y cinco, sería cabrona.

A mi lado Michi estaba feliz de haberlo aprobado y Kevin sonreía complacido. Genial.

Esperé a que todos salieran para acercarme a la mesa de la señora Hayes. Aquella mujer menuda era todo un grano en el culo cuando se lo proponía. Había visto cómo Jules, Presley y su grupito de amigos se largaban vitoreando por haber pasado la prueba cuando en realidad todos sabíamos que no estudiaban. Estaba claro que el pertenecer a uno de los equipos importantes de la universidad los hacía inmunes mientras que al resto nos podían dar por saco. Era muy injusto.

Me aclaré la garganta cuando llegué a su mesa grande y oscura de cerezo. La señora Hayes alzó su mirada de unos apuntes que había sacado para aprovechar, supuse, el periodo de descanso.

—Katy Rooth, ¿qué quiere?

Reprimí el impulso de poner los ojos en blanco. Estábamos a mitad de cuatrimestre y ni siquiera sabía cómo me llamaba. ¡Cómo no!

—Hayley Woods —recalqué mi nombre—. Me gustaría saber cómo puedo recuperar el examen.

Aquella anciana entrelazó los dedos y me miró intrigada.

—Lo siento, pero ha suspendido la prueba definitiva. Irá a extraordinaria.

No, no podía ser. No podía permitirme perderme un maldito mes de verano por culpa de esa bruja injusta. Por lo general, los veranos asistía a cursos avanzados de danza, *masterclass* y demás eventos. Es más, ya había programado varios y no quería cancelarlos por un estúpido examen.

—¿Hay algún modo de que pueda tener una segunda oportunidad sin tener que ir a la evaluación extraordinaria? Verá, me han dado una beca de baile en una de las más prestigiosas escuelas de ballet del país y...

Pero la señora Hayes no me dejó terminar.

—Lo siento, pero no sería justo para el resto de sus compañeros.

Reí en su cara. ¿En serio me estaba hablando de justicia la persona más injusta que había tenido la desgracia de conocer? Todos sabíamos que solo aprobaban los favoritos y los privilegiados. Le encantaba joder a sus alumnos y, por desgracia, yo le caía mal. Lo supe el día que sin querer llegué un par de minutos tarde a su clase y me echó fuera por el retraso. Pero, claro, cuando Presley llegó unos minutos después, dejó que se quedara.

—Por favor —supliqué—. Le juro que si me pone el examen mañana lo aprobaré. He estudiado mucho e incluso podría soltarle ahora mismo todo lo que sé sobre su asignatura.

No era una mujer a la que le gustara rogar, pero, oye, si con eso conseguía que me diera una segunda oportunidad antes de ir extraordinarias, lo intentaría.

No sé si fue mi cara de desesperación o si aquel día le di tanta pena, pero pronto la expresión seria de mi profesora se transformó por completo. Soltó un gran suspiro.

—Mire, señorita Woods, si promete dejarme en paz ahora mismo, le repetiré la prueba este viernes. Pero le aseguro que será mucho más difícil y que, si no la supera, irá a extraordinarias se queje usted lo que se queje. ¿Me ha entendido bien?

Esbocé una gran sonrisa.

—Ajá.

—Puede irse.

No tuvo que repetírmelo dos veces. Salí pitando de allí sin borrar aquella sonrisa de alivio de mis labios.

***

Tenía exactamente cuatro días para preparar el examen. Aproveché todo el tiempo libre que tenía para repasar los apuntes, pero sentía que por mucho que estudiara no aprobaría aquel dichoso examen. La profesora me tenía en el punto de mira.

A dos días de la prueba, Michaela me preguntó entre clase y clase:

—¿Qué tal llevas la recuperación?

Bufé. Era una negada para los estudios y me costaba horrores sacar buenas notas. No necesitaba que profesores como la señora Hayes me pusieran la zancadilla.

—Fatal. No creo que lo apruebe.

Kevin, que había estado escuchando la conversación, me miró intrigado.

—No sabía que se te dieran tan mal los estudios —comentó. Al ver que lo miraba con mala cara, alzó las manos a modo de rendición—. Recuerdo que de pequeña siempre sacabas buenas notas, o eso decían tus padres.

Me encogí de hombros.

—Digamos que tengo problemas de concentración. En seguida me distraigo y me pongo a pensar en mis cosas si el tema no es lo suficientemente atractivo. Por lo general, necesito estar haciendo otra cosa para poder centrarme, como estirar o escuchar un poco de música —me expliqué. Mis problemas de aprendizaje no eran algo que supiera todo el mundo. Es más, prefería que el grupito de los populares no se enterara. Bastante tenía con aguantar a Jules y a su novia.

—¡Hala! No tenía ni idea.

Esbocé una pequeña sonrisa.

—No te preocupes. No es que sea un problema grave, pero sí que me imposibilita muchas cosas a la hora de estudiar.

Kevin hizo una mueca. Lo conocía lo suficiente para saber que no se había contentado con mi respuesta. En fin, volví a centrar toda mi atención en los apuntes del tema dos de la asignatura que impartía la señora Hayes hasta que Kevin habló de nuevo.

—Si quieres, puedo ayudarte. No es por alardear, pero saqué un nueve y medio.

Lo miré de hito en hito.

—¿Por qué coño no lo has dicho antes?

Él se encogió de hombros.

—¿Sabes? No me gusta alardear de una buena nota delante de una persona

que ha suspendido, más si es mi amiga. No es de buen gusto.

—Ya, ya. Pero ya ves lo estresada que está Hayley. Podrías haberte ofrecido antes —arguyó Michi. Por la expresión de Kevin, Michaela debía de haberle lanzado una de sus miraditas reprochadoras. Como estaba sentada entre los dos no pude verla.

—De todos modos —dijo él revolviéndose en su asiento—, si quieres, podemos quedar esta tarde en mi casa y te ayudo con el examen. Debo cuidar de Venus esta tarde.

—¿Qué hay del entrenamiento?

—Esta mañana he llamado para avisar que faltaré. Piensa en lo bien que te vas a sentir cuando consigas superar la asignatura de esa vieja chocha. —Lo miré con sorpresa—. ¿Qué? ¿Acaso soy el único que se ha fijado que la señora Hayes pone las notas como le sale de la punta de las narices? Porque, seamos sinceros, te conozco lo suficiente como para saber que no eres una mujer que suspende los exámenes. He visto cómo tomas notas e incluso aprovechas las horas muertas para ir a la biblioteca. Sinceramente, estoy un poco cansado del trato injusto.

Michi y yo nos miramos con complicidad y, al mismo tiempo, empezamos a reír. Era exactamente lo mismo que pensábamos nosotras de aquella profesora.

—Bienvenido a bordo, señor Graham —le solté yo con todo mi desparpajo.

Michaela me dio unas pocas palmaditas en la espalda.

—La pobre Hayley no es que sea la alumna favorita de esa mujer. ¿Sabes que le tuvo que suplicar que le hiciera la recuperación? No quería ir a la evaluación extraordinaria porque le han ofrecido una beca de baile.

Kevin esbozó una gran sonrisa. Dios, era tan guapo. Ahora entendía por qué sentía toda esa vorágine de emociones cuando lo tenía tan cerca.

—¡Hala! ¿Te han dado una beca?

Que me observara con tanta atención provocó que mis mejillas se tiñeran de escarlata. Mi corazón, de pronto, empezó a latirme con fuerza, tanto que pensaba que toda la clase escucharía su cántico. Esa mirada color chocolate me tenía tan hipnotizada que no me di cuenta de que me estaba diciendo algo.

Michi me dio un coscorrón.

—¡Hayley! ¿Me estás escuchando? —preguntó él. Avergonzada, dije que no con la cabeza. Él soltó una gran carcajada y con mucha paciencia, repitió—: ¿Quieres que te ayude con la asignatura esta tarde? No pasa nada con que faltes un día a los ensayos. —Me guiñó el ojo con picardía.

Uf, ¿era yo o hacía calor allí dentro?

—Está bien. Llamaré y diré que lo que resta de semana no podré ir.

***

Quedé con Kevin a las cinco menos cuarto. Según me había contado, almorzaría en la universidad y se quedaría hasta esa hora porque todavía le quedaban por hacer un par de trámites aburridos por el traslado. Le había dado la dirección de la residencia femenina y habíamos quedado en vernos en la salida de la misma a esa hora. Iríamos a buscar a su hermana pequeña a las cinco y, después, pasaríamos la tarde estudiando.

Por suerte, los miércoles salíamos pronto de clase. A la una y media ya estaba caminando apresuradamente por los pasillos atestados de estudiantes. Tenía ganas de llegar al pequeño apartamento y prepararme el almuerzo. Además, tenía tiempo suficiente para darme un baño relajante. Sentía que lo necesitaba.

Dejé las llaves en el pequeño cuenco de cristal que había en la entrada y me deshice de mi calzado. Me puse las zapatillas de casa y fui directamente a la cocina. Dejé la mochila en la mesa y fui directamente a la nevera para prepararme algo rápido. Mientras cocinaba, me llegó un mensaje de Maya. «Estoy de camino, bombón. Me muero de hambre y de cansancio. ¿Te apetece ver una película cuando vuelvas del ensayo? Necesito desconectar».

Mientras la salsa carbonara se hacía, tecleé la respuesta. «Hoy no iré. He quedado con Kevin para estudiar en su casa».

El siguiente mensaje vino escrito en mayúsculas y lleno de emojis de todas las clases. «Así que irás a casa de ese tío tan guapo por el que se te cae la baba» y al final añadió el emoticono de la mirada pervertida y el de la luna oscura. Emití una gran y estruendosa carcajada.

«Para estudiar», recalqué. «Tengo el examen el viernes y él me va a ayudar. Ha sacado una de las notas más altas de la clase. Además, estará cuidando de su hermana pequeña».

Le había contado a Maya todo lo referente a Kevin, desde lo que sentía por él hasta el reencuentro repentino. Incluso le había comentado que éramos no solo compañeros de clase, sino que también lo éramos de estudio.

Mi mejor amiga no me respondió, aunque no hizo falta. Unos pocos minutos después estaba entrando por la puerta.

—Qué bien huele. —Maya se acercó a la cocina olisqueando el aire—. ¿Te he dicho alguna vez que te amo?

Sonreí da lado.

—No, nunca —mentí.

Mientras terminaba de hacer la pasta, Maya puso la mesa de la cocina y,

cuando estuvo listo el plato, nos lo serví. Nos pusimos al día mientras almorzábamos. Ella me contó que un chico de su clase no paraba de molestarla y de decir que sus diseños eran horribles. Del mismo modo, la zorra de su tutora de prácticas le había mandado hacer un encargo muy importante de última hora y eso la estaba estresando demasiado.

Cuando la conversación giró en torno a mi quedada con Kevin, Maya no paró de tomarme el pelo.

—Así que vas a tener una cita con ese hombre tan guapo.

—¡Maya! Te recuerdo que tienes novio. Además —recalqué—, es una cita de estudio.

Ella puso los ojos en blanco.

—Sí, claro. Sabes que no te vas a concentrar teniéndolo tan cerca. Estarás pensando las distintas formas de verlo sin camiseta.

Me empecé a poner colorada y, a modo de venganza, le tiré un trozo de pan.

—¡No seas pervertida! Además, no sería la primera vez que lo vería sin camiseta.

Era cierto, en nuestra infancia le había visto muchas veces el torso desnudo. Casi siempre que hacía un solo, sobre todo cuando ya estaba entrando en la adolescencia y empezaban a marcársele los músculos, solía salir a escena sin camiseta.

Maya me clavó sus ojos marrones como el chocolate derretido. Una gran «o» se formó en sus labios. Solté una estruendosa carcajada.

—Aunque seguro que ahora está mucho más bueno que antes. Las camisas que lleva resaltan mucho sus brazos y dan a entender que es un hombre musculoso.

Una sonrisa pícara se le formó en los labios.

—Te gusta mucho.

Claro que me gustaba. ¿No era obvio? Me sentía tan tonta a su lado, con las emociones totalmente revolucionadas. El corazón me latía con fuerza cuando sentía su mirada sobre mí y cuando decía mi nombre no podía evitar estremecerme.

—Me gusta —repetí yo—, me gusta demasiado. Me siento muy atraída por él.

Mi mejor amiga dejó los cubiertos sobre el plato y me lanzó una miradita acusatoria.

—¡Dios mío! Estás poniendo ojitos soñadores.

Le tiré otro trozo de pan.

—Los mismos que pones tú cuando estás con Owen y no te digo nada —

rebatí.

Ella puso los ojos en blanco.

—Tonterías.

Sí, claro.

Después de almorzar y guardar todos los trastos en el lavavajillas, desperdigué en mi rincón del salón todos los apuntes que tenía y, mientras estiraba, empecé a repasar todo lo que sabía y que entraba en el examen. Estuve tan ensimismada que cuando Maya me tocó el hombro pasado un tiempo, me dio un susto de muerte.

—¡Joder! Eres sigilosa como un ninja.

La muy desgraciada se empezó a reír de mí.

—No has visto tu cara. Ha sido muy buena.

La fulminé con la mirada.

—¿Qué querías? —le pregunté desde el suelo, sentada como estaba con las piernas completamente estirada.

—¿No se supone que habías quedado? Si no mueves el culo es muy probable que llegues tarde.

Me levanté como un resorte, como si me hubiese sentado en una silla llena de clavos. Mierda. ¿Dónde tenía la cabeza? Para la próxima vez me pondría una alarma, lo juraba.

Recogí todos los papeles del suelo y, diez minutos más tarde, salía a todo tren por la puerta. Tenía un mensaje de Kevin anunciando su llegada. Cuando estaba cerrando la puerta de mi miniapartamento, vi cómo Presley llegaba por el pasillo. Tenía la fortuna de tenerla de vecina de enfrente. Iba a tal velocidad que casi la atropello.

—¡Mira por dónde vas, gilipollas! —vociferó ella.

Mascullé una disculpa y seguí por el pasillo hasta las escaleras.

—Perdón, perdón, perdón —me disculpé en cuanto lo vi apoyado en el respaldo de un banco. En frente de la residencia femenina estaba la masculina y, uniéndolas, había una pequeña plaza llena de bancos que rodeaban una gran fuente coronada con la estatua de la creadora de dicha universidad, Catrine Culppeper—. Siento llegar tarde. No suelo ser así, lo juro. Estaba...

Kevin cortó el vómito verbal que estaba escupiendo.

—No pasa nada, no te preocupes.

Hizo un gesto con la mano indicando que empezara a caminar. Mientras avanzábamos hacia el parking trasero, él sacó las llaves de su coche y jugueteó con ellas.

—Has estado bailando, ¿verdad?

Lo miré con sorpresa.

—¿Cómo lo has sabido?

Él señaló mi cara con el índice.

—Tienes las mejillas rojas. Siempre se te quedan así después de cada entrenamiento.

Sus palabras provocaron que mi pobre corazón diera un vuelco. No sabía si el que se fijara tanto en mí era bueno o no. ¿Significaba eso que me había estado observando?

No hablamos mucho en todo el trayecto hasta la pequeña escuela a la que asistía su hermana pequeña. Os lo confieso: estaba un poco nerviosa por conocer a Venus. ¿Sería de la clase de niña repipi? ¿O, por el contrario, congeniaría bien con ella? ¿Le caería bien?

—No te preocupes, aprobarás el examen.

Sonreí y lo miré. Kevin tenía la mirada puesta en la carretera. El recinto escolar ya se veía a lo lejos y varios coches estaban esperando para entrar en el aparcamiento de la escuela.

El colegio *Good Village School* era una institución pública. Por lo que pude comprobar cuando conseguimos aparcar, no solo era una escuela de primaria. Veía chavales de instituto también y niños de preescolar. El patio de la escuela elemental estaba lleno de colores llamativos. En el suelo había pintados varios juegos infantiles y el mural de las paredes era muy acogedor.

Llegamos justo a tiempo. En ese mismo momento la sirena sonó con estruendo y, pasados unos minutos, los niños salieron acompañados de sus maestros. Cuando los de primero de primaria salieron, divisé una cabellera rubia. Sonreí. Christina no había cambiado nada en el año y medio que llevaba sin verla. Un poco antes de mudarme a Nueva York nos había hecho una visita. Estaba muy guapa y se la veía en su salsa.

Pronto los de segundo salieron y una niña muy mona vino corriendo hacia nosotros gritando:

—¡Kevin!

Se abrazó a él como si temiera perderlo. Kevin la subió entre sus brazos y giró con ella, provocando que la pequeña Venus riera con estruendo.

—¿Qué tal lo has pasado, abejita? ¿Has aprendido mucho?

Kevin le dio un beso en la frente y Venus frotó su nariz contra la de su hermano.

—Mucho, mucho. Ahora entiendo mejor las cosas. Segundo está chupado.

Una pequeña sonrisa se instaló en mis labios, recordando cómo yo con su

edad pensaba lo mismo que ella. Si bien tuve mis problemas, conseguí superar todos los cursos académicos.

—¿Ves cómo sabía que no iba a ser tan difícil? —Él le hizo cosquillas a ella y la pequeña se revolvió entre sus brazos—. Además, si tienes dudas, yo siempre te ayudaré.

Kevin la depositó de nuevo en el suelo, sonriendo. Al parecer, Venus era su punto débil. Interesante saberlo.

De pronto, aquella niñita se dio cuenta de mi presencia. Clavó sus grandes y expresivos ojos en mí y me miró con detenimiento.

—¿Tú quién eres? —preguntó con aquella vocecita tan característica de los niños pequeños.

Me puse nerviosa. Sentí un sudor frío recorrerme la espalda. Joder, me subía a escenarios y bailaba delante de muchas personas, pero, no, Hayley Woods solo se ponía nerviosa ante la mirada seria de esa pequeña. Asombroso, simplemente asombroso.

A mi lado Kevin emitió una serie de carcajadas. Lo fulminé con la mirada.

—No me mires así. —Alzó las manos a modo de rendición. A continuación, se acuclilló y se puso a la misma altura que Venus—. Abejita, te presento a Hayley, una amiga y compañera de la universidad. Hoy viene con nosotros a casa porque tiene que estudiar para un examen muy importante.

La cría seguía analizándome con la mirada envuelta en un halo de seriedad que me puso aún más de los nervios. Sentía el corazón desbocado. Seguro que ya le había dado una mala impresión.

Sin embargo, y para mi sorpresa, la niña esbozó una sonrisa de oreja a oreja de un momento a otro. Se separó de su hermano y se acercó a mí sin borrar aquella mueca tan adorable de sus labios. En cuanto se puso a mi altura, me agaché. Ella me rodeó el cuello con sus brazos y me dio un sonoro beso en la mejilla que me dejó patidifusa.

—Encantada. Soy Venus.

Le toqueteé las puntas de sus dos trenzas con ternura.

—Es un placer. ¡Qué guapa eres! ¿Dónde has comprado esa camiseta tan molona? Te sienta fenomenal.

La niña amplió aún más su ya enorme sonrisa y, soltando una risita, fue donde su hermano, colocándose tras él.

—Eh, ahora no vengas con que te da vergüenza responder. Que te conozco.

Otra risita por parte de la niña.

—Me la ha comprado mamá —habló por fin. Tocó de manera distraída las

lentejuelas que había bordadas en el interior del corazón sin perder la sonrisa de niña buena que tenía—. Es mi camiseta favorita.

—No me extraña que sea tu preferida. Es muy chula. Seguro que en casa tienes ropa así de bonita. A las niñas guapas hay que vestirlas monas siempre.

La pequeña de ocho años salió de su escondite y se acercó a mí. Se volvió hacia su hermano y soltó:

—Me cae bien.

***

—No puedo, te juro que no puedo.

—Vamos, Hayley. Es mucho más sencillo de lo que piensas.

Dejé con fuerza el bolígrafo con el que había estado jugueteando sobre la mesa con mucha más fuerza de la que quería.

—Que te digo que no puedo. Suspenderé y no podré asistir a ese dichoso campamento de verano —me quejé yo.

—Dios, qué dramática eres. A ver, ¿te sabes la teoría? Sí. Lo que te pasa es que te cuesta mantenerte quieta cuando te pido que redactes un apartado. Seguro que por eso te ha suspendido, porque no te ha dado tiempo a completarlo. ¿Por qué no le preguntas si puedes hacerlo de manera oral?

Lo miré como si fuera tonto de remate.

—No me va a dejar. Dirá que sus métodos de evaluación son los adecuados.

Kevin se quedó un rato callado, pensativo. Creí en serio que no volvería a decir nada más, pero me sorprendió tras un minuto de silencio.

—¿Hannah no te hacía los exámenes teóricos orales? Recuerdo que siempre te llevaba a otra aula.

Era cierto. También en el colegio. Fue un método que empezó a utilizar una profesora al ver que así me era más fácil soltar toda la teoría que había almacenado en mi mente. Gracias a ella, el resto empezó también a hacerme ese tipo de exámenes. Fue mi salvación.

Chasqueé la lengua.

—Pero Hannah me conocía muy bien y sabía que sí había estudiado. La señora Hayes, en cambio, piensa que soy una inútil.

Kevin me miró a los ojos con total seriedad. Entrelazó los dedos e irguió el cuerpo.

—Mira, Hayley, creo que eres una mujer muy inteligente. Deberías hablar mañana con ella para que te haga el examen así. Sé que si le dices que te cuesta concentrarte...

—Me mandará a la mierda —lo corté yo. Kevin abrió mucho los ojos y echó una mirada por la estancia. Por suerte, Venus no estaba y no había escuchado mi palabrota—. Lo siento. Se me olvidaba que había una niña pequeña.

Sonreí como un angelito. Él chasqueó la lengua.

—No importa. Lo que sí que es importante es que le cuentes tu problema. Si no, tomaré cartas en el asunto.

Iba a añadir algo más, pero Venus entró en el salón como si fuera un torbellino, cargando un libro.

—¡Kevin, Kevin, Kevin! ¿Me ayudas, porfi? No entiendo qué tengo que hacer.

Su hermano colocó una silla a su lado y se puso a ayudarnos a las dos. En un momento dado, me encontré babeando secretamente por él al verle en modo hermano mayor. Era una de las muchas facetas que me gustaban de él.

—¡Hayley! —me advirtió al darse cuenta de que estaba distraída de nuevo. Argh.

—Perdón, perdón, perdón.

Me centré de nuevo en mis apuntes. Pronto el tiempo fue pasando y, de repente, la puerta del apartamento se abrió y un gran y sonoro «Hola, tesoros» se escuchó por todos los rincones. Al instante, Venus salió disparada hacia donde Christina estaba.

—¡Mami!

—¿Cómo te has portado? Espero que muy bien, eh. Y más te vale haber hecho todos los deberes.

Me volví en el momento justo en el que Christina elevaba a Venus en brazos y le daba un sonoro beso. Esbocé una sonrisa tierna al verlas así de unidas. Venus enterró la cabeza en el cuello de su madre y soltó una risita infantil.

—Claro que he hecho los deberes. Kevin y Hayley me han ayudado mucho.

Era cierto. Cuando Kevin se había ausentado para ir al baño, la niña se había acercado a mí para pedirme ayuda. No entendía uno de los problemas que su profesora de matemáticas le había ordenado hacer y yo se lo había explicado de manera más visual y menos enrevesada.

En cuanto la cría me mencionó, los ojos verdes de ella se posaron en mí. Me encontraba en la mesa del comedor, con todos los apuntes desperdigados a mi alrededor. La verdad era que el tiempo se había pasado volando.

Kevin se levantó para recibirla con un abrazo, y yo fui tras él. Cuando me

llegó el turno, creí que moriría por asfixia.

—Mírate. ¡Qué mayor que estás! Cuéntame. ¿Cómo has estado? ¿Te van bien las clases? ¿Y el baile?

—Mamá, déjala respirar. ¿No ves que la estás agobiando?

Ella puso los ojos en blanco.

—Es un poco tarde, Hayley. ¿Quieres quedarte a cenar con nosotros? Luego Kevin te acompañará a casa, no te preocupes.

—Oh, no hace falta. Yo...

—¡Sí! Quédate, porfi, porfi —exclamó Venus. Me puso esos ojitos que ponían los niños cuando quieren salirse con la suya, y lo consiguió.

—Está bien. —Sonreí—. Pero no puedo volver muy tarde. Mañana tenemos clase.

—¡Yupi!

Así fue cómo acabé ayudando a Christina con la cena y comentando historias del pasado mientras disfrutaba de aquella agradable velada. Cuando ya la noche estaba bien entrada, Kevin me llevó a casa en su coche. Tras aparcar, nos miramos unos segundos en silencio.

—Gracias por traerme y por lo de esta tarde.

Él le restó importancia con la mano.

—No tienes que dármelas. Para eso están los amigos.

Tenía razón, toda la razón.

—Debería irme ya. Maya estará preocupada por mí. Nos vemos mañana, Kevin.

Hice amago de bajarme del coche, pero él me retuvo.

—Espera, yo...

Pero calló y estuvo en silencio tanto tiempo que me desesperé. Acarició con los dedos mi mejilla y aquel simple gesto provocó que mi pobre corazoncito diera un gran vuelco y que mi pulso se disparase hasta tal punto que creí que sufriría un infarto.

—¿Yo qué? —lo animé a seguir.

Pero acabó negando con la cabeza.

—Nada. Ten dulces sueños, Hayley. ¡Hasta mañana!

Me bajé del coche confusa. ¿Qué era aquello que Kevin había querido decirme pero que al final no se había atrevido?

Antes de entrar, me volví hacia el lugar en el que había aparcado y lo pillé mirándome. Esbocé una sonrisa tímida y, antes de meterme, lo despedí con la mano. Suspiré con el corazón desbocado. ¿Qué tenía aquel chico que alborotaba

todo mi sistema?

Capítulo 9

Kevin

Madre del amor hermoso. Había estado a punto de soltarle a Hayley lo mucho que me atraía. Llevaba semanas soñando despierto con ella, sin poder sacármela de la cabeza. ¿Cómo hacerlo cuando la chica más guapa de la universidad fue en su día mi compañera de estudio? ¿En qué momento aquella niñita pequeña se había convertido en semejante belleza?

Hayley Woods era la mujer más bella que había visto jamás. De pelo del mismo color que el oro, lo tenía entre ondulado y liso. Aquellos ojos azules tan brillantes me tenían enloquecido y esos labios cereza me tentaban cada día más.

Sentía que ella tenía dos facetas: aquella que mostraba en la universidad y otra muy diferente fuera de ella. En clase podía ser muy distante y fría con sus compañeros, y quizás por eso muchos la habían apodado reina del hielo por esa actitud. Podría ser. Solo se mostraba como era realmente con aquellas personas en las que confiaba plenamente. Con Michaela, Maya, Owen y conmigo era la misma Hayley que había conocido años atrás, la que de verdad me gustaba.

Porque estaba seguro de que el motivo por el que mi corazón latiera con fuerza solo con verla, de que me sintiera nervioso con su presencia y de que me sintiera un torpe a su lado se debía a aquellos sentimientos que estaban empezando a florecer en mi interior.

Me asustaban, joder. Tenía miedo de no verla solo como a una amiga, de verla como a algo más. Estaba más que claro que ella solo me veía como un

amigo. Lo odiaba. No sé si sería capaz de verla con otro chico que no fuera yo.

Di otra vuelta en la cama y me quedé mirando el techo. Llevaba horas así, sin poder pegar ojo. Pensaba en Hayley constantemente, más desde que había ido a casa y conocido a Venus. Dios mío, mi hermana no solía mostrarse así de abierta con un extraño nunca. Por lo general, necesitaba días, incluso semanas, para poder sentirse en confianza. Hayley había sido la única que había logrado aquello con mi hermana. Durante la cena había sido consciente de cómo esa niñita intentaba llamar su atención y cómo esta última la mimaba. Venus había estado en su salsa.

Di otra vuelta y miré la hora. Genial, eran las tres y media de la madrugada. Puf.

¿Por qué no podía quitármela de la cabeza? ¿Qué era aquello que tanto me atraía de ella? ¿Cómo...?

Pero un grito infantil me hizo volver a la realidad. Todas mis alarmas saltaron y pegué un gran bote en la cama. En cuanto fui consciente de que el chillido venía de la habitación de Venus, me puse en marcha. Todo estaba a oscuras. Tropecé con mis zapatillas y me di un golpe sonoro en el pie que me hizo mascullar una maldición.

Al entrar en el cuarto de mi hermana, prendí la luz. Ella gritaba hecha un ovillo. Estaba dormida y estaba completamente seguro de que estaba teniendo una pesadilla. Me subí en su cama e intenté de despertarla.

—Abejita, soy yo, Kevin. Estás teniendo una pesadilla. Es solo una pesadilla.

Pero ella no parecía oírme. La puerta del cuarto se abrió y una Christina alarmada entró en la estancia.

—Vamos, pequeña. Es solo un mal sueño. No es real.

Mamá se sentó en el otro lado de la cama y empezó a acariciarle el pelo lleno de sudor.

—¡No! ¡No! —gritaba. Lágrimas se escapaban de sus ojos.

—Tesoro, no es real —intentó calmarla mamá—. Es solo un sueño.

Entre palabras tranquilizadoras conseguimos despertarla. En cuanto sus ojos se abrieron, se abalanzó sobre mí y empezó a llorar a moco tendido. Murmuraba palabras inconexas. La apreté contra mi pecho. Aquello no era una pesadilla normal, no como las de cualquier niño pequeño. Ella había vivido cosas realmente atroces en su infancia.

—Yo... yo...

—Tranquila, preciosa. Ya estás a salvo, ya no sufrirás más —susurré en su oído. Ella se apretujó más contra mí, en busca de cobijo.

—No me dejéis sola. No... no...

Christina nos abrazó a los dos. Le dio un beso en la coronilla y la arrulló con mimo.

—Nunca volverás a estar sola. Para bien o para mal eres parte de la familia Price. Puede que ninguno de los tres seáis mis hijos, pero yo os quiero como tal. Sois mi pequeño tesoro y te prometo que podrás contar conmigo siempre, sea el problema que sea.

No sé cómo conseguimos calmarla. Venus estaba alteradísima y, poco a poco, se fue relajando. Mamá nos dio un beso en la mejilla a cada uno antes de expresar:

—Creo que lo que esta pequeñina necesita es un buen chocolate caliente. —Dio unos pasos hacia la puerta, pero antes de cruzarla, se detuvo y se volvió hacia nosotros—. ¿Me ayudáis?

—¡Claro!

Tras tomarnos aquella bebida, le prometí a Venus que dormiría con ella. Así que me tumbé a su lado. Tras contarle un cuento, cayó seca. Estuve un rato verificando que no volviera a tener otra pesadilla y, una vez estuve seguro de que no se repetiría, me acomodé entre las sábanas.

Menuda nochecita. Entre no parar de pensar en Hayley y el ataque de pánico de Venus… Me pregunté si estaría ya dormida o si, por el contrario, tendría insomnio como yo. Con esos últimos pensamientos, me quedé profundamente dormido.

***

De camino a la universidad llamé a mi hermana mayor para contarle lo sucedido.

—Hola, pequeño demonio —saludó al tercer tono.

Sonreí al escucharla decir ese mote que me había puesto. De pequeño les hice la vida imposible a mis hermanos del Moonlight y, debido a ello, me había ganado a pulso aquel apelativo. Con el tiempo, Maddie había empezado a llamarme así de manera cariñosa.

—Qué pasa, Maddie. ¿Cómo estás? Hace unas semanas que no te veo el pelo.

Desde el otro lado de la línea me llegó un ruidito de lo más mono de su parte.

—He estado a mil cosas. Entre los ensayos para el *show,* cuidar a Clara y demás apenas he tenido tiempo para respirar.

—¿Qué tal está ese pequeño terremoto?

—Está creciendo muy rápido y no quiero. Es mi bebé.

Sonreí al escuchar aquella nota amorosa en su voz. Clara era mi sobrina favorita —bueno, era mi única sobrina hasta el momento— y la quería con locura. Tenía poco más de dos años y se parecía una barbaridad a Eric, aunque también tenía ciertos rasgos propios de su madre.

—¿Cómo están Christina y Venus? Prometo haceros una visita pronto, en cuanto tenga un rato libre.

Le conté con todo lujo de detalle lo acontecido la noche anterior y, cuando terminé, mi hermana ahogó un grito.

—¡Dios mío! ¿Otra vez? Pobre criatura. ¿Cómo está ahora?

—Mucho mejor. Dejé que durmiera conmigo y la he llevado al colegio. Aunque me preocupa que se repitan tanto últimamente. Es como si su mente la obligara a recordar su pasado una y otra vez. Me pone los pelos de punta.

—Es espeluznante. Jod... Jopetas.

—Está Clara contigo, ¿verdad? —adiviné.

—Aquí mismo. Espera, te la pongo. Te aviso que aún no entiende que al otro lado de la línea estás tú, pero bueno —divagó. De pronto, cambió el tono a uno mucho más dulce—. Hermosa, mira quién está hablando con mami.

Se escuchó un pequeño corte y, después, una risa infantil llenó mis oídos.

—Di «hola» —le susurró su madre.

—¡Holla! ¿Quen eles?

—Princesa, ¿cómo estás?

—¡Tito Evin!

Sonreí al escucharla. Clara era muy pequeña todavía para saber pronunciar bien mi nombre.

Estuve hablando con ellas el resto del trayecto en manos libres y, al llegar, me despedí de las dos prometiendo visitarlas lo antes posible. Maddie, Eric —su marido— y su pequeña vivían también en Nueva York. Mi hermana estaba trabajando en una gran obra que se estrenaría pronto en Broadway, su gran debut. Estaba tan orgulloso de ella. Y pensar que gracias a Maddie había podido seguir aprendiendo el arte del baile…

—Debo colgar. Os quiero. ¡Dadle un gran beso a Eric de mi parte!

—También te queremos, ¿verdad, Clara?

—Ti. Te quelo muto.

***

A la hora de comer, antes de ir a buscar a Hayley, quedé con mi mejor amigo, Derek Foster. Él era el hijo del gran Logan Foster, el fundador de una de las editoriales con más prestigio del país. Estaba terminando su máster de empresariales y al mismo tiempo trabajaba como mensajero en la empresa de su padre.

—¿Qué es de tu vida, señor ocupado?

Derek se dejó caer en la silla vacía que había frente a mí, bandeja en mano.

—Lo mismo digo. No te veo el pelo desde hace dos semanas. ¿Cómo estás?

Él hizo una mueca.

—Bien, tirando. Ya sabes, estoy un poco hecho mierda desde que lo he dejado con Alison, pero dentro de lo que cabe estoy bien.

Mi mejor amigo había estado saliendo con una chica muy manipuladora. Desde hacía ya un tiempo ellos dos no habían parado de discutir y, finamente, Derek había tomado la decisión de dejarlo con ella. Cuando estaba con Alison no era él mismo. Intentaba complacer todos sus caprichos tontos. La verdad era que a mí no me había caído bien nunca. Sentía que no era la indicada para él.

Le di una palmadita en el hombro con afecto.

—No te preocupes, tío. Ya encontrarás a la definitiva en el futuro. No es que tengas prisa ni nada por hallarla, ¿verdad? Disfruta ahora que puedes de tu soltería.

—No sé si he tomado la decisión correcta —confesó—. Quizás debería hablar con ella para...

Dejé los cubiertos en la mesa con más fuerza de la deseada y lo encaré.

—¿Hablar con ella? ¿Para qué? ¿Para que juegue contigo como si fueras un muñeco? Yo creo que estás mucho mejor sin ella. Te veo más relajado y centrado en lo que te gusta.

Derek se encogió de hombros.

—Tal vez tengas razón. No discuto y paso más tiempo con mi familia que antes. Alison absorbía el poco tiempo que tenía.

—No pienses en ella ahora. ¿Qué tal tus exámenes?

Y nos vimos envueltos en una charla agradable en la que las exnovias estaban vetadas. Sabía que Derek no había superado aún la ruptura y que le costaba horrores verla en la universidad, más cuando la veía salir con uno de sus amiguitos. La muy cabrona intentaba poner celoso a mi mejor amigo saliendo con varios chicos de su clase. Eso no se hacía, no era para nada ético. Terminado el

almuerzo, nos quedamos un rato más en el campus hasta que, pronto, tuve que ir a buscar a Hayley. Nos despedimos con un abrazo y prometimos quedar con más frecuencia.

—Si necesitas cualquier cosa, llámame.

—Lo tendré en cuenta, Kevin. —Miró su reloj y masculló una maldición—. Ahora debo irme. He quedado con mi hermana. ¡Nos vemos!

***

—¿Has hablado ya con la señora Hayes sobre la posibilidad de que hagas el examen oral?

Hayley soltó el bolígrafo con el que sus dedos estaban jugueteando y me miró. Soltó una serie de bufidos.

—He hablado con ella, sí. Al principio no quería darme ese privilegio y he tenido que recurrir a mis padres. Ellos le han contado mi problema de no estarme quieta y ella ha accedido a darme esa oportunidad siempre y cuando saque más de un siete y medio.

—¡Será zorra! —exclamé.

—¡Mamá, Kevin ha dicho una palabrota! —gritó Venus saliendo disparada en busca de Christina.

—Mierda —mascullé y me tapé la boca con las manos.

Hayley se rio de mí.

—Me temo que ahora mamá me echará uno de sus sermones en cuanto te vayas. —Sonreí con culpabilidad—. Christina no quiere que hable mal delante de Venus. Si bien es una niña muy buena, no quiere que repita malas palabras.

Nos quedamos callados y en silencio unos minutos. Habíamos estado estudiando casi toda la tarde en mi casa. Yo había insistido. Estaríamos más cómodos, aseguré. Mi madre nos había preparado una merienda deliciosa. En total la tarde se me había pasado en un suspiro.

—Creo que estoy lista para superar el examen. Siento que he estudiado mucho y que ahora que puedo hacerlo oral podré demostrarle a esa mujer que no soy una rubia tonta como ella cree. Soy mucho más lista de lo que aparento.

Ahora fui yo quién le lanzó una mirada plagada de preocupación.

—¿Acaso te han dicho algo así en el pasado?

Ella apretó los labios y desvió la mirada. Oh, no. Eso sí que no. Posé mis

dedos en su mentón y la obligué a mirarme de nuevo.

—Digamos que no es la primera vez que alguien piensa que no soy lista solo porque me cueste más tiempo que al resto aprender o que he repetido un curso. Pero, no te preocupes, no es algo que tenga importancia.

—Pues yo creo que siempre has sido muy lista. —Aquellas palabras salieron solas de mis labios, sin que las llegara a procesar del todo—. Eras la niña que más rápido se aprendía las coreografías, la que sacaba buenas notas en clase y la que siempre ayudaba a sus compañeras más pequeñas.

—Cuando pasé a la secundaria todo se complicó —confesó. Soltó un pequeño suspiro con desánimo—. Me empezaba a costar superar las asignaturas y los profesores en vez de ayudarme decían que era una vaga, que podría dar mucho más si me esforzaba. Pero ¿sabes?, me pasaba todo el tiempo estudiando.

No tenía ni idea de que debido a su problema de concentración las había pasado canutas en el instituto.

—Por suerte, en cuanto se descubrió que podía demostrar en un examen oral que había estudiado y que sabía la teoría, todo fue mucho más fácil. —Se quedó callada unos segundos. Se mordisqueó el labio con preocupación y, antes de hablar, se pasó la mano por el pelo—. Solo espero hacerlo bien mañana. No quiero que la señora Hayes piense que me ha dado la oportunidad en balde.

No sé en qué momento exacto pasó, pero de repente había acercado mi silla a ella. Me senté de lado y la miré a los ojos con intensidad. Estaba reteniendo unas pocas lágrimas. Sabía lo que era sentirse así, como una persona inútil que no sabe hacer nada en la vida. Con suavidad, le pasé los dedos por aquel rostro tan bonito, su piel suave revolucionando cada célula de mi cuerpo. Sus ojos brillantes como zafiros se oscurecieron y sus labios tentadores me invitaban a pecar.

—Hayley, eres la mujer más maravillosa que conozco. Superarás la prueba con creces.

—¿Cómo estás tan seguro?

Una sonrisa se instaló en mis labios.

—Simplemente lo sé.

Capítulo 10

Hayley

Estaba de los nervios. Sentía que me jugaba todo en aquella prueba y que debía dar lo mejor de mí misma. Durante las primeras horas de clase estuve tomando apuntes, sospechosamente calmada. Pero en cuanto la hora de la señora Hayes comenzó, me empecé a alterar. Se suponía que no haría el examen hasta la hora del descanso, así que estaría toda la hora incapaz de concentrarme. Fabuloso.

Pasados treinta minutos de clase, Kevin se inclinó hacia mí y me susurró:

—Todo irá bien. No tienes que preocuparte de nada.

Era muy fácil decirlo. Suspiré de manera imperceptible y me centré en lo que aquella vieja chocha parloteaba sin parar. Cuando la clase terminó, esperé a que todos salieran. Michi me deseó toda la suerte del mundo y Kevin me dio un abrazo amistoso que provocó que mi pulso se desbocara.

Avancé lentamente hacia la mesa de la señora Hayes. Tragué con fuerza el gran nudo de nervios que se había instalado en mi garganta y me repetí mentalmente que todo saldría bien, que no debía preocuparme de nada. Recordé las palabras que mi hermano mayor Eric me repetía siempre: «Eres una Woods, enana, y los Woods nunca fracasan».

Sonreí al pensar en él. Hacía bastante que no lo veía. Entre la universidad y el baile apenas tenía tiempo para mí misma. La noche anterior había hablado con papá y mamá, pero solo un pequeño rato. Dylan estaba de guardia, según me dijeron, y Andrew había salido con su pareja. Eric, en cambio, vivía en Nueva

York junto a su mujer e hija. De pequeña siempre fui una gran fanática de Madison (y os confieso que todavía seguía siéndolo). Aprendí mucho de ella en todo el tiempo que nos dio clases.

Llegué con el corazón y el pulso a mil por hora. «Eres una Woods y los Woods nunca fracasan». Repetí mentalmente esas palabras para armarme de valor. Realmente me importaba aprobar aquel examen.

—Señora Hayes, estoy lista.

Aquella mujer se acomodó en su silla y me lanzó una de sus miraditas severas. Me indicó con un gesto de la mano que tomara asiento y, tras hacerle caso, entrelazó los dedos por encima de la mesa.

—Bien. En ese caso, comencemos.

***

—¡Kevin, Kevin, Kevin! ¡He aprobado!

Arrollé al pobre en el pasillo, cuando salí como una exhalación. Pero ¿cómo no hacerlo cuando le había demostrado a aquella profesora tan gruñona que se equivocaba conmigo? Hayley Woods no era tonta, no señor.

Kevin se aferró a mis brazos y me alzó. Di vueltas en el aire, riendo de felicidad. No me lo podía creer. Estudiar tanto había merecido la pena.

—¡Felicidades! Ya sabía yo que bordarías la prueba.

Cuando mis pies tocaron de nuevo el suelo, me solté un poco de su agarre con las mejillas encendidas.

—Me ha dicho que me pondrá la nota que he sacado hoy. ¡Me va a poner un nueve!

Él y yo chocamos esas cinco.

—Así me gusta, nena.

Nos reunimos con Maya y Owen en el comedor y entre risas les conté que ya no debía preocuparme más por el estúpido examen de Periodismo Social. Ya era libre.

—Me alegro un montón por ti. —Maya me dio un gran abrazo. ¿Os he dicho ya lo cariñosa que era?

—¡Eso es fantástico! Enhorabuena.

Owen y yo chocamos puños, un saludo que empezamos a hacer con diez años porque creíamos que era muy guay.

Por la tarde, volví al estudio de baile. La verdad era que estaba un poco

nerviosa. Me había perdido dos días de ensayo y no me gustaba estar retrasada o atrasar al grupo porque yo no me supiera los pasos. Estábamos practicando una coreografía que mostraríamos en el recital anual de la compañía de baile. Todavía quedaba tiempo y muchas cosas por pulir si queríamos brillar sobre el escenario.

Llegué puntual, como siempre. Me cambié y fui la primera en entrar en la sala que se nos había asignado al grupo avanzado para ensayar. La señorita Quinn Forest, la instructora de mi grupo, estaba ya esperando. En cuanto me vio, me dedicó una gran sonrisa.

—Woods, ¡qué alegría verte! ¿Has aprobado ese examen que te tenía tan preocupada?

Lo bueno del estudio era que todos los profesores eran muy considerados con aquellos estudiantes que compaginaban sus estudios con la danza. Era muy importante que aquellos que quisieran participar en sus programas de verano y anuales superasen una media determinada. Por suerte, gracias al nueve que me había otorgado la señora Hayes no tendría problema con ello.

—¡Sí! Hoy he tenido la prueba y la he superado con creces.

—Me alegra que el haber faltado a un par de clases haya merecido la pena —comentó. De pronto, se puso seria y yo me erguí prestándole toda mi atención. Avanzó unos cuantos pasos, hasta quedar a un escaso metro de mí. Oh, oh. ¿Me habría metido en algún lío?—. Escúchame, quiero que cuando termine la jornada te reúnas en mi despacho, ¿lo has entendido? Quiero hablar contigo sobre algo que es muy importante.

Tragué saliva en seco, temerosa de sus palabras.

—Está bien. Te veré a las nueve entonces.

Las puertas de los vestuarios femenino y masculino se abrieron y de ella fueron entrando mis compañeros. La señora Quinn los fue observando uno a uno y cuando estuvimos todos nos ordenó que estirásemos por nuestra cuenta. En seguida me situé al lado de Harriet, Erika y Autumn. Por el rabillo del ojo vi cómo la pesada de Paris se acercaba a Kevin y no pude evitar que mi estómago se revolviera. Dios sabía lo poco que aguantaba a aquella mujer.

—HayHay, qué alegría verte por aquí —soltó con mucho entusiasmo Erika. Aquel mallot blanco le resaltaba la piel oscura y le sentaba como un guante.

—¿Cómo te ha ido ese famoso examen? ¿Ya lo has hecho? —Autumn levantaba la pierna por encima de su cabeza, completamente estirada.

—Por supuesto que lo he superado. En cuanto me ha dejado hacer la prueba de manera oral todo ha sido pan comido —les respondí con una gran sonrisa en los labios mientras hacía mis ejercicios de calentamiento.

Pasados unos minutos, la señora Forest nos ordenó que hiciéramos una serie de ejercicios y, tras estos, nos hizo reunirnos a su alrededor. Mientras nos observaba en silencio a cada uno, sentí que mis nervios iban incrementando. ¿Qué sería aquello tan importante que debía decirnos? ¿Qué querría comentarme en privado? Joder, me estaba poniendo histérica.

—Bien, chicos. Como ya sabéis, quedan unos pocos meses para el recital anual del *Grace Dance Studio*. Tenemos tres coreografías grupales que son fabulosas, pero eso no es suficiente. Quiero llevar un solo de cada uno de vosotros y un par de duetos adicionales. —Aquel evento era muy importante no solo para la compañía; era la oportunidad de los alumnos de demostrar de qué pasta estaban hecha. Era emocionante y, al mismo tiempo, estresante—. El primero será para Erika y Paris. —Quinn las miró con detenimiento—. Será una coreografía de ballet. Sé que Erika se destaca en ese género y que es uno de los puntos fuertes de Paris. Quiero que os luzcáis. —Las dos asintieron, aunque sabía que Erika estaba quejándose internamente. Paris y ella habían tenido una gran discusión hacía poco.

»Mi último dueto será un baile latino con acrobacias y lo harán Kevin y Hayley. Por lo que veo, ya habíais bailado juntos antes y, según me ha contado Hannah Brown, erais pareja hace años. Espero que esa química no la hayáis perdido.

Espera, espera, espera. ¿Kevin y yo bailaríamos juntos? Uf, ¿era yo o hacía calor allí? ¿Me estaría poniendo colorada?

—¿Por qué ella va a bailar con él y yo me tengo que conformar con Erika? —se quejó Paris como si fuera una niña pequeña.

Puse los ojos en blanco.

—¿Acaso no escuchas? ¿O quizás eres sorda? —rebatí yo encarándola—. Kevin y yo ya tenemos experiencia bailando juntos. Nos conocemos a la perfección y, además, el estilo va acorde con las coreografías que solíamos bailar en los concursos. No sé si lo sabrás, pero llegamos a ganar más del noventa por ciento de las veces.

No era una mujer que soliese alardear de sus logros, pero en aquella ocasión lo veía necesario. Paris Olivier era la personificación del mismísimo diablo y cuando se emperraba podía ser todo un grano en el culo.

—¡Eso no es justo!

—Te estás comportando como una niña malcriada —la reprendió Erika.

—O sea, yo debo bailar con alguien que no está a mi altura, pero Hayley tiene el privilegio de hacerlo con él. No es justo.

Bufé.

Por suerte, la señora Forest intervino.

—Mira, señorita Olivier, tienes suerte de que te haya tenido en cuenta para un dueto. No todos tus compañeros tienen esa oportunidad; así que en vez de quejarte deberías estar agradecida. Recuerda que tan fácilmente como te lo he dado podría quitártelo y poner en tu lugar a otra compañera.

Aquella castaña insoportable infló mucho los mofletes con frustración.

—Está bien.

Los rasgos maduros de nuestra instructora se iluminaron con una sonrisa.

—En ese caso, comencemos. Woods, Graham, al centro de la pista.

***

El ensayo fue uno de los más duros que había tenido en toda la temporada. Quinn nos había machacado tanto a Kevin y a mí que juro que no sentía los pies. Habíamos aprendido más del cincuenta por ciento de la coreografía y puedo asegurar que era una de las más complejas que había realizado en mi carrera de bailarina. Tenía muchos saltos y vuelos sobre mi pareja, y todos ellos requerían de la confianza del uno en el otro.

Cuando se terminó el ensayo, estaba satisfecha con mi trabajo y estaba deseando llegar a casa y darme un baño caliente. Mas pronto me di cuenta de que mi jornada aún no había terminado. «Mierda», pensé al recordar que aún me quedaba una reunión pendiente con mi profesora de baile. Maldije entre dientes al mismo tiempo que terminaba de ducharme. Sí, estaba pensando en darme un baño caliente cuando ya me había quitado todo el sudor de encima. Pero, en serio, lo necesitaba.

Entré con cierto temor en el ala en el que estaban los despachos y toqué con decisión la puerta del despacho de la señora Forest.

—Adelante —escuché desde dentro. Tomé una larga bocanada de aire para darme las fuerzas necesarias para afrontar aquel desafío.

Cuando entré, vi que mi instructora estaba sentada frente a su escritorio. Había unos papeles en su mesa que no llegué a ver. Las paredes estaban repletas de trofeos de gran importancia. A decir verdad, era muy afortunada de recibir clases de la gran Quinn Forest, una bailarina que había sido una de las más grandes de su época. Por desgracia, una lesión grave provocó que se retirara de los concursos y que se dedicara a la enseñanza. Había visto vídeos de ella cuando era pequeña. Recordaba que siempre intentaba imitarla en casa. Cuando supe de

su accidente de coche, hacía ya varios años, me entristecí tanto que le envié una carta contándole que ella era mi modelo a seguir.

Me senté en uno de los dos sillones que había frente a ella y me aclaré la garganta.

—¿Querías hablar conmigo?

Ella esbozó una amplia sonrisa.

—Sí, Hayley. Pero debemos esperar un poco más. La otra persona a la que he convocado no ha llegado todavía. Quiero hablar con los dos sobre una propuesta que quiero haceros.

¿Qué propuesta? ¿De qué estaba hablando? ¿Debería trabajar con otro compañero o compañera del estudio en algún proyecto extra?

—¿Con quién más quieres hablar?

Pero antes de que ella pudiera contestar, alguien tocó la puerta y, tal y como había hecho conmigo, Quinn le dio permiso para entrar. Abrí mucho los ojos cuando reconocí esa cabellera rubia, aún húmeda por la ducha, y aquellos ojos marrones como el chocolate derretido.

Joder.

¿Acaso nunca lo perdería de vista? Desde que nos habíamos reencontrado, haría ya casi un mes, era como si no pudiésemos dejar de vernos. ¿Qué hacía él allí? ¿Por qué Quinn nos quería a los dos?

Kevin acababa de entrar y se estaba acomodando en el sillón que había a mi lado.

Nuestra profesora entrelazó los dedos y nos miró a los dos con curiosidad. A saber qué idea descabellada se le había pasado por la cabeza a aquella mujer.

—Bien, ahora que estáis los dos aquí, es hora de que me explique.

Kevin me lanzó una mirada interrogante, la misma que le devolví yo. Estaba igual de perdida que él.

—¿Qué hace ella aquí?

—No, ¿qué hace él aquí?

Quinn parecía que se estaba divirtiendo a nuestra costa. Intentó ocultar una sonrisilla en balde. Sería cabrona.

—Quiero proponeros algo —habló por fin tras pasados unos segundos de silencio—. He visto que sois de la misma universidad, la Universidad de Catrine, ¿verdad? —Hizo una breve pausa mientras nosotros dos asentíamos con la cabeza —. Bien. He visto que vuestra universidad está organizando un concurso de talentos y he pensado que sería buena idea que os inscribierais.

—¿Un concurso? —inquirí yo. No tenía ni idea.

Quinn nos pasó unos folletos que decían:

¿Te gusta cantar? ¿Tienes un grupo de música y os queréis dar a conocer? ¿Bailas? ¿Actúas?
¡Anímate y participa en la decimoquinta edición del Premio Jóvenes Talentos! El ganador se llevará treinta mil dólares. Para más información, visite nuestra web o llame al teléfono que aparece a continuación.

Tuve que leerlo dos veces más para asimilar y captar el mensaje. Sería fantástico tener la oportunidad de participar, pero no estaba completamente segura de si sería capaz de compaginar mis estudios con el baile y con el concurso, si podría con tanta presión. Muy pocos sabían lo competitiva que era y lo mal que llevaba la derrota.

—¿Qué me decís? Según lo que me ha contado Hannah, erais muy buenos y habéis ganado concursos de gran importancia. No creo que sea para tanto.

Ahora fue Kevin quien habló.

—Lo que pasa es que Hayley y yo llevamos años sin trabajar juntos. Desde que me mudé no nos hemos vuelto a ver hasta ahora. No creo que sea muy bueno...

Pero nuestra instructora lo calló con una mirada severa y aquellas palabras que me calaron muy hondo:

—Mirad —habló mirándonos al uno y al otro alternativamente—, por lo que he podido observar, esa chispa que teníais en el pasado sigue encendida. Kevin, sabes a la perfección cuándo Hayley va a ejecutar un movimiento. Hayley, confías plenamente en tu compañero. Al menos intentadlo.

Miré a Kevin, dubitativa. Por un lado, me gustaba la idea de volver al ruedo, a los concursos. Llevaba muchos años inactiva y los echaba un poco de menos. Por el otro, en cambio, sentía que la presión podría conmigo y que, al final, todo caería sobre mí como si fuera un castillo de naipes.

Pero cuando mis ojos se entrelazaron con los de él, sentí un pequeño cosquilleo en mi interior. Me moría de ganas de volver a bailar con él, de sentir esas mariposas traicioneras en mi interior.

—¿Podemos pensarlo? —preguntamos al mismo tiempo él y yo.

—Por supuesto. El cierre de la inscripción no es hasta dentro de dos semanas. Pero, en serio, creo que deberíais participar, al menos por los viejos tiempos.

Con esas palabras la buena mujer nos despachó y yo me fui de ahí con un mar de preguntas bullendo en mi interior.

Capítulo 11

Kevin

El domingo lo pasé encerrado en mi refugio de baile. Mientras ejecutaba ejercicio tras ejercicio pensaba en las palabras de la señora Forest y en cómo mi interior se había revolucionado al pensar en volver a las competiciones. Claro que me encantaría, pero no estaba seguro de si estaría a la altura.

Maldije cuando hice un salto chapucero. Sin embargo, antes de que pudiera corregir el error, la puerta se abrió de golpe. Bufé. Estaba a punto de decirle a Christina o a Venus que estaba ocupado y que no me molestaran en lo que quedaba de tarde; pero cuando encaré a la persona que estaba en la entrada, me sorprendí al ver a Maddie. Alzaba una ceja, ese gesto que tanto me molestaba de ella y que me ponía tan nervioso.

—¿Cuántas veces tengo que repetirte que no hagas eso? Me pones nervioso.

Ella rio a carcajadas y se adentró en mi paraíso particular. Observó los trofeos que había allí, solo un puñado en comparación con los que tenía guardados en cajas. No era la primera vez que mi hermana mayor curioseaba mi sala, pero eso no la paró. Se acercó a uno de los premios más importantes que había ganado y sonrió con nostalgia.

—Me acuerdo cuando ganaste por primera vez Los Nacionales. Me sentí tan orgullosa de ti. Tenías once años y cuando te nombraron no te lo podías creer. Recuerdo que estuve aplaudiendo por lo menos cinco minutos seguidos.

Me acerqué a ella y le di un gran abrazo. Su perfume tan característico, a

lirios, me envolvió. Llevaba su pelo recogido en una coleta, aunque un par de mechones rizados se le habían salido de la misma. Estaba muy guapa y la madurez le había sentado de fábula. Dio el estirón durante su primer año de universidad. No es que fuera alta de narices, pero rondaba ya el metro setenta.

—Te he echado de menos, Pulgarcito —susurré aún entre sus brazos.

—Y yo a ti, pequeño demonio. —Se separó unos centímetros y me acarició el rostro con la yema de los dedos con ternura—. ¿Cómo has estado? Ya me ha dicho Christina que Hayley y tú os habéis reencontrado.

No me gustó nada de nada ver como movía las cejas con picardía. Mataría a mamá por chismorrear a mis espaldas.

—Vamos a hacer un dueto juntos y...

—Espera, espera, espera. ¡¿Vais a volver a bailar juntos?! ¡Eso es estupendo! Hacíais una gran pareja y erais invencibles.

Miré a Maddie como si se hubiese vuelto loca. Ella siempre tuvo la sospecha de que acabaríamos siendo una pareja, pero, por suerte para mí, eso no se llegó a dar debido a la mudanza. Aunque, no os mentiré, había fantaseado más de una vez con probar esos labios tan tentadores que Hayley tenía.

—Eso es cosa del pasado.

Ella puso los ojos en blanco.

—Venga, ¿cuándo me dirás lo que sientes por ella? —Hizo un mohín un tanto infantil.

La miré con horror, como si hubiese cambiado de color de repente.

—¿Estás loca? Además, ella no me gusta.

Creo que hablé demasiado rápido, puesto que una chispa burlesca se instaló en sus ojos verdes como las esmeraldas.

—¿Ah, no? —Se cruzó de brazos y dio un paso hacia delante—. Entonces, ¿por qué te has puesto rojo? No solo eso, acabas de tocarte la oreja y siempre que lo haces mientes.

Mierda, me había pillado. Pero es que llevaba fantaseando con la rubia desde el primer momento en que la vi en nuestro reencuentro, incluso antes. Recordaba que poco antes de partir empecé a fijarme en la pequeña Hayley. Los pensamientos que tenía por aquel entonces no eran los que se tenían hacia una amiga. Porque Hayley siempre fue mi amiga desde el principio, cuando la invité a bailar tras mi primera clase de baile.

—¡Dios! Odio que me conozcas tan bien.

Una sonrisilla de listilla se instaló en sus labios. Oh, no. Allá iba la bomba.

—No lo has negado.

Bufé.

—Vale, está bien. Me gusta, ¿vale? Me gusta mucho. Enhorabuena. ¿Estás contenta? ¿Quieres un pin o una chapa por descubrirlo?

Un gritito de júbilo salió de los labios de aquella morena. De súbito, una figura masculina entró en la estancia con aire preocupado. Su pelo rubio rapado y aquellos ojos idénticos a los de su hermana nos miraron llenos de inquietud.

—¿Qué ha pasado? ¿Estáis bien? He escuchado gritos.

Miré a mi hermana y ella a mí. Sin poder remediarlo, los dos empezamos a reírnos con complicidad. Eric se nos quedó mirando como si fuésemos dos descerebrados, no entendiendo el chiste. Mejor para él... y para mí. Mejor que no supiese que estaba colado hasta las trancas por su hermana pequeña. Conociéndolo, seguro que me hacía un buen interrogatorio de tercer grado y sabe Dios que yo no quería pasar por eso. Quería mucho a Eric, era como un hermano mayor para mí, pero no deseaba pasar por un mal trago.

—Nada, amor. Solo estaba hablando con mi hermanito, ¿verdad que sí? Me ha dicho lo emocionado que está de bailar con Hayley y que...

—¿Vas a bailar con mi hermana? —me preguntó, mirándome de manera acusatoria.

Tragué saliva en seco.

—Sí. Nuestra instructora ha coreografiado un dueto para los dos y...

Pero Eric no me dejó terminar. Me lanzó una miradita amenazante que me hizo temer por mi vida. Suerte que tenía a Maddie de mi parte.

—Escúchame —habló. Dio un gran paso al frente y me clavó aquellos ojos gélidos como el hielo. Tuve que hacer acopio de todas mis fuerzas para no salir huyendo de allí—, espero que Hayley no me cuente que le has hecho daño. Ya sabes que ella es mi bomboncito.

—No te preocupes. Solo somos amigos. Además, es solo un baile. No es como si fuera a pedirle matrimonio sobre la pista de baile.

Él puso los ojos en blanco.

—Ya, ya. He tenido tu edad antes y ya me conozco esas excusas. —Me dio un par de palmaditas en el hombro con más fuerza de la habitual. Tan pronto como se había mostrado serio esbozó una gran sonrisa de niño bueno—. Quiero pedirte un favor. Cierto pajarito nos ha contado que estás en la misma clase que ella. ¿Podrías vigilarla? No quiero que ningún indeseable se le acerque más de lo necesario.

No pude evitar soltar una pequeña carcajada, aliviado de que dejaran de una vez de emparejarme con Hayley. Sí, me gustaba. Sí, me sentía atraído hacia ella. Pero de eso a pedirle salir había un buen trecho.

—No creo que debas preocuparte mucho. Hayley aleja a los tíos con facilidad. Por lo que he visto, ha rechazado a unos cuantos siempre siendo muy amable. Aunque me he dado cuenta de que por hacerlo la han apodado reina del hielo —confesé con pesar. No me gustaba para nada que el idiota de Jules usase ese mote con ella. Me habían llegado rumores de que Hayley lo había rechazado y, este, a modo de venganza, la había empezado a llamar así. Gilipollas.

Eric tensó la mandíbula.

—Serán imbéciles —escupió con todo el asco del mundo.

—A ella no parece importarle, la verdad. Pasa de ellos.

—O lo finge muy bien —objetó esta vez mi hermana—. Yo lo hacía cuando Eric y sus colegas se burlaban constantemente de mí. Si les sigues el juego a los abusones, ellos no pararán de herirte hasta que te destruyan. —Miró a su marido con preocupación—. Creo que la pequeña Hayley está haciendo lo mismo. No quiere mostrarles debilidad.

Podría ser posible. Cuando la llamaban de esa manera tan asquerosa ella solía torcer el morro de una manera bien mona y centrar la mirada en lo que estuviera diciendo el profesor de turno.

Eric se llevó las manos a la cabeza y de tener cuero cabelludo se habría tirado de él. Hayley solía hacer lo mismo cuando estaba frustrada, ahora que lo pensaba. Sonreí internamente pensando en la de similitudes que ambos hermanos tenían. Aunque no era de extrañar. Hayley era muy parecida a Eric, aunque mucho más guapa y sexy.

—Me recuerda a alguien —comentó él mirándola con una chispa de complicidad—. Recuerdo que en el instituto pasabas de lo que te hacíamos. —De pronto, sus ojos fueron perdiendo aquel brillo tan característico que tenían—. Lo siento mucho, amor. Éramos unos gilipollas.

—No te lo voy a negar. Suerte que cambiaste. —Le sonrió pícara.

Él suspiró con paciencia.

—¿No te has dado cuenta? Nunca cambié; siempre fui el chico del que te enamoraste. Solo lo ocultaba para sobrevivir en el instituto.

—Claro, te hacías el guay y molestabas al resto cuando tenías oportunidad. Todavía recuerdo cómo empezaste a burlarte de mí en cuanto supiste que me dedicaba a la danza. Muy bonito por tu parte, «amor» —escupió recalcando la última palabra—. Espero que Clara no se parezca a ti.

Hablando de mi sobrina...

—¿Dónde está esa granuja?

Pero pronto supe la respuesta. Un chillido infantil se escuchó de golpe junto a una serie de carcajadas. Cuando los tres salimos de mi sala de ensayo, nos

encontramos con una escena de lo más tierna y cotidiana: Christina tenía en brazos a la pequeña Clara y daba vueltas a su alrededor provocando así esos chillidos de felicidad por parte de ella.

—¿Qué te hace la abuela Chris, cielo?

Su madre la observaba con una sonrisa resplandeciente. Desde que mamá y ella se habían reencontrado, no se habían vuelto a separar. Christina de verdad estaba dispuesta a sacrificar su carrera por ella. La quería con locura. La verdad era que Christina es una mujer con mucho amor por dar. Era extraño que nunca hubiese tenido pareja en todos los años que llevaba con ella.

—Más *chápido*, más *chápido* —decía la cría llena de felicidad.

Christina la bajó al suelo. En cuanto me vio, fue corriendo hacia donde yo estaba.

—*¡Tito Evin!*

—¿A quién tenemos aquí? —La cargué entre mis brazos y la pequeña me llenó de besos babosos—. ¿Has crecido desde la última vez que te he visto?

La pequeña reía a carcajadas, más contenta que unas castañuelas. Tras hacerle un par de carantoñas y revolverle el pelo con cariño la dejé en el suelo y Christina dijo:

—¿Por qué no vas con la tía Venus? Seguro que juega contigo a lo que le pidas.

—*¡Ti!*

Y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Mi hermana mayor y mamá se abrazaron con fuerza, como si llevaran la vida sin verse cuando seguramente ya se habrían abrazado antes. Solo con ver cómo Christina le acariciaba la cara a Maddie se veía cuánto la adoraba y cuánto lamentaba no haber estado presente durante sus primeros años.

Su historia era muy trágica. Los padres de Maddie se enamoraron perdidamente y se fugaron. Cuando la madre de ella se quedó embarazada en seguida los dos empezaron a prepararse para su llegada, pero unos meses antes de su nacimiento el padre de Madison, el hermano de Christina, falleció en un accidente de tráfico. Tras su muerte, la madre biológica de mi hermana decidió volver con sus padres, los que la habían repudiado. Total, que cuando mamá se la encontró un día en la calle, tras volver de un viaje de suma importancia, se dio cuenta que no tenía a la cría consigo y fue ahí cuando se enteró de que había abandonado a su suerte a esa bebé. Christina la estuvo buscando por años hasta que el destino hizo que coincidieran y que se conocieran.

Si bien al principio Maddie no se tomó muy bien la noticia de que Christina fuera su tía, al final acabó aceptándolo, tanto que dejó que la adoptara. Desde

aquel mismo instante no se habían vuelto a separar. Es más, mamá corrió con todos los gastos de su universidad y se mudó hacia donde ella fuera con tal de no volver a separarse. Si aquello no era amor, no era nada.

—¿Queréis quedaros a cenar? Voy a preparar unas verduras en tempura. Estáis invitados.

Maddie esbozó una gran sonrisa.

—Me encantaría.

La velada transcurrió tranquila. Cenamos en familia, relajados. Clara hacía rato que había caído K.O. y Venus casi. Se pasaba constantemente las manos por los ojos. En cuanto vi que caería en seguida, la acompañé a su dormitorio y le di un beso de buenas noches.

—Los he echado de menos. Maddie trabaja mucho y Eric con los partidos casi no tiene un rato para venir a visitarnos —comentó ella poniéndose cómoda en su cama y tapándose con las sábanas.

Le acaricié el pelo. Ella cerró los ojos y disfrutó en silencio de mi caricia.

—Ya verás cómo pronto los podremos ver más a menudo.

—Eso espero. Me gusta jugar con Clara. Ríe por cualquier cosa que haga.

Esperé hasta que Venus se quedó dormida y cuando me aseguré de ello, salí de habitación. De camino a la sala de estar escuché el timbre y desde mi posición vi cómo Christina se acercaba y abría la puerta con una sonrisa en los labios. Estábamos tan felices que ninguno de nosotros se esperaba aquella bomba.

Una mujer rubia de unos cincuenta años estaba al otro lado. Miró a mamá con detenimiento, con aquellos ojos marrones tan perturbadores. Era guapa y me recordaba a alguien, pero no sabía a quién. Tenía la piel tostada, una nariz chata y el rostro ovalado. No era muy alta, pero imponía con aquel vestido de apariencia cara.

Mamá se quedó paralizada en la puerta, como si hubiese visto un muerto. Maddie, al ver la reacción de ella, se acercó y preguntó con inocencia:

—Tía Chris, ¿te encuentras bien?

La desconocida abrió mucho los ojos al verla y mamá empezó a temblar en el sitio. Me acerqué a ellas y las rodeé con el brazo en un ademán protector. Ninguno de nosotros se esperaba las palabras que dijo ella a continuación:

—Olivia, es un placer verte.

Maddie y yo abrimos los ojos como platos.

No podía ser.

Quien estaba en la puerta era ni más ni menos que la madre biológica de Maddie.

Capítulo 12

Kevin

Un gran silencio reinó en la sala. A mi lado, Maddie le echó un gran repaso y tras soltar un par de tacos, salió de allí como alma que lleva el diablo. Se encerró en mi dormitorio, en donde su hija dormía plácidamente, y no volvimos a saber de ella en un buen rato. Eric la siguió segundos más tarde.

—¿Tía?

Las palabras de aquella desconocida me hicieron volver a la realidad de golpe. Me sentía dentro de una botella cuyas paredes de cristal distorsionaban los sonidos. Tuve que parpadear un par de veces antes de poder volver a enfocar bien los ojos. Apreté con más fuerza a mamá, queriendo demostrarle mi apoyo incondicional. Se había quedado pálida y miraba a la mujer con los ojos abiertos de par en par y llenos de lágrimas sin derramar.

—Así es —la encaró Christina. Se estaba haciendo la fuerte, la conocía lo suficiente como para saberlo bien—. Ella es mi sobrina.

El rostro de aquella horrible mujer no mostró ningún cambio. Tenía ganas de partirle la cara allí mismo. ¿Cómo se le ocurría volver así como así y, encima, no mostrar disculpa alguna? ¿Acaso le importaba bien poco enterarse de que su hija biológica, aquella que abandonó hacía treinta años, vivía con la hermana de su difunto novio?

—Qué bien.

Dios, aquella mujer era más falsa que las nalgas de Kim Kardashian.

—¿Qué haces aquí, Olivia? Según tenía entendido, estabas viviendo felizmente casada con tu marido y tus hijos.

La voz de mamá denotaba todo el odio que sentía por aquella mujer. Se mostraba fría y distante, algo inusual en ella. Estaba incómoda y en tensión, alerta a sus movimientos.

—Ellos están bien. A William le han dado un aumento, Greg está sacando muy buenas notas en su último año de instituto y a Alexa le va bien en la universidad.

—Me alegro.

Sabía por cómo mamá estaba apretando la mandíbula el daño que le estaban haciendo las palabras de Olivia y las ganas que tenía de saltarle a la yugular. Que no se hubiese hecho cargo de su sobrina y que no la buscara nunca era una herida que seguía abierta en su pecho.

—¿Puedo pasar?

Mamá se cruzó de brazos.

—Lo siento, pero no. Si no te importa, estábamos teniendo una muy buena cena hasta que has llegado. Será mejor que te vayas.

Olivia apretó mucho los labios y los puños. Hizo un gesto con estos primeros que me recordó a Maddie. Mierda, se parecían demasiado.

—¿Y si te dijera que quiero recuperar a mi hija?

Por un momento, Christina pareció realmente afectada por sus palabras. Se quedó blanca como el papel y la sentí temblar bajo mi abrazo.

—Mientes.

—¿Cómo una mujer que abandona a su hija a su suerte y que lleva treinta años viviendo sin remordimiento va a querer recuperarla ahora? —escupí yo con todo el odio del mundo. En serio, aquella mujer era repugnante y en parte me alegraba que Maddie se hubiese criado alejada de ella.

Olivia me miró de arriba a abajo, dándose cuenta de mi presencia de repente. Si bien su repaso me puso los pelos de punta, intenté hacerme el valiente y mantenerme entero.

—¿No te ha dicho tu madre que es de mala educación entrometerte en conversaciones ajenas? —Se volvió de nuevo hacia Christina—. Veo que hice bien en no dejar a mi hija en tus manos. A saber qué habría sido de ella.

Di un paso al frente.

—¡Cállate! No sabes nada de ella. Es la mejor madre que podría tener, mucho mejor que tú.

Olivia y Christina empezaron una guerra de miradas y esta quizá no habría llegado a su fin si Maddie no hubiese entrado como un torbellino en la estancia.

Tenía la cara enrojecida y los ojos hinchados de llorar. Eric estaba a su lado, sosteniéndole la mano con fuerza. El mensaje silencioso que le daba era claro: «Estaré siempre que me necesites».

—Quiero que te vayas —habló con la voz enronquecida mi hermana.

Pero Olivia no paría estar dispuesta a irse así de fácil.

—No. He venido a hablar y...

—Y una mierda. Te vas. ¡Ya!

En dos zancadas llegó hasta la puerta y se la cerró en las narices. Después, reinó el silencio, un silencio tenso e incómodo en el que nadie sabía qué decir o hacer para romperlo, un silencio que fue roto únicamente cuanto Maddie se desmoronó y rompió en llanto de nuevo.

—Tranquila, amor. Todo se solucionará tarde o temprano —intentó tranquilizarla Eric mientras la abrazaba con fuerza contra su cuerpo.

—¡No me digas nunca que me tranquilice cuando estoy histérica! Sabes que eso me pone peor —objetó ella dándole un golpe en el pecho con rabia. Se separó de él y lo miró de manera gélida, heladora.

—Cariño, no sabía que aparecería. Yo... —Christina estaba destrozada. Ver a la que fue la pareja de su hermano había sido duro para ella—. Lo siento, siento todo esto.

Ambas, tía y sobrina, se dieron un abrazo reconfortante; la menor se aferró a la mayor con fuerza y juntas lloraron en silencio. La llegada de aquella mujer tan asquerosa nos había alterado a todos. ¿Cómo coño se le ocurría aparecer así como así cuando en el pasado había hecho algo tan horrible como dejar a su hija a su suerte? ¿Por qué había decidido volver ahora y no antes? Joder, tenía ganas de darle un puñetazo. Ver a mi hermana mayor destrozada me rompió el corazón. Lo daría todo por ella, por las dos. Eran mi todo, mi mundo entero. Verlas sufrir así me estaba matando.

Eric y yo nos unimos a ellas y dejamos que lloraran hasta que se tranquilizaron. Cuando por fin se separaron, las dos tenían la cara enrojecida y los ojos hinchados de tanto llorar. El maquillaje de mamá se había corrido y parecía un mapache enrabiado.

—Se solucionará. No creo que esa mujer vuelva de nuevo —intenté tranquilizarlas.

Maddie hipó.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro de ello. Le has dejado bien claro que no quieres verla ni en pintura.

—Esa es mi chica —añadió Eric acariciándole un tirabuzón—. Le has dado la

patada como toda una campeona. Estoy muy orgulloso de ti, amor. Te quiero tanto.

Le dio un pequeño beso en la frente y un abrazo. Cuando se separaron, Maddie tenía una pequeña sonrisa pintada en los labios. Christina, en cambio, aún seguí frunciendo el ceño. Le pasé la mano por la frente y, tras darle un beso cariñoso en la mejilla, bromeé con ella:

—Como sigas así te van a salir más arrugas de las que tienes.

Ella me dio una pequeña palmada en la mejilla. En sus ojos la tristeza se fue, sustituida por el cariño y el amor.

—No seas maleducado. Estoy en mi mejor momento. Soy más guapa que nunca. —Me guiñó un ojo con descaro.

—La más guapa —estuve yo de acuerdo—; y la más carismática, que no se te olvide. Y con el hijo más atractivo.

—Y más modesto. —Mi hermana puso los ojos en blanco y yo ya no pude evitar soltar una gran carcajada. Me alegraba que aquel pequeño bache no fuera lo suficientemente grande como para derribarnos. No obstante, en mi interior todavía reinaban un millar de preguntas y dudas con respecto a aquella mujer desagradable.

Hayley

Durante la clase del viernes Jules no había dejado de mirarme y eso me estaba poniendo de los nervios. Joder, ¿en qué estaría pensando? ¿Por qué me miraba tanto? ¿Se me habría corrido el maquillaje? Intenté ignorarlo, pero era casi imposible hacerlo cuando sentía sus ojos clavados en mí como llamas abrasadoras.

Hora tras hora intenté no hacerle caso, pasar de él como siempre hacía. Michi y Kevin parecían no haberse dado cuenta de ello, puesto que ambos estaban muy centrados en lo que se nos estaba explicando. Cuando llegó la hora del descanso, ya no pude soportarlo más y compartí mis sensaciones con ellos dos.

—Ostras, pensaba que era la única —fue el comentario de mi amiga.

—¿De qué habláis? —preguntó, en cambio, él.

—Te juro que llevo las tres horas de clase en tensión por su culpa —me expliqué—. No ha dejado de mirarme.

Michi arrugó el morro.

—No debes preocuparte. Seguro que se aburre como una puta ostra y solo quiere molestarte. Ya sabes que esa es su especialidad.

Pero yo no podía estar tranquila sin saber por qué narices no dejaba de mirarme. ¿Acaso tenía monos en la cara o qué?

—Michaela tiene razón. Seguro que si te mira es porque se aburre.

—Pero me pone nerviosa. Siento que soltará otro de sus comentarios tontos y que intentará ridiculizarme como hace siempre —objeté. Le di un mordisco fuerte a la pera que había traído como aperitivo para picar entre horas.

Habíamos salido al pasillo porque no me apetecía pasar la media hora que teníamos libre encerrada. Fuera llovía a mares y hacía un frío de narices. Solo aquellas personas que fumaban salían. No os voy a mentir, en mi época macarra

probé el alcohol y el tabaco y este último lo detesté. No me gustaba para nada el sabor de boca que te dejaba ni el aliento asqueroso. Por eso, tenía vetado salir con una persona que fumara.

—Pues no deberías. Seguro que lo hace para molestarte, porque sabe que odias ser el centro de atención —recalcó mi amiga.

Bufé.

—No mires, pero viene por el pasillo y no deja de mirarte —añadió ella y yo me puse tensa de nuevo. Lo que me faltaba.

Cuando su grupito de niños guais llegó hasta donde estábamos nosotros, sentados en un banco que había en el pasillo, aprecié cómo los ojos marrones de aquel chico se clavaron en mí como dagas. Intenté hacer caso omiso y esbozar una sonrisa como si lo que me hubiese dicho Michaela fuese la cosa más interesante que había escuchado en mi vida. Cuando por fin entró en el aula, me relajé y destensé los hombros.

—Eso ha sido muy raro. ¿Por qué te mira tanto? No es normal. —Mi amiga estaba tan desconcertada como yo. Ojalá supiera la razón de ello.

Pronto tuvimos que volver dentro de clase y solté un suspiro apenas perceptible en cuanto fui consciente de que el muy capullo de Jules me seguiría observando durante la última hora que me quedaba. Genial, simplemente genial.

—Pero ¿qué le pasa hoy contigo, amiga? —soltó Michi con hastío.

Me encogí de hombros.

—Siento que hay algo raro en mí y que por eso no me quita los ojos de encima —susurré en voz baja para que el profesor no me escuchara.

—A lo mejor le gustas —comentó Kevin e hizo una mueca extraña con los labios que no entendí bien.

Me reí en su cara.

—Sí, ya, y mi abuela fuma en pipa.

Pero parecía que lo que él había dicho hizo razonar a Michaela. Le lanzó una miradita discreta a Jules antes de volver a mirarme y lo que vi en sus ojos no me gustó para nada. Oh, no. Ya empezábamos de nuevo.

—Oye, creo que tiene razón. ¿No quiso liarse contigo a principios de curso?

Las palabras de mi amiga llamaron la atención de Kevin, quien ahora me miraba como si me hubiese salido una segunda cabeza.

—¿En serio sucedió eso? ¿Por qué soy el último en enterarse?

Le resté importancia con un gesto de la mano.

—No es algo relevante. Le di calabazas. No me van los tíos creídos. Además, poco después se lio con Presley y ahora son la parejita feliz. —Me llevé una mano a la boca y fingí una arcada. La verdad es que eran empalagosos. Se besuqueaban

en cualquier parte y les daba igual quién los viera.

—A lo mejor sigue sintiendo cosas por ti.

—Y una mierda. —Miré a Michaela como si fuese tonta—. Lo que pasa es que no ha superado que le dijera que no. Vamos, si es él el que empezó a llamarme reina del hielo solo porque lo rechacé. Creedme, es la mejor decisión que he tomado en mi vida. No me veo con él. Es tan... —Arrugué el morro con asco solo de pensar en mí dándose el lote con semejante espécimen—. No es mi tipo.

—¿Y quién lo es? —Kevin movió las cejas arriba y abajo con un aire coqueto que me hizo cierta gracia.

Iba a decir algo, pero la condenada de mi amiga se me adelantó.

—Pierdes el tiempo con ella, chaval. Hayley es una mujer con altos estándares. Además, en estos momentos no tiene tiempo para rollos pasajeros o novios. Está centrada en su carrera como bailarina y periodista.

—¡Michi! —solté un poco más alto de lo que pretendía, pero por suerte solo un par de compañeros me escucharon. El profesor seguía dando su clase sin enterarse de que tres personas ya no le estaban prestando atención.

—¿Qué? Si es cierto. ¿Acaso no tienes una regla de «cero novios»?

Me puse un poco roja por la situación. Claro que era cierto. No podía permitirme enamorarme, no cuando sentía que estaba en la cumbre de mi carrera como bailarina. No tenía tiempo para distracciones. A pesar de ser ciertas sus palabras, no me gustó que las soltara justo delante de la persona por la que mi pequeño corazoncito danzaba con fuerza. Dios, ¿qué estaría pensando de mí en aquel momento?

Kevin me miró con las cejas elevadas.

—¿En serio tienes una regla de «cero novios»? Dios mío, Hayley, ¿en qué época vives?

Me puse aún más colorada.

—¿Sabes? No sé por qué se lo has dicho, Michi. Ahora se meterá conmigo siempre que pueda —bufé.

—No, para nada.

Puse los ojos en blanco y fingí que atendía, pero Kevin no iba a dejar de incordiarme. Empezó a darme con el dedo en el hombro, un gesto que sabía que me ponía de los nervios. Lo miré de manera retadora, un aviso de lo que le vendría encima como no me dejara en paz. No estaba el horno para bollos, mi paciencia tenía un límite.

—Déjame.

Pero él siguió insistiendo con ese maldito dedo que le arrancaría como no dejara de toquetearme así.

—No.

—Para.

—Que no.

Me volví hacia él y estallé.

—Eres como un puto grano en el culo. ¿Qué quieres?

Una sonrisita ladina se formó en sus labios. Uf. Paciencia, necesitaba paciencia. Se estaba rifando una buena hostia y él tenía todas las papeletas de ganar.

—No te enfades. No me gusta verte así. Ha sido una pequeña broma.

—Eres muy pesado.

—Pero me quieres igual. —Me guiñó un ojo con descaro.

Puse los ojos en blanco.

—Tendré que aguantarte de algún modo.

En serio, no podía enfadarme con él. No obstante, había olvidado lo pesado e insufrible que podía llegar a ser.

La clase pasó con rapidez y, pronto, el profesor nos dio vía libre. Ya casi todos mis compañeros habían salido cuando sucedió. No sé en qué momento ocurrió, solo sé que de improviso Jules se había movido hasta la fila en la que nos encontrábamos. A su lado estaba la petarda de su novia y su séquito de muñecas Barbie. Fantástico, oye. Lo mejor para acabar bien una larga semana de estudio. Michi había sido de las primeras en irse, ya que trabajaba nada más acabar las clases.

Me puse en alerta. ¿Qué querría ahora ese grupito?

—¿Has pensado ya en la propuesta que nos ha hecho Quinn? —me preguntó Kevin ajeno a lo que estaba a punto de suceder.

Había pasado poco más de una semana desde la reunión de la señora Forest y, la verdad, había estado dándole vueltas. No estaba muy segura de si estaría en forma para volver a las competiciones de baile. Quiero decir, me encantaba subirme al escenario, pero no creía tener el nivel necesario como para ganar de nuevo. Además, se trataba de un concurso universitario de talentos y todos sabíamos que el baile no estaba tan valorado como el canto o la actuación.

—He pensado en ello, sí. No creo que sea buena. He perdido mucho en todos estos años en los que llevo sin competir, ¿sabes? No estoy segura de si daré la talla —confesé.

Sus ojos marrones como el chocolate se conectaron con los míos y al instante sentí cómo un ejército de mariposas revoloteaba en mi interior. Aquella manera de mirarme, como si estuviera intentando analizar mis sentimientos, me hizo ponerme roja hasta la raíz.

—Pues yo creo que lo harías genial. Éramos una bomba juntos. ¿Te acuerdas de cuando ganamos Los Nacionales en la categoría de dúos con aquella coreografía que hicimos entre los dos? Fue todo un reto y tuvimos poco más de dos días para crearla. Podemos hacerlo mejor ahora, estoy convencido de ello.

—No estoy tan segura de...

Pero no llegué a terminar la frase, puesto que fue en aquel momento exacto en el que Jules atacó.

—¿Sabes, Kevin? Me ha dicho un pajarito que sigues siendo el mismo nenaza que baila. El baile es de maricones.

Sentí tanta rabia por la crueldad de sus palabras. ¿Por qué arremetía contra mi amigo cuando estaba claro que él no le había hecho nada malo? Era un gran gilipollas.

—Eres consciente que el hecho de que baile no quiere decir que sea gay, ¿verdad? Es más, estoy muy seguro de ser hetero, aunque no estoy muy seguro de que tú lo seas tanto. Dicen que los que acusan y acosan a los homosexuales lo son en realidad. Además, ¿qué habría de malo en serlo?

Jules se empezó a poner rojo de la furia. Apretó con fuerza los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos y tensó la mandíbula tanto que por un momento pensé que se partiría en mil pedazos.

—Veo que sigues siendo el mismo que el que estuvo viviendo en mi casa, «hermanito» —escupió con veneno.

Aquel chico era despreciable. Se creía todo un chico malo con esa actitud de creído y arrogante. Hacía meses que había empezado a tatuarse los brazos y el hecho de que fumara le pegaba mogollón. Era el típico cliché de chico malo, pero no lo era en absoluto. Era un gran imbécil que solo se burlaba de los demás para sentirse superior. Yo ya estaba harta de él.

—Y tú sigues siendo el mismo niño de papá que recuerdo.

Os juro que en ese momento temí por Kevin. Pensaba que Jules se le lanzaría a la yugular y acabaría con su vida allí mismo.

—Chicos, ¿podéis dejar de discutir y actuar como personas civilizadas? —intenté poner orden en balde. En ese momento, Jules centró toda su atención en mí y esbozó una macabra sonrisa que me puso los pelos de punta. Oh, no. Allá íbamos de nuevo.

—Tú cierra el pico, reina del hielo. Además, no entiendo por qué lo defiendes tanto. Ni que te gustara. —Abrí los ojos por sus palabras y él lo tomó como una confesión. Su sonrisa se ensanchó y sus ojos refulgieron con fuerza—. Ya entiendo, te gusta, ¿verdad?

—A Hayley la estrecha le gusta Kevin el huerfanito —atacó Presley.

Apreté con fuerza los labios. Odiaba que me llamara así. ¿Que no tuviera relaciones sexuales con otra persona me convertía en una estrecha? ¿Que no buscara un lío de una noche, que buscara una relación seria, me convertía en una estrecha? Menuda sociedad de mierda en la que vivía. No era mi culpa que los hombres con los que me topaba no cumplieran con mis expectativas. Jamás rompería mi regla de «cero novios», a no ser que diera con el indicado.

—Eres patética. Te podrías haber fijado en cualquiera menos en él. ¿Sabes que era un asocial y un bruto? Seguro que sigue siéndolo.

—Cierra el pico, Jules —espeté—. No tienes ni idea. No sabes nada de él.

Las amigas de Presley empezaron a dibujar corazones con sus dedos mientras se reían de mí. Aquella rubia teñida se lo estaba pasando pipa y eso me estaba cabreando un montón. Estaba hasta las narices de aquel grupo, de que siempre intentaran sentirse superiores cuando estaba claro que no lo eran para nada.

—Ay, Hayley. Podrías haber sido fácilmente parte de nuestro grupo, pero preferiste ponerte con la tonta de tu amiga y ahora prefieres a este idiota —escupió ella.

Me encogí de hombros aparentando indiferencia.

—Bueno, para gustos los colores. Tú prefieres salir con personas podridas como Jules y yo prefiero juntarme con buena gente, como los son Kevin y Michaela. Así es la vida. Cada mochuelo a su olivo.

Intenté alejarme de ellos, puesto que sentía la mala vibra que emitían y no me gustaba para nada el ambiente tan tenso que se había creado a nuestro alrededor. Ya estaba harta de sus constantes ataques y de que se creyeran lo más de lo más cuando ni siquiera llegaban a mierda. Sin embargo, ellos no se movieron. Es más, Jules me agarró de la muñeca en cuanto vio mi intento de fuga y yo empecé a forcejear con fuerza para que me soltara.

—¡Déjame! Eres demasiado pesado.

—Mira ahora quién intenta huir. No eres más que una cobarde. Puede que seas guapa, pero seguro que eres muy aburrida. A lo mejor por eso no quieres salir con nadie, para que no se den cuenta de lo sosa que eres.

Kevin dio un paso hacia delante y sujetó la mano que me tenía retenida.

—Suéltala, Jules. La estás haciendo daño, ¿acaso no lo ves?

—¿Cobarde yo? —pregunté a su vez—. Vamos, solo te metes con él porque te acojona que te quite toda la atención de las chicas. Porque Kevin es mucho más atractivo que tú y más simpático.

Lo que dije lo encolerizó y por un momento pasé un miedo de la hostia. Pensé que me daría una buena paliza allí y puede que eso hubiese pasado de no ser por Kevin. No sé cómo, pero consiguió liberarme de su agarre y se interpuso

entre Jules y yo. Me lanzó una mirada de «cierra ya la puta boca» y se enfrentó a aquel chico tan desagradable.

—Mira, Jules. Tengamos la fiesta en paz. Ve por tu lado y yo iré por el mío, ¿te parece? Incluso podemos fingir que no nos conocemos. Pero haz el favor de dejarnos en paz y, por favor, deja de llamarla reina del hielo. Es muy patético. Qué tienes, ¿cinco años?

El moreno dio un paso al frente. Se recolocó su peinado al estilo *spiky* e hizo tronar sus nudillos. Kevin no se dejó amedrentar y lo encaró como todo un valiente, como siempre hacía cuando alguna chica se metía conmigo y con Maya en el colegio. Fue mi héroe de la infancia, un superhéroe en toda regla.

—Me tienes hasta los huevos. Esa fachada de niño bueno no se la traga nadie. ¿Acaso ella sabe lo malo que eras de pequeño, la de maldades que hiciste? ¿Sabe ella lo del accidente de tus padres, que te quedaste huérfano y que aún te culpas de ello? ¿Sabe lo de las pesadillas? No, ¿verdad? —Me miró y fingió horror—. Ups, ahora sí lo sabe. Lo siento, tío. Aunque así es mejor; así ella se dará cuenta de que no debe meterse contigo porque vienes defectuoso de fábrica y por eso ni una sola familia te quiso lo suficiente como para tratarte bien y para adoptarte. Eres un fracasado, un cero a la izquierda. No me extraña que estés solo, que nadie te quiera.

Lo siguiente que pasó no me lo esperaba para nada. Kevin agarró de la camisa a Jules y lo arrinconó contra la pared. Por un momento me asusté y os juro que pensaba que Kevin le daría una buena tunda.

—Me das asco. No sabes nada y, ¿sabes qué es lo peor?, que hablas por hablar.

Kevin lo soltó, recogió sus cosas y se largó a toda prisa dejándome aturdida. Mas cuando recuperé el control de mi cuerpo supe lo que tenía que hacer. Lanzándole una miradita recriminatoria a Jules y a Presley, fui en busca de Kevin.

Capítulo 13

Hayley

Por un momento creí que no lo encontraría, que le había perdido por los pasillos laberínticos de la universidad. Tremenda fue mi sorpresa cuando casi me di de bruces contra su espalda al girar en una esquina. Se había dejado resbalar por la pared hasta quedar sentado completamente en el suelo. Tenía las manos enredadas en su pelo y la cabeza gacha. Sus hombros convulsionándose me hicieron ver que estaba llorando.

Sin decir palabra alguna, me senté a su lado y lo abracé en silencio. Dejé que llorara mientras le pasaba una mano por la espalda. Quería transmitirle un mensaje claro: «Estoy aquí para lo que necesites».

—Odio a Jules —dijo él aún con la cabeza mirando el suelo—. Él siempre me molestaba, daba igual si estábamos en el colegio o en casa. Siempre encontraba una buena excusa para meterse conmigo.

De pronto, alzó la cabeza y se irguió. Sus ojos se clavaron en los míos y una pequeña sonrisa de alivio se instaló en sus labios, una sonrisa que se fue dibujando en los míos. Verlo triste me estaba matando por dentro. Dios sabe que lo que quería era verlo reír y feliz, no triste y alicaído. Aquel no era el Kevin que conocía, el mismo que me hacía sonreír cuando las niñas malas de mi clase se metían con Maya y conmigo.

—Todo saldrá bien. No debes preocuparte por Jules. Es el rey de los idiotas.

Ahora aquella mueca le llegaba a los ojos, que brillaban con su chispa tan

característica.

—Odio el día en el que caí en manos de su familia —dijo con frustración. Se tiró de nuevo del pelo, un gesto que hacía cuando estaba nervioso. Recordaba que siempre se pasaba las manos por él minutos antes de salir a escena y que tenía un pequeño ritual muy mono. Me preguntaba si seguiría haciéndolo.

—Ya no debes preocuparte por eso. Vives con Christina, una mujer increíble, con tu hermana mayor Maddie y con esa hermanita tan adorable que tienes y que tanto te quiere. A veces la vida es una gran hija de puta con nosotros, pero otras veces nos da el mayor de los regalos. No pienses en el pasado y vive el presente pensando en el futuro.

Me recorrió con la mirada de tal manera que por un momento me sentí incómoda. Por primera vez pensé en si lo que llevaba puesto (aquel jersey de lana calentito y los pantalones vaqueros) era lo adecuado y si me sentaría bien. ¿Me vería guapa? ¿O solo seguiría siendo la misma niñita con la que solía jugar y competir?

—¿Sabías que son mi mayor tesoro? No sé lo que haría sin ellas. Me han enseñado tanto y me han dado tantas cosas que siento que estoy en deuda con ese trío. De pequeño no fui muy bueno con Maddie, pero ella supo perdonarme y quererme a pesar de todo. Mamá me dio una buena educación, un techo bajo el que dormir, un hogar agradable y felicidad ilimitada. No podría haber acabado en mejores manos.

—Recuerdo que mamá me dijo una vez que Christina siempre quiso tener hijos, pero que nunca tuvo la suerte de dar con el hombre indicado para formar una familia.

Kevin movió enérgicamente la cabeza arriba y abajo.

—Eso es cierto. En los años en los que llevo viviendo con ella no la he visto salir con nadie ni hablar de chicos. Me extraña porque es una mujer muy guapa para tener ya sus años. La admiro mucho, ¿sabes? Criar a su sobrina y a dos chicos ella sola. Sé que no es un trabajo para nada fácil, más que nada porque Venus y yo cargamos con nuestros propios problemas.

—Es admirable.

Sus manos volaron hacia mi mejilla y la acariciaron con ternura. Sentí la piel arderme allá donde tocaba. Por un momento me pregunté si sería consciente del latir frenético de mi corazón, si lo escucharía cantar de alegría y gritarle lo mucho que me gustaba. ¡Dios mío! Debía pararlo ya. Él era solo mi amigo y, por desgracia, solo me veía como una amiga.

—Me encanta cómo tus ojos se encienden cuando hablas de algo que te apasiona, de algo que realmente te importa.

Ay, mi madre. Aquel hombre me iba a provocar un paro cardiaco.

—A mí me gusta lo bueno que eres conmigo —confesé con el pulso desbocado.

Una sonrisa triste se dibujó en sus rasgos.

—A veces me pregunto si de verdad soy buena persona cuando de pequeño fui todo un demonio. Les hice sufrir tanto a mis hermanos del Moonlight y a todo aquel que osara acercarse a mí. —Se quedó callado de golpe y, de pronto, sus ojos se empezaron a llenar de lágrimas—. A veces me pregunto cómo alguien podrá quererme cuando en realidad estoy roto por dentro. No me merezco que me quieran.

Sus palabras fueron tan duras que por un momento me dejaron sin aliento, sin palabras. ¿Cómo alguien podía pensar algo así? Todo el mundo tenía derecho a ser querido, a disfrutar del amor. Porque el amor es la fuerza más poderosa, aquella que cura lo incurable.

Posé mis manos en sus hombros y poco a poco las fui subiendo hasta su rostro. Acaricié sus mejillas con ternura y cariño, perfilé sus cejas hasta que finalmente me paré de nuevo en sus pómulos. En ningún momento aparté la mirada, puesto que, de lo contrario, el mensaje que quería dejarle claro perdería su fuerza.

—No sé nada de tu pasado, pero ¿sabes?, intuyo que no fue nada bueno. Eric siempre decía que lo habías pasado muy mal y nunca me contaba nada de ti cuando yo lo quería saber todo. En fin, quiero decirte que eres la persona más maravillosa y buena que conozco. Puede que de pequeño fueras travieso, pero, oye, eso no importa. Lo importante es quién eres ahora, no el Kevin del pasado. Has cambiado para bien y me alegro de tenerte como amigo.

Nos quedamos un buen rato en silencio, sin saber muy bien qué decir a continuación. Mis manos seguían en sus mejillas y las acariciaban con suavidad. Tenía barba de tres días y su tacto me picaba un poco. Cerró los ojos unos instantes, quizás disfrutando de mi caricia. La verdad era que no lo sabía. Solo sé que cuando abrió los ojos de nuevo, una corriente eléctrica me recorrió de arriba abajo y un torrente de hormigueos cálidos se apoderó de mi ser. En cuanto una pequeña sonrisa se instaló en sus labios, otra lo hizo en los míos.

Ese era el Kevin que me gustaba, del que estaba enamorada hasta los huesos. Me gustaban su vitalidad, su sonrisa y sus ganas de vivir y darlo todo. Me gustaba que siempre defendiera a aquellas personas que lo necesitaban de verdad y que nunca se rindiera.

—Mi madre fue una gran bailarina —comenzó a hablar sin apartar su mirada de la mía—. Recuerdo verla bailar siempre y cómo yo intentaba imitarla desde

bien pequeño. En cuanto vio lo mucho que me gustaba, no dudó ni un segundo en enseñarme. Ella era la mejor. Según sé, actuó en Broadway y estuvo en el *Grace Dance Studio* cuando tenía mi edad. Me encantaría ser como ella, tan bueno y con tanto talento.

La voz de Kevin sonaba apagada, triste. Había un hilo de melancolía y toques de nostalgia.

—Mi padre tenía su propio negocio de ropa y, cuando se casó con mi madre y me tuvieron, decidió dedicarse exclusivamente a cuidarme. Mamá trabajaba hasta altas hora de la noche en sus shows y no era bueno para mí quedarme hasta tan tarde. Recuerdo verla entre bastidores, lo mucho que le brillaban los ojos antes de salir a escena. Me acuerdo de la sonrisa orgullosa que se le ponía a papá en la cara cuando la veía.

»Yo era muy pequeño cuando ellos murieron en aquel accidente de tráfico. Iban a mi primera presentación, ¿sabes? Estaba muy nervioso e ilusionado al mismo tiempo. Quería hacerlo bien y hacer sentir a mi madre orgullosa. Recuerdo haber estado ensayando sin descanso. Tenía cinco años.

—Oh, Kevin, eras muy pequeño.

—Hacía un día horrible —continuó hablando él—. No había dejado de llover en ningún momento y por la tarde empezó a caer una tormenta tremenda. Recuerdo estar ensayando tras bastidores cuando la profesora vino. Estaba llorando y yo no sabía por qué. Cuando me contó que papá y mamá habían sufrido un accidente, al principio no supe cómo sentirme. No entendía realmente la situación, menos cuando una asistente social vino a verme tras el recital en el que, por razones obvias, no bailé.

»Mamá no se hablaba con su familia, es más, ni siquiera les dijo que había tenido un hijo. Papá había perdido a su madre por el cáncer y su padre no estaba en las condiciones adecuadas para hacerse cargo de un niño tan pequeño y como tampoco tenía hermanos... pasé a manos del Estado.

—Es horrible. Lo que pasaste siendo solo un niño... —dije con la voz estrangulada—. Tuvo que ser espantoso.

Una sonrisa triste se dibujó en sus rasgos.

—Lo fue. Lo peor es que aquello fue el principio de mis peores años. Estuve yendo de casa de acogida en casa de acogida sin recibir cariño alguno. Solo era un trabajo para ellos, una moneda de cambio. Al comienzo no supe por qué las familias con las que estaba no me querían, por qué debía de hacer tareas horrorosas inapropiadas para un niño. La vida me enseñó por las malas lo que es la crueldad humana.

»Un día caí en manos de la familia Donaldson, un matrimonio que tenía un

hijo, un niño unos años más pequeño que yo. Se llamaba Jules y en su momento me alegré por tener a alguien con quien jugar. Iluso de mí.

Abrí los ojos como platos. No me lo podía creer. ¿Jules y Kevin habían convivido juntos antes? Aunque, ahora que lo pensaba, todo tenía sentido. La mirada de desprecio que ambos se lanzaban y la manera tan despectiva que Jules tenía de llamarle «hermanito». Tensé la mandíbula con rabia. Jules era un gilipollas y, por lo que veía, siempre lo había sido.

—No me jodas. No tenía ni idea de que los dos hubieseis vivido bajo el mismo techo.

Él se encogió de hombros.

—Tuve la desgracia de acabar en manos de su familia cuando tenía siete años. Sus padres eran muy injustos conmigo. Siempre resaltaban mis defectos, pero nunca mis cualidades; me obligaban a hacer tareas hasta que ya no podía más; vestía con ropas nada acordes para la estación en la que estaba; y, sobre todo, me hacían desear haber muerto en el mismo accidente que se había llevado la vida de mis padres. Me sentía muy solo y desamparado, tenía tanto miedo.

»Un mes después de llegar a su casa, Jules empezó a hacerme la vida imposible. Me sacaba de mis casillas, me insultaba hasta tal punto que yo de la rabia que sentía le soltaba un manotazo. Lo peor era que sus padres siempre se ponían de su lado y, mientras tanto, a mí me podían dar por saco.

—Es... —Estaba sin palabras—. Es horrible.

Una pequeña lágrima resbaló por sus mejillas.

—Lo fue. Recuerdo las noches de frío y hambre, cómo todos los adultos veían lo que pasaba y no hacían nada al respecto. Aquella no fue la única familia que me trató mal, pero sí la que más daño me hizo —confesó. Estaba helada, como si me hubiesen tirado un jarrón de agua fría encima. Jamás, ni en un millón de años, habría pensado algo semejante—. Aprendí a escudarme en mí mismo, a crear un muro que me protegía del resto. Porque todos los que se acercaban a mí, todos los adultos, eran malos, porque estaba solo y a nadie le importaba.

—¿Qué te hizo cambiar? Quiero decir, ahora te llevas de cine con Christina y no eres para nada frío. Algo sucedió para hacerte cambiar de mentalidad, ¿verdad?

Una sonrisa se instaló en sus labios y un mar de dudas me invadieron.

—Tu hermano mayor, Eric.

—¿Eh?

Vale, ¿qué estaba pasando? Me estaba perdiendo. ¿Qué tenía que ver Eric en esto?

Kevin se rio de mí al verme más perdida que un pulpo en un garaje. Me crucé

de brazos y alcé una ceja, curiosa por saber cómo terminaba su historia, qué hizo mi hermano para que dejara de pensar así.

—A los ocho años decidí que si, la vida me trataba mal, ¿por qué no devolverle el golpe? Empecé a tener problemas de comportamiento, berrinches y buscaba peleas por doquier. Me daba igual dónde estuviera, ya nada importaba. Si todos decían que era un niño malo, ¿por qué no actuar como tal? Puede que ellos tuvieran razón, pensaba, a lo mejor no era tan bueno como creía.

»Llegué al Moonlight hecho un salvaje. Buscaba peleas a diestro y siniestro, les gastaba bromas pesadas a mis hermanos y siempre quería estar solo. Sentía que el mundo estaba en mi contra, que nadie querría estar con un niño que estaba roto por dentro, que venía defectuoso de fábrica.

»Recuerdo que le rompí la ropa a Maddie en un ataque de rabia y que le teñí el pelo a Lea de verde fosforito. —Sus mejillas se tiñeron de una leve tonalidad rosada, como si se avergonzara de ello. Una pequeña sonrisa se instaló en sus labios al recordar viejos tiempos—. También me acuerdo de la vez en la que a Maya le puse gusanos en su merienda y la cara de asco y el grito que soltó. Esa fue de mis mejores bromas, aunque estuvo persiguiéndome enrabiada por todo el orfanato.

—Normal. Fuiste muy malo con ellos —le reproché mirándole de manera recriminatoria.

Él me lanzó una mirada culpable.

—Pensaba que todos estaban en mi contra —se defendió poniendo las manos en alto—. Me gané muchas broncas de parte de Kara y Álvaro. Eso sí, en ningún momento me pusieron la mano encima. Tuvieron mucha paciencia conmigo. Soy consciente de que no fui un niño fácil de cuidar.

«Agradezco el día en el que conocí a Eric. ¿Sabes? En ningún momento dejé de bailar y cuando vi que el Moonlight tenía un pequeño cenador, no me lo pensé dos veces. Puse un poco de música y me puse a bailar. Siempre que lo hago pienso en mis padres y aquel día no fue la excepción. Estaba tan concentrado pensando y moviéndome que cuando quise darme cuenta de que no estaba solo ya era tarde. Eric me pilló haciendo lo que más me gustaba y en ningún momento me juzgó por ello. No sabes la cantidad de insultos que he recibido solo porque amo el baile.

Él soltó un pequeño suspiro.

»En fin, tuvimos una pequeña charla. No sé qué vi realmente en él, solo sé que mi yo de nueve años se sintió tan confiado que le contó todas las cosas malas que había vivido. Gracias a él entendí que yo no era un niño defectuoso y que

tenía derecho a ser feliz, como cualquier otro. También me dijo que podría seguir bailando siempre y cuando cambiara mi actitud, que había otra chica asistiendo a un centro de baile. —Me miró con los ojos brillantes, llenos de emoción—. No veas la cara que se me puso cuando me dijo que Maddie bailaba, cuando me enteré de que ella era muy buena. Lo tonto que me sentí por haber tratado tan mal a mis compañeros.

»Ese día significó un antes y un después en mi vida. Decidí no ser más el niño del demonio y mostrar mi verdadero yo. Gracias a eso pude dar clases y formar parte del equipo de competiciones infantil de Hannah. Empecé a ser feliz tras años de oscuridad y por fin encontré una familia que me quisiera tal y como era. Ya no debía ocultar mi verdadero yo nunca más.

Sus palabras tan llenas de esperanza y alegría provocaron que algo en mi interior se removiera. Ver la manera en la que le brillaban los ojos al hablar de su familia, ver lo dichoso que se sentía ahora, me hizo darme cuenta de que los años de dolor y sufrimiento lo habían hecho más fuerte. No pude evitarlo. Lo abracé con fuerza y enterré la cara en su cuello.

—Gracias por contármelo, por confiar en mí —susurré con la voz estrangulada de la emoción—. Siento lo que viviste de pequeño y espero de corazón que se haga justicia y que aquellas personas que tanto daño te hicieron paguen por sus acciones.

Sentí los dedos de él recorrerme la espalda y enredárseme en el pelo. Me acercó aún más a su pecho y me estrechó contra sí. El calor que desprendía me tranquilizaba de una manera que me asustaba.

—A ti por escucharme. Es liberador hablarlo con alguien.

Nos separamos y, por un momento, nos miramos a los ojos. Una gran sonrisa se instaló en sus labios y otra en los míos.

—Siempre podrás confiar en mí. Puedes contarme lo que quieras.

—¿Todo?

—Por supuesto.

Sellamos el pacto con otro abrazo. Tenerlo tan cerca estaba revolucionando todo mi sistema. Hacía esfuerzos sobrehumanos para actuar normal, para que él no notara el aleteo frenético de mi corazón y lo alterada que me ponía su cercanía. Alejando aquellos pensamientos de mí, me permití saborear el momento. Mas cuando llegué a casa horas después me di cuenta de que fuera cual fuera nuestra relación, aquella conversación había solidificado sus cimientos.

Capítulo 14

Kevin

No planeaba contarle a Hayley lo desgraciada que había sido mi vida; no estaba dentro de mis planes y había temido que empezase a sentir pena por mí. Odiaba dar lástima y sería algo con lo que no podría lidiar. Mas el ver lo comprensiva que había sido había provocado una sensación desconocida en mi interior. Ver cómo se preocupaba por mí y cómo me consolaba me había hecho sentir importante para ella.

Cuando la sentí entre mis brazos, todo lo que había a nuestro alrededor se detuvo y por un momento solo existíamos ella y yo. Mi pulso acelerado, como si hubiese estado horas y horas ensayando, y mis mejillas calientes eran la clara evidencia de que lo que sentía por ella no era una simple atracción; había algo más, algo más profundo.

¡Dios santo! Aquella rubita de rasgos angelicales se estaba colando muy dentro de mí.

Llegué a casa a la misma hora de siempre, pero lo que me encontré en el interior me dejó totalmente de piedra.

—... Créeme, Christina, puedo hacer que te quiten la custodia de la niña si yo quiero. Cuento con los mejores abogados.

—Lo tienes claro si piensas que me voy a rendir sin luchar primero. Ellos son mis hijos, lo quieras o no.

—Y aquella a la que llamas sobrina es mi hija, te lo recuerdo.

—Hija que abandonaste a su suerte hace treinta años. No te tengo miedo, Olivia. Sé de qué pie cojeas y es imposible que puedas quitarme la custodia de Venus.

Una risa malvada me llegó desde el salón. Seguí el sonido de las voces hasta allí y me encontré a aquellas dos mujeres discutiendo. Mamá estaba sentada en el sofá, cruzada de brazos y en una clara posición defensiva. Olivia, en cambio, estaba claramente relajada, cruzada de piernas y mirando a mamá con una ceja alzada y una mirada de suficiencia.

—Te recuerdo que me puedo pagar un buen abogado y que si juego bien mis cartas podré quitarte a esa niñita sin mover apenas un dedo.

—No te tengo miedo —la desafió mamá.

—Deberías. Sé que con tu sueldo de maestra apenas te llega para pagar la renta y todos los gastos que tus hijos tienen. Mientras, yo podría darle a esa niña todo lo que desea.

Dios mío, aquella mujer estaba loca de remate si creía que con una amenaza así nos asustaría. Vamos, no tenía fundamento su argumento.

Di un par de pasos y le pasé las manos por el cuello a mamá. Esta dio un brinco en su sitio, más cuando le estampé un beso sonoro en la mejilla, pero cuando se dio cuenta de que era yo, me lanzó una mirada que asustaba, o que habría asustado si yo hubiese sido un crío y no la conociese lo suficiente como para saber que era solo una fachada.

—Veo que tenemos una invitada. —Observé a Olivia con atención torciendo el gesto. Sí, en definitiva, Maddie había tenido suerte de no criarse con ella. A saber qué clase de persona sería de haber estado a su lado. Quizás una réplica exacta de Presley y Jules, o una versión peor. Quién sabe.

—Olivia ya se marchaba, ¿verdad?

Christina estaba demasiado tensa y yo era consciente de que las palabras de aquella mujer tan malvada la habían herido. Si había algo que tuviese claro era que mamá nos quería a todos con locura y que el mero hecho de pensar siquiera en perdernos a uno de los tres sería doloroso para ella. Había luchado mucho para encontrar a su sobrina y, tiempo después, había decidido adoptarnos a los dos. Con Venus le pasó lo mismo. Al ser soltera el Estado incluso se había negado a darle su custodia y no fue hasta que yo les conté que no habría mejor madre que ella que no quisieron dar su brazo a torcer.

—Está bien. —Aquel intento de mujer se levantó del sofá, se alisó la falda del vestido como si estuviera arrugado y se arregló el pelo—. Espero que pienses en lo que te he dicho, Christina. Nos veremos pronto, mucho antes de lo que piensas.

Y con esas palabras salió de nuestra casa con un gran portazo. En el mismo

instante que ella se fue, mamá se vino a abajo. Echó el cuerpo hacia delante y se llevó las manos a la cara. Fui consciente del momento exacto en el que empezaba a llorar y no perdí el tiempo. Rodeé el sofá y la envolví entre mis brazos.

—Vamos, mamá. No debes hacerle caso a esa gilipollas. Solo quiere meterte el miedo en el cuerpo.

—Pero ¿y si intenta quitarme a Venus? No quiero que sufra más, quiero que sea feliz.

—Y lo será. No dejaremos que nos la arrebaten. Te lo prometo.

—No quiero... no quiero perderla. La quiero demasiado —sollozaba.

Le di un beso en la coronilla y la estreché aún más fuerte contra mi cuerpo. Si de algo no tenía dudas era de que lucharíamos a muerte por esa pequeña que tanto nos había cautivado. Puede que a veces fuera un poco molesta y que fuera difícil convivir con ella cuando tenía uno de sus ataques de pánico o una de sus pesadillas, pero no la cambiaría por nada.

—No lo harás. Te lo prometo.

***

Aquel día Hayley y yo pudimos terminar de aprendernos la coreografía del dueto. Si bien era muy complicada, ambos teníamos tanta confianza el uno en el otro que no se nos hacía tan dura. Sentirla entre mis brazos de nuevo era una sensación placentera y ya había olvidado lo mucho que me gustaba bailar a su lado.

—Creo que deberíamos esperar dos segundos antes de hacer el siguiente paso —propuso ella.

Era bastante tarde, pero habíamos decidido quedarnos un tiempo extra para mejorar la coreografía y pulirla. Quedaba bastante para el evento que organizaba nuestro estudio, pero los dos éramos tan perfeccionistas que habíamos preferido aprovechar todo el tiempo que teníamos para darlo todo.

—Sí, creo que en esa parte nos descoordinamos un poco. Yo tiendo a adelantarme. Lo siento.

Ella se encogió de hombros. Habíamos parado un par de minutos para recobrar el aliento y tomar un poco de agua. Nuestra instructora hacía ya casi una hora que se había ido, aunque se había asegurado de brindarnos una sala en la que pudiésemos ensayar hora y media más.

—No te preocupes. Creo que deberíamos proponer hacer después de la parte en la que hago un mortal unos *turns piqués*.

—Eso quedaría fenomenal.

Volvimos al ruedo y ensayamos la parte que ella había propuesto. Era fantástico sentirme tan conectado con ella tras estar un tiempo separados. Sinceramente, pensaba que sería difícil o más complicado volver a hacer un baile juntos, más cuando yo me sentía tan atraído a ella y me ponía tan nervioso a su lado.

Terminado el ensayo y tras darme una buena ducha, me ofrecí a llevarla a casa.

—No tienes que hacerlo. Sabes que el transporte público me deja al lado —objetó ella.

—Tonterías, quiero llevarte. Así me aseguro de que llegas. Además, es un poco tarde.

Hayley hizo una mueca de lo más chistosa con los labios, pero no se opuso. Murmuró un «está bien» y me siguió hasta el aparcamiento del estudio. Hacía bastante que había anochecido y estaba más oscuro que la boca de un lobo. A eso añadámosle el frío que hacía. Sí, mejor la acercaba hasta la residencia femenina y me aseguraba que entraba sana y salva.

—Gracias por traerme —musitó cuando hubimos llegado.

Hizo amago de bajarse del coche, pero la retuve cogiéndole la mano.

—Espera. Hay algo que quiero comentarte.

Me pasé las manos entre el pelo con nerviosismo, no sabiendo cómo empezar.

—Está bien. Dime.

Jugueteé con mis dedos inquietos hasta que por fin tuve el valor de mirarla. Aunque no había mucha luz, podía ver a la perfección sus rasgos tan cautivadores y un brillo curioso en sus ojos celestes.

—He estado pensando en lo que nos ha contado Quinn sobre el concurso universitario. Me gustaría participar.

Ella me regaló una de sus sonrisas tan bonitas.

—Eso es fantástico. Seguro que lo haces genial.

Negué con la cabeza. Le rocé la mejilla con los dedos y, por un momento, ella cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, sentí que mi corazón se paralizaba. Me encantaba su mirada, sus labios, su voz, su personalidad. Dios, me encantaba ella, así de simple.

—No me has entendido. No me refería a eso. Quiero que bailemos juntos.

Su reacción me hizo gracia. Me miró como si me hubiese cambiado de repente el color del pelo. Abrió la boca para decir algo, pero la cerró, sin

encontrar las palabras.

—¿Tú y yo? ¿Juntos?

Vamos, estaba reaccionando como si la señora Forest no nos hubiera hecho nunca la propuesta.

—Por supuesto. Creo que lo haríamos fenomenal. Tenemos mucha química juntos... cuando bailamos. Lo hemos hecho otras veces, Hayley. No sería la primera vez.

Ella se mordisqueó el labio inferior, indecisa. Solo ese gesto me dio ganas de darle un beso y borrar así toda esa incertidumbre. Madre mía, ya estaba empezando a pensar en bobadas. Como siguiera así me volvería mucho más cursi de lo que ya eran mis pensamientos.

—No sé yo. No creo que esté a la altura. Tú eres muy talentoso y siento que yo te frenaría y que por mi culpa haríamos el ridículo.

Hayley intentó apartar la mirada, pero yo se lo impedí colocando una mano bajo su barbilla. Lo siguiente que dije lo hice mirándola con seriedad. Estaba completamente seguro de que ella era la indicada, mi pareja ideal de baile. Los años juntos lo habían demostrado.

—Escúchame, Hayley, porque lo que tengo que decirte es muy importante y quiero que entre en esa cabecita tuya. Eres mucho más buena de lo que crees. ¿Acaso nuestra instructora te habría puesto conmigo de nuevo de no haberlo sido? Además, llevo siendo tu compañero más de un mes y te digo con toda la seguridad del mundo que se te da de miedo. Tienes una forma de moverte única y se nota que también practicas en tu tiempo libre.

Tragó saliva, los ojos chisporroteando con fuerza.

—¿En serio lo crees? —Un atisbo de emoción teñía su voz.

—Estoy seguro de ello. Quiero que lo hagamos juntos. Te necesito a mi lado si quiero ganar.

Ella rompió la conexión que nuestras miradas habían creado para mirar al frente. Volvió a mordisquearse el labio de manera distraída y ese simple gesto le dio un aire tan sexy que tuve que utilizar toda mi fuerza de voluntad para no abalanzarme sobre ella. Sería mi perdición, era plenamente consciente de ello. Por mucho que me controlara llegaría un momento en que toda esta contención me estallaría en la cara. Cuando volvió a mirarme, un brillo curioso inundaba su rostro. No llevaba maquillaje, no lo necesitaba. Hayley tenía una belleza única que la hacía destacar del montón.

—¿Por qué? ¿Por qué es tan importante ganar el concurso?

Debo confesaros que me sorprendió que ella me tuviera tan calado, que supiera que había algo detrás. No sé por qué lo hice cuando en la infancia

siempre habíamos estado juntos, dentro y fuera del estudio. Estaba claro que Hayley me conocía mucho más de lo que creía y, en parte, no me desagradó. Es más, fantaseé con la idea de conocerla por completo, de saber sus gustos y aquello que más odiaba, saber sus secretos y guardarlos bajo siete llaves.

Por un momento dudé. ¿Estaría bien contarle mis problemas personales, compartirlos con ella? ¿Sería justo decirle que la madre biológica de Maddie había vuelto y amenazaba con arrebatarle a mamá la custodia de Venus?

No me lo pensé dos veces y le relaté con todo lujo de detalle lo ocurrido las últimas semanas. Hayley me escuchaba con una mezcla de horror y preocupación. Le narré desde el primer encuentro que tuvimos hasta la última charla que había presenciado aquella misma tarde. Le conté lo preocupado que estaba y lo que Christina me había dicho: que no podía pagarse un buen abogado.

—Quiero ganar porque con el dinero mamá podrá tener un buen abogado —concluí—. No quiero... —Me tembló la voz—. No quiero que nos arrebaten a Venus.

Hayley enredó los dedos en mi pelo y me lo acarició con cariño. Conocía muy bien aquella mirada que tenía: estaba dándole vueltas al asunto. Ella era la clase de persona que lo daba todo por sus seres queridos; lo había presenciado en más de una ocasión. Como la vez en la que me regaló una postal tras un día lleno de malos recuerdos o cuando se pasó todo un día ayudando a su mellizo cuando este se puso enfermo.

—No sé yo. No quiero ser la responsable de que perdamos. —Arrugó la frente.

Le acaricié el ceño fruncido con los dedos hasta que este desapareció.

—Mira, prométeme una cosa. Lo intentaremos. Si ganamos, bien; y si perdemos, da igual. Ya buscaré otra manera de ganar dinero. Podría buscarme un trabajo e incluso presentarme a algún *casting*. He visto que buscan actores de reparto para un musical y que un requisito es que sean buenos bailarines.

Ella sonrió.

—Seguro que te eligen. Eres muy buen bailarín y tu técnica es la mejor.

Me encogí de hombros.

—Qué se le va a hacer si he nacido perfecto. —Le guiñé un ojo con complicidad, a lo que ella soltó una risita que revolucionó mi ya alterado corazón.

—Creído.

Le tiré un beso.

—Y tú preciosa, pero sé que no debo decírtelo porque ya sabes que lo eres.

No sé por qué dije eso, solo sé que las mejillas de Hayley se empezaron a

teñir de un rosa muy adorable e irresistible. Debía dejar de decir tonterías ya. No quería delatarme. Ella solo me veía como a un amigo. Aunque eso me dolía, en cierta medida prefería estar en su vida de esa manera que de ninguna.

—Puff, deja de decir tonterías.

Le di un buen repaso de arriba a abajo, desde aquel cabello tan reluciente como el oro hasta la punta de los pies, pasando por sus labios color cereza, sus ojos claros como el cielo en un día despejado, su rostro suave como la seda, aquel jersey que se le ceñía al cuerpo y que remarcaba cada una de sus curvas y esos pantalones ajustados. Era perfecta.

La obligué a que me mirara de nuevo.

—Escúchame bien, Hayley. Eres una mujer maravillosa y cualquier tío debería sentirse afortunado de tenerte a su lado. Yo me alegro de que seas mi amiga, la mejor. Eres increíble y me encanta pasar tiempo contigo.

Una sonrisita se dibujó en sus labios y estuve en primera fila para ver cómo sus mejillas se iban incendiando poco a poco.

—Como sigas diciendo cosas tan bonitas, me voy a poner roja como un cangrejo.

Le toqué la mejilla sin borrar de mi boca una sonrisa de lado.

—Créeme, ya lo estás y no podrías estar más guapa. —Le guiñé un ojo con coquetería.

Pero ¿qué me estaba pasando? ¿Por qué no podía controlar toda la vorágine de sentimientos que me recorría el cuerpo entero? El hormigueo y la corriente eléctrica que me unían a ella se hicieron presentes, más cuando mi corazón empezó a acelerárseme y un único de deseo de besarla me invadió por completo. ¡Dios mío! Me estaba volviendo loco, loco por ella. Hayley Woods sería mi perdición.

Se instaló un pequeño silencio entre nosotros, uno en el que en ningún momento aparté la vista de ella. No podía. Me tenía hechizado, embrujado. Sentía unas ganas incontrolables de tocarla, de acariciar la suave piel de su rostro. Quería confesarle todos mis sentimientos para con ella y, al mismo tiempo, huir como un cobarde. ¿Qué me estaba pasando?

—Será mejor que me vaya —rompió el silencio ella. Esbozó una sonrisa genuina que hizo que mi corazón sufriera un pequeño ataque y que me dejó al mismo tiempo noqueado—. Gracias por traerme a casa.

Hayley se quitó el cinturón de seguridad e hizo amago de abrir la puerta, pero en el último instante se paró. Se volvió hacia mí y, tras pensarlo unos instantes, me dio un beso en la mejilla que me dejó sin aliento. Cuando se marchó, observé cómo buscaba las llaves en la mochila que llevaba a los ensayos.

Antes de arrancar el coche y marcharme de allí un pensamiento cruzó mi mente: poco a poco la pequeña Hayley Woods se estaba metiendo en mi sistema y ya era imposible resistirme a sus encantos. Me estaba enamorando de ella.

Capítulo 15

Kevin

Los siguientes días fueron una completa tortura para mí. No solo verla en clase, sino tenerla en los ensayos me estaba matando. Tenerla con tan poca ropa y hacer una pieza en el que había mucho roce me estaba volviendo loco. Ansiaba tocarla y besarla hasta desgastar nuestros labios. Lo peor de todo era que ella no parecía darse cuenta de lo mucho que me estaba costando controlarme, sobre todo cuando la tenía tan cerca que nuestros alientos se entremezclaban.

La señora Forest se había mostrado muy contenta cuando le habíamos comentado que habíamos decidido participar en el concurso universitario y desde aquel mismo instante no nos había dado tregua. Era muy estricta con nosotros y siempre resaltaba nuestros fallos. No solo eso, nos quedábamos una hora más para practicar y hasta que no se quedaba satisfecha con nuestro trabajo no nos dejaba en paz.

Un día, nuestra instructora de baile reunió a todo el equipo y me sorprendió el hecho de que nos anunciara que mi hermana Maddie vendría al estudio para darnos una clase. Ella era una bailarina reconocida en todo el país y ahora estaba preparándose para su debut en Broadway. Me sorprendió que ella no me dijera nada al respecto.

—Quiero que todos seáis respetuosos con ella. Maddie ha reorganizado su agenda para daros esta clase. Espero que os portéis como nunca.

Eso estaba hecho.

Sin poder evitarlo, miré a Hayley. Ella estaba emocionadísima. Por lo que sabía, era muy fan de mi hermana y desde pequeña la había idolatrado. Era curioso que Maddie volviera a darnos clase transcurridos unos años.

Unos minutos después del anuncio, mi hermana entró y se adueñó de la clase. Llevaba ropa cómoda, de la marca que había fundado hacía unos años y que la gran mayoría de mis compañeras usaba, entre ellas Hayley. Su pelo estaba recogido en su habitual moño y llevaba puesta la mirada estricta que tanto la caracterizaba. Sabía por experiencia propia que mi hermana mayor nos iba a hacer sudar la gota gorda.

—De entrada, estoy encantada de la oportunidad que la señora Quinn Forest me ha dado. Os aviso que llevo un tiempo sin dar clase, así que es probable que me pase de dura. Quiero empezar viendo el calentamiento.

Mientras estirábamos, pude observar cómo Hayley hablaba con una de sus amigas, aquella chica de piel oscura que tanto talento tenía. Tuve el privilegio de tener una vista espectacular de su trasero.

—Adoro los trabajos que ha hecho Madison —dijo Paris sacándome de mis pensamientos.

La miré. Llevaba el pelo recogido en un moño tirante y una camiseta de la marca que mi hermana había creado. Hice esfuerzos sobrehumanos para no torcer el morro con desagrado al ver que se había subido la camiseta a propósito para que le viera su vientre plano.

—Sí, es una bailarina increíble.

Lo confieso, estaba siendo un borde con ella. Sentía tratarla así, pero es que no podía quitármela de encima. No quería lastimar sus sentimientos diciéndole que no me caía del todo bien. Además, había sido consciente de la gran cantidad de miraditas de autosuficiencia que lanzaba al resto de sus compañeras y cómo de vez en cuando soltaba algún comentario fuera de lugar, hiriente y lacerante.

—Me encantaría tener las oportunidades que ella tiene. Seguro que ahora lo tiene más fácil para brillar.

Hice una mueca.

—Ella tiene que trabajar muy duro para conseguir las oportunidades que tiene.

Los ojos azules de Paris se clavaron en mí. En su rostro de porcelana se dibujó una mirada interrogante.

—¿Cómo lo sabes?

Moví ligeramente los hombros.

—Maddie es mi hermana mayor. Además, sé lo duro que es el mundillo del baile cuando es tan pequeño y hay tanta competencia.

Ahora me miraba como si me hubiese salido una segunda cabeza. Dios, dame paciencia.

—¿Ella es tu hermana? Si no os parecéis.

Os juro que estaba haciendo todos los esfuerzos posibles para no poner los ojos en blanco. Aquella mujer ya me tenía bastante harto. Era muy pesada y parecía no callarse nunca.

—Somos adoptados, pero eso no quiere decir que la quiera menos.

Paris no dijo nada más, lo que agradecí. Me centré en los últimos ejercicios del calentamiento y cuando este llegó a su fin, Maddie nos ordenó una serie de pasos que habrían sido más complicados de no habérmelos enseñado años atrás. Recordaba los trucos y consejos que me había dado cuando estaba luchando por el título nacional, la de veces que me corregía solo porque quería verme dando mi ciento diez por ciento. Creo que gracias a ella había conseguido ganar todos los concursos a los que me presenté.

—Hayley, ten cuidado con el pie de apoyo —la corrigió.

Una pequeña sonrisa se instaló en los labios de la rubia, pero obedeció sin rechistar.

Acabada su hora, Quinn la invitó a que viera el resto del ensayo. Le mostramos las coreografías que habíamos estado ensayando, tanto las grupales como las solistas y los duetos. Cuando llegó el turno de Paris y Erika, pude ver cómo Maddie se retorcía los dedos de las manos, un gesto que había empezado a hacer tras dejar de morderse las uñas. Elevó una ceja cuando vio cómo Paris hacía una parada de manos de lo más chapucera y cómo Erika intentaba amoldarse al ritmo de su compañera.

—Vale, este dueto es un desastre —dictaminó—. Tú —dijo señalando a la chica de piel oscura—, tienes muy buena técnica, pero estoy viendo que intentas constantemente amoldarte a tu compañera. Siento que ella te está frenando—. Tú. —Ahora Maddie señaló a Paris—. Eres buena, tienes unos pies preciosos y unas líneas envidiables, pero siento que podrías dar más.

A Paris parecía que las palabras de mi hermana no le habían gustado para nada. Era consciente de lo engreída que era y de los comentarios que solía soltar acerca de que era una de las mejores bailarinas del estudio de baile.

—Lo siento. —Erika parecía estar tomando nota mentalmente de lo que decía Maddie—. ¿Puedo mejorar algo más?

Durante los siguientes minutos mi hermana le soltó una parrafada de lo que pensaba que eran sus puntos fuertes y sus debilidades, destacando su técnica impoluta. Hizo lo mismo con Paris, a la que no le gustó para nada escuchar que debía empezar a ser menos descuidada.

—Bien. Siguiente dúo. Woods, Graham, la pista es vuestra —bramó la señora Quinn. Hayley y yo nos colocamos en la posición inicial y esperamos hasta escuchar el comienzo de la canción que se nos había asignado—. Quiero que no tengas piedad con ellos. Van a competir en un concurso universitario.

—Está bien. —La sonrisa de mi hermana mayor no me gustó un pelo. Tenía la mirada de «Os vais a cagar», aquella que tenía tatuada en sus rasgos cada vez que nos daba clase.

Empezamos a movernos como si los años en los que habíamos estado separados no hubieran ocurrido. Estábamos coordinados y sabía a la perfección cuándo ejecutar mi siguiente movimiento, cuándo debía alzarla entre mis brazos y cómo tenía que sujetarla para no dejarla caer. Sabía qué punto exacto debía acariciar y cuál no. Era como si estuviésemos destinados a estar juntos.

Maddie torció el morro.

—Creo que ese paso final no pega mucho —opinó ella—. Queda muy artificial.

—Todavía estamos trabajando en ello. Nos queda mucho por pulir en poco más de un mes.

Mi hermana me miró y, después, se fijó en Hayley.

—¿Podéis repetirlo de nuevo?

Conocía muy bien ese gesto que estaba haciendo con los labios. Estaba pensando en cómo solucionar el paso final de la coreografía para que este fuera el idóneo. Estuvimos repitiendo la coreografía al mismo tiempo que Maddie nos iba corrigiendo los errores que veía. Hacía años que no disfrutaba tanto de una clase, que no aprendía tanto.

—¿Podemos modificar ese final? Cada vez que lo veo es peor.

Hayley y yo estábamos exhaustos. Ella tenía las mejillas encendidas por el esfuerzo, y la cara y el cuerpo cubiertos de sudor. La ropa se le pegaba al cuerpo y me dejaba muy claro que Hayley tenía las curvas donde debía, que la pubertad la había honrado con un buen cuerpo... Vale, debía empezar a dejar de pensar en ella. Claro que era bonita, si bien ahora el cansancio era evidente en sus rasgos. Escuchaba con atención todo lo que se le decía, intentando mejorar en todo momento. Se notaba que estaba dando lo mejor de sí misma y que, al igual que yo, se lo estaba pasando en grande recibiendo una clase de la que era su ídolo.

—¡Ya está! —Maddie chasqueó los dedos—. Creo que ya sé cómo mejorarlo.

Y los siguientes minutos los aprovechamos al máximo mientras nos mostraba qué quería exactamente que hiciéramos. Hayley y yo sabíamos por experiencia cómo realizar la coreografía que se iba dibujando en su mente, así que no fue de

extrañar que pasado un tiempo ya tuviésemos un final espectacular.

—Me gusta, ¿no lo cree así, señora Forest?

Nuestra instructora asintió con energía.

—Está mucho mejor —estuvo ella de acuerdo.

—También me gusta ese momento en el que los dos están girando al mismo tiempo. Queda perfecto. La verdad es que los dos tenéis mucho talento y una gran técnica. Os felicito.

—Muchas gracias, señora Woods —dijo Hayley esbozando una gran sonrisa. A pesar de lo cansada que se la veía, parecía estar llena de mucha fuerza y vitalidad. No me habría extrañado si se pusiera a hacer de nuevo la coreografía ella sola otras cincuenta veces.

Cuando nuestra clase dio a su fin, pasamos a manos de Jacob Ayers, uno de los instructores de ballet de la academia de baile. Cuatro sesiones a la semana teníamos clase con él y era uno de los profesores con los que mejor me llevaba. Desde pequeño había adorado el ballet y siempre que podía metía algún paso de ese género en mis coreografías. A mamá le encantaba también y recuerdo que más de una vez la veía bailándolo en el salón de casa.

En todo el tiempo que duró la clase no pude dejar de mirar a mi compañera. Desde el momento en el que Jacob inició la sesión con una serie de ejercicios básicos hasta el instante en el que dio por terminada la sesión y nos deseó una buena noche. La veía en su salsa, mucho más relajada de lo que la veía en clases ordinarias. Estaba en su elemento y se notaba que amaba el baile tanto como yo.

—¿Quieres hacer algo este fin de semana? —La voz chillona de Paris me sacó de mi ensimismamiento. Dejé de mirar a Hayley y me centré en aquella castaña tan pesada.

—Lo siento, pero ya tengo planes —mentí. Lo último que quería era pasar aún más tiempo con ella. ¿Acaso no se daba cuenta de que no me caía bien?

—Qué lástima.

—Sí.

Por el rabillo del ojo vi que Hayley se marchaba del aula y tras soltar una disculpa fui tras ella. La encontré en el pasillo charlando con un chico que no conocía. Me escondí para que no me vieran y pensaran que fuera un cotilla.

—Cada día lo haces mejor. —Ese chico le apartó un mechón rubio de la cara. Ella respiraba agitadamente consecuencia del duro ensayo y sus mejillas estaban llenas de color por el esfuerzo, y, aun así, sus ojos refulgían con fuerza—. Ya me he enterado de que vas a participar en un concurso universitario. ¡Ojalá tengas suerte!

Vale, el tío ese estaba flirteando y ella no parecía percatarse. Esbozaba esa sonrisa tímida que tanto me gustaba y agachaba la mirada avergonzada. No parecía estar muy acostumbrada a los cumplidos y aquello, no sé por qué, me cabreó. Toda persona merece escuchar de boca de los demás cuáles son sus cualidades y no solo sus defectos.

—Creo que la coreografía es excelente y, además, tengo un compañero que es el mejor.

Escuchar de sus labios aquellas palabras me sacó una gran sonrisa. No sabía que pensara así de mí, pero me alegraba escucharlo de sus labios. Era agradable recibir comentarios positivos.

Ese sujeto hizo un movimiento de cabeza extraño. Al estar de espaldas a mí no podía verle la cara; solo tenía una vista grandiosa a su espalda. Llevaba una camiseta sin mangas que dejaba al descubierto sus brazos musculosos y tenía el pelo chorreante de sudor. A ver, yo seguramente tendría la misma guisa que él teniendo en cuenta que sudaba la hostia.

—Ah, no sabía que bailarías en pareja.

—Sí, trabajo con Kevin Graham, el nuevo. La verdad es que desde pequeños hemos bailado juntos y, a pesar de llevar un tiempo separados, siento que la conexión que llegamos a crear entre los dos no se ha roto. Es como si lleváramos toda la vida siendo pareja de baile.

Mi sonrisa se hizo aún más amplia al escucharla.

—He oído de él que...

—Kevin, ¿qué haces ahí parado como un pasmarote?

Las palabras de mi hermana me hicieron dar tal bote en mi sitio que casi me delaté. Dios mío, aquella mujer era demasiado sigilosa. Me volví hacia ella con el pulso alborotado y las mejillas rojas como tomates. Sentía como si me hubiesen pillado con las manos en la masa, a punto de hacer alguna travesura.

—Nada, nada.

Pero Maddie era muy inteligente y en seguida supo lo que pasaba. Se asomó un poco y, al percatarse de la escena que sucedía, volvió a esconderse. La mirada pícara que me lanzó no me gustó nada, menos aquella sonrisa ladina que se le dibujó en los labios y aquella chispa maliciosa que vi en sus ojos. Joder, la conocía lo suficientemente bien como para saber que me soltaría uno de sus comentarios mordaces.

—Así que Kevin estaba espiando a la pequeña Hayley. Interesante.

No me equivocaba. Allí estaba ella, poniéndome en ridículo y exponiendo mis sentimientos hacia aquella rubita que había alterado mi mundo con nuestro reencuentro inesperado.

Le tapé la boca con una mano. Lo que menos quería era que la escucharan esas dos personas que estaban charlando a unos metros de distancia.

—¿Puedes cerrar el pico? Gracias. Joder, eres peor que un grano en el culo.

Maddie murmuró algo, pero no pude entenderla debido a que mi mano ahogaba sus palabras. Así que la solté no sin antes advertirle con la mirada. Más le valía tener la boca cerrada si no quería meterse en problemas. Sí, mi yo infantil aún seguía en mi interior y si bien las bromas pesadas se habían quedado en el pasado, podría vengarme de ella. Ella puso los ojos en blanco. Tiré de ella hasta la cafetería y, tras pedir unas bebidas calentitas y sentarnos en unos sofás, volvió a hablar.

—Eres muy infantil, hermanito. Vamos, te confieso que ya desde que erais pequeños creía que acabaríais juntos. Fue una lástima que te separaras de ella. Hacíais muy buena pareja. Pero ¿sabes?, me alegro de que os hayáis reencontrado. Hoy se os veía muy bien juntos.

Un camarero nos sirvió las bebidas y al instante puse las manos sobre la taza.

—Nos queda mucho trabajo por delante

Una sonrisa torcida apareció en sus labios. Apreté los míos con fuerza.

De pronto, en la entrada aparecieron Hayley y ese tío. Fruncí el ceño. Genial, simplemente genial. ¿Acaso no había tenido suficiente con la escenita del pasillo? Veía cómo ella mostraba su sonrisa tan característica y cómo él la miraba con deseo. Mierda, debería apartar los ojos de ella, pero es que no podía. Era tan jodidamente guapa que sentía que nunca me cansaría de admirarla y de anhelar estar con ella.

Maddie se dio cuenta al momento en dónde tenía puestos los ojos y el brillo de los suyos no me gustó ni un pelo. Cuando aquellas esmeraldas se oscurecían uno debía ponerse alerta, era algo que había aprendido con el paso del tiempo.

—Dime una cosa, Kevin. ¿Qué sientes exactamente por ella? ¿Es solo deseo o algo mucho más profundo? Porque la miras de la misma forma en la que Eric me mira a mí.

Me llevé el vaso a los labios y tomé un pequeño sorbo de mi té. Estaba intentando hacer un poco de tiempo para pensar. ¿Qué sentía yo por Hayley? Muchas cosas, demasiadas, y eso me asustaba de narices. ¿Y si lo que estaba sintiendo por ella no era correspondido? ¿Y si no era su tipo? Vamos, incluso tenía una regla de no enamorarse jamás y estaba claro que si no la había roto ya con la cantidad de pretendientes que seguramente tendría no lo haría por mí, ni de coña. Temía quedarme en la famosa *friendzone*.

—No digas tonterías. No la miro de ninguna manera especial.

—Claro que sí, pequeño demonio, solo que no te das cuenta de ello. Tus ojos

relucen y se te queda esa cara de bobo que tienes.

Madre del amor hermoso. Solo estaba diciendo tonterías, eso estaba claro. Me pregunté si mi hermana no habría bebido antes de darnos clase.

—Huy, mira qué bien —siguió hablando ella mirando a aquella pareja—, Hayley nos acaba de ver. —La saludó con la mano. Al instante, ellos dos se acercaron a nosotros—. Chicos, bienvenidos. ¿Por qué no tomáis algo con nosotros?

—No creo que quieran —objeté—. Seguro que tienen cosas mejores que hacer.

Los ojos azules de Hayley nos miraron a los dos. Aquella sonrisa aún seguía tirante en sus labios.

—Pues la verdad es que no. Tengo media hora antes de ir a ensayar con Quinn. Quiere que trabajemos un poco más en el dueto y que practiquemos el nuevo final. Por cierto, Maddie, me encantan los cambios que has hecho. Creo que ahora sí que tenemos más posibilidades de ganar.

Ella le restó importancia con un gesto de la mano.

—No es nada. Ya sabes que adoro coreografiar.

Al parecer, Hayley se dio cuenta de cómo miraba a su acompañante, puesto que nos lo presentó.

—Él es George, un amigo del estudio y uno de los bailarines más talentosos que conozco. George, ellos son Kevin y Maddie.

—Mucho gusto. Soy un gran admirador de su trabajo, señora Woods. Me gustó verla en la temporada pasada de *Dancing with the stars*. Creo que tiene muchísimo talento.

Supe por la sonrisa gigantesca de mi hermana que ese tal George ya se la había ganado. Genial, simplemente genial. Lo que me faltaba, oye, tener a mi propia hermana en contra.

—Oh, eres un encanto. La verdad es que pensaba que no me elegirían en el *casting*. Me lo pasé como una enana, sobre todo con los especiales.

—Es una lástima que no ganara, que se quedara a las puertas de hacerlo. Kiara Snyder y su pareja fueron excepcionales, debo admitirlo, pero usted siempre fue mi favorita. —Le guiñó un ojo.

Maddie se estaba sonrojando. Joder. Sí que se la había camelado con esas cuatro palabras.

—Kiara es una bailarina asombrosa —estuvo de acuerdo ella. Hizo una pequeña mueca y yo no pude evitar sonreír al recordar la de veces que el *Hannah Brown Studio* había competido contra el estudio de Summer, aquel en el que estaba aquella mujer. Si bien ellas dos fueron rivales a rabiar y aún seguían

siéndolo, Maddie era capaz de admitir algo tan simple como que Kiara le parecía una buena bailarina—. No me extraña que ganara. Tiene unos giros muy buenos y una elegancia al bailar que da envidia.

—Los suyos también son perfectos.

Carraspeé. Sentía que se nos había excluido de la conversación a Hayley y a mí.

—En mes y medio podrás verla en un escenario en Broadway. Es la protagonista de la obra, ¿verdad, hermana?

Se le iluminaron los ojos. La verdad era que ella no tenía muchas esperanzas de lograr ese papel, ya que en la gran mayoría de los *castings* que había realizado le habían dado una respuesta negativa. Tremenda sorpresa se llevó cuando le dijeron que la querían como la protagonista, que encajaba a la perfección con el papel. Lo celebramos por todo lo alto.

—Sí, haremos bastantes shows. Le pediré al director que me dé entradas para vosotros. Ya tengo ganas de subirme a escena y darlo todo. Canto, bailo y actúo. ¿Qué más podría pedir?

Hayley la miró con los ojos brillantes de la emoción.

—¡Eso sería fantástico! Tengo ganas de verte sobre el escenario, brillando como siempre. Al igual que George, vi la temporada pasada de *Dancing with the stars* y debo admitir que esperaba con ansias verte bailar cada semana —habló ella con emoción. Al darse cuenta de que todos la mirábamos, se puso roja—. Perdona, me siento como aquella chiquilla que esperaba con ganas el momento en el que su profesora saliese a escena. Lo sé, es una tontería.

Pero no lo era, no para mí. Sabía que aquella rubita sentía mucha admiración por mi hermana mayor, que desde pequeña la había inspirado a seguir creciendo como bailarina, a trabajar duro y a mejorar cada día por muy difícil que fuera el entrenamiento,

—¡Dios, es verdad! Eras una niñita muy mona y no me extraña que te hayas convertido en toda una mujer. No lo sabes, pero gracias a ti Eric y yo acabamos juntos. Si yo no te hubiera dado clases de baile es muy probable que él no se enterase de mi pequeño secreto y de que no se sintiese atraído por mí.

El color ya rojo de sus mejillas se intensificó. Intentó en vano ocultar cómo le afectaban las palabras de mi hermana, e incluso intentó taparse el rubor con el cabello, pero pronto se dio cuenta de que lo tenía recogido y masculló algo entre dientes.

—No tenía ni idea.

—Normal. Solo unos pocos lo saben. Has mejorado mucho en estos años. Creo que Kevin y tú tenéis muchas posibilidades. Hannah siempre decía que

parecía que estabais hechos el uno para el otro y tenía toda la razón. Me acuerdo del momento en el que les ganasteis al estudio de Summer en Los Nacionales, en vuestro primer año como pareja de baile. No sé si lo sabréis, pero ella dudaba en si llevar un dueto a un concurso tan importante. Por lo general, no solía hacerlo porque es una de las categorías más fuertes de toda la competición. Vio algo en vosotros, chicos.

—Hayley es una de las mejores bailarinas del estudio —opinó George. Mira, por primera vez estaba de acuerdo con él. Qué cosas.

—Calla, calla. No digas tonterías. Si llevo cinco años sin subirme a un escenario para competir. Además, me han rechazado un millar de veces. No he tenido tantos trabajos como otros bailarines del estudio. Siento que he perdido algo de técnica.

Maddie la miraba con atención. La sonrisita de su boca daba a entender que no estaba de acuerdo con ella.

—Pues yo creo que has mejorado mucho. La última vez que te vi sobre un escenario quedaste primera en Los Nacionales. Comparándote con lo que he visto creo que le das mil vueltas a esa otra Hayley. Tienes mucha más técnica y sigues manteniendo la flexibilidad de antaño. ¿Sabes lo difícil que es eso? Se debe trabajar todos los días y algo me dice que tú lo has hecho.

Maddie estaba orgullosa de Hayley, de eso no me cabía duda alguna.

—Trabaja muy duro —corroboró George. Lo miré con cara avinagrada. Ese tío no me caía muy bien y no me gustaba ni un pelo que estuviese tan cerca de Hayley—. No falta a ningún ensayo y, si puede, mete horas extras. ¿No me dijiste que también estirabas en casa?

—Claro que lo hago. No solo se debe entrenar en el estudio, es un trabajo que también debe hacerse en casa —comentó ella en un tonito que me hizo cierta gracia. Era como si estuviese hablando con un niño pequeño que no sabe nada.

Maddie estuvo de acuerdo con ella.

—Tienes toda la razón. Es igual de importante repasar lo aprendido en casa. Yo lo hacía. Incluso tenía una pequeña sala de estudio en el sótano de mi casa, ¿verdad, Kevin?

Sonreí. Eso era más que cierto. Kara y Álvaro, los directores del Moonlight, aquel orfanato en el que mi hermana mayor se había criado, habían acondicionado una sala para que ella pudiera ensayar sin molestar a nadie. Aquella estancia también la pude usar en el pequeño periodo que estuve allí, en cuanto me permitieron seguir aprendiendo el arte de la danza.

—La de horas que pasabas allí abajo. Recuerdo cuando la compartíamos, la cantidad de veces que me corregías y la de consejos que me dabas.

Qué recuerdos tan bonitos albergaba del Moonlight, el que fue uno de los pocos sitios a los que podía llamar hogar. Me acordaba a la perfección de aquellos domingos de juegos, las competiciones deportivas e incluso las noches de cine familiar. Antes de llegar allí pensaba que jamás encontraría mi lugar en el mundo, que estaba solo y que nadie querría a alguien que estaba roto por dentro. Mis hermanos del Moonlight me enseñaron tanto, como que la familia también la forman aquellas personas que uno elige y que también existen los hermanos del corazón. Para mí, todos ellos lo eran. Por eso siempre intentaba visitarlos cuando podía. Los quería con locura.

Estuvimos hablando un rato más, hasta que Hayley y yo tuvimos que volver a ensayar. Nos quedaba la última sesión con la señora Quinn, y nos machacó tanto que cuando dio por terminada la clase lo único que me apetecía era meterme entre las sábanas y no salir durante años.

Pero eso no fue posible. Antes de ir a casa llevé a Hayley a la suya. Maddie también iba con nosotros. Había insistido en quedarse hasta que termináramos el ensayo para así volver juntos. Tomé el desvío y aparqué el coche en el parking trasero de la universidad.

—Gracias por traerme. Ya sabes que podría haber vuelto en metro. —Lo sabía, pero prefería asegurarme de que llegaba sana y salva a casa. Hayley esbozó una gran sonrisa cuando volvió a mirar a mi hermana mayor—. Ha sido un placer verte de nuevo, Maddie. Gracias por la clase. Me ha venido bien.

Ella le quitó importancia con la mano.

—No es nada. Ya sabes que me gusta enseñar. —Hayley hizo amago de bajarse, pero Maddie la retuvo con la mano—. Sabes que puedes venir a casa siempre que quieras. Clara se pregunta cuándo vendrá su tía preferida. —Le guiñó un ojo.

Hice un puchero y fingí que me ofendía.

—Vaya, y yo que me pensaba que era su tío favorito.

Maddie y Hayley estallaron en una serie de sonoras carcajadas. Mi hermana me dio un par de palmaditas en la espalda y me miró con malicia.

—Chaval, ya siento decirte que no, prefiere a Hayley.

—Es lo que hay. Qué se le va a hacer si soy tan irresistible.

La mirada coqueta que me lanzó me dejó por un momento noqueado. ¿Acaso no se daba cuenta del efecto que tenía en mí? ¿No era consciente de cómo revolvía mi mundo, de cómo lo ponía patas arriba? ¡Oh, Dios mío! Debía calmarme. Me pregunté si sería capaz de leerme el pensamiento, de si sabría cómo me sentía a su lado, lo torpe y nervioso que me ponía. Nadie sabía lo mucho que me costaba bailar con ella ahora que le había dado nombre a todos

los sentimientos que despertaba en mí.

—Más quisieras.

Tras un intercambio más de palabras, Hayley se bajó del coche y se despidió de nosotros con la mano. No la perdí de vista en ningún momento, únicamente cuando desapareció por el portal. Solo en aquel instante me permití respirar de nuevo (¿en qué momento había dejado de hacerlo?).

Cuando dejé a Maddie en el bloque de edificios en el que vivía, la muy condenada empezó a hablar.

—Sinceramente, creo que deberías pedirle una cita.

No supe de quién hablaba.

—¿Cita? ¿A quién?

Ella puso los ojos en blanco.

—A veces olvido lo lento que eres. ¿A quién va a ser? A Hayley. Creo que también le gustas. No sé yo, pero por probar no pierdes nada.

—¿Y si me dice que no? ¿Y si no le gusto? No podría perder la amistad que tenemos ahora.

—¿Qué pasaría si te dijera que sí? —Madison no apartó en ningún momento la mirada. Aquellos ojos tan verdes y expresivos que tenía estaban puestos en mí y su expresión me daba a entender que me estaba hablando en serio. Soltó un suspiro—. Mira, sea lo que sea, creo que debes lanzarte a la piscina. El «no» ya lo tienes. ¿Por qué no intentarlo? Fíjate en mí. Cuando descubrí que empezaba a sentir cosas por Eric también me asusté, pero fui valiente y le confesé lo que sentía.

—No es lo mismo. —Posé la mirada al frente, pero ella no me dejó huir de sus ojos acusadores. Con un movimiento de mano me hizo volver a mirarla.

—Lo es. Como hermana mayor me veo obligada a decirte estas cosas. Pídele salir. Puede ser algo sencillo: un paseo por el parque, invítala al cine o simplemente charlad. Pero empieza a moverte. No sé si te habrás dado cuenta, pero hay un tío tras ella.

Hice una mueca mustia.

—No me lo recuerdes.

Maddie soltó una carcajada.

—Eres de lo que no hay. Vamos, mueve el culo antes de que otra persona se te adelante.

Me dio un beso en la mejilla y, tras despedirse con un «¡Nos vemos!», salió del coche pitando.

En lo que restaba de día estuve pensando en sus palabras. ¿En serio debería pedirle una cita a Hayley? Pero ¿y si no quería? ¿Y si no le gustaba?

Por la noche después de dar miles de vueltas en la cama, caí rendido y soñé con ella. En él yo tenía el valor de pedirle una cita y ella me aceptaba tal y como era. Éramos felices. ¿Podría ser así de simple? ¿Podría ser feliz a su lado?

Capítulo 16

Hayley

La semana siguiente se extendió el rumor de que una hermandad de esas daría una megafiesta por no-sé-qué-razón. Toda la clase lo comentaba. Las chicas cuchicheaban sobre cómo irían vestidas y los chicos alardeaban sobre con cuántas tías se enrollarían. Yo no tenía pensado ir. A ver, no es que fuera aburrida ni aborreciera las fiestas; simplemente no me apetecía, menos encontrarme con mis compañeros. Pero Michi no estaba de acuerdo.

—Venga, Hayley. Podríamos ir, beber un poco y mover el esqueleto. Quién sabe, a lo mejor puedes conocer allí al chico de tus sueños.

La miré con escepticismo.

—Paso.

Mi amiga hizo un mohín.

—Tía, qué aburrida eres. Además, Maya y Owen irán. Porfi, porfi. Ven. No quiero ser la sujetavelas de nuevo.

No pude evitar reírme. Había estado en esa situación un millar de veces desde que esos dos habían empezado a salir oficialmente —porque sí, hubo una temporada en la que lo hacían en secreto y ni siquiera me lo habían contado a mí, que era como una tumba—. A Michi también le había tocado, sobre todo en las veces en las que a mí no me apetecía salir o simplemente no podía.

—No me apetece, menos ver la gran mayoría de los compañeros borrachos como una cuba.

Ella suspiro.

—Oh, Hayley, ven, ven.

La miré con seriedad.

—No lo intentes. No voy a ir.

—¿A dónde no vas a ir? —preguntó una voz a mis espaldas.

Pegué un pequeño bote en mi sitio. Encaré a la persona que me había asustado y cuando vi cómo Kevin se tronchaba de risa, lo fulminé con la mirada.

—No tiene gracia. Eres silencioso como un ladrón.

—Para mí sí que lo ha sido. No has visto tu reacción. —Una sonrisita burlona tiraba sus labios hacia arriba. Ay, cómo me gustaría borrársela. Se puso serio de nuevo—. ¿A dónde no quieres ir?

Suspiré.

—Michi quiere ir a esa fiesta que se va a celebrar en una de las hermandades, pero yo paso. No me apetece.

—Estamos a miércoles y la fiesta no será hasta el viernes. Piénsatelo al menos —lo intentó de nuevo Michi. Una de sus muchas características era que era una persona muy insistente y cansina. Cuando se le metía algo entre ceja y ceja no había quien la hiciera cambiar de opinión y en ocasiones como esa era desquiciante. Muy a mi pesar sabía que al final acabaría dando mi brazo a torcer.

—¡Eso suena fantástico! Podríamos ir los tres y pasar un buen rato.

—Mejor dirás los cinco —le corregí yo—. Maya y Owen también irán.

Michaela me miró con expectación.

—Ya no puedes ponerme más excusas. Si Kevin va, tú también irás. No se hable más. No me sirve la excusa de los ensayos ni de que debes estudiar. Celebremos que somos libres de hacer lo que nos plazca por lo menos una vez en la vida. Además, como dice el dicho, «una vez al año nunca hace daño».

Debía reconocer que mi amiga tenía razón. ¿Qué había de malo en ello? Además, seguro que lo pasaba bien. Ya ni recordaba la última vez que había salido de fiesta con mis amigos. Entre los estudios y los ensayos apenas había tenido tiempo de hacerlo.

—Está bien, iré. ¿Contenta?

Una gran sonrisa se instaló en los labios de ella.

—Mucho.

***

Aquella tarde fui, como todos los días, a ensayar. Sin embargo, antes de entrar la agradable secretaria que había en la entrada, me retuvo.

—Hayley, espera. La señora Williams me ha dejado un mensaje para ti. Me ha pedido que te diga que vayas a su despacho en cuanto llegues. Ve, te está esperando.

Me quedé un tanto confusa. ¿Qué querría de mí la directora? A lo mejor Quinn le había contado lo del concurso universitario. Sí, debía ser eso. Que yo supiese, no me había metido en ningún lío; vamos, en ninguno tan gordo para que me suspendieran, en el peor de los casos, del estudio.

—Está bien. Iré a verla. ¡Ten una buena tarde!

—Igualmente.

Tras despedirme de ella, me acerqué a su despacho. Toqué con seguridad la puerta y esperé con paciencia a que la persona que había dentro me diera permiso para entrar.

Tragué saliva con fuerza y me infundí ánimos. Tomé un par de respiraciones y con el mantra de «Todo irá bien. No has hecho nada malo», entré.

—Buenas tardes, señora Williams. ¿Querías verme?

Desde detrás de la gran mesa de cerezo, esbozó una sonrisa agradable que me ayudó a relajarme. Fuera lo que fuera no era nada malo. De lo contrario, no estaría sonriendo en aquellos momentos.

—Hayley, ven, toma asiento. —Eso hice. Obedecí sin rechistar y me senté en frente de ella. Todavía estaba un poco tensa y a mi mente venían un millar de preguntas sin respuesta. ¿Por qué habría convocado aquella reunión? ¿Qué querría de mí? Intenté no emparanoiarme mucho, dejar aquellos pensamientos a un lado y centrarme en lo que sea que fuera a decirme—. ¿Cómo estás? ¿Cómo van los ensayos?

Crucé las piernas y entrelacé mis manos por encima de la rodilla.

—Bastante bien, creo. Los profesores nos meten mucha caña y eso me gusta, me gusta que me hagan trabajar duro para mejorar. También estoy emocionada por el recital anual, por actuar delante de muchas personas. Espero darlo todo y que la compañía esté contenta con mi desempeño.

Esa ancianita asentía levemente con la cabeza a medida que yo le iba contando cómo me veía. Un par de mechones castaños canosos se le habían soltado de la coleta que llevaba.

—Quinn me ha contado que en poco más de un mes competirás en pareja, ¿es eso cierto?

Asentí enérgicamente con la cabeza.

—Sí. Estoy muy emocionada y, al mismo tiempo, nerviosa. No sé si estaré a la altura de mi compañero. Él es impresionante.

—Estamos hablando de Kevin Graham, ¿verdad?

Volví a mover la cabeza arriba y a abajo.

—El mismo. Siento que ha mejorado mucho y que tenemos esa sincronización que teníamos antaño. No sé si lo sabrá, pero fuimos compañeros durante bastantes años.

Una pequeña risita se escapó de su garganta.

—Créeme, estoy puesta al tanto del asunto.

Se instaló una pausa breve entre nosotras. Observé con atención la cantidad asombrosa de premios que había allí. Y es que Hazel Williams en su época fue una de las mejores bailarinas del país. Bailó para las mejores compañías de baile y, después, decidió fundar la suya propia para enseñar a sus estudiantes todos los conocimientos sobre danza que tenía. Había aprendido mucho allí, quizás tanto como en el *Hannah Brown Studio,* y había mejorado notoriamente. Sentía que mi técnica era mucho mejor, y, sin embargo, aún pensaba que me quedaba mucho por mejorar.

Me aclaré la garganta en un intento por romper aquel silencio.

—Perdona si estoy siendo un poco maleducada, pero ¿por qué querías hablar conmigo?

Otra sonrisa se instaló en sus labios. Entrelazó las manos y apoyó los codos sobre la gran mesa de su escritorio.

—Tus profesores no paran de hablar de ti. Dicen que has mejorado mucho, que se nota que pones empeño en el baile.

Por el amor de Dios. ¿En serio habían dicho eso de mí?

—No tenía ni idea.

Estaba sin palabras.

—Como bien sabrás, la academia está preparando un espectáculo benéfico que se hará en las áreas infantiles de los hospitales. La temática de este año es el universo Disney. Verás, llevo un tiempo pensando a quién le daré el papel de Elsa, la protagonista de *Frozen* y *Frozen II.* No he visto a nadie lo suficientemente bueno como para dárselo, hasta ahora. Creo que serías la ideal y que los niños te amarían como princesa Disney. ¿Qué me dices?

Estaba flipando. ¿En serio había pensado en mí para hacer un papel? Claro que sabía de aquel show. La academia participaba en muchas obras y los beneficios obtenidos siempre estaban destinados a aquel tipo de propósitos.

—¿Quieres que haga de Elsa?

—¿Por qué no? Creo que es un papel ideal para ti.

Wow, estaba en las nubes. A ver, seguramente no sería una actuación estelar, pero me hacía una ilusión de cojones que la directora del estudio hubiese pensado en mí. Tenía que contárselo a mi familia y a mis amigos cuanto antes.

—Los ensayos comenzarán la semana que viene. Sé que tienes el concurso, pero confío en tus habilidades y en que podrás compaginarlo bien. Espero que hayas visto las películas, porque te van a hacer falta.

—Me gustan mucho. Es más, Elsa es mi princesa Disney favorita. Espero estar a la altura de mis compañeros.

—Lo estarás. Será como una pequeña representación. Tendrás que bailar las principales canciones, aunque te aviso que las coreografías planeadas son muy complejas y que requieren de una técnica impecable.

Asentí con la cabeza sin pestañear.

—Lo entiendo. Daré mi máximo posible.

Una sonrisa grande se instaló en sus labios.

—No esperaba menos de ti. —Se quedó callada tanto tiempo que pensé que había terminado. No obstante, me sorprendió que pasados unos minutos volviera a hablar—. Hay otro asunto del que quiero hablar contigo. Una de las profesoras de los niveles menos avanzados se ha dado de baja y necesito a alguien que la cubra. Solo será una hora al día y he pensado en ti. Sé que con el concurso y ahora el espectáculo te estoy pidiendo demasiado, pero me gustaría que tú les dieras clases. Nathaly, la profesora, me ha comentado que los niños están muy desmotivados. Por supuesto, se te pagará un buen salario y la hora que faltes a los ensayos no se te tendrá en cuenta.

—Cuéntame.

Puse los codos sobre la mesa y la escuché con atención.

—Verás, Nathaly es otra de mis estudiantes. Su familia ha sido trasladada, así que no podrá seguir con las clases de baile. Tendrás que ir a un colegio para impartirlas y te aviso desde ya que está en un barrio muy pobre de Nueva York. Apenas tienen recursos, ¿sabes?, pero a esos críos les encanta asistir a las clases. Al final del año voy a verlos y a evaluar su rendimiento. Si las veo cualificadas, automáticamente les daré una beca.

»Mira, eres una muy buena bailarina y he visto cómo ayudas a tus compañeras. Por eso he pensado en ti en primer lugar. Tienes potencial y creo que estarías en tu salsa. ¿No me habías dicho que te gustaban los niños? Pues bien, podrás darles clase. Son muy majos, te lo aseguro. Tienen entre seis y ocho años.

—¿Cuándo debería empezar?

—Nathaly se va el sábado. Si pudieras empezar el domingo sería fantástico.

Eso me dejaba un margen de tres días para pensarlo y prepararme.

—¿Podría darte una respuesta mañana? Quiero pensarlo detenidamente antes de decirte que sí. No me quiero comprometer en el caso de no poder con todo.

Hazel movió las manos por la mesa hasta enlazarlas con las mías. Me dio un fuerte apretón a modo de ánimo.

—No te preocupes. Piénsalo con calma. —Sus ojos marrones brillaban de una manera dulce—. Ahora será mejor que vayas a clase si no quieres que Quinn te reprenda. De todos modos, ya le he avisado que llegarías tarde. Mañana cuando acabes los ensayos quiero que me des una respuesta con respecto a las clases, ¿entendido?

Moví la cabeza arriba y abajo.

—Ajá.

—En ese caso, será mejor que te marches. Espero que tengas un buen ensayo.

—Gracias.

Cuando salí de allí, solté todo el aire que estaban reteniendo mis pulmones. Madre mía, ¿en qué momento había pasado de ser una bailarina del montón a alguien a quien se le tenía en cuenta para espectáculos benéficos o para dar clases? ¡Ay, Dios! ¿Estaría preparada para ello? Solo esperaba no meter la pata o que la presión pudiera conmigo en el último momento.

Capítulo 17

Hayley

—¿Has decidido ya qué vas a hacer?

La pregunta de Kevin me pilló un poco por sorpresa. Estábamos almorzando en la cafetería, como todos los jueves, cada uno sumido en su propio mundo. Yo apenas había probado bocado de mi plato. Sentía un nudo en mi estómago debido a todo lo que estaba sucediendo en mi vida.

—¿Eh? —Lo miré sin comprender, alzando por primera vez la mirada del plato.

—Que si ya sabes qué le vas a decir a Hazel con respecto a las clases.

Ah, eso. Ayer se lo había contado todo, más que nada porque me había encontrado con él por los pasillos y al ver mi expresión se preocupó. No me quedó más remedio que confesárselo y escuchar su punto de vista.

—No sé qué voy a hacer. A ver, ¿me gustaría dar esas clases? Claro que sí. Sabes que me encanta enseñar. Juro que si no me hubiera propuesto lo de actuar en ese espectáculo, le habría dicho que sí. Pero no sé si estoy preparada para tanta responsabilidad. No estoy segura de poder con todo y no dejar de lado los estudios.

Kevin se llevó un trozo de su comida a la boca y masticó con aire pensativo.

—Yo creo que sí podrías con todo. Además, ya sabes que siempre podrás contar conmigo para lo que sea, ¿verdad? Lo que necesites: explicarte temas, pasarte apuntes e incluso sacar horas de debajo de las piedras para ensayar. Para

eso están los amigos, ¿no crees?

«Claro, por supuesto. Solo que yo no te veo como un amigo», me habría gustado decirle. Dios mío, ese tipo de cosas me hacían quererlo aún más. Ese hombre era todo lo que yo estaba buscando en la vida: alguien atento y para nada engreído, auténtico, que despertarse en mí ese ejército de abejas asesinas con solo una mirada. «Vale, Hayley, deja de pensar ese tipo de cosas. No va a suceder».

—Lo sé, lo sé —dije en cambio, esbozando la sonrisa más falsa que tenía. Dejé los cubiertos a un lado y solté un suspiro—. ¿En serio crees que podré con todo? ¿Que la presión no podrá conmigo?

Aquel mar de chocolate espeso se clavó en mí y os juro que sentí cómo todo mi cuerpo se estremecía desde la punta de los pies hasta la última hebra de cabello.

—Lo estoy. Estamos hablando de Hayley Woods, la chica que con solo ocho años actuó en un musical de Broadway, que con nueve fue admitida en uno de los cursos más exclusivos y difíciles de entrar del baile, que con diez años ya ganaba primeros puestos en categorías cuyos participantes le sacaban casi cuatro años y que con once ya aparecía en vídeos musicales y hacía espectáculos. Eres una mujer que brilla solo con su presencia y destaca por su gran talento.

Juro que me comería a Kevin a besos. Madre mía, ¿en qué momento semejante hombre se había cruzado en mi camino?

Se me empañaron los ojos. ¿En serio pensaba eso de mí?

—No digas tonterías.

Pero la mirada que tenía me dio a entender que no podría estar hablando con más seriedad. Sus manos sujetaron las mías con fuerza y acariciaron mi muñeca con una delicadeza estremecedora. Sentí cómo las mejillas empezaban a arderme y cómo mi interior se revolucionaba con solo ese tacto.

—Sabes que lo digo en serio. Hayley, eres maravillosa. Creo que deberías aceptar el empleo. Esos niños aprenderán mucho de ti.

***

Aquella misma tarde me reuní con Hazel y le dije que sí aceptaría el trabajo. De inmediato me hizo firmar un contrato y me explicó cuál sería mi salario —cabe decir que me sorprendió la gran cantidad de dinero que ganaría solo por enseñarles a un grupo de niños. Yo pensaba que no ganaría mucho, pero me

equivocaba. Ahora podría comprar ese vestido tan bonito que había visto en aquella tienda del centro comercial—, a dónde debía ir exactamente y cuándo empezaría.

—Bien. Te necesito el domingo. Como ya sabes, Nathaly se va ese mismo día por la mañana. Los chicos tienen clase al mediodía tanto los sábados como los domingos y entre semana de cinco a seis. Cada sesión dura una hora aproximadamente.

—Entendido.

Hazel sacó una carpeta de un armario y me la tendió. La miré con el ceño fruncido.

—Aquí tienes el expediente de cada alumno, el nivel en el que se encuentran y demás. Nathaly lo actualizaba cada mes. Debes saber que espero de ti lo mejor. Quiero que esos niños aprendan y mejoren para así darles la beca. Es una pena que niños tan talentosos no puedan costearse una escuela como la mía. Por ello, cada año se les da la oportunidad de acceder siempre y cuando tengan un buen nivel.

Tragué saliva con fuerza. Madre mía, ¿sería capaz de enseñarles algo? ¿Podrían aprender de mí? ¿Qué podría enseñarles a esos niños? Dios, no estaba segura de haber tomado la decisión correcta. A lo mejor me había precipitado en acceder.

—Está bien. Intentaré que esos pequeños den lo mejor de sí mismos.

—Más te vale.

***

—Oh, Hayley, ¡estás preciosa!

—Qué morro me das.

Al final había decidido ir a la dichosa fiesta universitaria. ¿Qué tenía que perder? Me divertiría, bebería un poco y, quién sabe, a lo mejor conocería a alguien especial. Sí, allí estaba mi lado soñador. Pero no podía evitarlo. En mi interior había una Hayley que soñaba con príncipes azules, rosas rojas y finales felices.

Habíamos invitado a Michi para que se preparara en nuestra habitación. Ella vivía en un piso compartido a unos minutos de la universidad y, como habíamos quedado con los chicos en la pequeña plaza que unía las dos residencias, la habíamos invitado a quedarse a dormir. Tampoco me gustaba que cogiera el

transporte público ella sola tan tarde. A ver, no pasaría nada, pero así yo me quedaba más tranquila.

—Con este vestido vas a llamar mucho la atención. —Michi me lanzó una mirada llena de picardía.

—A lo mejor así Kevin se da ya por aludido y te besa de una vez. Que ya le está costando.

Miré a Maya con horror. Claro que quería que Kevin me besara. Joder, ese hombre se había apoderado de todos mis pensamientos desde el día en que volví a verlo. Llevaba un tiempo comportándose de una manera muy rara. Estaba nervioso y yo no entendía por qué.

—Claro, claro. Como si él se sintiera atraído por mí.

A Michaela le brillaron los ojos de una manera que no me gustó ni un pelo.

—Ahora me dirás que no te has dado cuenta de cómo te mira. En clase te lanza unas miraditas y cuando cree que nadie se da cuenta babea por ti. Tía, tienes a ese hombre muerto por tus huesos.

Sí, claro. «¡Si solo me ve como una amiga!», me habría gustado gritarles. Él era el que no paraba de reiterar una y otra vez que solo éramos amigos. Claro que me gustaría ser algo más. Me moría por probar sus labios, por que sus manos me acariciaran la piel y emborracharme de su aroma tan masculino. Pero esto es la vida real y, por desgracia para mí, no había cabida para lo finales felices. Estaba acostumbrada a ser la famosa reina del hielo, a alejar a los chicos de mí. No era mi culpa que mis compañeros fuesen demasiado infantiles. Bueno, salvo uno.

Maya se dio una palmada en la cara.

—¡Ya la has liado, amiga! Estará pensando en las mil maneras de desnudar a Kevin.

—¡Maya! No seas tan pervertida.

Una risa malvada brotó de su garganta. Dios, sentía unas ganas irrefrenables de estrangularla. Ten amigas para que luego te traicionen por la espalda.

—Deja que te arregle el pelo. Hoy vas a lucir unos buenos tirabuzones.

Media hora después, Maya acabó conmigo. Había rizado cada mechón de pelo y el resultado era espectacular. A eso se le añadía que me había delineado los ojos y echado rímel en las pestañas para que estas fueran aún más largas de lo que ya eran, y el pintalabios en un sencillo tono *nude* me da daba un aire muy natural.

—Te queda fenomenal. —Michi no había dejado de toquetear en ningún momento el vestido que me había puesto. Fue un autorregalo de cumpleaños.

¿Qué se le iba a hacer? Lo vi en una tienda y me gustó tanto que decidí comprarlo, porque yo lo valgo. Además, no solía darme muchos caprichos. Todo el dinero que ganaba lo había ido ahorrando y lo utilizaba en casos especiales como aquel.

—Hoy vas a brillar. Creo que todos los tíos querrán estar contigo.

Chasqueé la lengua.

—Pues les van a dar por saco.

—¿También a tu amado? —Maya subió y bajó las cejas con aire sugerente. Se estaba rifando una buena hostia y ella tenía todas las papeletas de ganarla.

—¡Maya!

—¡Hayley! —me imitó.

Hice una mueca y solté un bufido.

—No empieces de nuevo, ¿quieres? Bastante tendré que soportar hoy viéndolo bailar seguramente con todas las chicas que se le pongan en bandeja.

Porque era por eso por lo que estaba tan arisca, porque sabía que tendría que aguantar toda la noche viéndolo bailar con otras y no conmigo, porque él solo me veía como una amiga y eso me estaba poniendo de mala leche, joder. ¿Por qué no podía verlo también como a un amigo? ¿Por qué tenía que gustarme tanto?

—Estoy segura de que él solo tendrá ojos para ti.

Sonreí sin ganas, con amargura.

—Claro que sí. Tú piensa eso.

Mis dos amigas se miraron y tras intercambiar una miradita que no pude descifrar, ambas alzaron las manos y soltaron:

—Como quieras.

Kevin

—¿Volverás muy tarde hoy?

Estaba terminando de arreglarme cuando mamá entró en mi dormitorio. La vi a través del espejo. Fruncía el ceño, aunque sabía que ella me dejaría salir hasta la hora que quisiera siempre y cuando cumpliera al día siguiente con mis obligaciones. Ella me conocía tanto que sabía que no era un chico irresponsable. Además, no tenía la costumbre de salir de fiesta todos los días.

—No lo sé. Todo depende de lo que quiera el resto.

Me apliqué un poco de colonia —aquella fragancia masculina que tanto me gustaba y que se había vuelto mi favorita en el momento en el que Maddie me la había regalado en Navidad años atrás— y me volví hacia Christina. Aquellos ojos que tanto me recordaban a mi hermana me estaban dando un repaso que me recordó a cuando Maddie lo hacía antes de que saliera a escena. Se estaba asegurando que todo estuviese correcto y en su lugar.

—Espera, tienes un mechón de pelo que parece un cuerno.

Con todo el cariño de una madre, me colocó bien aquel dichoso mechón del diablo y cuando estuvo satisfecha, esbozó una gran sonrisa.

—Te has puesto muy guapo esta noche. Veo que mi hombrecito quiere estar impactante.

Claro que quería verme atractivo. Quería impresionar a Hayley. Me moría de ganas de ver lo guapa que se habría puesto, aunque no debía esforzarse mucho. Las mujeres bellas no necesitaban maquillarse demasiado; ya eran guapas de por sí.

—¿Qué te hace pensar así?

Aquel gesto se amplió en sus labios. Maldije por lo bajo. ¿Por qué tenía que conocerme tan bien?

—Ahora me dirás que no hay una chica en tu cabeza.

—Maddie te lo ha dicho, ¿verdad?

Ella se hizo la ofendida.

—¿En serio crees que le preguntaría a ella algo así?

—Pues sí. No te ofendas, pero las dos sois demasiado cotillas. Debería haberle dicho que mantuviera la boca cerrada... —Abrí mucho los ojos, cayendo de pronto en algo—. ¡Oh, no! Seguro que también se lo ha dicho a Eric. ¡Estoy muerto! Con lo sobreprotector que se pone con su hermana. ¡En qué lío me he metido! ¿Por qué debe gustarme Hayley?

Mamá se carcajeó en mis narices.

—Eres demasiado dramático. Creo que pasar tanto tiempo con Derek te está afectando un poco, tesoro. A ver, no creo que te diga nada por varias razones. —Christina empezó a enumerarlas. Sacó el índice—. Primero, sabe que eres de fiar. Segundo —dijo tocando su dedo corazón—, eres el hermano de su mujer y el tío de su hija. Tercero —continuó ahora tocando el anular—, eres como un hermano para él. Y cuarto, sabe que nunca le harías daño a su hermana. Así que deja de preocuparte de una vez.

Claro, era tan fácil decirlo y tan difícil hacerlo.

—Solo espero que no me venga con uno de esos sermones de hermano mayor protector. —Me llevé las manos a la cabeza y tiré con frustración de mi pelo, despeinándome en el proceso. Genial, ahora me tocaría empezar de nuevo, con lo que me había costado—. No sé cómo actuar con Hayley. Me gusta mucho, mamá, tanto que asusta. ¿Y si voy demasiado rápido con ella? ¿Y si la asusto? ¿Y si ella no siente nada por mí?

Ella acortó la poca distancia que nos separaba y me dio un gran abrazo. Puede sonar cursi, pero entre sus brazos había encontrado el paraíso cuando era pequeño y no había día que un abrazo suyo no lograra calmarme del todo. Me recorrió la espalda con los dedos. Sentí un ligero beso en la coronilla y al instante una sonrisa se escapó de mis labios. Olisqueé como siempre la fragancia femenina que emanaba, tan fresca y calmante como una buena sesión de cine familiar con palomitas y dulces de todas las clases.

—Créeme, tesoro, si a ella no le gustas, no debes sentirte mal. Solo significa que no era la indicada. Puede que lo sea o que no. No te desanimes si no te corresponde.

—¿Cómo voy a saberlo, mamá? —pregunté aún entre sus brazos.

—No hay manera, solo lanzándote de lleno. Sé que es difícil abrir el corazón, que te asusta que ella lo parta y lo destroce en mil pedazos; pero solo así saldrás

de dudas. Pase lo que pase, siempre puedes contar conmigo. Lo sabes, ¿no?

Por supuesto que podía contarle cualquier cosa. Por eso era mi madre, mi mayor confidente.

—Lo sé.

Christina se separó un poco de mí y me miró a los ojos durante unos segundos. Después, me dio una palmada cariñosa en la mejilla y me arregló el desastre que me había hecho en el pelo. Estiró unas arrugas invisibles de mi camisa y, cuando hubo decidido que ya estaba listo, me dio un beso cariñoso en la mejilla.

—Pásatelo bien, tesoro.

—Vosotras también. —Le devolví el beso en la mejilla.

Antes de marchar de casa, le di un fuerte achuchón a Venus y le prometí que el sábado sería su día especial y que haríamos lo que ella quisiera.

—¿Todo, todo? —Agrandó sus ya de por sí grandes ojos marrones.

—Lo que tú quieras.

La pequeña profirió un gritito infantil que por un momento me dejó sordo. Acto seguido, se aferró con fuerza a mis brazos y soltó con toda la alegría:

—¡Eres el mejor hermano del mundo!

***

Había quedado con Owen y con las chicas en la pequeña plaza que unía las dos residencias estudiantiles. La Universidad de Catrine era enorme y su campus se extendía tanto a lo largo como a lo ancho. Había facultades de todas las clases y casi al final era donde estaban las residencias, junto a las áreas deportivas. Había llevado el coche y, como consecuencia, sería el responsable que no bebería aquella noche. Tampoco es que me importara mucho.

Owen fue el primero en llegar. En cuanto me vio, chocó esas cinco conmigo.

—¿Qué hay, tío?

—¿Sabes si van a tardar mucho? —le pregunté. Me había sentado en uno de los bancos para esperarles con mayor comodidad.

Owen suspiró.

—No tengo ni idea, aunque si de algo estoy seguro es que llegarán tarde. Las mujeres tardan la hostia en ponerse bonitas cuando ya lo son.

En eso estaba de acuerdo.

Tuvimos que esperar casi quince minutos de más, pero pasado ese tiempo

empecé a divisarlas a lo lejos. La primera a la que vi fue a Maya, que iba enfundada en unos vaqueros hiperajustados y en un top de esos que enseñan el ombligo. La segunda en aparecer fue Michaela, que se había puesto una falda negra y una blusa blanca con un escote bastante pronunciado. En cuanto mis ojos dieron con Hayley me quedé noqueado. Boqueé como un pez, pero es que estaba jodidamente guapa.

Con ese vestidito que intensificaba su mirada, del mismo color de sus ojos, y aquellos tacones negros no parecía la misma que había visto en clase aquella misma mañana. Parecía más madura, lista para comerse el mundo. Se había maquillado con esmero, aunque no en exceso. Como guinda del pastel, su cabello brillante como los mismísimos rayos del sol estaba coronado de tirabuzones.

Hayley Woods sería mi perdición.

En cuanto las tres llegaron donde estábamos, Maya se tiró a los brazos de su novio y los dos se fundieron en un beso empalagoso. Michaela y Hayley miraban la escena con la ceja levantada y una sonrisita divertida pintada en sus labios. Al parecer, habían vivido más de una vez una escena así de cursi.

—Bueno, si los tortolitos quieren, será mejor que nos vayamos ya —comentó la rubia por la que suspiraba con todo su desparpajo.

Llegamos a la casa de la hermandad en la que se daba la fiesta veinte minutos más tarde. Había aparcado el coche a unos minutos a pie del lugar, en un *parking*. No hacía tanto frío en la calle, por lo que el pequeño paseo que dimos no se me hizo pesado. La música ya se escuchaba y pronto divisamos la casa de la hermandad. Las luces de colores y las canciones atronadoras, junto a la cantidad descomunal de chavales, nos dieron la bienvenida.

—Oh, sí. ¡Esta es una fiesta de las buenas! —bramó Michi en cuanto entramos.

Hacía un calor insoportable allí dentro y las personas bailaban las unas pegadas a las otras. Pude apreciar cómo las chicas empezaban a menearse al son de la música y cómo Hayley tarareaba para sí misma la melodía. Joder, así vestida me iba a costar horrores controlarme. Bastante autocontrol debía tener durante el día. Verla mover el trasero con coquetería se volvió una tortura para mí.

Una hora después, los cinco estábamos dándolo todo en la improvisada pista de baile. Hayley, Michaela y Maya hacían una especie de coreografía espontánea bajo nuestra atenta mirada. Por el rabillo del ojo aprecié cómo varios tíos se las estaban comiendo con la mirada, esperando el momento oportuno para saltar sobre su presa. Mientras tanto, yo no podía más que aguantarme las ganas de devorar los labios de aquella rubia. De vez en cuando me lanzaba alguna que otra

mirada que no logré identificar en su momento, más que nada porque las luces de neón y el humo que a veces había me lo impedían.

La noche fue pasando entre bailes y conversaciones divertidas. Pronto perdí de vista a Owen y a Maya, y Michaela se puso a bailar con un tío que no conocía. Hayley estaba sola en el centro de la pista, moviendo sus caderas al son de la canción que estaba sonando por los altavoces. Se la veía suelta y relajada. Tenía las mejillas un poco enrojecidas, mezcla del calor que hacía y del alcohol que había ingerido. Cuando me pilló mirándola, esbozó una de esas sonrisas conquistadoras e hizo un gesto con la mano, invitándome a bailar con ella.

Claro que no me negué. No sería yo el idiota que rechazaría bailar con semejante mujer.

Se notaba que en sus ratos libres ella bailaba profesionalmente. Sus movimientos eran elegantes y nada torpes. Se movía sin importarle una mierda lo que el resto pensara de ella. De vez en cuando al verme haciendo el tonto (porque a mí tampoco me importaba ser técnicamente correcto) ella intentaba imitarme soltando pequeñas risitas adorables.

No sé exactamente en qué momento pasó, pero pronto una melodía lenta se empezó a escuchar y ella, más rápida que mamá en unas rebajas, se pegó a mí, su cuerpo rozando el mío y sus brazos enroscándose en mi nuca. Su fragancia se me quedó tatuada en la piel y por un momento sentí que me faltaba el aire. ¿Acaso ella no era consciente de las sensaciones que provocaba en mí? ¿Sería consciente de lo nervioso que estaba y que en mi interior rezaba a todos los dioses por no meter la pata?

—Estás muy guapa.

Aquellas palabras se escaparon de mis labios sin que mi cerebro las procesara.

—¿En serio crees que estoy guapa? —preguntó por encima de la música. Se toqueteó la falda de aquel vestido que le sentaba de muerte y que mostraba todas las curvas que tenía.

«Contrólate, chaval. No la cagues. No digas tonterías», pensé para mis adentros.

—Guapa no, preciosa. Aunque siempre lo estás.

¡Otra vez! ¿En serio? ¿Qué narices me estaba pasando? Joder.

—Tú también estás muy guapo —soltó ella de pronto, pasados unos segundos de silencio en los que no hacíamos otra cosa que no fuera bailar el uno con el otro. Incluso así era capaz de saber cuándo ella iba a hacer X movimiento. Descendió lentamente una mano y tocó con todo su descaro mi pecho por encima

de la camisa. No sabía nadie el esfuerzo que estaba haciendo por no romper la poca distancia que nos separaba y darle un beso. Me estaba muriendo por dentro por no poder besarla.

Haciendo acopio de toda mi fuerza de voluntad, separé su mano de mí. Su simple caricia estaba revolucionando mi interior y lo que menos quería era hacer una tontería con ella, porque Hayley no se merecía algo así. Quería ir poco a poco, ver hasta dónde podía llegar. ¿A quién engañaba? Quería darle lo que se merecía.

—Para. Creo que has bebido demasiado.

Ella hizo un puchero muy mono.

—No, qué va. —Pero su manera de arrastrar las palabras me dijo todo lo contrario.

Se soltó de mi agarre y empezó a balancearse al ritmo de la música. Mientras, yo la miraba entre una mezcla de admiración y embobamiento extremo. Me llevé las manos a la cabeza y maldije por lo bajo. ¿Por qué ella tenía que gustarme tanto? ¿En qué momento había pasado?

Hayley intentó hacerme bailar. Me cogió las manos y empezó a moverlas, pero yo estaba medio congelado; sentía el cuerpo entumecido, como si no fuera una parte de mí. Al ver que por mucho que intentara no iba a lograr nada, ella soltó un ruidito de queja de lo más adorable. Si ella supiera las ganas que tenía de estar con ella y no soltarla jamás.

—Eres un aburrido, Graham.

—¿Yo? —Como si hubiera recuperado de nuevo el control sobre mi cuerpo, me llevé las manos al pecho al mismo tiempo que abría los ojos.

Aquella rubita soltó una gran carcajada.

—Por supuesto.

—Te demostraré que Kevin Graham es de todo menos aburrido.

Y empecé a menearme como un loco. Hayley empezó a desternillarse, pero pocos segundos después comenzó a imitarme entre risas. Fue así cómo se nos pasó el tiempo, en medio de bailes ridículos y carcajadas histéricas. Mi nerviosismo inicial había sido sustituido por una comodidad y espontaneidad que me sorprendieron. ¿Cómo podía sentirme tan bien a su lado? Ella me hacía sonreír incluso en los peores días, hacía que sacara mi lado más natural. No debía actuar para impresionarla.

—No te mueves nada mal, Graham —se burló ella.

—Tú tampoco, Woods.

De un momento a otro empezamos a crear una coreografía improvisada. Yo le hacía dar vueltas en su sitio, ella se movía a mi alrededor, la elevaba en el aire.

Parecía que estábamos hechos el uno para el otro. Nos entendíamos a la perfección, como si fuésemos la otra mitad del otro.

Cuando ya se hizo muy tarde, llevé a Hayley fuera de la pista de baile. Dejé que se sirviera un refresco mientras yo hacía lo propio. Estaba sudando por todos los poros de mi piel, pero aun así me sentía el chico con más energía del universo. Haber bailado con ella de aquella manera me había dado un buen chute y me sentía el rey y dueño de todo.

—Dios mío, ¿cómo puede hacer tanto calor? —se quejó Hayley al mismo tiempo que se abanicaba con las manos. Estaba tan adorable con las mejillas encendidas. Una fina capa de sudor perlaba su frente. Sin embargo, a pesar de todo, sus ojos refulgían con fuerza, llenos de una vitalidad contagiosa.

—¿Quieres salir fuera a tomar un poco de aire?

—Está bien. Creo que me sentará bien.

No sé cómo conseguimos salir, puesto que recuerdo dar muchos empujones y pisar muchos pies sin querer. En mi vida había visto a tanta gente reunida en un espacio tan reducido. Por suerte, tras unos minutos de agobio, conseguimos poner un pie fuera y pude por fin respirar un poco de aire fresco.

Hacía una noche muy buena. Si bien durante el día había llovido a mares, por la tarde nos había dado tregua y ahora hacía un clima muy agradable. Las estrellas brillaban con fuerza y la negrura de la noche se extendía como un mar infinito. No había ni una sola nube que manchara el cielo y el frescor de la brisa fue un calmante para mis calores.

A mi lado, Hayley tomó una gran bocanada de aire.

Saqué el teléfono para mirar la hora y me sorprendí al comprobar lo tarde que era ya. Apenas quedaba una hora para que amaneciera. Mi acompañante emitió un pequeño bostezo que de haber estado un poco más alejado de ella no habría escuchado.

—¿Estás cansada? —no pude evitar preguntar. Sí, fue una pregunta estúpida.

Los ojos expresivos de Hayley se posaron en los míos. Sentí un hormigueo dulce recorrerme todo el cuerpo.

—Un poco. Me he levantado a las seis.

La miré de hito en hito.

—Pero podrías haberlo hecho a las siete y cuarto. ¡Si vives a prácticamente cinco minutos de la facultad!

Ella se encogió de hombros.

—Me gusta levantarme un poco antes para hacer mis ejercicios de estiramiento —se limitó a decir, aunque segundos después añadió—: Además, he

aprovechado las dos horas libres que teníamos para adelantar un poco la materia y los trabajos.

—Y también has ido a los ensayos.

Me lanzó una mirada significativa.

—Como tú. Pero ¿sabes?, no me importa estar cansada ahora. Soy una persona más activa durante el día. Por la noche tiendo a adormilarme.

—¿Quieres que te lleve a la residencia?

Alzó una ceja.

—¿Qué hay de Maya, Owen y Michi?

Suspiré. Por un momento me había olvidado de ellos. Pero es que cuando estaba con ella sentía que solo existíamos los dos y que todo lo que nos rodeaba desaparecía. Era el efecto que tenía en mí.

—Dame un segundo.

Me alejé de ella y llamé a Owen. El tío me contestó cuando ya pensaba que no lo haría.

—Dime, Kevin —gritaba él. De fondo podía escuchar con claridad aquella canción de *trap* que se había puesto tanto de moda y que yo tanto detestaba.

—¿Por dónde andáis metidos Maya, Michi y tú? Voy a llevar a Hayley a la residencia, puesto que está con un pie puesto en su cama. ¿Queréis que os lleve?

—Danos unos minutos. ¿Dónde estáis?

—Fuera, en la parte delantera.

Intercambiamos un par de saludos más y colgamos. Me uní a Hayley de nuevo. Tenía los ojos puestos en el cielo.

—De pequeño, tras la muerte de mis padres, siempre miraba el cielo cuando me sentía solo o triste. —No sabía por qué le estaba contando algo tan personal, pero lo sorprendente fue que no me importaba en absoluto que pensara que fuera un bicho raro—. Creía que mis padres me vigilaban desde el cielo, que podían verme. Me sentía menos solo cuando contemplaba el firmamento, ¿sabes?, como si me escucharan.

—Todavía me cuesta entender cómo alguien tan pequeño puede sufrir tanto.

—Ya ves, a veces la vida es una perra sin escrúpulos.

Hayley se volvió y centró toda su atención en mi persona.

—Siempre he pensado que todo lo que se vive sirve como una enseñanza. —Se fue acercando cada vez más hasta quedar de frente, a apenas escasos centímetros de distancia. Sus dedos empezaron a recorrerme con delicadeza la barbilla, una caricia que provocó una gran revolución en mi interior. Todo lo que tuviera que ver con ella era una oleada de sensaciones que no había experimentado antes, ni siquiera con mi anterior pareja—. Cuando perdí una

beca, por ejemplo, lo tomé como una señal de que debía trabajar más. Todo pasa por algo en esta vida. A veces son cosas buenas y otras no lo son tanto. Pero, oye, de todo se aprende.

Cuando sus dedos llegaron a mi mejilla, apreté su mano contra ella. Su calor me reconfortaba y despertaba en mí recuerdos de mi infancia dulces y llenos de calidez.

—En ocasiones tengo pesadillas —confesé sin pensar. Aquello solo lo sabían un par de personas—. Sobre mi pasado. A veces son pequeños recuerdos que creía olvidados. Otras veces simplemente son irreales.

Aquellos dos zafiros perdieron intensidad y todo brillo. Su expresión apenada y lastimera no me gustó ni un pelo.

—Solo de pensar en todo lo que viviste se me pone la carne de gallina. Aunque a veces me pregunto si nos habríamos conocido de tus padres haber seguido vivos o si nuestros caminos se habrían cruzado de no haber sufrido tanto.

Aquello era algo que siempre me había planteado, desde que tenía catorce años. ¿Qué habría sido de mí de no haberlo pasado tan mal en aquellas casas de acogida? ¿Qué habría pasado si mis padres no hubiesen muerto en aquel accidente?

—El pasado no se puede cambiar.

—Pero puedes vivir tu presente y construir tu futuro en pos de él.

—Intento que no influya en mi presente, ya no. Antes vivía en el pasado. Era todo un bicho y todas las experiencias que había vivido habían sido negativas e influían en mi día a día. Por suerte, he conseguido superar todos esos obstáculos.

Una sonrisa triste se dibujó en sus labios.

—Eres un hombre muy fuerte y no sabes lo orgullosa y agradecida que estoy de tenerte en mi vida. Te has convertido en alguien muy importante para mí.

Besé la palma de su mano con cariño. Su mirada se había tornado mucho más intensa que antes. ¿Sería cierto lo que veían mis ojos o solo era un delirio? Fuera lo que fuese, aquel momento robado del destino se fue a pique cuando Maya abrazó con fuerza a Hayley.

—Aquí estáis —comentó Owen—. Sí que nos ha costado veros con tanta gente.

—Pero, qué dirás.

Tenía toda la razón. Cuando aquella conexión se extinguió, me di cuenta de que ya no estábamos tan solos. Cada vez había más gente fuera. Joder, cuando decía que estando a su lado perdía la noción del espacio no exageraba.

Entre risas volvimos de nuevo al campus. Me despedí de las chicas con un

beso en la mejilla y cuando le llegó el turno a Hayley deseé de nuevo estampar mis labios contra los suyos y darle un beso de verdad, de esos que le quitaban a uno el aliento. Pero no pudo ser.

Ya en casa, con el pijama puesto y tumbado en mi cama, no pude dejar de pensar en ella, en su cabellera dorada como los rayos del sol, en su mirada tan dulce y en aquellos labios que me moría por probar. La mar. Hayley Woods se estaba volviendo una parte fundamental de mí. Me estaba volviendo loco por ella.

Antes de quedarme dormido, me prometí que actuaría lo antes posible, que ya era hora de lanzarse al vacío. Le pediría una cita a Hayley.

Capítulo 18

Hayley

Hacía una tarde agradable. La brisa fresca mecía mi pelo suelto, el aroma salado del mar inundaba mis fosas nasales y el romper de las olas me reconfortaba. Muy pocas veces había pisado la playa y, a pesar de eso, el mar era uno de mis paisajes preferidos por excelencia. Todo era tan relajante: sentir la arena bajo los pies, la humedad del ambiente...

De pronto, sentí unos brazos en torno a mi cintura y cuando me volví, me encontré con aquel mar de chocolate derretido. En el preciso instante en el que sus manos acariciaron la curva de mi cadera, mi corazón empezó a saltar con fuerza, aquella vorágine de sensaciones me invadió por completo y empecé a sentir la cara tan caliente que por un momento pensé que ardería en llamas.

Sus manos viajaron hacia mi mejilla y acariciaron el rubor que seguramente se habría apoderado de mi piel.

—No sabes lo guapa que eres.

Abrí mucho los ojos y boqueé como un pez en busca de oxígeno. ¿Ese hombre era real o solo una invención cruel de mi mente perturbada?

—Eres preciosa —siguió él—. Tus ojos me vuelven loco y este pelo... No sabes cuánto deseo enredar mis dedos en él. —La mano que estaba en mi mejilla empezó a acariciarme cada centímetro de la misma hasta quedarse a escasos milímetros de mi boca—. Estos labios tan provocadores que tienes me tientan a todas horas. No hay día que no desee probarlos.

—¡Qué tonterías dices!

Él me sujetó con mucha más firmeza y me atrajo aún más hacia sí mismo.

—No sabes lo mucho que me gustas, Hayley.

Su confesión me dejó sin habla. ¿Iba en serio? ¿Dónde estaba la cámara oculta? Todo en mi interior dio un vuelco tan grande que os juraba que por un momento me daría un ataque al corazón.

—¿Eres real?

—Muy real.

—Me gustas, Kevin. Desde el primer día que nos vimos.

Él fue acortando la poca distancia que nos separaba y cuando nuestros labios estaban a punto de rozarse, toda a mi alrededor empezó a difuminarse y yo abrí los ojos.

***

Mierda. Me dolía un huevo la cabeza y la luz cegadora que me daba de lleno en los ojos no ayudaba para nada. ¿Qué hora sería? Sentía todo el cuerpo agarrotado y entumecido y lo que menos me apetecía era salir del cobijo de mis sábanas. Alargué la mano para mirar la hora y casi pego un bote del susto que me llevé. Eran casi las dos del mediodía.

Haciendo esfuerzos sobrehumanos, hice la colcha a un lado y me levanté. Sentía el cuerpo pesado y los pies adoloridos. Recordé que en algún punto de la noche aquellos tacones que había decidido ponerme me habían empezado a hacer daño.

Escuché un ruido proveniente de la cocina y, seguido, una maldición. Tras ir al baño a hacer mis necesidades más básicas, me aseguré de que mi compañera estuviera bien. Cuando entré en la pequeña cocina, vi cómo ella se frotaba el pie esbozando una mueca de dolor. Soltó un taco por lo bajo.

—Eso te pasa por ir descalza por la vida —la regañé. Tenía la voz pastosa y la garganta seca, como si hubiera pasado un año entero en el desierto y no hubiese probado ni una sola gota de agua.

—No he visto la pata de la mesa.

Mientras me servía un vaso de agua del fregadero, le respondí:

—Claro, como no lleva en el mismo sitio desde que nos mudamos.

Ella respondió a mi burla con una mueca que yo misma imité en un intento por chincharla. Después, bebí todo el contenido del vaso de una sentada y me

serví otro más. De verdad que estaba sedienta.

—¿Cómo osas burlarte de mí, cara de mapache?

¿Qué cojones estaba diciendo? La miré sin comprender. Ella se señaló el rostro y, cuando por fin mi cabeza entendió el mensaje, salí a todo correr hacia el baño. Como todavía no controlaba del todo mi cuerpo, me di un buen golpe en la rodilla con el marco de la puerta. Genial, simplemente genial. Seguramente al día siguiente tendría un moretón, aunque, la verdad sea dicha, en la vida de un bailarín aquellas marcas eran el pan de cada día.

—¡Dios mío! —grité espantada. Y es que mi reflejo daba miedo. Ahora entendía por qué mi mejor amiga me había llamado cara de mapache. Todo el maquillaje de la noche se había corrido. El rímel, el delineador y la sombra de ojos le daban el toque de mapache. A eso sumémosle el nido de pájaros que tenía en la cabeza y ya podía participar en el concurso de «Zombis vivientes». Seguro que ganaba el primer puesto.

Estuve más de diez minutos desmaquillándome. ¿En qué momento de mi vida se me ocurría acostarme con el maquillaje puesto? Seguro que ahora mis sábanas tenían un bonito cuadro de mi cara.

Ya con el rostro lavado, volví de nuevo a la cocina. Allí Maya ya había preparado el almuerzo, arroz a la cubana con salchichas. En el mismísimo instante en el que el aroma delicioso del tomate recién hecho inundó mis fosas nasales, mis tripas rugieron con fuerza. No era mi problema que no hubiese probado bocado alguno desde la cena.

—¿Alguna vez te he dicho lo mucho que te quiero?

—Menos peloteo.

Entre risas la ayudé a poner la mesa del comedor y cuando todo estuvo listo, nos sentamos y empezamos a devorar con ansia lo que mi amiga había preparado. Tal y como sospechaba, estaba delicioso. Joder, hacía mucho que la tía no cocinaba aquel plato.

—Te ha quedado de fábula.

—No me dices nada nuevo. Siempre que cocino, es un espectáculo de sabores. No sé por qué te sorprendes tanto.

Reí con ganas. Ya hacía un buen rato que el dolor de cabeza se había evaporado como el agua en verano. Ahora me sentía fresca como una lechuga, más con aquel manjar de los dioses. Bendito sea el Moonlight por haberla enseñado todos esos trucos de cocina. A ver, que yo también sabía cocinar, pero se notaba en algunos platos quién tenía más experiencia o conocimientos.

—¿Vas a ir hoy a entrenar? —preguntó mi compañera tras pasados unos

minutos de silencio.

Me limpié los labios con una servilleta.

—Quinn nos ha dado el día libre. Dice que deberíamos aprovechar bien nuestro tiempo de descanso. Quiere que salgamos un poco y vivamos la vida porque aún somos jóvenes. Ya sabes que a veces le dan ramalazos sentimentales.

—¡Eso es fantástico! Podríamos ir al cine o de compras. Hace tiempo que no hacemos una salida como Dios manda.

—Ah, vale, ¿lo de ayer no cuenta? Te recuerdo que estuvimos hasta pasadas las cinco de la madrugada.

—Bueno, sería la segunda salida seguida que haríamos. Entonces, ¿te vienes al cine? Podríamos ver la reposición de esa peli que tanto te ha gustado y atiborrarnos a palomitas y a dulces.

Esbocé una amplia sonrisa.

—Ya me has comprado.

Tras comer, compramos las entradas online y empezamos a prepararnos para salir. Me di una larga ducha, de esas que son infinitas y que resucitan hasta al más muerto. Mientras el agua salía por la alcachofa, pensé en todo lo ocurrido la noche anterior. La verdad era que me había pasado con la bebida y estuve en más de una ocasión a punto de confesarle a Kevin lo mucho que me gustaba. Incluso aquel baile que nos pegamos fue sublime y me hizo volar al mismísimo cielo.

Ese hombre iba a ser mi ruina. ¡Qué guapo que era y qué bien se movía en la pista! ¡Y qué suerte la mía de ser su pareja de baile! No era tonta. Había sido consciente de las miradas de deseo que había despertado durante la noche, cómo a todo el público femenino le había llamado la atención. Dios, me había sentido tan celosa y tan poca cosa. ¿Cómo iba alguien a fijarse en mí cuando estaba claro que tenía muchas otras opciones?

Cuando salí del baño envuelta en mi albornoz con forma de unicornio, me encerré en mi habitación y no salí hasta que terminé de vestirme. Me sequé el pelo con el secador y, posteriormente, lo até en una cola de caballo. Pasé olímpicamente del maquillaje. No lo necesitaba, total no quería impresionar a nadie.

Tuve que esperar a Maya casi veinte minutos haciendo *zapping* en la tele. La tía era más lenta que el desarrollo de una berza, os lo juro. Una vez listas las dos, salimos de casa con ganas de pasar una tarde unida.

***

Iba a matar a Maya Moon, la iba a despedazar con mis propias manos. La muy hija de su madre no me había dicho nada acerca de invitar a Owen y a Kevin, así que no veáis cuál fue mi sorpresa al verlos en la entrada del centro comercial. Le lancé una mirada asesina a la que decía ser mi mejor amiga. La muy cabrona se limitó a encogerse de hombros y a sonreír como una niña buena. Sí, claro, y yo me chupaba el dedo.

—¿En serio? ¿No me avisas de esto?

—Vamos, solo es una peli.

Y una mierda. Sabía perfectamente qué coño estaban haciendo ellos dos allí. ¡Maya había organizado una cita doble a mis espaldas!

—Sabes que no nací ayer, ¿verdad?

Pero la muy condenada emitió una risa diabólica a modo de respuesta. Si es que algún día la mataría con mis propias manos. Me daba igual ir a la cárcel.

—¿Qué peli vamos a ver? —escuché que preguntaba Owen al vernos acercarnos. Saludó a mi amiga con un beso en los labios. Buf, hoy a Kevin y a mí nos tocaría ser dos sujetavelas monumentales. ¡Yupi!

—La segunda parte de esa que vimos el año pasado en casa y que tanto me gustó.

—¿La de la reina del hielo? —Owen la miró con horror—. Dime, por favor, que no vamos a ver una película para niños.

Maya sonrió con toda su dulzura, como si en su vida hubiera roto un plato.

—Puede que sea esa —pronunció las palabras con voz melosa.

—¿Por qué? —lloriqueó él—. Sabes que no me gustan las películas infantiles, menos las de dibujos animados.

—Pero ¿qué dices? Si *Frozen* estuvo muy bien. Además, aquí la amiga hará de Elsa en un espectáculo de baile y, bueno, hemos aprovechado la excusa para verla.

—Es un trabajo de investigación —añadí yo—. Además, debo bailar algunas canciones de la segunda. Quiero meterme muy bien en el papel.

Kevin parecía estar divirtiéndose con la situación, puesto que una sonrisita burlesca se había pintado en su boca.

—Yo solo diré que me encanta *Frozen* y que Elsa me parece un personaje muy adelantado —se limitó a decir él. Joder, si ese hombre era perfecto para mí. ¿Dónde había estado toda mi vida?

Maya hizo un ruidito de confirmación. Me miraba con orgullo, como siempre que conseguía un trabajo relacionado con el baile. Según ella, algún día sería una estrella.

—La señora Williams se ha reunido conmigo esta semana y me ha dado la

oportunidad de participar en un espectáculo benéfico. Empiezo los ensayos el lunes.

—No solo eso, también le ha hecho una oferta de trabajo. Quiere que dé clase a unos críos de un cole en un barrio no tan bueno.

—¡Hala! ¡Qué guay! Me alegro mucho por ti.

—Tía, estás que te sales.

Sonreí con timidez. Siempre que alguien sacaba a relucir mis logros me comportaba de aquella manera. Se me encendían las mejillas y sentía ganas de esconderme, avergonzada. No estaba muy acostumbrada a ser el centro de atención. Siempre había estado detrás de los focos, me había costado sobresalir entre tanto talento. Recordaba que varias de mis compañeras del *Hannah Brown Studio* ya estaban trabajando profesionalmente, bien fuera en series de televisión, películas o espectáculos. Mientras, yo sentía que iba un poco atrasada, que me había perdido muchas oportunidades desde que había tomado la decisión de dejar el baile competitivo.

Por raro que os parezca, la idea de volver a subirme a un escenario me llamaba mucho la atención. Tenía muchas ganas de volver al ruedo y de mostrar cuánto había mejorado en aquellos años de inactividad. Si bien había perdido la costumbre de aprenderme coreografías en tan solo una semana, creía que estaba a la altura, que podría tener posibilidades.

Fuimos hacia el área de los cines y esperamos la cola del bar. De pequeños habíamos creado la costumbre de siempre comer palomitas y dulces mientras veíamos una película en la gran pantalla. No tuvimos que esperar mucho —además, íbamos con tiempo de sobra—. Eso sí, la cola estaba llena de niños pequeños. La gran mayoría de las niñas iban vestidas de Elsa.

—¿Por qué no se nos ha ocurrido venir disfrazadas? —se lamentó mi mejor amiga haciendo un puchero lastimero.

—Porque si no sí que me habría largado. Paso de pasar vergüenza —le respondió su novio y, por el tono empleado, no pude evitar reírme. Kevin también se carcajeó de lo lindo.

—Pues fíjate. Yo creo que a Hayley el papel de Elsa le viene como anillo al dedo. No sé, pero la peluca y el vestido de la reina del hielo le quedarían perfectos, ¿no crees, Kevin?

Miré a Maya con horror. ¿A qué venía ese comentario? ¿Quería que me diera un infarto allí mismo? ¡Venga ya! Yo no fui tan perra con ella cuando empezó a gustarle Owen.

El aludido me pareció que se puso nervioso, pero puede que fueran imaginaciones mías. Eso sí, juro que no me imaginé la mirada que me lanzó y

cómo sus ojos me recorrieron de arriba a abajo. Sentir su mirada oscurecerse por algo que yo desconocía me puso en alerta. Se pasó la lengua por los labios antes de responder escuetamente:

—Puede ser.

Puf, vaya chasco. Aunque teniendo en cuenta que solo me veía como a una amiga, que no había sentimientos más profundos... En fin, debía dejar de comerme el coco y disfrutar de aquella tarde de libertad, puesto que al día siguiente debía estar en el estudio a las ocho de la mañana.

Tras pedir las palomitas y las golosinas, fuimos a la sala de cine que se nos había asignado. Maya traía las entradas en el móvil. A pesar de haber pasado unos meses desde el estreno, la sala estaba a rebosar. Había críos por doquier y, si bien me encantaban, esperaba que no dieran mucha guerra. Lo decía por experiencia. No era la primera vez que nos tocaba un grupo de niños maleducados que no paraban de hablar en toda la película. Lo único que quería era pasármelo bien y empaparme en el personaje. Estaba segurísima de que cuando regresara a casa escucharía en bucle todas las canciones que se me habían asignado para el espectáculo.

Maldije por lo bajo cuando me di cuenta de que la muy cabrona de Maya había cogido los asientos separados de dos en dos. Definitivamente, aquella noche se iba a cometer un crimen y yo me aseguraría de destruir el arma homicida. Encima, estábamos separados por filas. Con una sonrisa traviesa, nos indicó cuáles eran nuestros asientos.

—Más te vale salir por patas cuando acabe la peli, porque pienso arrancarte la piel a tiras —la amenacé en susurros cuando me di cuenta de que nos había tendido una emboscada.

Ella me tiró un beso.

—Ya me lo agradecerás. Disfruta de la peli... y de tu acompañante. —Me guiñó un ojo.

Le saqué la lengua.

—Te odio.

—El amor es mutuo, querida.

Seguí a Kevin por la fila hasta llegar a nuestro lugar. Ahora todo tenía sentido. Cuando habíamos comprado las palomitas, Maya había insistido en comprar dos menús dúos. Sería perra.

Aquel rubio de ojos color chocolate fundido se sentó en el asiento que le había tocado. Yo, en cambio, me quedé en pie como un pasmarote, sin saber muy bien cómo afrontar la situación. ¡Incluso su cercanía me ponía nerviosa! Y lo tendría a mi lado la hora y tres cuartos que duraba la peli, sumándole los

tráileres. Joder, menuda suerte la mía. Me balanceé de una pierna a la otra bajo la atenta mirada de Kevin.

—¿Quieres sentarte? No muerdo, todavía. —Esbozó una sonrisa lobuna que provocó que mi pobre corazón brincara con fuerza. ¿A qué venía aquel comentario?

—Tengo que ir al baño antes. Lo último que quiero es no poder concentrarme en la peli y disfrutarla solo porque me hago pis.

«Vale, Hayley, cierra la puta boca», pensé. Joder, menudo momento de «Tierra trágame». Solo quería ocultar la cabeza en un agujero, como lo hacen los avestruces, y morirme allí de la vergüenza. ¿Por qué no había podido controlar mi bocaza?

Pero lejos de lo que esperaba, Kevin emitió una pequeña carcajada para nada burlesca.

—Está bien. Pero no te entretengas mucho, que en nada empiezan los tráileres.

Salí pitando de allí. Fui tan rápido que por poco me doy de lleno con un grupo de críos que estaban entrando en la sala. Me disculpé con la cara más roja que un tomate y hui a los baños. Tras hacer mis necesidades más básicas, me lavé las manos y me miré unos segundos en el espejo. Puf, ¿en qué momento había decidido no maquillarme? Si con esas ojeras que tenía daba hasta miedo, mucho más que aquella mañana cuando me levanté con todo el maquillaje corrido y los ojos de oso panda.

A la vuelta, ya había comenzado el periodo de publicidad y, en consecuencia, las luces se habían apagado. Por suerte, había sido precavida y había llevado conmigo mi teléfono, que me sirvió como linterna. Llegué hasta la fila central y busqué mi asiento, justo en el centro de la pantalla. A unas filas por encima de nosotros y en uno de los laterales se encontraba la parejita feliz dándose el lote. Puaj. Que había menores delante.

Justo antes de llegar a mi asiento me tropecé con no-sé-qué-cosa y estuve a punto de caerme. Y digo que estuve a punto porque Kevin fue más rápido y me ayudó a estabilizarme colocando sus brazos en mi cintura. Uf, ¿era yo o hacía calor allí dentro?

—Epa, que te caes.

—Perdón, perdón, perdón —susurré yo con la cara incendiada y seguramente llena de tonalidades rojas y rosadas. ¿Por qué había tenido que ponerme en evidencia de aquel modo delante de él?

No se movió y yo tampoco. Sus manos en mis caderas ascendieron hasta mis

hombros y sus ojos llameantes se me quedaron grabados en la memoria. Por un solo instante sentí que el tiempo se detuvo y que en aquella sala repleta de críos y familias no había nadie más que él y yo. Deseaba con fervor que me besara, que acortara la poca distancia que nos separaba y así probar sus labios de una vez.

Pero no lo hizo.

—¿Quieres sentarte? Mi hija no puede ver la pantalla por tu culpa —objetó con muy mala educación la señora que tenía justo detrás.

Aquellas palabras nos sacaron de aquella pompa en la que nos habías sumido. Todo volvió a moverse y el tiempo volvió a marchar hacia delante. Mascullé una pequeña disculpa y me senté en mi lugar.

Al principio todo se dio con normalidad entre dos amigos. Comentábamos aquellos trozos que nos llamaban la atención por X o Y razones y hacíamos pequeñas bromas entre susurros. Si bien al principio tenerlo tan cerca de mí me puso un tanto nerviosa, pronto me fui encontrando cómoda, como siempre me pasaba. Tras una escena de lo más chistosa, metí la mano en el cubo de las palomitas teniendo la buena suerte de que Kevin hizo lo mismo. Nuestras manos se rozaron y, al instante, sentí aquella corriente eléctrica recorrerme por entero. Nuestros ojos se conectaron, agua y tierra unidos, un destello peligroso brillando en ellos. El pulso se me disparó y aquel ejército de mariposas asesinas empezó a aletear en mi interior.

—Yo... —intenté excusarme, pero me quedé helada; en vez de retirar la mano de la mía, entrelazó nuestros dedos. Madre del amor hermoso, me iba a dar algo. Agradecí de todo corazón que la sala estuviera a oscuras y que, además, la escena que se desarrollaba fuera un tanto oscura. Acarició mis nudillos con una delicadeza que me hizo estremecerme.

Él acercó su boca a mi oreja y su aliento cálido llevó oleadas de hormigueos por todo mi cuerpo.

—Dime que no soy el único que siente esta electricidad, esta atracción, que hay entre los dos. Cuando me miras de la misma manera en la que lo haces ahora siento que todo en mi interior se altera. Me siento torpe.

—Kevin, ¿qué...?

Pero no me dejó acabar la frase.

—Tengo ganas de besarte. ¿Puedo hacerlo?

Joder, ese hombre me iba a convertir en papilla allí mismo. ¡Por todos los dioses! ¿Sería aquello una cámara oculta o una broma cruel?

Supe que él hablaba muy en serio cuando me apartó un mechón rebelde de la cara y aprovechó aquella excusa para acariciarme la mejilla. Tenía la cara en llamas. Madre de todos los dioses, me iba a dar un infarto de lo rápido que me

latía el corazón y de lo acelerado que tenía el pulso.

—¿Eres real? —repetí las palabras de mi sueño.

—Muy real.

No hicieron falta más palabras. Nuestros rostros se fueron acercando con lentitud, como si fuéramos a cámara lenta. Nuestras narices se tocaron. Su aliento se mezcló en el mío y, finalmente, me besó como tantas veces había soñado.

Capítulo 19

Kevin

Cuando Owen me llamó después del almuerzo para ir al cine, jamás pensé que acabaría besando a Hayley. ¡Madre de Dios! Había estado nervioso desde el momento en el que aquella pareja nos había dejado solos. Cuando ella se tropezó con el bolso de la chica que estaba a mi lado y yo la sostuve para que no se diera de morros contra el suelo, fui consciente de su cercanía y supe que sería difícil tenerla tan cerca y no poder tocarla.

A pesar de que estar a su lado me transmitía seguridad, estuve gran parte de la proyección en tensión. ¿Sería consciente de lo bonita que se veía? En más de una ocasión me había encontrado mirando aquellos labios que tanto anhelaba saborear.

Todo mi autocontrol se fue a pique cuando nuestras manos se rozaron al ir a tomar un puñado de palomitas. No pude evitar la tentación de entrelazar nuestros dedos como tantas veces había deseado y acariciarle los nudillos. Sus pupilas reflejaban el mismo sentimiento que el mío, por lo que no pude evitar que de mi boca se escapara aquella confesión tan ñoña. Ella me miró sorprendida. Mientras, yo tenía el corazón en un puño. ¿Qué estaría pensando de mí? ¿Qué se le estaría pasando por la cabeza?

Un pequeño mechón de su cabello oro se le había escapado de aquella coleta que llevaba, así que se lo aparté. No pude evitar resistirme a la tentación y le acaricié la mejilla con dulzura. Estaba caliente y sonrosada. Sonreí. No sabía lo

tierna que se veía y lo mucho que a mí me gustaba.

—¿Eres real? —preguntó entonces y yo no lo dudé.

—Muy real.

Y así, poco a poco, fuimos acercándonos el uno al otro hasta que por fin nuestros labios se rozaron en un beso delicado. Su sabor y su olor me embriagaron por completo, empapándome de ella. Noté el ligero gusto salado de las palomitas mezclado con el toque dulzón del refresco. Por un momento olvidé cómo besar y me sentí tan torpe que temí por unos instantes que metería la pata hasta el fondo y que perdería toda oportunidad posible con ella.

Gracias a los cielos, empecé a mover con suavidad y lentitud los labios, guiándola en una danza llena de ternura. No había prisa, tenía toda la sesión para besarla y saborearla, para llenarme de ella. Y, madre mía, qué bien besaba. Sus labios se movían con maestría en torno a los míos.

Nos separamos unos segundos. Ambos respirábamos entrecortadamente. Una pequeña sonrisa le iluminó el rostro y otra se formó en mi boca. Le acaricié los labios hinchados y rojos con los dedos y, poco después, volví a besarla con mucho más fervor, mostrándole cuántas ganas tenía de hacerlo y lo mucho que me había estado conteniendo. Ya ni siquiera escuchaba la película, había pasado a un segundo plano. Lo único que me importaba era Hayley y el tsunami de emociones que estaba despertando aquel beso.

En el mismísimo instante en el que sus manos se enroscaron en torno a mi cuello, la forma en la que intentó pegarse más a mí cuando físicamente ya era imposible, provocó que un pequeño jadeo ahogado se escapara de mi garganta. Agradecí a todos los dioses que justo la escena que se desarrollaba ocultara aquel jadeo. Por el bien de los dos, nos separé. Apoyé la frente en la suya y la miré directamente a los ojos. Sus pupilas, normalmente tan azules como los zafiros, estaban dilatadas por el deseo y el beso tan candente que habíamos compartido.

No solté su mano en lo que restaba de película y, la verdad, apenas me enteré del argumento. De vez en cuando me encontraba mirando a aquella rubita y, cuando ella me pillaba, esbozaba aquella sonrisa tímida que tenía y apartaba la mirada.

***

Cuando la proyección terminó, la acerqué a mí sin poder soportar más su cercanía y le di un beso casto. Ahora con la luz encendida pude apreciar cómo al

separarme sus mejillas adquirían una adorable tonalidad rosada.

Ni siquiera esperé a nuestros amigos, a esos dos traidores que nos habían dejado solos. Tiré de ella y la saqué de allí. Riendo como dos bobos, recorrimos parte del centro comercial cogidos de la mano. En ningún momento pensaba soltarla, nunca más; no ahora que por fin me había armado de valor para asumir el riesgo de besarla.

—¿A dónde me llevas? —preguntó ella con un tono coqueto en la voz.

Dejé de moverme para volverme a ella. Se veía tan jodidamente adorable con esa sonrisa de niña buena pintada en su boca y con las mejillas más iluminadas que el árbol de Navidad que poníamos en casa todos los años. ¿Sería consciente de lo perfecta que era para mí, de lo mucho que me gustaba? No, claro que no.

Le di un par de besos en los labios, cortitos, para después tirar de ella de nuevo.

—Quiero invitarte a uno de esos batidos que tanto te gustan. Si mal no recuerdo, tu sabor preferido era el de fresa.

—¿Cómo puedes acordarte de algo tan tonto como eso? —preguntó con incredulidad.

La miré y le tiré un guiño.

—Todo lo que tenga que ver contigo es importante para mí.

Por fin llegamos a aquella cafetería que sabía de antemano que servían unos batidos espectaculares. Nos sentamos el uno en frente del otro y miramos la carta en silencio. Sabía que con lo golosa que era Hayley estaría encantada. Y no me equivoqué. Cuando una joven vino a tomarnos nota, le indiqué a ella con un gesto que soltara lo que quería pedir.

—Yo voy a pedir el número ocho: un batido de fresa, con tarta de fresa y fresas con nata por encima.

Sonreí. Solo ella pediría algo tan copioso a pesar de haber devorado casi un bote entero de palomitas.

—¿Usted qué va a tomar?

—Me conformo con un *frappé* de yogur con nata.

Cuando se marchó, no pude dejar de mirar a Hayley con una sonrisita en los labios.

—¿Qué? ¿Por qué me miras así?

Me encantaba cuando se ponía nerviosa, cómo todo su rostro iba adquiriendo un tono cada vez más intenso.

—¿Así? ¿Cómo te estoy mirando?

—Como si supieses algo que yo no sé.

Dio en el clavo. Aproveché que tenía las manos apoyadas en la mesa para

entrelazar nuestros dedos. Aquel simple contacto envió oleadas placenteras a todo mi cuerpo. Dios santísimo.

—Me has pillado. —Solté una serie de pequeñas carcajadas. Posé de nuevo mis ojos en ella con tal intensidad que pensé que se asustaría—. Sabía que pedirías el número ocho. Tiene puesto tu nombre en grande.

Ella hizo un ruidito de lo más mono con la boca y ya no pude soportarlo más. Acerqué la silla a la de ella y le di otro beso.

—Llevo tanto tiempo intentando decirte lo mucho que me gustas —confesé mientras le acariciaba el hombro con la yema de los dedos, arriba y abajo—. Desde siempre, desde el momento en que bailamos juntos la primera vez, ¿recuerdas? Estabas tan mona con esas dos trencitas. Recuerdo lo bien que me lo pasé. No sabes lo mucho que me gustaba bailar contigo, lo mucho que ansiaba que nuestra profesora nos diese un dueto. No entendí del todo lo que sentía por ti hasta que me marché, hasta que me di cuenta de que jamás volvería a verte.

»Me gusta todo de ti —continué subiendo mis caricias a su rostro y empapándome en su aroma tan fresco y adictivo—. Tu pelo tan brillante, estos ojos tan bonitos y expresivos, la forma en la que sonríes cuando algo te gusta, tu forma de ver las cosas, la pasión que le pones a todo lo que te importa, tu personalidad tan natural y para nada artificial... No sabes lo noqueado que me quedé al verte por primera vez en años, como si me hubiesen dado un golpe muy fuerte en el pecho y me faltara el aire. Eres preciosa, en su totalidad.

—Yo...

Pero justo en aquel mismo momento la misma chica que nos había atendido volvió con lo que habíamos pedido. Abrí los ojos al máximo al ver el pedazo monstruo que dejaba junto a mi compañera. La madre que la parió. Era enorme. Una gran copa de batido natural de fresa coronada con una tarta del mismo sabor que tenía una pinta estupenda bañada en nata y decorada con fresas. Lo mío era mucho más sencillo: una copa con mi *frappé,* nata y unas cuantas virutas de chocolate blanco.

—Que tengan buen provecho.

Claro que lo tendríamos, sobre todo Hayley. Ver cómo se relamía los labios de puro gozo llevó una oleada de placer por todo mi cuerpo.

—Que no te cortes a la hora de pedir es algo que me fascina. No sabes la cantidad de veces que he vivido la escena en la que una chica solo se pide un vaso de agua. Menos mal que no eres así, que no eres superficial. Me habría tirado de un puente si no.

—Sabes que no me gusta ese tipo de personas. No podría estar con aquellas que se fijan solo en lo físico. Bastantes compañeras he tenido ya del pelo. Mira

por ejemplo a Jules. Es un tío superficial a más no poder y por eso lo rechacé cuando quiso tener algo conmigo. Me dio muy mala espina y no hay día que no agradezca haberle parado los pies.

Hice una mueca en cuanto mencionó a ese tipejo.

—No me gusta cómo te trata, como si estuviese por encima de ti.

Hayley se encogió de hombros.

—Me importa una mierda lo que piense de mí siempre y cuando me deje en paz.

Me sentí un poco culpable. Desde que había llegado no había provocado más que problemas.

—Siento si por mi culpa no deja de molestarte. Desde que me ha reconocido, ha intentado hacerme la vida imposible. La semana pasada, sin ir más lejos, me envió un mensaje privado alardeando de sus logros como capitán del equipo de fútbol de la universidad. Lo peor es que a pesar de haberlo dejado en visto me ha vuelto a enviar mensajes intentando sacarme de mis casillas.

Hayley tomó una cucharada de su mega postre.

—¿Cómo ha conseguido tu número?

—Me han metido en el grupo de clase de WhatsApp. Supongo que de ahí lo habrá sacado.

—Menudo tío más pesado. ¿No sabe lo idiota que es su comportamiento? Vamos, lo vuestro es cosa del pasado. Ahora eres un Kevin muy diferente: tienes una familia que te ama, unos amigos que te quieren con locura y una carrera como bailarín por delante.

—Ya ves. —Nos quedamos callados, cada uno devorando su dulce, hasta que pronto caí en algo y no pude morderme la lengua. Carraspeé antes de empezar a hablar—. Esto, Hayley, yo te he confesado algo muy grande y no sé si... ya sabes... si tú sientes... lo mismo por mí.

Incluso yo noté el titubeo en mi voz, el miedo. Qué patético había sonado. Esperaba que a ella no le importara aquel pequeño detalle, porque si no estaría jodido.

La cuchara repleta de fresas y nata se quedó a medio camino de sus labios. Su pecho empezó a subir y a bajar con rapidez y en mi interior me empezó a asaltar el miedo. ¿Y si la había asustado? ¿Y si no sentía lo mismo y aquellos besos que habíamos compartido no habían significado nada para ella? ¿Y si solo me veía como un amigo? Pero ni en mis mejores sueños escuché una respuesta como aquella. Estaba preparado para todo menos para las palabras que salieron de su boca, también vacilantes:

—Llevo ya mucho tiempo sintiendo cosas a las que no era capaz de nombrar

por puro temor. Cuando éramos pequeños siempre esperaba ansiosa el momento de verte y de bailar juntos y, ahora, después de reencontrarnos, aquel mismo sentimiento sigue enraizado en mi interior. Mi momento favorito del día es cuando estoy a tu lado, cuando bailamos o simplemente cuando charlamos sobre cualquier tema.

»Si de algo estoy segura es que ya desde pequeña empecé a tener un enamoramiento por ti y ahora que has regresado ese sentimiento está de vuelta. Siento que me pongo muy nerviosa a tu lado, que mi corazón grita tu nombre siempre que te veo y que me pongo super roja en el momento en el que tenemos que bailar juntos.

»Me preguntas si siento lo mismo que tú y no lo sé. ¿Tú también sientes que el mundo se detiene cuando estamos los dos solos? ¿Pierdes la noción del espacio y del tiempo? ¿Sientes el impulso de estar con el otro a todas horas? Porque yo siento que no puedo dejar de pensar en ti e incluso te veo en mis sueños.

Le tomé la mano que tenía libre y besé nuestros dedos entrelazados.

—Ya ni sé el tiempo que llevo sin sacarte de mis pensamientos —le dije sin apartar la mirada ni un solo segundo—. Eres la primera persona en la que pienso nada más despertarme y la última antes de quedarme dormido. Incluso te veo en mis sueños. Me gusta pasar tiempo a tu lado y no hay día que no le dé las gracias a Quinn por habernos dado un dueto. No sabes lo que me gusta bailar contigo, cómo me haces sentir cuando te tengo a mi lado.

Esa mirada de pura inocencia pudo conmigo, me descompuso por completo. Hayley Woods era el ser más puro que había conocido y yo me sentía completamente atraído por ella.

—¿En qué momento ha pasado todo esto? —soltó esbozando una sonrisa arrebatadora—. ¿Cómo hemos pasado de ver una película infantil a hablar de lo que sentimos el uno por el otro?

Sí, ¿en qué momento había pasado algo así?

Le acaricié los nudillos con la yema de los dedos, causando un ligero estremecimiento en ella.

—Puede que haya sido cosa del destino...

—O de los tontos de nuestros amigos. —De repente abrió los ojos tanto que parecía que se le iban a salir de las cuencas. La miré alzando una ceja, sin comprender su cambio tan repentino de expresión—, ¡Joder! ¿Crees que se habrán enfadado por haberles dejado tirados?

La atraje hacia mí, cansado ya de tenerla tan cerca y a la vez tan lejos. Le pasé un brazo por los hombros y la abracé contra mi cuerpo. Sentir su respiración entrecortada y su aliento cálido en mí fue una de las sensaciones más

maravillosas que he experimentado en la vida.

—Teniendo en cuenta que esos dos han sido los que nos han tendido una trampa, creo que se lo tienen más que merecido. Además, me gusta estar así contigo.

Ella giró un poco la cabeza y me miró directamente a los ojos, una sonrisa tirando de sus labios. Los ojos le brillaban de la felicidad que sentía, la misma que inundaba mi cuerpo de arriba a abajo.

—¿Así cómo?

La abracé aún más contra mí, contagiado por su gesto. Froté mi nariz contra la suya en un gesto cariñoso que la hizo reír.

—Feliz. Siento que me he quitado un peso muy gordo de encima y que ya no debo actuar delante de ti.

Permanecimos callados unos segundos, perdidos en la mirada del otro. El océano de sus ojos me hizo recordar aquellos veranos en los que íbamos a la playa mamá, Maddie y yo; la de veces que intentaba hacerle aguadillas a mi hermana; cuando enseñé a nadar a Venus; cuando mamá y papá me llevaban a la piscina en los días más calurosos. Me transmitían seguridad y estabilidad.

—Hummm... Kevin —murmuró Hayley un tiempo después—, ¿qué somos ahora? Me refiero, creo que hemos pasado ya los límites de la amistad, ¿no? Es decir, los amigos no se besan ni se dicen cosas tan bonitas como lo hemos hecho nosotros y...

La callé con un beso.

—¿A dónde quieres llegar?

Sabía perfectamente cuál era la respuesta y, aun así, quería escucharla de sus labios. Sus mejillas estaban tan iluminadas que parecían farolas o incluso las luces de Navidad. Dios míos, qué tierna que era, qué dulce y perfecta. ¿En serio yo era el suertudo de poder estar a su lado tanto en las buenas como en las malas? Ella se ocultó en mi cuello y yo no pude evitar soltar una carcajada.

—¡No seas malo! —exclamó saliendo de su escondite.

—Es una de mis muchas cualidades, nena. —Guiñé un ojo con coquetería.

—Puf.

—Sigue, por favor. ¿Qué me estabas diciendo? —rogué—. Ah, sí, eso de que ahora hemos sobrepasado ya la etiqueta de «amigos». —La miré con maldad.

—Si lo sé, no abro la boca. ¡Qué pesado!

Pero no dejé que se ocultara otra vez. Agarré con sutileza su mentón y la obligué a mirarme.

—Dímelo.

Sus ojos se llenaron de tantísima intensidad. Tomó una gran bocanada de aire, armándose así de valor.

—Pues eso, que ahora que ha pasado todo esto... ¿Significa que somos novios o algo por el estilo? Mira, no me van los rollos de una sola noche, que lo sepas. Yo...

—Somos novios si así lo deseas. Tampoco me van los líos pasajeros.

—¿Es oficial?

Sonreí.

—Es oficial.

Y nos besamos hasta que nuestros labios se desgastaron.

Capítulo 20

Hayley

—No me puedo creer que os largarais sin esperarnos. Sois unos capullos —parloteó Maya en cuanto pisé nuestra casa.

Pasé sin hacerle caso, mostrándole aquella indiferencia que, sabía, la molestaba. Tal y como esperaba, ella me siguió pegada a mis pies.

—¡Eo! ¿Quieres hacerme caso? ¿Por qué os habéis ido sin esperarnos? Eso no mola nada. Os hemos estado esperando un buen rato y, al ver que no veníais nos hemos marchado en autobús. Ya os vale.

Seguí pasando de ella como de la mierda. Se lo tenía muy bien merecido. Fui a mi habitación a buscar ropa más cómoda, unas bragas y un sujetador para después encerrarme en el baño, a ver si así se cansaba de darme la lata. Pero no. Al salir de la ducha, totalmente renovada y lista para ponerme a repasar unos apuntes antes de cenar, me la encontré apoyada contra la pared. Si es que a veces era peor que un grano en el culo.

—No pases de mí, sabes que odio que lo hagas. Vamos, Hayley, háblame. Por fi, ¿qué ha pasado? Desde nuestros asientos no hemos podido ver si ha habido acercamiento. Un grupo de chavales estaban en nuestro campo de visión.

Así que era eso. Interesante. Por unos instantes estuve tentada de no contarle nada al respecto, por haberme tendido una emboscada. Pero, por el otro lado, ella era mi mejor amiga y siempre nos habíamos contado ese tipo de cosas. Vamos, que yo me liara en un cine en una sesión de una película infantil con el

chico por el que suspiraba desde niña era algo que debía contarle. Sabía cuáles serían las consecuencias de antemano, las miles de preguntas que soltaría. Solo esperaba que no le diera por chismorrear después.

—Pues, la verdad, ha pasado una cosita.

Los ojos marrones de ella se abrieron como platos.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

Me hice la interesante. Dejé la ropa sucia en la lavadora y, después, fui al sofá. En todo momento sentía sus pasos silencios a mi espalda. A la porra mi intento de estudio.

—¡Hayley! —casi gritó. Se sentó junto a mí y me miró muerta de curiosidad. Sonreí con malicia. Me encantaba hacerla sufrir por este tipo de cosas. La susodicha me tiró un cojín a la cara en cuanto supo que solo lo estaba haciendo para molestarla—. ¡No seas mala! Cuenta, cuenta. Venga, desembucha ya. ¿Qué ha pasado entre vosotros? ¿Ha habido acercamiento? Dime que aunque sea te ha cogido de la mano o algo así.

Maya estaba que se tiraba de los pelos por saber. Lo que no se esperaba era que lo que pensaba que había ocurrido se quedaba corto, que habían pasado muchas más cosas de las que se imaginaba.

—Bueno...

Pero no me dejó continuar. Aquella morena se puso a dar saltos sobre el sofá como una niña pequeña mientras soltaba un pequeño chillido infantil que amenazaba con romperme los tímpanos.

—¡Lo ha hecho!

Tiré de ella para que se volviera a comportar como una persona civilizada. Estaba segura de que Presley, nuestra vecina de enfrente, la había escuchado. Genial, simplemente genial.

—¿Quieres comportarte como una persona normal por una vez en tu vida? Mira, como no te sientes ahora mismo no te cuento nada y te morirás sin saberlo —la amenacé.

Pues bien, surtió efecto. Se quedó sentadita a mi lado con los ojos ávidos de saber. Se cruzó de piernas y lanzó lo que yo denominaba «la mirada». Todo en su ser destilaba curiosidad y sabía que pronto estallaría en preguntas si no le empezaba a contar lo ocurrido el sábado.

—Desembucha.

Solté un pequeño suspiro y, antes de hablar, respiré profundamente, rezando por que su interrogatorio no fuera muy exhaustivo.

—Ayer por la tarde, cuando Owen y tú nos dejasteis solos, hijos de puta, no

ocurrió nada... al principio.

—¿Cómo que no ocurrió nad...? —empezó a preguntar, pero yo la acallé con un solo gesto.

—Al comienzo todo era normal entre nosotros, dos amigos: comentábamos la peli y de vez en cuando hacíamos bromas al respecto o sacábamos teorías. Sin embargo, no sé en qué momento nuestras manos se encontraron y lo siguiente que sé es que él acabó besándome y...

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Te ha besado? ¡Te ha besado! —gritó eufórica y volvió a saltar sobre el sofá como una cría chillando «¡Te ha besado!».

—Maya, compórtate antes de que venga la coordinadora y te eche por escándalo —la regañé.

—Es que no puedo. Joder, me acabas de decir que Kevin, el tío por el que llevas colada desde siempre, te ha besado. ¡Os habéis besado! ¿Cómo fue? ¿Lento y dulce? ¿Rápido y chispeante? ¿Hubo lengua? Quiero mis detalles —lloriqueó.

Puse los ojos en blanco. Intenté armarme de paciencia, lo juro, pero cuando mi mejor amiga se ponía de ese plan, era total y completamente insoportable. Agarré el cojín que ella me había tirado minutos antes y lo abracé con fuerza contra mi cuerpo.

—¿El primero? Fue...

Supe en el instante en el que abrí la boca que iba a lamentarme, y no me equivocaba. Maya volvió a soltar un chillido. Joder, qué pulmones tenía la tía. Al paso que iba la burra me iba a quedar sorda y todo. Debía pensar seriamente si cambiarme de compañera. Puede que así no tuviera que soportar interrogatorios como aquel.

—¡Espera! ¿Hubo más de uno? ¡Eres la tía con más suerte del mundo!

—Maya, ¿quieres dejarme hablar?

Tuve que esperar por lo menos cinco minutos a que se calmara para poder narrarle con todo lujo de detalles lo que había pasado entre Kevin y yo aquella tarde. Le conté desde el momento exacto en el que nuestras manos se encontraron hasta la pequeña cita improvisada. Le narré cómo ambos habíamos desnudado nuestra alma ante el otro, cómo habíamos dado un salto de fe al vacío y cómo, al final, habíamos empezado a salir oficialmente.

—¡Sí! —exclamó ella cuando hube terminado de hablar—. ¡Por fin mis predicciones se cumplen! Te lo dije, amiga mía. Te dije que ese tío estaba coladito por ti. Te dije que algún día lo que sentías por él sería correspondido. ¡Ja! Y tú ni siquiera me creíste. Toma, toma y toma.

Lo siguiente que recuerdo es ver a Maya haciendo una especie de bailoteo que me hizo hacer una mueca de dolor y vergüenza. Movió el cuerpo de tal

manera que parecía que se estaba electrocutando la pobre. Menos mal que no se dedicaba al baile. Se le daba fatal.

—Así que ahora sois oficialmente pareja, ¿verdad?

—Exacto.

—Ven aquí entonces.

Y estuvimos bailando como dos descerebradas hasta bien entrada la noche.

***

Miré de nuevo la verja de aquel centro escolar con cierto temor. Llevaba allí plantada como un pasmarote diez minutos por lo menos, chupando un frío del copón. Ya estábamos a marzo, camino de abril, pero seguía haciendo un frío del diablo. Llevaba tantas capas de ropa encima que parecía una cebolla.

Intenté armarme de valor repitiendo las palabras que Eric, mi hermano mayor, me decía siempre que me ponía nerviosa por lo que fuera. «Eres una Woods y los Woods nunca fracasan». Lo haría fenomenal, debía pensar así. Además, eran críos de entre seis y ocho años, justo la edad que yo tenía cuando Maddie empezó a darme clase a mí. Vale, ahora entendía la presión que ella debía tener sobre sus hombros todo el tiempo.

—Vamos, Hayley. Tú puedes. Solo son críos —me di ánimos a mí misma.

Como buena previsora que era, había llegado con el tiempo suficiente como para preguntar en secretaría dónde debía impartir mis clases, puesto que ese era un detalle que Hazel no me había dado. Crucé el patio del colegio a paso rápido y me adentré en el edificio. La fachada estaba un poco destartalada y el patio escolar había vivido días mejores. Por dentro estaba igual. Si bien había recibido una mano de pintura, esta se veía descuidada. No había los colores vivos que tenía mi colegio ni los murales ni las escaleras con frases motivadoras. Se veía tan triste y apagado, tan desalentador y desmotivador.

Agarré con fuerza la correa de mi mochila y fui hacia la secretaría, la que estaba junto a la entrada. Allí había un hombre joven mirando unos papeles, o eso parecía a través del cristal. Toqué la puerta cerrada y esperé a que él me diera permiso para entrar.

—Buenos días —dije con educación—. Soy Hayley Woods, la nueva profesora de baile. ¿Podría indicarme a qué aula debo dirigirme, por favor?

El hombre ni siquiera parecía estar escuchándome. Fenomenal, oye. Lo más normal.

Tomé una respiración profunda y lo intenté de nuevo.

—Disculpe, pero...

—Sí, sí. Ya la he escuchado —me cortó alzando por primera vez la vista de sus papeles—. Tiene que ir al salón de actos.

Bien, ¿y dónde estaba?

—¿Puede decirme dónde queda?

Él parecía que quería deshacerse de mí lo antes posible para volver a su tarea, fuese cual fuese. Bien, a mí tampoco es que me hubiera caído fenomenal que digamos. Me pareció un auténtico borde. Esas no eran maneras de dirigirse a las personas. ¿Dónde quedaba la amabilidad? Entiendo que, si ya hubiese estado en el centro, su comportamiento habría sido normal entre comillas. Pero, vamos, no había estado allí en mi puñetera vida.

—Está ahí, señora Woods. —Me señaló una puerta que estaba a la derecha y en la que ponía en letras grandes y llamativas «Salón de actos».

—Gracias.

Salí de allí muy digna y me metí en la estancia que me habían asignado para dar mis clases de baile. No estaba mal. No era un estudio de baile, pero serviría. De techos altos, había un gran escenario al fondo. El resto del espacio estaba vacío, pero supuse que se llenaría de vida con la llegada de los eventos escolares. Las paredes vacías y carentes de vida le daban al lugar un aire triste y desolador. ¿Dónde estaban los colores y la alegría? ¿Dónde se quedaban las ilusiones?

Probé el suelo y me aseguré de que era el adecuado para que aquel grupo pudiera moverse al son de la música. Nathaly me había puesto al día con todo: me había enseñado las coreografías de los bailes y hablado de los críos.

Estaba terminando de colocar el ordenador y los altavoces cuando empecé a escuchar las voces. Según me había comentado también mi compañera, los niños se cambiaban en la parte trasera porque no había vestuarios para ellos. Los que había eran de uso exclusivo para los deportes estrella y, por desgracia, no se le tenía mucha estima al baile. Recordaba la de veces que me habían recomendado cambiar de opinión con respecto a ello, asegurando que podía destacar en otras ramas y tener más salidas. Era muy triste que, todavía, los deportes estrellas como el fútbol o el baloncesto tuvieran mucho más peso que otros, que siempre se practicaran los mismos como si el resto no fueran para tanto.

Poco a poco los niños fueron entrando uno a uno en el aula. Eran un total de cinco: cuatro niñas y un niño. ¿Sabéis lo desgarrador que fue verles vestidos con ropas que les quedaban más grandes y peinados como podían? Además, una de las niñas llevaba parches en los pantalones de deporte, como si estos hubiesen sido remendados bastantes veces. En mi vida me había sentido peor.

Yo nunca había pasado por una situación económica mala. Papá y mamá tenían buenos puestos de trabajo y nunca nos había faltado nada. Podíamos permitirnos ropa buena y una buena educación. No solo eso, mis padres habían podido costear un estudio de baile que costaba un riñón y las carreras de mis hermanos. Por eso, ver que no todos los niños tenían la fortuna de criarse en un contexto en el que no les faltaba de nada fue chocante. A ver, ya era consciente de la cantidad de pobreza que había en el país, pero nunca antes me había parado a pensar en ello con detenimiento. No era algo que me hubiese importado mucho. Ahora todo cambiaba. Veía todo desde otra perspectiva, una mucho más dura y cruda.

Lo primero que hice fue presentarme como su nueva instructora. Los cinco me escuchaban con toda la atención puesta en mí, como si lo que les dijera fuera lo más importante del mundo.

—Vale, para empezar quiero que os presentéis. Os aviso desde ya que soy muy mala con los nombres y que al principio es muy probable que me equivoque. Tened paciencia, por favor.

Uno a uno, me fueron diciendo cómo se llamaban. Cuando llegó el turno del único miembro masculino del grupo, este se empezó a poner colorado y tartamudeó al intentar decirme su nombre. Alguna que otra risita se escuchó por la sala.

—Se llama Carter —dijo una de las niñas—. Es un poco tímido al principio, sobre todo con la gente que no conoce.

—Yo... yo... —tartamudeaba el pequeño con las mejillas encendidas. El resto de sus compañeras, quitando la que había hablado por él, seguían riéndose del pobre y eso a mí no me gustó ni un pelo.

—Como veo que vosotras tres venís con ganas de reíros de un compañero, vais a poder empezar el calentamiento dando cinco vueltas a todo el salón. —Aquel grupito tan variado me miró como si lo que hubiera dicho no llegara a ser procesado por su cerebro. Di un par de palmadas—. ¡Vamos! ¿A qué estáis esperando?

Mientras ellas daban las vueltas, les pedí a los otros dos pequeños que me explicaran un poco la dinámica que Nathaly solía utilizar con ellos.

—Siempre empezamos a calentar todos juntos por lo menos diez minutos —me contó Holly, la única que no se había reído de Carter cuando este se había puesto nervioso—. Después, la señorita Mass nos hacía ensayar la coreografía y corregir los errores. A veces nos daba clase de técnica y otras veces se centraba en nuestra elasticidad. No solo eso, si nos portábamos bien nos premiaba con algún juego los últimos cinco minutos de clase.

—Entiendo.

—Ella era muy... buena —habló Carter. El niño tendría siete años y estaba en esa fase en la que todos se veían como una auténtica monada.

—No me cabe duda, chicos. Se nota que la queríais mucho.

En cuanto el resto de niñas se unió a nosotros, empecé el estiramiento. Lo hice a la par de ellos para mostrarme más cercana. Pude ver qué nivel tenía cada uno solo con eso: quién tenía más elasticidad y quién menos, a quién le costaba X paso y demás.

—Vale, chicos. Quiero que me enseñéis esas pedazo de coreos que habéis estado ensayando con Nathaly. —Miré por un momento la hoja en donde tenía apuntados quién bailaría con quién y demás bailes—. Holly, Carter. Quiero ver vuestro dueto.

En seguida me quedó bastante claro por qué Hazel estaba tan interesada en ellos. Madre del amor hermoso, esos críos eran muy buenos. Tenían un talento innato y se movían con una pasión que me dejó patidifusa. Carter era un bailarín de primera y, si seguía asistiendo a clases, en el futuro sería uno de los grandes. Holly, aquella niñita de raza negra, se movía de una manera única y especial. Su musicalidad era muy fuerte y su manera de entender los números con rapidez era asombrosa. Dana, por otro lado, tenía mucha técnica y base de ballet. La notaba perfeccionista y muy seria cuando la corregía. Gia, aquella pequeña de seis años, era la que menos sabía y, en parte, me recordaba a mí cuando empecé a formar parte del equipo de competición de Hannah. Se esforzaba en todo e intentaba llegar al nivel de sus compañeros. Por último, estaba Alexa, una cría que siempre seguía mis órdenes a rajatabla. Tenía un aire de estrella: era carismática, sociable y con ganas de darlo todo.

Estaba totalmente segura de que aquel equipo de cinco niños llegaría muy lejos. Los errores que veía no eran muy gordos y se notaba que trabajaban muy duro.

La hora se me pasó volando y pronto los despedí.

—Nos vemos mañana, chicos. Espero que descanséis bien. Hoy lo habéis hecho fenomenal.

—Muchas gracias, señorita Woods.

Cuando salí del edificio, tenía una gran sonrisa en la cara y el corazón me latía con fuerza. Ya mi miedo al fracaso, a no ser lo suficientemente buena para ellos, se había quedado atrás. Había algo en mí, algo que nunca antes había experimentado hasta aquel momento. Por alguna razón inexplicable estaba feliz y orgullosa, sentía que el rato pasado con esos niños no había sido solo trabajo, porque yo también me lo había pasado bien.

Con esos pensamientos, fui hacia la parada de metro para regresar a casa.

***

Tras confesarles a mis amigas del estudio lo que había pasado entre Kevin y yo el día anterior, tuve que aguantar las constantes miraditas indiscretas que le lanzaron mientras hacíamos el estiramiento la tarde del domingo. Podía escuchar, además, algún que otro comentario fuera de lugar. Genial. ¿En qué momento se me ocurría contarles algo así? Seguramente se burlarían de mí lo que restaba de día, semana, mes, año o eternidad.

Lo peor vino cuando me tocó ensayar el dúo con él. Antes de reunirme en el centro, escuché con claridad el comentario mordaz de Erika.

—Espero que la cosa no se ponga muy caliente entre vosotros dos.

Por suerte, nadie más a parte de mí lo escuchó. Con las mejillas ardiéndome con fuerza, me giré hacia ella y la fulminé con la mirada. Articulé un «Cierra la boca» silencioso antes de moverme hacia el centro.

No sabéis lo difícil e incómodo que fue para mí aquel primer ensayo como pareja. No entendía la razón de que mi estúpido corazón latiera con frenesí. ¡Si siempre habíamos bailado juntos, joder! Llevábamos más de un mes ensayando aquella coreografía. ¿En serio tenía que ponerme nerviosa en el momento en el que habíamos cambiado la etiqueta de «amigos» a «novios»? Fantástico, oye.

—Hayley, deja de estar tan rígida. Parece que te han metido un palo por el culo —bramó Quinn con fuerza y, al momento, todos mis compañeros empezaron a reírse de mí.

Bufé.

—Hayley, ¿podrías dejar de pensar en las musarañas y concentrarte, por favor? Le estás haciendo perder el tiempo a tu compañero.

Más risas. Yo solo quería ocultar la cabeza debajo de la tierra y no salir nunca de mi escondite. ¿Qué me estaba pasando? ¿Por qué el ensayo me estaba saliendo fatal?

Media hora después, Quinn dio por terminado el ensayo y nos dejó en manos del señor Ayers, el instructor de ballet. Ese día tenía dos horas intensivas con él. El ballet era un estilo que personalmente me gustaba. Se requería mucha técnica y trabajo duro para sobresalir y las coreografías basadas en él eran, a mi parecer, las mejores y visualmente las más bonitas e impactantes.

Por suerte para mí, la clase fue sobre ruedas. Acabé más sudada que nunca.

Las combinaciones que nos hacía hacer cada vez eran más complicadas. Dos veces me corrigió mi amiga Erika. A ella se le daba genial y no me extrañaba para nada que su dueto con Paris fuera increíble. A ambas se les daba de miedo aquel estilo.

En cuanto dieron las ocho, fui al aula que había reservado para ensayar de nuevo el dueto con Kevin. A ver si conseguía de una puñetera vez relajarme. Joder. ¿Qué me pasaba?

Fui la primera en llegar de los dos. Quinn tenía una clase particular y no nos podría ayudar, aunque no importaba. Aproveché el parón para beber un poco de agua y así refrescarme un poco. A pesar de que fuera del estudio aún seguía haciendo frío, allí dentro el calor era sofocante. No ayudaba nada que yo hubiese estado ensayando horas y horas y que tanto movimiento hubiese provocado que todo mi cuerpo estuviese bañado en sudor.

Mientras esperaba a Kevin, me rehíce el moño. Tanto ensayo había hecho que tuviese pelos de loca. No sé en qué momento exacto pasó, pero, de repente, cuando estaba terminando de apretarlo, alguien posó sus manos en mi cintura y pegué un bote en el sitio.

—¡La madre que te parió! Qué susto me has dado.

Escuché cómo se reía aquel desgraciado.

—Ha sido muy divertido. Tendrías que haberte visto la cara.

Le lancé una mirada fulminante.

—Sí, claro, divertidísimo —ironicé.

Kevin entrelazó su mirada con la mía y empezó a hacer algo que no me esperaba: empezó a pasarme los dedos por la frente.

—Borra ese ceño fruncido. Con lo guapa que eres, no querrás tener muchas arrugas en la vejez, ¿verdad?

Joder, si es que ese hombre era perfecto para mí. ¿Dónde había estado todos aquellos años? ¿Por qué no habíamos podido reencontrarnos antes?

Me separé de él.

—Será mejor que empecemos cuanto antes. Hay que aprovechar al máximo la hora.

El ensayo empezó siendo lo mismo que el de horas antes: un jodido churro. En serio, ¿por qué de pronto me tensaba tanto entre sus brazos? ¿Por qué no podía relajarme? ¿Qué coño me pasaba? Estuvimos un buen rato haciendo lo que sería una gran mierda. En mi vida me había salido un ensayo así de mal. Cuando vi que la cosa no iba a ningún lado, dejé de bailar, totalmente frustrada. Bufé y fui a donde estaba mi botella de agua para darle un buen sorbo.

—No sé qué me pasa hoy. ¿Por qué me tenso tanto?

Me llevé las manos a la cabeza y tironeé de mi moño ya medio deshecho. «Vamos, Hayley, es un puto ensayo. ¿Por qué no puedes hacerlo como el resto de los días? ¿Qué te pasa hoy?», me pregunté a mí misma. Me deslicé por la pared hasta quedar totalmente sentada en el suelo. Le di un golpe con el pie, cabreada ya conmigo misma.

—¿Por qué me sale todo mal hoy, joder? —Bufé con fuerza.

Noté una mano cálida en mi mejilla y, al alzar la vista, me encontré con los dulces ojos chocolate de Kevin. Estaba muy serio y fruncía el ceño como si no entendiese a qué venía mi comportamiento.

—Hayley, ¿qué te pasa?

Resoplé.

—Eso mismo me pregunto yo.

—¿Por qué te tensas tanto en los momentos de mayor contacto físico? ¿Acaso te pongo nerviosa?

—Y yo qué sé por qué me pasa esto.

Una pequeña sonrisa se instaló en sus labios.

—¿Puede estar ligado a que hemos pasado de ser amigos a novios? ¿Crees que te incomoda el hecho de bailar conmigo ahora que hemos profundizado nuestra relación?

Pues, oye, podría ser. Quiero decir, me sentía muy a gusto a su lado, pero el hecho de que muy pocas personas supieran que ahora éramos pareja me ponía un poco nerviosa. Igual por eso me tensaba tanto, porque pensaba y requetepensaba en si se notaría que ya no éramos solo amigos.

—Creo que me pongo nerviosa porque pienso que todo el mundo se enterará de lo que pasa entre tú y yo. Ya sabes, lo que pasó ayer. El beso y...

—Te entiendo. Yo también me siento así, aunque, siendo sincero, me da igual si se enteran de que tú y yo estamos juntos. Es más, diría que saldría beneficiado y todo. La pesada de Paris no me deja casi ni respirar. Siento que me sigue a todos lados.

Hice una mueca de desagrado.

—Puf, no me lo recuerdes. No me gusta nada cuando acapara tu atención.

Un brillo pícaro se instaló en sus ojos.

—¿Eso son celos?

—Puede ser. Me has gustado desde el primer momento que te vi en los pasillos de la universidad, así que ver cómo te come con la mirada y no deja de coquetear contigo no me gusta para nada. Además, ese ser es muy ruin y no sé

cómo Erika es capaz de aguantarla en los ensayos de su dueto. ¡Por Dios! Si es demasiado plasta. Recuerdo cuando sin querer tropecé y estuve a punto de caer sobre ella, la mirada de superioridad que me lanzó. No entiendo qué le ha dado conmigo. Es tan frustrante.

Aquel mar chocolate me miraba como si lo que dijera fuera lo más importante del universo, lo más interesante. Sabía perfectamente que mis quejas para con Paris ya empezaban a ser muy repetitivas, pero es que no podía soportarlo. Era demasiado pesada cuando se lo proponía y muy malvada en cuanto al baile se refería.

—Yo creo que solo tiene celos de ti.

Lo miré como si hubiese dicho la mayor chorrada del siglo y reí en su cara.

—¿Celosa? ¿De mí? ¡Ja! Y un jamón.

Pero él permaneció con aquel brillo de seriedad tatuado en su rostro.

—Creo que simplemente se siente amenazada. Eres guapa, tienes mucho talento y eres carismática. Serías la clase de persona que contratarían para hacer películas, series o musicales. Créeme, te hablo desde la experiencia. ¿Por qué crees que Maddie está ultimando ya los detalles de su show?

—Pero ella es muy talentosa y trabajadora. No es lo mismo.

Kevin soltó un suspiro largo.

—Mira, nena, no sabes lo buena que eres. Te juro que la primera vez que te vi bailar, cuando tenía nueve años, me quedé embobado. No te habría sacado a bailar si no me hubieras caído bien, que lo sepas. Despertaste en mi yo infantil una curiosidad que sigue latiendo en mí a día de hoy.

—Pues yo cuando te vi pensé «Este tío es la caña» —confesé con una pequeña sonrisa tirando de mi boca.

—No me dices nada nuevo. —Me guiñó un ojo con descaro. Después, me tendió una mano esbozando la misma sonrisa que la primera vez que bailamos juntos cuando solo éramos niños—. ¿Bailas conmigo?

Se la tomé, sonriendo también.

—Siempre.

Tras el ensayo, Kevin insistió en llevarme a casa. Fuera ya había anochecido y el frío era más bien notorio. En cuanto vio cómo temblaba como una hoja, me atrajo hacia sí.

—Ven aquí. —Me dio un beso en la mejilla con mimo—. ¡Madre mía! Estás congelada. —Y empezó a sonreír con malicia—. Tienes los mofletes tan rojos como dos cerezas.

Le di un pequeño empujón juguetón.

—No seas malo.

Una risa malvada brotó de su garganta. Tiró de mi brazo para acercarme a él y me dio un beso en los labios que me dejó suspirando como una tonta enamorada.

—No me puedo creer que la chica más guapa esté conmigo.

—Yo no puedo creer que el chico más atractivo y divertido esté conmigo —dije a su vez.

Estábamos tan sumidos en nuestra burbuja que no vimos salir a una figura de entre las sombras hasta que la tuvimos justo delante de nosotros. La sonrisa genuina de Kevin y aquel brillo tan característico en él se borraron de un plumazo. Si os soy sincera, no sabía quién era, pero había algo en ella que me sonaba familiar. A pesar de llevar un gorro de lana que ocultaba parte de su pelo, un mechón rebelde del mismo color que el trigo se le había escapado de él. Aquellos ojos marrones no me inspiraron ninguna confianza, eran fríos y una parte en mi interior se revolvió.

—Hola, Kevin.

Dios mío, incluso su voz me ponía los pelos de punta.

Mi compañero se estremeció en el sitio y puso una cara avinagrada. Fuese quien fuese la mujer, Kevin la conocía muy bien. Le cogí la mano y le di un apretón mostrándole así mi apoyo incondicional.

Las palabras que salieron de sus labios fueron apenas un susurro ronco.

—Olivia.

Me quedé congelada en el sitio y todas las alarmas saltaron. En aquel momento no supe la cantidad de problemas que aquella mujer traería consigo.

Capítulo 21

Kevin

¿Qué cojones estaba haciendo aquella desgraciada allí? Con lo bueno que había sido el día. Había aprovechado para estar más tiempo con mi familia, había ido a ver a Venus jugar un partido de fútbol y, por la tarde, había ensayado. Incluso podría deciros que el dueto que estaba preparando con Hayley tenía muchas posibilidades de ganar el dichoso concurso. Pero todo se vino al garete en cuanto vi a esa mujer en el parking. ¿Por qué se encontraba justamente allí, en el estudio de baile? ¿A qué habría venido? Joder. La Virgen.

Sentí el fuerte apretón que Hayley me estaba dando. Ella no sabía lo agradecido que estaba de tenerla a mi lado, apoyándome de manera incondicional.

—¿Qué haces aquí? —escupí con rabia.

—Yo también me alegro de verte, muchacho —ironizó ella.

Hayley miraba del uno al otro como si de un partido de tenis se tratara. Por su ceño fruncido supe que había capado las malas vibras que ese ser grotesco emanaba. Por instinto, la acerqué más a mí. Cuanto más lejos estuviera de ella, mejor.

—Hayley, te presento a Olivia... —alargué la última palabra esperando que ella me diera su apellido, aunque me importaba una puta mierda cuál fuera.

—Bradley, Olivia Bradley. —La muy cínica esbozó una sonrisa más falsa que su nariz.

—Mucho gusto —se limitó a decir ella. Esa era mi chica. Sabía que algo no marchaba bien con aquella mujer y por eso se mostraba tan distante.

—¿A qué has venido?

—Tan seco como de costumbre —comentó Olivia. ¿Acaso no veía que no era bienvenida? ¿Por qué no desistía de una vez? Porque si de algo estaba seguro era de que Maddie no quería saber nada de ella. Además, todo muy bonito y de cuento de hadas que quisiera recuperar a su hija y todo lo que queráis, pero no me lo tragaba. Alguien no abandona a su suerte a su hijo y aparece mágicamente treinta años después. «No lo sé, Rick, parece falso».

—Si solo vienes a molestar, será mejor que te vayas. Tenemos cosas más importantes que hacer.

Tiré de Hayley en dirección hacia el coche, pero su voz me detuvo en seco.

—Pienso recuperar a Madison, lo quiera Christina o no. Me importa una mierda si se opone.

Me volví y le lancé una mirada gélida.

—Mira, has tenido muchos años para volver a aparecer en su vida. Es muy sospechoso que lo hagas ahora, cuando ella es adulta y tiene una familia que la quiere. Puede que ni Venus ni yo seamos sus hermanos biológicos, pero lo somos igualmente. Tiene una hija preciosa y un marido que la quiere con locura. Está en la cúspide de su carrera. No creo que tú, precisamente tú, entres en sus planes.

—No sabes nada —escupió con veneno.

—Sé lo justo. Si tanto la querías, ¿por qué no se la dejaste a Christina en primer lugar? Sabías que se haría cargo de ella, que la querría como si fuera su hija. ¿Por qué dejarla a su suerte entonces? ¿No te parece cruel por tu parte?

—No eres más que un niñato mimado. No tienes ni idea de absolutamente nada, así que no hables por hablar —estalló.

Pero no me amedrenté. No iba a dejar que ella viera cómo temblaba por dentro, el efecto que habían tenido sus palabras. Di un paso al frente y la encaré como todo un campeón. Iba a luchar por lo que era mío y Maddie era la mejor hermana mayor que me había podido tocar.

—Solo sé que Maddie no quiere verte ni en pintura. Déjala en paz. Suficiente ha sufrido ya por tu culpa para que ahora regreses a su vida años después y pretendas hacer como que no ha pasado nada. Eres patética, Olivia. Solo me das lástima.

Y con esas palabras me marché, tirando del brazo de Hayley para que me siguiera.

***

—¿Me vas a contar ahora quién es esa mujer?

Hayley me miraba desde el asiento del copiloto. Fruncía el ceño y estaba sentada con los brazos cruzados en torno al pecho a modo de defensa. Sus labios apretados y la mandíbula tensa me dieron a entender que no daría su brazo a torcer tan rápido, que más me valía contárselo si no quería salir escaldado.

—Me va a volver loco de atar. —Me froté la cara con frustración.

—¿Por qué? ¿Te ha hecho algo? ¿Quién es? Venga, cuéntamelo. Ando más perdida que un pulpo en un garaje.

Sus ojos azules brillaban llenos de preocupación.

La miré embobado. ¿Sería cierto que por fin había encontrado a aquella persona que me complementara? En el fondo sentía que desde siempre habíamos estado destinados a conocernos, como si todo lo malo que hubiese vivido de crío tuviese como objetivo llegar hasta el Moonlight donde hallé, por primera vez en mucho tiempo, una familia que me quería de verdad. Por primera vez en la vida hice amigos y tuve una estabilidad que antes no había tenido. Y, sobre todo, la conocí a ella. Todavía me acordaba del día en el que comencé las clases en el *Hannah Brown Studio,* lo nervioso que estaba por meter la pata, por no ser tan bueno como se esperaba de mí. Recordaba los nervios del primer día y el compañerismo que sentí en mi primera clase. El primer baile con Hayley, lo bien que me sentía al estar entre sus brazos. Su risa y esa manía que tenía de toquetearse una ceja cuando estaba inquieta. Mis ganas de ser su amigo. Todos los momentos que desencadenaron aquella primera vez.

Volví a la realidad en el momento en el que Hayley se aclaró la garganta. Oh, vaya. Había vuelto a desvariar. Pero es que no podía evitarlo cuando la tenía a tan solo unos centímetros de mí.

—Ella —murmuré con apenas un hilillo de voz— es la madre biológica de Maddie.

Su reacción fue exactamente la misma que tuve yo el día en el que aquella mujer osó irrumpir nuestras vidas: sus ojos se abrieron de par en par y sus labios formaron una gran «O». Se quedó sin palabras, algo muy raro en ella. Su ceño se frunció y, en cuanto recuperó de nuevo el control de su cuerpo, sus labios volvieron a apretarse.

—¿Hablamos de la misma persona que la abandonó a las puertas del Moonlight?

—Eso es, la misma que viste y calza.

Le pegó un golpe al salpicadero.

—¡Será zorra esa arpía! A buenas horas mangas verdes. ¿Qué quiere de ella ahora? Ha tenido treinta años para aparecer. Ya es un poquito tarde para hacerlo. Maddie os tiene a Venus, a Christina y a ti. Tiene un marido que la quiere y una niñita adorable. No necesita que esa perra alborote su vida. Si tantas ganas tenía de conocer a su hija, no haberla dejado a su suerte, haberla criado.

—Eso mismo he pensado yo. Algo se trae entre manos. ¿Sabes qué es lo peor? Que sospecho que no se arrepiente de haberlo hecho. No creo que la quiera. Vamos, por lo que sé tiene dos hijos más.

Si antes Hayley había abierto los ojos de par en par, ahora aquellos zafiros amenazaban con salírsele de las cuencas. Le había pillado totalmente desprevenida. Me parecía raro que Eric, su hermano mayor, no le hubiese contado nada al respecto. Aunque, teniendo en cuenta que era algo personal, lo entendía. A mí no me habría gustado que Christina marujeara con otras personas sobre mi pasado tan traumático.

—Su puta madre —maldijo—. Ese intento de mujer está tramando algo, fijo. Hay gato encerrado. —Se quedó callada unos instantes. Incluso juraría que escuchaba los engranajes de su cabeza girar y girar a la velocidad de la luz y ver humo salir de sus orejas. Juntó los dedos formando una especie de triángulo, gesto que siempre hacía cuando lo que estaba pensando era de suma importancia —. ¿Y si lo que de verdad quiere esta señora es aprovecharse de la fama de Maddie? ¡Podría intentar manchar su reputación! Con lo que le ha costado hacerse un hueco no solo en el mundillo del baile, sino también en el del espectáculo.

—¿Sabes una cosa? Creo que tienes razón. —La señalé con el dedo para darle más énfasis a mis palabras. Bufé.

Hayley me pasó una mano por los hombros, masajeando aquella zona que se me había tensado tanto. Su simple contacto fue muy reconfortante para mí. Era gratificante saber que podía contar con ella tanto para lo bueno como para lo malo, que no se alejaría de mí por mucha mierda que tuviese encima.

—Hay algo más, ¿verdad?

Hice una mueca.

—A veces odio que me conozcas tan bien. —Sonreí con pesar, con desgana. Estaba agotado de todo aquel tema de Olivia. Lo peor era que sabía que sería muy difícil de solucionar y eso me ponía de muy mal humor—. Sí, pasan muchas cosas. Olivia ha vuelto y amenaza con hacerle la vida imposible a Christina si no coopera, si no la ayuda a recuperar a su hija. Le ha dicho que dispone de los

mejores abogados y que le será muy fácil arrebatarle la custodia de Venus. Ella la adora, Hayley... —hipé—, todos la adoramos. No quiero que me separen de ella, de mi abejita. No sabes cuánto la quiero.

Sus manos ahora volaron a mi nuca y continuaron con sus suaves caricias reconfortantes.

—Y no pasará, cariño. Sé que ni Christina ni Maddie ni tú lo permitiréis. Sois una gran familia y os queréis con locura. Lucharéis hasta el final y ganaréis la guerra contra Olivia.

—Ella tiene buenos abogados y a mamá, en cambio, le está costando llegar a final de mes. No soy tonto. Sé que intenta aparentar que no pasa nada, pero soy consciente de los esfuerzos que debe hacer. Secretamente le dejo dinero a escondidas en el cajón en el que sé que guarda ciertos ahorros. Yo no los necesito tanto como ella, ¿sabes? Ella me cuidó cuando era pequeño y ahora quiero ser yo quien cuide de ella.

Sus dedos en mi mejilla despertaron una gran corriente eléctrica en todo mi cuerpo.

—Kevin, eso dice mucho de ti.

—He ahorrado desde que he empezado a hacer trabajos artísticos. No es un dinero que en realidad necesite. Tengo de sobra y prefiero que mamá esté tranquila económicamente. Sé que el estudio en el que estoy es carísimo, que la universidad también y que, por suerte, le hacen un descuento en el colegio de Venus porque ella es maestra en él. Debe ser muy difícil criar a tres hijos cuyas extraescolares exigen mucha ayuda económica.

—Maddie y tú habéis bailado siempre, pero ¿qué hace Venus? Claro, si puedo saberlo.

Una pequeña sonrisa se extendió por todos mis rasgos y Hayley aprovechó ese momento para acariciarme los labios con ternura. Besé las yemas de sus dedos una a una antes de responder a su pregunta:

—Venus juega al fútbol. Es muy buena, la mejor que he visto. Tendrías que verla en el campo. Está en su salsa. Puede parecer una niña mimada, pero cuando sale al campo se transforma por completo. Es muy competitiva y noto el gran compañerismo que hay en su equipo. Si todo va bien, este año la subirán de categoría. Mamá ha dicho que si a la cría le sigue apasionando ese deporte cuando crezca, intentará que pueda sobresalir, pero lo primero que quiere es que se divierta. Deberías verla jugar. Es un hacha. Domina el balón de una manera que yo jamás podría. Es más, te confesaré que le tengo miedo, no vaya a ser que me lesione y no pueda seguir bailando por una temporada, tal y como pasó hace casi dos años. Tuve una rotura muy fuerte cuando entrenaba y estuve cuatro

meses sin poder participar en ningún ensayo. No me gusta quedarme en el banquillo.

—¡Ostras! No tenía ni idea.

—Por eso es tan importante ganar el concurso en parejas, por eso he insistido tanto en participar en él. El porcentaje que me pertenece quiero dárselo a mamá para que se pague un buen abogado y que pueda utilizar lo que sobre para lo que quiera. Ella invirtió en mi educación y en el baile cuando era pequeño, ¿por qué no devolverle ahora el favor? Al fin y al cabo, la familia está tanto en las buenas como en las malas.

A pesar de la oscuridad que reinaba a nuestro alrededor, pude apreciar cómo brillaban los ojos de Hayley y cómo varias lágrimas descendían lentamente por su mejilla, consecuencia de mi relato. Con mis dedos, borré todo rastro de ellas. Le di un beso en el pómulo, muy cerca de la comisura de los labios.

—No llores, por favor. No te lo he contado para que sientas pena. Solo necesitaba hacerlo.

Ella se limpió las mejillas, por donde las lágrimas resbalaban. Sorbió por la nariz.

—No es por eso por lo que me he puesto así —negó ella moviendo la cabeza a los lados.

Alcé una ceja.

—¿Ah, no? Entonces, ¿por qué?

Una sonrisa iluminó sus rasgos. Sé que es imposible, pero diría incluso que todo mi mundo se iluminó cuando la vi pintada en sus labios.

—No sabes lo buena persona que eres, Kevin. Tienes un gran corazón, un corazón de oro. Lo das todo por los que más quieres y siempre intentas solucionar hasta lo irresoluble. ¿En serio eres real? ¿Eres una persona de carne y hueso o solo una mera imagen de mi perturbada imaginación?

Le besé la palma de la mano y me froté la nariz con ella.

—Soy real, muy real. ¿Sientes cómo mi corazón late acelerado? —le pregunté al mismo tiempo que guiaba su mano hacia mi pecho—. Soy humano, nena.

Otra sonrisa tiró de sus labios hacia arriba y ya no pude resistirme más. Le di un beso porque me moría por besarla, por probarla de nuevo. Me había vuelto adicto a sus besos. En cuanto nuestros labios se encontraron, nuestras bocas se movieron en sincronía, bailando una música silenciosa. La escuché jadear y aproveché que tomaba una respiración para que mi lengua se uniera a la suya.

Cuando me separé de ella, junté nuestras frentes. Nuestros pechos subían y bajaban con rapidez en busca de oxígeno. Sus manos se habían enredado en mi pecho y las mías, en su cintura.

—Será mejor que te lleve a casa. Se está haciendo tarde.

Pero no me separé ni un solo milímetro de ella. Hayley frotó nuestras narices con mimo y volví a besarla, pero esta vez con un beso suave y apenas largo.

Sin tener muchas ganas de alejarme, arranqué el coche y conduje hasta dejarla en la residencia. Sin embargo, antes de que saliera, tiré de su mano —que había estado entrelazada con la mía en todo el trayecto—. Ella me miró interrogante y yo no pude resistirme al hecho de volver a besarla, de intentar grabar en mis labios su sabor y su aroma tan característico y embriagador.

—Resérvame un día de tu apretada agenda. Quiero que tú y yo tengamos una cita como Dios manda, ¿entendido?

—Está bien.

Dándome un beso tímido en la mejilla, se despidió de mí y salió del coche, dejándome con el pulso desbocado y con muchas ganas de seguirla y no separarme de ella.

Capítulo 22

Hayley

En cuanto llegué a casa esa misma noche, llamé a Eric.

—Bomboncito, ¿qué tal est...?

Pero yo corté su habitual saludo.

—¿Por qué no me has contado lo de la madre de Maddie? —Mi tono de voz era tajante y no admitía pegas.

Un suspiro se escuchó al otro lado de la línea.

—¿Cómo te has enterado de eso? ¿Quién te lo ha dicho?

—Kevin.

Se hizo un pequeño silencio y, por un momento, pensé que mi hermano mayor me había colgado el teléfono.

—Ah, ya —susurró en voz queda.

¿A qué había venido ese comentario? Puf, hombres. Qué complicados que eran cuando se lo proponían.

—Además de que está el hecho de que esa mujer de mierda nos ha hecho una visita en el estudio. Estábamos saliendo tan tranquilos de la vida, oye, cuando así, sin quererlo ni beberlo, aparece de entre las sombras.

—¡La madre que la parió! —bramó él y fue tan alto su estallido que tuve que alejarme el teléfono de la oreja para no quedarme sorda. A lo lejos escuché un «Eric, ¿qué ha pasado? ¿Quién es?» perteneciente a su mujer—. Espera un momento, HayHay.

Dejó el teléfono en algún lado. Los escuché murmurar y en el momento exacto en el que la palabra «Olivia» salió de los labios de mi hermano un alarido de dolor brotó de la garganta de ella y yo, de nuevo, tuve que apartarme el móvil para no quedarme sorda otra vez.

—Vamos, amor, tranquilízate. Seguro que no ha sido para tanto.

—¡Sí que ha sido para tanto! —la escuché gritar—. Esa perra sin escrúpulos se está pasando de la raya. ¿No ve que no quiero saber nada de ella?

Su respiración entrecortada y los hipidos que escuchaba de fondo me dieron a entender que Maddie estaba llorando y eso me partió el corazón. Ella era una persona muy importante en mi vida. Me había enseñado mucho sobre baile y se había vuelto un confidente para mí. Sabía que podría contarle cosas, que podría hablar con ella sobre asuntos que de otro modo no me sería posible porque me daba vergüenza hablarlo con mi madre. Verla sufrir por un tema de su pasado fue desgarrador, pero es que me parecía muy importante que supiera lo que había pasado aquella misma tarde.

—¿Es... Estáis bien? —pregunté con la voz ronca. Un par de lágrimas empezaron a descender con lentitud por mi mejilla al recordar la cara de aquella mujer, lo familiar que me había parecido. Maldije entre dientes mientras me llevaba las manos al pelo, me quitaba la trenza y lo revolvía con frustración.

—Hayley. —Ahora era Maddie quien estaba al teléfono—. Por favor, cuéntame todo lo que ha pasado. ¿Qué os ha dicho exactamente? ¿Qué quiere de mí ahora? ¿Por qué... —hipó— por qué ha vuelto justo ahora?

Los siguientes minutos le estuve narrando sin pelos en la lengua todo lo ocurrido con Olivia, desde el momento en el que nos había asaltado en el aparcamiento del *Grace Dance Studio* hasta las palabras crueles que había empleado. Veía necesario que, tanto mi hermano como ella, supieran qué nos había pasado e intentaran pararla cuanto antes. Eso ya se estaba pasando de castaño oscuro.

—¡Joder! ¡Está loca, loca de remate! Jamás, ni en un millón de años, la perdonaré por lo que me hizo. ¿Qué cree, que soy tonta? Ni de palo. Si tanto me quisiera de entrada no me habría abandonado a mi suerte o, en su defecto, me habría buscado mucho antes. Que no fui adoptada hasta los casi dieciocho años. Tampoco me habría dejado tirada, podría haberle ahorrado mucho sufrimiento a tía Chris y haberme dejado con ella. Pero no, prefirió deshacerse de mí como si fuera un juguete no deseado.

—Ven aquí, amor. No es bueno que te estreses. Debes descansar si mañana quieres darlo todo en los últimos ensayos. Ya solo quedan unas pocas semanas para el gran estreno y debes dar tu ciento por ciento —intentó tranquilizarla Eric.

Digo intentó porque por experiencia sabía que esas palabras más que tranquilizarnos nos ponían mucho más nerviosos a los artistas. Que te recordaran algo tan importante como un *show* que estaba a punto de estrenarse y en el que se era el protagonista podía alterarnos mucho más de lo que ya estábamos.

—Gracias por recordarme lo que se me viene encima —le soltó ella con todo el sarcasmo del mundo. Su respiración se empezó a hacer mucho más notoria—. Espero... espero no quedarme en blanco delante de todos, tal y como pasó en uno de los regionales la misma semana que me enteré de que Christina era mi tía biológica.

—Y no pasará. Eres mucho más fuerte de lo que piensas.

—Eric tiene razón. Ganabas concursos y al mismo tiempo sacabas la media más alta del curso, hacías trabajos profesionales e incluso dabas clase a un grupo de niños que estaba empezando en el mundillo del baile. Esto solo es un pequeño bache. Ya verás cómo pronto se soluciona.

Un pequeño suspiro se escuchó en el otro lado de la línea.

—Ojalá. Hablo en serio al decir que no quiero tener nada que ver con ella. Por mí puede pensar que estoy muerta o perdida en lo más profundo del planeta. Para mí ella está muerta, lo está desde el instante en el que hizo lo que hizo conmigo. Que le den un poco, por delante y por detrás si quiere. Seguro que es feliz con su mariducho ese y sus dos hijos queridos —escupió con rabia.

—No dejaremos que esto nos afecte —añadió Eric—. Seguro que lo único que quiere es jodernos, porque de seguro que sabe que nos va muy bien.

—Creo que ahora que sabe lo triunfadora que eres quiere aprovecharse de ti. Acude haciéndose la víctima y estoy completamente segura de que te pondrá alguna que otra excusa cuando saque el tema del abandono —expuse. Aquella hipótesis se me había ocurrido cuando Kevin me había contado todo. Puede que al principio me hubiera sonado descabellada, pero a medida que pasaba el tiempo y que más la decía, más lógica tenía.

Se volvió a hacer el silencio. Cri-cri. Parecía incluso escuchar a los grillos grillar.

—¡Oh, Dios mío! ¡Tu hermana es una puta genio! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? ¡Tienes toda la razón, canija! Seguro que ahora que ve todo lo bueno que me está pasando en la vida, que he conseguido un papel muy importante y que me está yendo muy bien como actriz, cantante y bailarina, quiere aprovecharse de mi fama para alardear. Olivia parece esa típica mujer pija de revista y lo único que quiere es pavonearse ante el resto de la sociedad elitista. Pues, ¿sabéis una cosa?, le van a dar por culo.

—Así se habla, amor.

Estuve un buen rato intercambiando palabras con ellos. Cuando colgué era casi medianoche. No tenía hambre; había picoteado algo en la cafetería del estudio a media tarde. Me puse el pijama calentito y me metí en la cama. Antes de quedarme dormida del todo un pensamiento cruzó mi mente: ¿y si Olivia planeaba algo mucho más gordo?

***

Kevin se saltó las tres primeras horas de clase del lunes y me extrañé; él no era la clase de persona que hacía piras. Le envié un mensaje de texto, pero tampoco recibí ni una sola respuesta. A mi lado, Michi me preguntó pasada ya la tercera hora:

—¿Sabes algo de él? No es propio que falte.

Negué con la cabeza.

—No me responde a los mensajes —expuse y no pude evitar que en mi tono de voz se reflejara cuánto me fastidiaba que ni siquiera se hubiese dignado a decirme que no vendría. Por lo general, en la pocas veces que había pasado me había avisado.

—Vaya, parece que el que no te responda a los mensajes ha molestado a la pequeña Hayley —se burló ella.

Le lancé una mirada amenazadora.

—¡Cierra el pico!

—Vaya, vaya. No sé por qué te picas tanto por eso si solo es tu amigo.

Pero Kevin no era solo mi amigo y ese era un dato que Michi desconocía. Una sonrisita de listilla se instaló en mis labios.

—Sí, solo somos amigos —repetí yo recalcando la palabra «amigos».

Mi amiga se llevó las manos a los labios y ocultó con ellos una «O» gigantesca.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —empezó a gritar. Agradecí a todos los dioses del Olimpo que nos encontrásemos en la pausa del mediodía y que, además, la clase estuviese vacía. De lo contrario, la habría estrangulado allí mismo—. ¿Eso quiere decir que él y tú estáis... —Juntó sus dos dedos índices para darle más énfasis a sus palabras— juntos?

Sus ojos sobre mí me pusieron nerviosa. Empecé a ponerme roja y a balbucear incoherencias y tonterías varias. ¡Qué patética que era! Por suerte,

alguien entró en clase en ese mismo momento y me libré de responder a su comentario. Aunque en cuanto vi que la persona se acercaba a nuestra fila, en cuanto aquel río de chocolate líquido se posó sobre mí, algo en mi interior se revolucionó.

—¡Kevin, Kevin, Kevin! Ven aquí, guapo, y respóndeme una pregunta muy simple. —Michi ni siquiera dejó que se sentara en su sitio, a mi lado. Lo agarró de los hombros y lo encaró con una mirada que ponía los pelos de punta incluso al más valiente de todos.

—Claro.

Negué exageradamente con la cabeza, exponiendo a la vez una expresión de «Más te vale cerrar la boca si no quieres meterte en problemas». Pero, claro, él ni siquiera se coscó de ello. Fantástico.

—¿Es cierto que Hayley y tú estáis juntos... ya sabes... como pareja?

Una sonrisa pícara se dibujó en sus labios y ahora sí que el muy condenado parecía centrar su atención sobre mí. Bueno, en realidad tenía la mirada acusatoria de mi amiga puesta sobre mí también junto a una sonrisita de: «Te he pillado con las manos en la masa, querida». Repitió el gesto que antes había hecho con los dedos índices y yo juro que quise morirme de la vergüenza allí mismo.

Lo que no me esperaba ni en un millón de años fue la respuesta que él le dio:

—¿Responde esto a tu pregunta?

Y, sin más, pasó a su lado, se quedó frente a mí y me dio un beso allí mismo, delante de ella. En sí fue tan repentino que no me dio tiempo a reaccionar. Al separarse de mí, me acercó a su pecho y me rodeó con sus brazos.

—¡La hostia! —exclamó y, acto seguido, se puso en pie y empezó a hacer una especie de bailoteo, que fue tan pésimo y vergonzoso que hice una mueca—. ¡Ya sabía, ya sabía! ¡Sabía que acabaríais juntos! Solo era cuestión de tiempo. Entre que tú estabas colada por él desde que lo conoces y las miles de miraditas que él te echaba a ti a todas horas mientras tú no te enterabas ni de misa media... ¡Ay, qué feliz que estoy!

«Vale, Michaela, por favor, para ya», pensé yo con la cara caliente. Tenía unas ganas inmensas de esconderme y no salir nunca más. «Muchas gracias, amiga mía».

—¿Podrías parar? Parece que te está dando un ataque epiléptico. Ya me estás preocupando.

Una carcajada brotó del pecho de Kevin. A continuación, sus manos volaron hacia mi rostro. Me apartó con mimo un pequeño mechón y me lo pasó tras la oreja. Sus ojos destilaban puro amor y, por un momento, pensaba que me iba a

derretir allí mismo. Su leve caricia en mi pómulo causó un estremecimiento que me recorrió el cuerpo entero y aquel famoso ejército del demonio volvió a atacar mi pobre estómago.

—Estás muy guapa hoy —susurró muy cerca de mis labios.

—¿Solo hoy? —Arqueé una ceja. Fingí ofenderme, aunque lo cierto era que solo le estaba tomando el pelo.

—¿Tú? Siempre. Pero en especial me gusta esta falda que llevas y el pelo suelto. Te sienta de maravilla.

—Qué exagerado que eres. Seguro que me veo horrible. Si apenas he podido peinármelo bien. Me he quedado dormida y...

Pero él me calló con un beso.

—Estás muy guapa —repitió.

Estábamos tan embobados el uno en el otro que cuando Michi estalló la burbuja en la que nos habíamos sumergido estuve a punto de matarla.

—Chicos, chicos. Parad. Que me va a dar diabetes de ver lo empalagosos que os estáis volviendo. —Fingió una arcada.

No dio tiempo a que se dijera nada más, puesto que nuestros compañeros fueron entrando con lentitud. Antes de sentarse a mi lado, Kevin le lanzó una miradita. Hice lo propio en mi lugar y empecé a sacar todo lo que necesitaría para afrontar aquella hora con la señora Hayes. Por suerte, desde el momento en el que había demostrado que no era tan tonta como aparentaba, aquella vieja cascarrabias me había ido cogiendo cierto aprecio. A veces le daba por preguntarme o hacerme partícipe de la clase y, en otras ocasiones, me felicitaba si me veía atenta.

Media hora después de que empezara la clase, noté los dedos juguetones de Kevin junto a los míos. En silencio, me pidió permiso para entrelazarlos y yo se lo di sin poner objeciones. En cuanto nuestras pieles se conectaron, le lancé una miradita un tanto ruborizada. Él me la devolvió adjuntándole un guiño de complicidad.

El día parecía marchar bien, hasta que todo sucedió. Tras Narrativa Visual, la última hora del día, todo se fue a la mierda. De entrada, Kevin me contó por qué había llegado tan tarde en cuanto el aula se quedó vacía.

—¿Puedes creer que el tema de Olivia se está descontrolando? Ahora se ha plantado en la puerta de casa a primera hora de la mañana y le ha exigido a mamá que le permita ver a Maddie. De lo contrario, le arrebataría la custodia de Venus.

—¡Qué cojones que tiene esa tía loca! Christina está en todo su derecho de no querer saber nada de ella y tu hermana mayor aún más.

Kevin se pasó las manos por el pelo lleno de frustración.

—¿Sabes qué es lo peor? Que seguramente esa mujer tenga el poder para destruir a mamá. Odio todo lo que está pasando, y más que haya involucrado a Venus, una cría que no tiene nada que ver. Me da tanta rabia que solo quiero golpear algo.

Le pasé las manos por la espalda e intenté tranquilizarlo.

—Ayer llamé a Eric y le conté todo lo ocurrido. Tu hermana estaba con él y se puso como una moto al enterarse lo perturbada que está la mujer que la ha parido.

Echó hacia delante el cuerpo, apoyó los codos en la mesa y se despeinó. Soltó un alarido y un resoplido. Estuvo así, en silencio y pasándose los dedos por entre el cabello durante tanto tiempo que por un momento pensé que no volvería a hablar. Empecé a recoger los bolígrafos en un intento por sentirme útil en la vida. Pero cuando ya estaba guardando el cuaderno que correspondía a la asignatura, él alzó la mirada. Sus ojos llenos de seriedad se clavaron en los míos. La determinación brillaba en ellos.

Tragué saliva.

—Tenemos que ganar, Hayley. Necesito que mamá pueda tener un buen abogado y que pueda defenderse en el caso de que Olivia intente por todos los medios sacarle la custodia de Venus. Ni de coña voy a dejar que mi hermanita caiga en manos de ese engendro.

Entrelacé nuestras manos y le dije con toda la seguridad del mundo:

—Lo haremos. Juntos somos invencibles.

Sus dedos pronto volaron a mi rostro. Me recorrió cada centímetro con aquel mar color tierra y fue tan intenso que sentí cómo se me subían los colores.

—No me cabe duda.

Por un momento pensaba que me besaría y, en el fondo, estaba segura de que lo haría, pero un ruido un tanto fuerte nos hizo separarnos de súbito. Y es que la persona culpable de ello era ni más ni menos que Presley, que nos miraba con el ceño fruncido. A su lado también estaba Jules, cuya sonrisa endiablada me puso alerta.

—Vaya, vaya, vaya. ¿Quién diría que el idiota de mi hermanito acabaría con la frígida de Hayley? —escupió con todo el veneno posible aquel bicho desagradable.

Puse los ojos en blanco. «Ya empezamos».

—Ten mucho cuidado con ella. Es más fría que el hielo —comentó su novia.

En vez de separarme, Kevin me acercó más a su cuerpo en un intento por

protegerme... por protegernos de ellos dos. No me podía creer lo niñatos que podían llegar a ser. Qué infantiles se veían. ¿Acaso habíamos vuelto a la escuela primaria?

—No sabes una mierda.

—¿Ah, no? Sé que aquí la reina del hielo ha rechazado a todos los tíos que han intentado liarse con ella. Si eso no es ser una...

Kevin tensó la mandíbula.

—Cierra la puta boca —siseó.

Me crucé de brazos.

—Lo siento, pero paso de los líos de una sola noche. Prefiero las relaciones serias con hombres completamente maduros y, por lo que veo, hasta ahora ninguno me ha parecido lo suficiente adulto ni me ha despertado tanto interés como lo ha hecho Kevin —contraataqué.

Presley hizo una mueca.

—¡Qué mal gusto que tienes! ¿Cómo puede interesarte un chico así, con todos los problemas que tiene?

Me encogí de hombros.

—Para gustos lo colores. Además, tú estás saliendo con un grandísimo gilipollas y no te he dicho nada hasta ahora.

Los dos se quedaron de piedra. «Zasca. En vuestra cara», pensé orgullosa de mí misma. ¿Qué se creían, que no respondería a su pulla? Y una mierda. Estaba harta de su actitud de niños guais y creídos. Ya era hora de que aterrizaran en el mundo real. Vamos, que yo había actuado en varios musicales y había aparecido en varios programas de televisión como actriz invitada o papel secundario y no tenía el ego tan elevado.

—Mide bien tus palabras. ¿Acaso no sabes quién soy yo?

Madre mía, menudo ego que tenía. Por Dios, que alguien le bajara de los mundos de Yupi.

—¿Va en serio? —di vueltas a mi alrededor en busca de una cámara oculta. ¿Realmente había soltado una estupidez como aquella? No pude evitar reírme en su cara—. Que seas jugador de fútbol y que seas el capitán no te hace mejor persona y más famoso. No sé si lo sabrás, pero aquí tu hermanito ha trabajado con grandes actores y bailarines —añadí yo con todo el orgullo posible. No era de las personas que se pasaran la vida alardeando, pero ¿qué mejor medicina para Jules que saber que el niño de acogida que había estado viviendo con él y al que le había hecho tanto la vida imposible había hecho grandes cosas?—. Ahora estamos preparando un baile en pareja que seguro gana el concurso universitario porque juntos somos los mejores, ¿verdad que sí?

Kevin había permanecido varios minutos callado en un segundo plano. Su silencio por un momento me dio miedo. ¿Y si había metido la pata? ¿Y si se había enfadado conmigo por haberle contado a aquel cretino algo tan personal como aquello? En el momento en el que esbozó una gran sonrisa, todos mis miedos se evaporaron como si fueran agua en el desierto.

—Por supuesto. Este año he participado en un programa intensivo y estoy preparándome para un *casting* de un musical en el que he actuado ya cuando era más pequeño. La verdad es que se puede decir que soy un poquito más famoso que tú, hermanito.

¡Ese era mi chico! Sí, señor. Sacando las garras y defendiendo su lugar. Así me gustaba.

—¡Qué tontería más grande!

Miré a Presley sonriendo con petulancia.

—¿Por qué no buscas su nombre en internet? ¿Por qué no buscas su perfil en las redes? Si mal no recuerdo, hace unas semanas superó el millón de seguidores en Instagram.

Jules nos miraba sin poder creerse mis palabras.

—No te creo. Es imposible que una persona tan patética como él tenga tanta fama.

Sin borrar esa sonrisita de mis labios, saqué el teléfono de la mochila, me metí en mi cuenta, busqué el perfil de mi chico y les mostré a esos dos capullos cuán ciertas eran mis palabras. Y es que Kevin había brillado tanto, tenía tantos premios y galardones, que se había convertido en el ídolo de muchas personas. Cuando fui a salir de mi cuenta, Jules también vio mis seguidores.

—¿Cómo puedes tener tú también más de un millón de seguidores? ¿Qué clase de brujería es esta?

Sonreí como una niña buena. Abrí la boca para responderle, pero Kevin se me adelantó:

—Teniendo en cuenta lo carismática y talentosa que es, no me extraña. ¿Sabíais que el año pasado participó en *America's Got Talent*? Y el anterior estuvo en esa serie que se hizo tan popular entre los más jóvenes. Hayley es todo un modelo a seguir.

—Bobadas. Seguro que os habéis compinchado para crear estas cuentas falsas o yo qué sé. No me creo una mierda de todo esto —dijo Jules con cierta rabia.

—Si tan famosos sois —agregó Presley—, ¿por qué no hay una multitud gritando vuestros nombres? ¿Por qué no os he visto nunca firmar autógrafos?

No pude aguantarme las ganas de reírme en sus caras. En serio, eran tan

patéticos,

—Bueno, eso es porque no te fijas. En más de una ocasión me ha parado un estudiante de la uni para pedirme un autógrafo o que me tomara una fotografía con él o ella. Del mismo modo, no sabes a la cantidad de eventos a los que he ido como invitada, a los premios y demás shows que he asistido. He salido en programas de televisión populares y he actuado incluso en *The Ellen DeGeneres Show*. No es por alardear ni nada.

Jules se estaba poniendo rojo de la rabia que sentía y Presley tenía toda la pinta de que deseaba matarnos y despedazarnos allí mismo. Que les dieran. Terminé de guardar mis cosas y tiré de Kevin para que nos fuéramos. Sin embargo, cuando intentamos pasar por el lado de Jules y Presley, esta última me puso la zancadilla y, como sinceramente no lo vi venir, me di de bruces contra el suelo mientras el otro espécimen se desternillaba de mi caída.

—Ups, qué patosa que eres.

Me levanté con toda la elegancia que fui capaz de sacar y los miré enfurecida. No sé realmente cómo pasó. Solo sé que Jules le susurró algo a Kevin que lo sacó de quicio y este de nuevo lo estampó contra la pared con rabia. Me asusté muchísimo. ¿Qué le habría dicho para que él se pusiera tan agresivo?

—Retíralo.

Era la primera vez que lo veía así, tan fuera de sí. La vena del cuello se le marcaba tanto que os juro que en aquel momento pensé que se le iba a reventar allí mismo. En seguida me acerqué a él e intenté calmarlo, separarlo de él.

—Vamos, Kevin. Por favor, no merece la pena.

Pero no me hizo ni caso. Intenté sacudirle y que me prestara atención, pero no había manera.

—Jamás. Mereces que tus padres estén muertos.

La puta de bastos, de oros, de espadas y de copas. «Jules, será mejor que cierres el puto pico si no quieres que Kevin te dé una buena tunda», pensé. Aunque en el instante en el que el puño de este le dio de lleno en el ojo a ese cabronazo pegué un grito y me puse a llorar. Volví a intentar separarles.

—Por favor... —sollocé—. Déjalo. No... no merece la pena.

No sé qué lo hizo volver a la realidad, solo sé que su puño se frenó en seco, a medio camino de la cara de Jules. Hice una mueca de dolor; seguro que al día siguiente tendría un buen ojo morado. Pronto empezó a sacudir la cabeza y, por último, se volvió en mi búsqueda. Al encontrarme llorando a unos pasos de él su rostro se convirtió en una máscara de horror.

—¡Dios mío! Lo siento. —Le empezó a temblar la voz, como si no hubiese sido consciente de sus movimientos, como si otra persona hubiese tomado el

control de su cuerpo.

Dejé que me rodeara con sus brazos y me consolara.

—¿Podemos irnos?

—Está bien.

Sin mirar atrás salimos del aula pegados el uno contra el otro. No sabía muy bien qué coño había pasado, solo sabía que el muy imbécil de Jules se había merecido ese puñetazo y que de no haberlo parado Kevin le habría dado una buena tunda, aquella que llevaba años queriendo propinarle.

En aquel momento comprendí que, si bien conocía su pasado, no sabía hasta qué punto lo atormentaban sus demonios personales.

Capítulo 23

Kevin

No me podía creer lo rastrero que podía llegar a ser Jules, lo bajo que podía caer. ¿En qué momento se le ocurría soltar algo como aquello, tan doloroso para mí que no había podido evitar soltarle un puñetazo y perder todo el control? Joder, si no fuera por Hayley, estoy seguro de que no habría parado hasta dejarlo inconsciente.

—En el fondo solo eres un huerfanito cuyos padres murieron en un accidente del que tú eres el principal culpable. ¿Sabes? Mereces que estén muertos y no mereces recibir ni una pizca de amor. Eres patético.

Aquellas palabras tan cargadas de puro odio y veneno me hicieron reaccionar de aquella manera tan violenta. Sin quererlo ni beberlo, Jules había despertado en mí todos mis demonios del pasado, aquella parte de mí que aún se sentía culpable por la muerte de sus padres. Llevaba yendo a terapia años en los que con el tiempo había ido aprendiendo a aceptar que yo no tenía la culpa de nada, que nadie podría haber pensado que el accidente ocurriría. La zona era totalmente segura, pero la tormenta que se había levantado y el viento fuerte que soplaba habían sido los causantes de ello. Yo solo era un niño pequeño que tenía la única ilusión de hacer sentir orgullosos a sus padres.

No obstante, una parte en mi interior siempre había pensado que a lo mejor si yo nunca hubiese empezado a bailar ellos estarían ahora allí conmigo y no habría sufrido tanto. No había día que no pensara en ello, en si estarían

orgullosos de mí y en la persona en la que me había convertido. Me pregunté si...

Un sollozo me hizo volver de golpe a la realidad. Y es que sentía que todo mi ser había entrado en trance y no había sido consciente de que había rodeado a Hayley con el brazo y habíamos salido al campus de la universidad. Tampoco me había dado cuenta hasta ahora que ella estaba llorando acurrucada entre mis brazos y una sensación agridulce se instaló en mi estómago. No me gustaba para nada verla así y saber que en parte era por mi culpa me partía el alma.

—Madre de Dios, Hayley. Lo siento, siento haberme puesto así.

Dejé que ella llorara sobre mi hombro. Le recorrí la espalda con los dedos en un intento por calmarla. Estaba temblando entre mis brazos y sus sollozos e hipidos eran tan fuertes que yo no sabía qué cojones hacer para que se tranquilizara. Seguro que en ese momento se daría cuenta de que no le convenía estar conmigo, que era un bruto y que estaba tan roto por dentro que no había cabida para el amor. ¿En qué momento había pensado lo contrario? ¿En qué instante había creído que podía ser feliz a su lado, que podría encontrar entre sus brazos la calma que tanto anhelaba y que había creído hallar?

—Vamos, nena. No pienso dejar que alguien te hable así de mal y que intente herirnos solo por diversión.

Poco a poco ella se fue alejando de mí. Se pasó una mano por los ojos en un intento por borrar todo rastro de las lágrimas que había estado derramando. Mis dedos estaban ahora en su pelo, acariciándolo como si fuera lo más suave que había tocado. Estaba tan pillado por ella que lo último que quería era verla llorar.

—Siento si te he asustado al reaccionar así. Soy tan bruto cuando me sacan de mis casillas. —Me llevé las manos a la cabeza y tiré de mi pelo con frustración, todavía enfadado conmigo mismo por haber permitido algo así.

—Se lo merecía. Ese cabrón se merecía la buena hostia que le has dado. Así aprenderá a no ir de gallito por la vida y dejará de intentar ser el macho alfa.

Sus palabras me dejaron sorprendido. Ni en un millón de años me habría esperado una reacción como esa. Y yo que pensaba que se había asustado al verme tan agresivo. Juro que no solía serlo, solo cuando de veras me sacaban de mis casillas. Antes, cuando era más pequeño, sí que tendía a ser un niño que recurría a la agresión y a los golpes para defenderse del mundo exterior. Ahora, en cambio, sabía que recurrir a ella era caer muy bajo, puesto que hay muchas otras maneras de solucionar los problemas. Cuando se trataba de Jules toda mi parte racional se iba al garete y cuando sacaba a la superficie todos mis demonios mi lado más iracundo salía a la superficie.

—Entonces, ¿por qué estás llorando? Pensaba que ya no querrías estar conmigo por lo salvaje que puedo llegar a ser —confesé con la mirada gacha.

Sus manos en mi rostro me hicieron alzar de nuevo la vista. Sus ojos estaban cargados de determinación y, a pesar de tener las mejillas completamente rojas por el llanto, la veía tan fuerte y segura de sí misma que por un momento me quedé sin habla.

—No sé por qué has pensado eso. ¿Sabes que me gustas desde siempre? Sé que tienes muchos demonios guardados aquí. —Una de sus manos descendió hasta donde estaba situado mi corazón. Tocó aquella zona de mi pecho—. Del mismo modo, sé que nunca reaccionarías así a no ser que de verdad te hayas sentido herido. Que el muy capullo de Jules haya sacado a relucir el tema de la muerte de tus padres te ha hecho daño y que te haya hecho sentir culpable de ello es muy rastrero por su parte.

»No eres el culpable de su muerte, cariño. Eras solo un niño pequeño que solo quería que sus padres lo vieran bailar. ¿Qué hay de malo en ello, en tener sueños y metas? No debes dejar que idiotas como Jules y Presley se crucen en tu camino, que se conviertan en obstáculos. Estoy segura de que solo están celosos de todo tu éxito.

»Que hayas vivido tantas cosas cuando eras solo un crío solo te ha hecho más fuerte. Eres un hombre maravilloso y no sabes lo agradecida que estoy de estar a tu lado, de que me hayas elegido de entre todas las chicas que suspiran por tus pies, porque las hay y son muchas. No eres ningún bruto. Eres la persona más increíble y buena que he conocido y, joder, te quiero tanto por ello...

Sus palabras me dejaron con la boca abierta, más aquella última confesión. ¿Hayley había dicho que me quería? ¿Había escuchado bien?

Esbocé una gran sonrisa, tan amplia como el gato de Cheshire.

—¿Me quieres?

Ella pareció no entender nada. Se quedó un rato en silencio y en cuanto cayó en la cuenta de lo último que había dicho se empezó a ruborizar desde la última hebra del pelo hasta la punta de los pies. Intentó apartar la mirada, totalmente avergonzada, pero yo no se lo permití. Ni de coña. Le cogí las manos con las mías. No quería dejar de tocarla en ningún momento.

—Bueno... yo... eh... mmm... —balbuceaba.

Besé la palma de su mano con toda dulzura y ternura.

—Yo sé que sí me quieres, porque me lo demuestras cada día. Cada vez que te preocupas por mí, cuando me haces alguna sorpresa, incluso cuando solo estás conmigo en silencio. Y me encanta, ¿sabes? Ver lo mucho que te importo me hace quererte más. Porque sí, yo también te quiero mucho, mucho. Desde el primer momento en que te vi en nuestro reencuentro no he podido pensar más que en ti. Te me has metido tan profundo que ahora no puedo ni quiero sacarte.

Sus manos en mis mejillas, sentir su calor en mi cuerpo, me reconfortaron.

—¿Eres real?

—Muy real.

Y corté la poca distancia que nos separaba para devorarla de la forma en la que me estaba muriendo por hacer. Sentir lo mucho que me deseaba y cómo se tomaba su tiempo para saborearme me hizo querer pausar aquel instante. Solo existíamos nosotros, el aquí y el ahora, un momento robado. Sus manos se enroscaron en mi cuello y las mías volaron a su cintura para pegarla más a mí.

Cuando nos separamos con las respiraciones agitadas, pegué mi frente a la suya. Aquellos iris tan perfectos se habían oscurecido por el ardor del momento y sus labios rojo cereza se veían hinchados y apetecibles.

—¿Te parece ahora que sea real?

Sonrió ante mi pregunta.

—Demasiado real.

Su sonrisa me calentó el alma y no pude resistirme en darle otro beso que desembocó en otro, y en otro, y en otro más.

***

Lo mejor de bailar con ella era que conocía a la perfección sus tiempos y me amoldaba a ella. Parecía que estábamos hechos para bailar el uno con el otro, que habíamos nacido para estar juntos. Sentirla moverse entre mis brazos, sujetarla en una elevación o simplemente acoplarme a su ritmo era tan sencillo para mí y me llenaba tanto que no me veía en un futuro haciéndolo con otra persona que no fuera ella.

Tuvimos tan mala suerte aquel lunes de no tener una sala para ensayar que como solución le había propuesto ensayar en casa. Si bien al principio se había negado, había acabado convenciéndola de que sería lo mejor. Así que allí estábamos, sudados por todos los poros y respirando aceleradamente debido a los muchos movimientos. Habíamos decidido hacer una pequeña pausa antes de volver al ruedo.

Vi cómo Hayley tomaba un gran trago de su botella de agua. Las mallas deportivas que llevaba le sentaban como un guante y marcaban todas sus curvas y músculos. La camiseta sin mangas de colores degradados dejaba al descubierto su vientre plano, la envidia de muchas chicas. Y es que tenía un cuerpo de infarto y, lo mejor de todo, no parecía darse cuenta de ello. Era bastante alta. Le sacaba

menos de una cabeza. Aquel cabello que me tenía tan cautivado lo tenía atado en sus famosos dos moños. Dios sabía lo mucho que me gustaba verla así, tan natural y siendo ella misma. No había nada más hermoso que una mujer en su elemento.

—¿Qué pasa? —Frunció el ceño al darse cuenta de mi escrutinio.

—Nada.

—¿Por qué me miras tanto, entonces? No me digas que tengo chocolate en la cara. Ya sabía yo que traerme esa barrita energética no había sido buena idea.

Verla tan preocupada por algo tan simple me sacó una sonrisa.

—Solo estaba pensando. Cosas mías, ya sabes.

Torció el gesto y me miró llena de curiosidad.

—¿Puedo saber en qué estabas pensando? —preguntó.

Me acerqué a ella y la rodeé con los brazos. Estábamos tan cerca que nuestras narices se rozaban y nuestros alientos se entremezclaban. Froté mi nariz contra la suya con cariño, un gesto que había descubierto con ella que me encantaba.

—En ti. Estaba pensando en ti —susurré con la voz ronca antes de besarla con todas las ganas que tenía. Pero pronto tuvimos que separarnos, puesto que alguien entró por la puerta y estuvo a punto de presenciar nuestro beso.

—Dice tía Chris si... —Pero mi hermana mayor no llegó a terminar de pronunciar las palabras. Se quedó muda al vernos tan cerca, con mis manos aún en la cintura de Hayley y sus manos enganchadas a mi cuello. Su rostro se tornó pícaro en cuanto sumó dos y dos y una sonrisa que no me gustó para nada se dibujó en sus labios—. ¡Dios santo! Espero que sea lo que estoy pensando. ¿Vosotros dos estáis juntos?

Hayley se empezó a poner roja como un cangrejo e intentó ocultarlo, aunque se dio cuenta muy tarde que llevaba el pelo recogido en esos dos moños que a mí me gustaban tanto.

—Umm... Eh... Oh... —balbuceaba sin coherencia alguna aquella rubita que me tenía suspirando por sus pies.

Maddie nos miró con una ceja alzada de manera inquisitiva.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no hagas eso? Me pones nervioso.

Mi hermana se cruzó de brazos.

—No has respondido a mi pregunta.

Tenía esa sonrisa de listilla que tanto me sacaba de quicio, esa que parecía gritar un «Os he pillado con las manos en la masa».

Hayley parecía estar muriéndose de la vergüenza. Jamás la había visto tan abochornada, con la cara tan roja que casi se la podría ver desde el espacio e

incluso podría iluminar un barrio entero. A ver, estaba jodidamente mona así, pero la entendía a la perfección. Joder. ¿Cómo se le ocurría a Maddie preguntar algo así? ¿Acaso se había vuelto loca?

—Y no lo voy a hacer —la reté yo.

Me crucé de brazos y le sostuve la mirada, aunque, pasados unos minutos, me vi en la obligación de apartarla. La mar. Aquella mujer podía ser tan desquiciante cuando se lo proponía.

—Está bien, está bien —me rendí al final—. Sí, estamos juntos. —Y como para darle más énfasis a mis palabras, la acerqué hasta mí y le di un pequeño beso en la coronilla. Ella aprovechó la oportunidad para esconder la cara en mi cuello y yo la apreté aún más contra mi pecho—. ¿Estás contenta? ¡Enhorabuena! ¿Quieres un pin o una chapa por haberlo descubierto?

Una gran sonrisa se instaló en sus labios, tan grande que me dio hasta miedo.

—¡Lo sabía! Sabía que acabaríais juntos desde el primer dúo que os di, al ver lo bien que trabajabais juntos.

Momento «Tierra trágame» activado. No sabía dónde meterme y os juraba por lo que más quería que acabaría estrangulándola con mis propias manos como siguiera soltando ese tipo de comentarios delante de mi chica. Lo que menos quería era que me avergonzara delante de ella. Aunque, visto lo visto, ella se sentía tan abochornada como yo.

—Ya verás cuando se lo cuente a Eric. Él no se creía lo que le decía. Según sus palabras, eres demasiado lento y estaba seguro de que se te adelantaría otro tío.

—Maddie, no. Ni se te ocurra. Me despedazará vivo. Hayley es su debilidad.

Mi hermana me dio una serie de palmaditas en la espalda.

—Haberlo pensado antes.

No me dio tiempo a decir más, puesto que la desgraciada salió pitando de allí como alma que lleva el diablo.

Se instaló un pequeño silencio entre los dos. Hayley aún tenía la cara oculta en mi cuello y mis brazos seguían rodeándola y acercándola a mí. Nunca me había sentido así de tranquilo con ninguna otra mujer; solo con ella podía sentir esa paz interior recorrerme desde los pies hasta la cabeza. No sé en qué momento ocurrió exactamente, solo sé que mis manos empezaron a acariciar esos mechones suaves con mimo y que a raíz de ello salió de su escondite para clavarme esos dos zafiros que tenía por ojos.

—Debería irme —acabó diciendo ella pasados unos minutos. Incluso el tiempo se detenía cuando estaba a su lado.

Intentó separarse de mí, pero la retuve por el brazo.

—Por favor, quédate un poco más.

Una sonrisa iluminó sus rasgos y, con ello, mi mundo entero.

—Está bien.

***

Al final Hayley se quedó a cenar. Mamá había insistido tanto en que se quedara que la pobre no se había podido negar. Christina en seguida le dejó el baño para que se duchara —había traído ropa de recambio— y tras pasar encerrada no-sé-cuánto-tiempo al final había salido de allí y se había unido a nosotros. Se había lavado el pelo y el aroma al champú que utilizaba inundó mis fosas nasales en cuanto se sentó a mi lado en la mesa.

Maddie y Eric también se habían quedado a cenar. La pequeña Clara hacía ya un rato que había caído frita y a Venus no le quedaba nada para seguirla.

—¿Qué tal los ensayos, chicos? —nos preguntó mamá mientras se llevaba el tenedor a la boca—. Ya no queda mucho para el concurso, ¿verdad? ¿Cuándo es?

—El veinticinco de abril. Ya no queda nada.

—¡Si solo quedan dos semanas! —exclamó Maddie sorprendida—. Qué rápido ha pasado el tiempo.

Estuve de acuerdo con ella.

—Ya te digo. Parece que fue ayer cuando Quinn nos llamó a su despacho para proponérnoslo.

—Estoy un poco nerviosa —soltó de repente Hayley en un suspiro—. ¿Y si no estoy a la altura? ¿Y si meto la pata en el escenario y, por ello, nos hago quedar en ridículo? ¿Y si...?

Pero antes de que yo pudiera cortarla, Maddie lo hizo.

—¿Y si pasa todo lo contrario, cariño? Por lo que he visto, has mejorado muchísimo y se nota a leguas de distancia la pasión que sientes cuando bailas. Además, aquí entre nosotras, siempre fuiste la alumna que más se esforzaba en mis clases y, por lo que me decía Hannah, estaba contentísima con tu progreso. Lo único que lamenta es que te retiraras de los concursos con quince años, puesto que, según ella, habrías arrasado y, perdona que te lo diga, hermanito, te habría dado más de una paliza de haber coincidido.

Era cierto. Tras mudarnos me había enfrentado en más de una ocasión al estudio de Hannah venciendo en muchas de las competiciones,

—¡Auch! —me hice el dolido—. Eso duele, hermana.

La muy condena se rio de mí bajo la atenta mirada de su marido.

—Solo espero dar lo mejor de mí misma y sentirme orgullosa cuando salgamos de escena. Las horas extra que he invertido han dado sus frutos y me siento más en forma y menos oxidada.

Ahora fui yo quien tomó la palabra.

—¿Les has dicho ya que vas a participar en el espectáculo benéfico del estudio de este año? La directora pensó en ella para el papel de Elsa.

Su hermano mayor la miró con una mezcla de orgullo y sorpresa. Dejó los cubiertos sobre la mesa con tanta fuerza que por un momento me asusté por el repentino ruido.

—¿Por qué yo no sabía nada al respecto?

Hayley se empezó a poner roja como un tomate.

—Ups, perdona. He estado tan ocupada que se me ha olvidado avisarte a ti, a mamá, a papá, a Andrew y a Dylan.

—¿Cuándo es? Quiero estar en primera fila, ¿verdad que sí, amor?

—Por supuesto —estuvo de acuerdo su mujer.

—Todavía queda más de un mes. Hoy he empezado los ensayos y, ¡madre mía!, tengo que hacer tres coreografías en una y tengo un cambio de vestuario en medio del baile. No sé si podré con todo, pero me alucina y me encanta. He aprendido la primera parte y estoy encantada. Tuve que ver de nuevo *Frozen* y *Frozen II* para captar la esencia del personaje, sobre todo porque tiene que haber una evolución del mismo a medida que avanza la coreografía. Estoy...

Le brillaban tanto los ojos de la emoción y es que no me extrañaba. Cuando a uno se le tenía en cuenta para algo tan grande e importante como lo era un show benéfico, no podía dejar de sentir esa felicidad y esa adrenalina recorriendo su piel.

—Felicidades por tu logro, bomboncito. No sabes lo orgulloso que estoy de ti.

La cena transcurrió con tranquilidad y pronto nos acomodamos en el sofá. Mas en todo momento sentía los ojos de Eric posados sobre mí y aquello me estaba poniendo nervioso a rabiar. En un momento dado, fui a preparar unos cafés para todos y él aprovechó muy bien la jugada.

Mientras esperaba a que la cafetera se encendiera, Eric me interceptó. Su mirada pétrea sobre mí, sus brazos cruzados sobre el pecho y aquella ceja alzada no auguraban nada bueno. Se acercó a mí amenazadoramente, con esa aura de chulo y de chico malo que aún seguía desprendiendo.

—Ahora sí. Vamos a hablar tú y yo sobre Hayley.

Tragué saliva y recé en silencio por mi vida. ¿En qué lío me había metido?

Capítulo 24

Kevin

—Ahora sí. Vamos a hablar tú y yo sobre Hayley.

Podía querer a Eric como un hermano, pero, la hostia, cuando se ponía en modo hermano mayor sobreprotector me entraba el cague total. Tenerlo tan cerca de mí, de brazos cruzados y tan serio, me hizo desear salir corriendo.

Tragué saliva en seco.

—No sé de qué quieres que hable... —Pero él cortó mis palabras.

—Vamos, no me chupo el dedo. ¿Te crees que no me he dado cuenta de cómo miras a mi bomboncito? Sé que estás colado por ella, aunque no me sorprende. Tiene muchas cualidades.

Pillado.

—No me dices nada que no sepa ya. —Me encogí de hombros.

Una sonrisa lobuna se extendió por sus labios.

—No lo has negado.

Y avanzó un paso más. Por instinto, retrocedí. Sabía que era completamente inofensivo, pero cuando se trataba de su hermana pequeña podía dar un miedo que te cagas. Sus ojos azules llameantes, la barba de unos días y esa expresión seria provocaron que quisiera esconderme y no salir nunca más de mi escondite.

Se pasó las manos por la cabeza. En aquel mes le había salido un poco de pelo rubio.

—Mira, Kevin, sabes que ella es mi princesa, la pequeña de la familia Woods. Lo último que quiero es verla sufrir y, ¿sabes?, prefiero mil veces que esté contigo que con un completo desconocido. Al menos, a ti ya te tengo calado y sé de qué lado cojeas.

Volví a tragar saliva.

Acortó la poca distancia que nos separaba y me dio un par de palmaditas un poco más fuertes de lo usual.

—Créeme si te digo que lo último que quiero es verla sufrir —dije con determinación—. Ella es especial para mí. No solo me gusta; la quiero, Eric. Es un sentimiento que se ha ido instalando en mi ser y que, por mucho que quiera, no puedo evitar sentir. No sabes la de veces que me he visto soñando despierto pensando en ella. No es como el resto y me gusta. El algo que no puedo explicar.

—¿La quieres? —Eric parecía estar atónito.

—No sabes cuánto. Desde el instante en que la vi en los pasillos de la universidad tras años sin verla. Despertó en mí un sentimiento que creía dormido y se ha ido apoderando de mi corazón poco a poco.

Asintió con la cabeza, como si comprendiera a la perfección cómo me sentía.

—Entiendo. ¿Algo más que deba saber?

Tomé una gran bocanada de aire y, por un momento, dudé si decirle o no lo nuestro. Al final, decidí confesarlo. Total, se enteraría tarde o temprano y prefería mil veces que se enterara por mí que por Maddie —porque estaba seguro al ciento por ciento que la bocazas de mi hermana se lo contaría—.

—Hayley yo estamos saliendo desde el sábado.

Por un momento se hizo el silencio y, madre de Dios, jamás en mi vida había pasado tanto miedo. Temía de veras su reacción. ¿Se lo tomaría bien o, por el contrario, me mandaría a freír espárragos?

—¿Hayley y tú?

—Sí.

—¿Juntos?

—Ajá.

—Pero ¿cómo pareja?

Asentí con la cabeza.

Eric tensó la mandíbula y, por unos momentos, temí por mi vida. Incluso creí ver cómo la vena de su cuello palpitaba con fuerza. Estaba jodido; me despedazaría vivo allí mismo y, después, se desharía de mi cuerpo para que nadie se enterara.

—¿Cómo? ¡¿Cómo?! —La madre que me parió. Eric en esos momentos estaba que soltaba espuma por la boca y fuego por los ojos. Me agarró de la camiseta

con fuerza y yo me cagué vivo—. Escúchame, niño mimado, como se te ocurra partirle el corazón a mi bomboncito especial me encargaré personalmente de darte una paliza que ni siquiera Christina o Maddie te reconocerá de lo feo que te pienso dejar. ¿Me has entendido?

Tragué saliva.

—Entendido.

—Más te vale. —Me soltó, no sin antes darme dos palmadas un tanto fuertes en la mejilla—. Como vea a mi hermanita llorar por ti, sabré dónde encontrarte. Podrás ser el hermano de mi mujer, pero no dejas de ser un tío cualquiera que quiere liarse con Hayley. —Y tan pronto como había soltado su amenaza, me soltó y esbozó una sonrisa de lo más amistosa. Joder, os prometo que en aquel instante pensé que a Eric le faltaba más de un tornillo—. Será mejor que volvamos. Espero que nuestra conversación quede entre nosotros.

—Está bien —asentí.

Eric me acompañó de vuelta al comedor y en cuanto entramos a mi chica se le iluminó la mirada y una grande y hermosa sonrisa se posó en sus labios rojo cereza. Todo valía la pena, incluso pasar por charlas amenazadoras y momentos incómodos. Ella lo valía.

Hayley

No me gustó ni un pelo ver cómo mi hermano se levantaba de la mesa y seguía a Kevin hasta la cocina. Estaban claras sus intenciones. No era la primera vez que hacía algo semejante. Recordaba cuando le hizo un interrogatorio de tercer grado a Owen al darse cuenta de la cantidad de tiempo que pasaba en casa. Estaba a años luz de la realidad: que él estaba colado hasta los huesos por Maya.

Así que cuando ambos volvieron con una sonrisa en los labios sospeché. En el momento exacto en el que Kevin se sentaba a mi lado de nuevo, tras haber dejado los cafés, busqué su mano bajo la mesa y entrelacé nuestros dedos. Al instante, nuestras miradas se conectaron. Si bien sonreía como una boba enamorada, en mi interior había un millar de preguntas que quería hacerle.

—¿Qué ha pasado? —susurré para que nadie más nos escuchara.

—Nada, nada —respondió muy rápido, demasiado diría yo—. ¿Por qué lo preguntas?

Puse los ojos en blanco.

—Estás nervioso y Eric te ha seguido como alma que lleva el diablo. ¿Te ha dicho algo? Porque como lo haya hecho, yo...

—No ha sido nada, nena. Solo ha sido una charla de hombres.

Sí, ya, y yo me chupaba el dedo. No obstante, decidí no insistir. Sabía por propia experiencia que no soltaría prenda, así que ¿para qué insistir? Si no quería decírmelo, allá él.

Cuando la cena terminó y ya la noche estaba bien entrada, llegó la hora de marcharse. Le di un fuerte abrazo a Christina seguido de un sonoro beso. Repetí lo mismo con Maddie y cuando le llegó el turno a mi hermano mayor, este me estrujó tanto contra su cuerpo que por unos instantes creí que moriría asfixiada.

—¿Quieres que te lleve a casa? —preguntó entonces Kevin.

Iba a aceptar, encantada de la vida, cuando Eric soltó empleando un tonito que a mí no me gustó para nada:

—No hace falta. Ya te llevo yo. Que esas excusas me las conozco de sobra.

—¡Eric! —lo regañó su mujer dándole un pequeño golpe en el hombro con la mano que tenía libre. Llevaba a una Clara dormida entre sus brazos, cobijada bajo una manta que la mantenía en calor—. Deja que la chiquilla decida.

—Antes muerto que dejarla con él.

Maddie se giró hacia su marido y la miradita que le lanzó me dio tal miedo que agradecí no estar en la posición de mi hermano en aquellos momentos. Sabía a la perfección que cuando alzaba una ceja y los ojos se le ensombrecían era mejor no llevarle la contraria. Eso lo había aprendido por las malas siendo su alumna y me había ganado con ello la retirada de uno de mis solos y una hora de ejercicios extras de técnica.

—¿Estás seguro?

Eric se cruzó de brazos.

—Muy seguro.

Pero en ningún momento ella apartó la mirada de la suya hasta que mi hermano ya no pudo soportarlo más y la alejó mascullando por lo bajo.

—Está bien. —Clavó la vista en nosotros dos y frunció los labios—. Puedes llevarla, pero quiero que como máximo en media hora me envíes una foto en la que aparezcas en la residencia. Y no vale hacer trampas, que ya conozco todos esos juegos.

Hice una mueca. Había olvidado que en su adolescencia Eric había sido todo un chico malo, un rebelde sin causa. Según me había contado Maddie, era la clase de tío que salía de fiesta siempre que podía y se liaba con la primera chica que se le cruzaba. Al principio no comprendí cómo él se fijó en ella, cómo ambos acabaron enamorándose el uno del otro. Fue tan bonita su historia de amor, como en los libros que estaba acostumbrada a leer: el chico sin causa que se fija en la chica menos agraciada de su escuela. Lo que él no se llegó a pensar jamás es que unas simples tutorías los acercarían tanto. Tampoco se imaginó que mi instructora de baile, aquella que tanto, era la misma que el objeto de sus burlas.

La vida está llena de sorpresas y aquella fue una muy buena para ambos. Todavía recordaba el día de su boda, cómo Maddie se lo pidió tras estar un tiempo separados. Fue tan romántico y tan poco común. Se arrodilló en medio de la calle, en la salida del aeropuerto, y le dijo con todo su desparpajo:

—Eric, eres el hombre indicado y te quiero tanto que cuando me ausento por días siento que una parte de mí me falta, que la otra mitad de mi alma está allá donde tú estás. Quiero que juntos formemos una familia. ¿Querrías casarte

conmigo?

Y mi hermano no se negó. La besó allí, en medio de todos, y le dijo un gran «Sí, quiero».

Me acordaba del día de su boda, lo felices que fueron; y el nacimiento de la pequeña Clara, la cantidad de alegrías que nos había dado a todos. Si de algo estaba segura era de que en ningún momento mi hermano fue ese chico malo que aparentaba ser en el instituto solo para ser parte del grupo popular. De lo contrario, en casa nunca habría sido tan bueno y dulce conmigo, no habría cantado hasta quedarse afónico las canciones Disney ni se habría disfrazado en Halloween de princesa para ir acorde con mi disfraz. Todo era una pura fachada, una pura actuación, que Maddie desenmascaró.

—Qué aburrido que eres, hermanito. —Resoplé. Cuando se lo proponía, podía llegar a ser muy pesado—. ¿Qué hay de malo en que él me lleve? Vamos, si es de confianza.

Pero Eric estaba en desacuerdo. Se cruzó de brazos y me miró con el ceño fruncido.

—Eso es lo que tú te crees. Podría ser todo un asesino en serie y tú ni saberlo. A saber qué doble vida lleva.

—Vaya, gracias por la confianza —dijo con ironía Kevin, que había escuchado cada una de las palabras de mi hermano.

—Lo dicho: quiero una foto en la que salgas cuando llegues a casa. Tienes como máximo media hora. Más te vale correr, el tiempo vuela, chaval. Tic-tac, tic-tac.

Puse los ojos en blanco.

—Eres de lo que no hay.

Se encogió de hombros.

—Así es la vida.

***

—Gracias por traerme y siento el comportamiento de Eric. Cuando quiere puede ser demasiado sobreprotector conmigo.

Acabábamos de llegar al campus. Ya era noche cerrada y fuera no había ni un solo alma. Ya era pasada la medianoche; la cena se había extendido tanto y el tiempo se había pasado con tanta rapidez que ni siquiera fui consciente de ello

hasta salir al exterior.

—No pasa nada. —Kevin le quitó importancia al asunto con un movimiento de mano—. Le entiendo, en cierta manera. Yo también me veo igual cuando Venus llegue a la temida adolescencia y sea toda una rompecorazones.

—Hombres. ¿Acaso no creéis que nosotras sepamos defendernos solitas? No dependemos de vosotros para nada.

—Me gusta pensar que soy el superhéroe particular de Venus. Siempre que tiene una pesadilla corre a mis brazos para que la consuele.

—¿Sabéis la razón de las pesadillas? —pregunté. A pesar de haberme contado antes aquello, nunca se me había ocurrido indagar al respecto. ¿Cuál era el detonante de que aquella pequeña pasara noches envuelta en sueños terroríficos y ataques de pánico?

De pronto, el ambiente se tornó tenso. Mi acompañante se puso serio y se quedó mirando al frente con la mirada perdida en algún punto lejano. Fruncí el ceño. ¿Qué narices pasaba? Nos sumimos en un silencio incómodo que no se rompió hasta pasados más de cinco minutos. A mi mente acudían un millar de teorías al respecto y mis dedos no dejaban de retorcerse en mi regazo.

—Los padres biológicos de Venus fueron asesinados cuando ella era muy pequeña. Un tío enmascarado entró en su casa por la noche y los mató de un disparo mientras la cría lo veía todo desde debajo de su cama. Por suerte para ella, no la vio y eso salvó su vida. Ahora sueña con ese hombre, que la busca y que intenta matarla.

Me llevé una mano al pecho y un grito de horror se escapó de mi garganta.

—¡Qué atrocidad! ¿Se sabe quién ha sido y por qué los mató?

Él negó con la cabeza, sus ojos llenos de una nube de tristeza que amenazaba con descargar la tormenta que se estaba ocasionando en su interior.

—Se investigó, pero no se sabe nada de ello. No había huellas ni ningún otro dato relevante. Además, Venus apenas pudo aportar algo. Lo que vio la dejó traumatizada. ¿Por qué crees que Christina la lleva al psicólogo dos veces a la semana? Lo necesita. Hay algo en su interior que grita que quiere ser escuchada, que quiere superar el asesinato de sus padres. Pero por las noches otra parte de ella la obliga a recordar aquella fatídica noche.

—¡Qué horror! ¿Cómo una persona tan pequeña puede vivir algo tan fuerte?

—La vida es una perra sin escrúpulos cuando se le antoja. A veces le da por ponernos obstáculos y otras por darnos lo más valioso. De pequeño pensaba que algo en mí venía defectuoso y que por eso nadie me quería a su lado. Con el tiempo encontré una familia que me ha querido por cómo soy y me ha dado

mucho. A Venus le ha pasado lo mismo. Si bien ha sufrido, ahora nos tiene a Christina, a Maddie y a mí; y no pienso dejar que nadie nos la arrebate.

Había fuego en su mirada, una promesa que estaba segura de que cumpliría a rajatabla.

—Lo sé. La quieres con locura.

—Es mi hermanita al fin y al cabo.

—Ella también te quiere. He visto cómo le brillan los ojos cuando te ve. —Sonreí al recordar cómo había querido vernos ensayar esa misma tarde y cómo él le había permitido ver solo unos minutos—. Te adora.

Nos quedamos otro rato en silencio. Las palabras sobraban. Nos lo estábamos diciendo todo con la mirada. Al final, rompí el contacto y, sin borrar la sonrisa de los labios, me incliné y le di un beso en los labios.

—Debo marcharme. ¡Nos vemos mañana en clase!

Él murmuró una despedida también y, antes de bajarme del coche, le di un pequeño beso en la mejilla.

Ya en mi habitación le di vueltas a todo lo que había pasado en tan pocas horas, desde el «te quiero» hasta la cena pasando por todo lo que me había contado sobre su hermana. Si de algo estaba segura era de que Kevin no era como el resto de tíos que había conocido. Era tan diferente y tan lleno de energía y de ganas de vivir que, a pesar de todo lo negativo que le había pasado, siempre tenía esa sonrisa llena de vitalidad en su boca. Con aquel último pensamiento me quedé profundamente dormida y mi mente soñó con el momento exacto en el que él me tenía entre sus brazos, aquel instante mágico que solo ocurría cuando ambos bailábamos juntos.

Capítulo 25

Kevin

Venus tuvo otra pesadilla aquella misma noche. La escuché gritar en sueños y cuando entré en su cuarto estaba enrollada en las sábanas y empapada en sudor. Christina se me unió en seguida y juntos intentamos despertar a la pequeña. Las pesadillas cada vez eran más frecuentes y ambos sabíamos la razón: se acercaba el aniversario de la muerte de sus padres y su mente traicionera no le dejaba tomar un respiro. La atormentaba con aquel acontecimiento, como si ella hubiese podido pararlo de haber tenido la oportunidad.

—Vamos, abejita. Es solo una pesadilla. No es real. Ese hombre malo ya no te hará daño nunca más —susurré en su oído, algo que había descubierto con el tiempo que ayudaba a que despertara y se diera cuenta que todo lo que se proyectaba en sus sueños solo eran imaginaciones, que nada era real.

—Tesoro, estamos aquí —murmuró mamá con voz dulce—, a tu lado. Venga, preciosa, no es real. Ese hombre no existe.

—¡No! ¡No! ¡No! ¡Déjame! —gritaba ella hecha un mar de lágrimas.

—Es solo un sueño.

—¡No eres real! ¡No eres real! ¡No eres real!

—Venus, estamos aquí y no dejaremos que nadie te vuelva a hacer daño nunca más.

—No puedes hacerme daño —decía en sueños, un poco más calmada.

Le acaricié el pelo con ternura. Esa era mi chica. Estaba peleando por salir, se estaba dando cuenta que solo era otra pesadilla.

—Eso es. No va a lastimarte.

Poco a poco la pequeña fue abriendo los ojos y al vernos allí, a su lado, se abalanzó sobre los dos y nos dio un fuerte abrazo mientras más lágrimas caían de sus ojos. Fuera lo que fuera lo que hubiese soñado, aquella vez había sido muy real para ella.

—Ha sido horrible. Ese hombre... ese... —sollozaba.

Mamá le pasó una mano por la espalda con cariño y yo le seguí acariciando su cabellera a pesar de estar sudada. Temblaba entre nuestros brazos como si temiera que el sueño se cumpliera.

—Solo ha sido un sueño, tesoro. No va a volver, por encima de mi cadáver.

—No quiero... no quiero que me separen de vosotros.

Y es que Venus no era para nada tonta. Era consciente de la situación con Olivia. Mierda, seguro que eso tampoco ayudaba y que también podría ser un detonante de sus pesadillas. La madre del amor hermoso. Joder. Menuda mierda más grande.

—No lo harán, preciosa. Vamos a luchar con garras y dientes porque te queremos tanto que sin ti yo me aburriría un montón. ¿Quién me pediría si no que jugara a la hora del té o que le organizara una fiesta de pijamas para sus peluches y para ella? ¿A quién cuidaría yo encantado después del colegio?

—Yo también os quiero mucho, mucho. Me gusta que me cuides, que me lleves al colegio y que veas mis partidos de fútbol. Eres el mejor hermano mayor del mundo, aunque a veces seas muy plasta.

Me hice el ofendido.

—Eh, yo no soy un plasta, abejita. Tú eres la que no se puede separar de mí en ningún momento. Eres como un chicle pegajoso.

—¡Puaj!

No pude evitar reírme y eso la contagió. Me alegré de que ya todo hubiese pasado y que por fin la pesadilla hubiese quedado en un segundo plano. Mamá nos miraba a ambos con una sonrisa en los labios y los ojos destilando amor.

—¿Sabéis una cosa? Mañana me tomaré el día libre y vosotros dos también —sentenció. Pasaremos un día en familia.

—Pero ¿y los ensayos?

—¿Y el entrenamiento de fútbol?

Christina frotó su nariz contra la de Venus y repitió el mismo gesto cariñoso conmigo. Era su manera de decirnos «Te quiero».

—Día libre —se limitó a decir.

—Pero...

—No se aceptan peros, señores. Y ahora es hora de descansar. ¿Queréis que durmamos los tres juntos?

Venus se puso de pie en su cama y empezó a dar pequeños botes de alegría.

—¡Sí! ¡Sí!

Pillé al vuelo a esa granuja y la llevé hasta el dormitorio de mamá. Tenía la cama más grande y en ella cabíamos los tres de sobra. No era la primera vez que lo hacíamos. Recordaba la de veces que corría a sus brazos para cobijarme siempre que tenía una mala noche, cómo ella solía calmarme. Con la llegada de Venus habíamos creado algo parecido en la que los tres dormíamos abrazados como la familia que éramos, porque ellas lo eran todo para mí.

Ya envueltos en las sábanas y con mamá en medio de los dos, no tardé en quedarme dormido respirando el aroma tan familiar que desprendía toda la estancia, tan característica de Christina. Lo último que sentí fue un pequeño beso en la coronilla y una suave caricia en mi pelo.

***

El día en familia empezó con un buen desayuno: chocolate caliente, tortitas, fruta fresca y demás alimentos que, por supuesto, sobraron. Mamá se había esmerado con que el día fuera perfecto para los tres y no nos faltara de nada. Por la mañana estuvimos jugando a juegos de mesa, a la Play e incluso a la Wii.

—¡Eh, no vale! Eres un tramposo —se quejó mi hermanita cuando le di la tercera paliza al *Mario Kart*.

—Qué mala eres —me burlé y le saqué la lengua.

—Dejad pasar a la ganadora por goleada —comentó mamá cuando en la última carrera justo me adelantó por unas milésimas y se proclamó campeona. La madre que la trajo.

—No se admiten profesionales —nos quejamos en broma Venus y yo mientras Christina se reía de nosotros con maldad.

—No sabéis perder.

Estuvimos jugando también al *Trivial Junior* y, de nuevo, mamá nos dio una gran paliza. Venus tenía la excusa de que era pequeña y que había algunas películas que no había visto y datos que desconocía. Pero ¿yo? Si una de las preguntas que había fallado era demasiado sencilla. ¿Cómo había podido ocurrir?

A la hora del almuerzo mamá nos llevó a un restaurante de comida rápida y, mientras esperábamos a que nos llamaran para recoger nuestro pedido, me llegó un mensaje de Hayley. Al instante sonreí como un bobo. Ay, ¿qué me estaba haciendo? ¿Por qué cada vez que me ponía a pensar en ella no podía evitar esbozar una sonrisa tonta?

«Hey, ¿cómo estás? ¿Qué tal el día? ¿Por qué no has ido a clase?».

«Hola, nena. Perdona por no avisar. Venus ha tenido una mala noche y, por ello, mamá ha pensado en darnos el día libre.»

«Entiendo», escribió ella. «¿Vas a ir hoy a entrenar?».

Negué con la cabeza y al darme cuenta de que ella no podría verme, redacté: «Lo siento, pero mamá insiste que nos tomemos en serio la tarde libre. No nos permite ni ir a fútbol ni a baile. No sé qué habrá planeado para la tarde, pero miedo me da tratándose de ella.»

—Mamá, Kevin está utilizando su teléfono.

Mierda.

Los ojos verdes de Christina se clavaron en mí.

—Te he dicho que nada de móviles ni aparatos electrónicos en la mesa y menos hoy. Recuerda: día en familia.

—Está bien, está bien. Lo siento.

Le escribí un rápido «Hablamos más tarde» y guardé el aparato en uno de los bolsillos del pantalón.

Por la tarde fuimos a Central Park y disfrutamos de una bonita tarde de sol. Llevamos un *frisbee,* un balón de fútbol y algún que otro juego más. Mamá había preparado una cesta con unos bocadillos, bebidas y una manta que colocamos en el suelo nada más llegar. Entre risas pasamos la tarde y cuando llegamos a casa, Christina recordó que tenía que ir al supermercado a por algo.

—Vuelvo en un rato. Qué cabeza la mía.

Nos dio un beso a cada uno en la mejilla y salió disparada por la puerta.

Mientras la esperábamos, a mi hermana se le ocurrió la brillante idea de que quería disfrazarse de princesa y, tras insistirme mucho y ponerme ojitos de cordero degollado y hacerme un millar de pucheros, acabé accediendo a ponerme un vestido de esos que mamá había comprado el año pasado para Halloween.

No sé en qué momento exacto pasó, pero pronto me vi dándolo todo cantando la canción principal de *Frozen* —porque sí, iba vestido de Elsa, peluca y todo. Si eso no era ser un buen hermano mayor, que baje Dios y lo vea—. Estábamos los dos en el salón con la música puesta y bailando. Nos lo estábamos pasando pipa.

De repente, escuché el timbre y si bien pensé que mamá se había dejado las llaves, cuando abrí la puerta quise morirme allí mismo de la vergüenza. Porque al otro lado se encontraba una Hayley que en cuanto me vio se empezó a desternillar de la risa y yo solo quería meter la cabeza debajo de la tierra y que me tragara vivo.

Capítulo 26

Hayley

¡Dios mío! Qué fuerte, madre mía. Como Kevin no había ido ni a la universidad ni al estudio, se me había ocurrido la idea de pasarme por su casa y dejarle los apuntes que había cogido esa misma mañana y ponerle al día de todo lo que había pasado. Le había enviado un mensaje de texto, pero él ni siquiera había revisado su teléfono.

Así que allí me encontraba, plantada en la puerta ante un Kevin vestido de pies a cabeza de Elsa, una de las protagonistas de *Frozen*. Era irónico que en poco más de un mes me tocara encarnarla para un acto benéfico. Debía admitir que él era una princesa Disney bastante sexy. El pelo largo de la peluca recogido en esa trenza tan característica junto a aquel vestido azul tan bonito, un poco prieto para él, le daban un aire que no sabía describir.

Reí hasta que me dolió la mandíbula y el abdomen de tanto carcajearme.

—No tiene gracia. No seas mala.

Pero yo seguía riéndome como si no hubiese un mañana. Es que verle así vestido no me lo había esperado. Estaba preparada para verlo en pijama o, en su defecto, con ropa deportiva o un chándal de estar por casa. Pero no así. Le saqué una fotografía para inmortalizar el momento.

—¿Su Majestad se enfadará si no dejo de reír? —me burlé sin piedad.

Él hizo una mueca.

—Muy graciosa, Hayley. Solo estaba entreteniendo a Venus. Quería

disfrazarse y...

Pero no llegó a terminar la frase, puesto que su hermana vino corriendo hacia donde estaba, más contenta que unas castañuelas.

—¡Hayley! —Y me dio un gran beso en cuanto me agaché para recibirla—. ¿Juegas con nosotros a las princesas? Kevin es muy aburrido y no sabe cómo hacer de Elsa. Seguro que a ti se te dará genial. Me ha dicho que vas a hacer de ella. ¿Puedo ver los bailes? Porfi, porfi. —Juntó las manos a modo de ruego.

Venus era el ser más adorable que había conocido y la niña más mona que había visto jamás, más ataviada en aquel minivestido y con esa peluca tan rubia, tirando a blanco. Estaba claro que de mayor sería la envidia de todos, con ese pelo castaño lleno de ondulaciones, esos ojazos tan dulces como la miel y esa carita de ángel que tenía. Se la veía feliz y siempre que había coincidido con ella estaba sonriente. Era igualita a su hermano.

No le pude decir que no.

—Está bien.

—No creo que justo ahora ella quiera bailar —dijo a su vez Kevin—. Estará cansada de los ensayos y...

—Lo haré encantada. Te aviso que llevo pocos días de ensayo y que todavía no me sale a la perfección, pero verás los primeros pasos en primicia. —Le guiñé un ojo con complicidad sonriente—. ¿Dónde puedo bailar? ¿Aquí o vamos a la sala de baile de tu hermano?

—Mejor lo segundo —terció él—. No vaya a ser que nos carguemos un mueble. A mamá le dará algo como vuelva a pasar. Hace años rompí sin querer una lámpara y, desde entonces, siempre se asegura de hacerme un espacio para que pueda bailar sin romper nada.

No pude evitar reírme al imaginármelo.

—Está bien.

Cinco minutos después estaba lista para el ruedo. Le indiqué a Kevin qué pista debía poner y en cuanto la música inundó el salón empecé a moverme. Antes me había hecho una trenza lateral, similar a la de la protagonista. Era fundamental, puesto que en medio de una de las coreografías debía quitármela en señal de liberación. Con más tiempo y ensayo estaba segura de que quedaría espectacular.

Sentí la música y me dejé llevar. Me dio igual quiénes me estuvieran viendo y el qué pensarían de mí si fallaba. Solo me importaba el hacerlo perfecto para mí, porque siempre que bailaba lo hacía porque amaba la danza. Cuando llegó la parte del giro y del cambio de vestuario que por razones obvias no hice, me deshice de la trenza. Tras hacer un *aerial,* hice una serie de *fouetté de turner* y me

dejé caer en el suelo a modo de final.

Mi respiración era agitada y entrecortada por el esfuerzo, pero sonreía a más no poder. Amaba bailar y no me veía sin hacerlo

—Esta es solo una parte. Tengo que hacer, antes de esta, otras dos coreografías que aún no están completas —expliqué entre jadeos.

Kevin estaba con la boca abierta y Venus con los ojos abiertos como platos. En cuanto llegué hasta ellos, empezaron a aplaudir y a silbar, gesto que me hizo ruborizarme desde las puntas de los pies hasta la última hebra del cabello.

—¡Hala! Qué bien te sale. ¿No decías que todavía estaba un poco verde? Me parece a mí que ya la dominas bastante bien.

Puse los ojos en blanco a las palabras que él había soltado. Claro, para él siempre estaba todo bien.

—¿Cómo haces esos pasos tan difíciles? ¿Cómo puedes subir tanto la pierna? ¿Duele? Yo no puedo hacerlo. Me rompo —decía la pequeña con rapidez, llena de emoción.

Esbocé una amplia sonrisa.

—Años de experiencia, que te lo diga tu hermano. Tenemos que entrenar muchas horas para mantener la elasticidad y pulir la técnica para que así se vea espectacular sobre el escenario.

—Ya se ve espectacular. ¿Por qué no subes a escena ya?

No pude evitar soltar unas pequeñas carcajadas. Venus era tan ocurrente.

—Porque aún queda mucho por practicar. Todavía no he ensayado el cambio del vestido en escena, cosa que a mí me da un miedo y una inseguridad tremendas. No sé yo si será buena idea. A ver, si sale bien quedará de cine, pero como no lo consiga se verá tan desastroso que seguro que arruino mi carrera.

—¡Qué dramática eres, nena! Todavía tienes tiempo de sobra. Si solo en dos días has aprendido esta coreografía, estoy completamente seguro de que lo lograrás. ¿Debo recordarte la vez en la que ganaste un concurso con una coreografía aprendida el día anterior y ensayada apenas un par de horas? Jamás te había visto tan estresada y determinada a ganar para demostrarles a todos que podías trabajar bien bajo presión. Me quedé de piedra cuando obtuviste una de las puntuaciones más altas y el primer puesto en tu categoría. Si pudiste con algo así, ¿qué no podrás hacer? Eres una máquina.

Era cierto. Recordaba a la perfección la ocasión en la que, en vez de baile grupal, todos obtuvimos un solo. El tiempo se le echó encima a nuestra instructora y, al final, yo fui la última en aprenderlo. Si bien lo pasé fatal y quería morirme antes de salir a escena, logré el primer puesto. No me preguntéis cómo

lo hice, porque a día de hoy no me lo explico. Todos mis compañeros llevaron coreografías increíbles y, además, competía contra una niña de mi estudio que, a mi parecer, me daba mil vueltas bailando. Pero al final fui yo la que se proclamó vencedora.

—Yo también quiero bailar así de bien. ¿Me enseñas? Porfi, porfi.

No pude resistirme. Lo siguiente que sé es que estuvimos un buen rato haciendo una coreografía improvisada mientras nos desternillábamos de la risa. Venus se lo pasó bomba y yo aún más. Cuando su hermano la levantó y la hizo girar en el aire como a las grandes bailarinas, la pequeña soltó un grito de júbilo.

No sé cómo pasó realmente, pero así, de repente, acabamos él y yo juntos, moviéndonos al son de la música mientras Venus nos aplaudía. Hizo una elevación y me sujetó por encima de sus hombros mientras yo hacía un *split* en el aire. En cuanto mis pies volvieron a tocar tierra firme, noté el pulso acelerado a más no poder y la adrenalina recorrerme por entero. Aquel era uno de nuestros pasos estrellas cuando bailábamos juntos y por extraño que parezca Quinn no lo había incluido en la rutina.

—¡Qué bien bailáis juntos! —exclamó la niña contenta a rabiar—. Seguro que ganáis. Sois los mejores.

Volvimos a la sala de estar. La tele estaba encendida y había dos micrófonos encima de la mesa. Habían puesto un juego de karaoke con las típicas canciones infantiles. Una sonrisita se me instaló en los labios al recordar a Kevin vestido de Elsa. ¡No es mi culpa! Era toda una lástima que ya se hubiese quitado el disfraz. Por suerte, le había sacado una fotografía, que enviaría a todos nuestros amigos y familiares para que se troncharan.

—¿Se puede saber por qué te estás riendo? —escuché que preguntaba Kevin muy cerca de mí, tanto que del susto pegué un pequeño bote.

Me volteé y aún con la mueca en los labios, solté:

—¿Su Majestad la reina Elsa no sabe por qué?

Bufó.

—Olvídalo.

Lo miré con un brillo burlesco en los ojos.

—Jamás podré borrarlo de mi memoria. Ay, cariño, no sabes la que has liado. Ahora te lo recordaré todos los días.

Resopló de nuevo.

—¿En qué momento accedí a disfrazarme?

Su hermana apareció en nuestro campo de visión y se acercó a nosotros dando saltitos de alegría.

—Porque me quieres mucho, mucho —se limitó a contestar ella con una sonrisa de niña buena.

Su hermano le revolvió el pelo con ternura, provocando una queja por parte de ella.

—Eres todo un bicho, abejita, pero te quiero muchísimo, sí.

—Yo también te quiero. —Ambos se dieron un abrazo fraternal y, después, Kevin le dio un par de besos sonoros en la mejilla que provocaron la risa de la cría—. ¿Podemos cantar de nuevo? —Y ahora se volvió hacia mí utilizando todas esas artimañas para camelarme—. ¿Cantas con nosotros? Porfi, di que sí. —Juntó ambas manos a modo de súplica.

—Está bien. ¿Cuál quieres interpretar?

Pasamos los siguientes minutos envueltos en una batalla de canto. Me sorprendió ver lo bien que cantaba Kevin y cómo Venus se defendía a pesar de desafinar a más no poder. Cuando me tocó el turno a mí, me puse un poco nerviosa. A ver, no era, ni por el forro, la primera vez que jugaba a ese tipo de juegos. Sin embargo, algo en mi interior quería hacerlo bien y sacar esa voz que sabía que tenía. Por eso, lo di todo. Canté cada estrofa como yo sabía hacer, moviendo la cabeza o alguna extremidad al ritmo de esta. En cuanto la canción llegó a su fin, sentí dos pares de ojos sobre mí y no pude evitar ponerme roja.

—¿Por qué no me habías contado antes que se te daba tan bien cantar? Madre mía, eres una doble amenaza: cantas y bailas.

—Triple. —Sonreí con suficiencia—. Canto, bailo y actúo.

—¡Hala!

Su hermana estaba flipando tanto o más que él. Verlos a los dos así me sacó una sonrisa.

Unas cuantas rondas después, Christina llegó a casa cargando unas cuantas bolsas. Dejó las llaves en el bol de cristal que había en la entrada y nos saludó con un «¡Hola!». Al verme, sus ojos se iluminaron.

Entre su hijo y yo la ayudamos a llevar todo a la cocina y guardarlo en sus respectivos armarios.

—No sabía que vendrías. De lo contrario, habría preparado esas galletitas que tan bien me salen.

—No pasa nada —le dije a mi vez al mismo tiempo que guardaba la crema de cacao en el armario de los dulces—. Le he traído a Kevin los apuntes de clase para que no se retrase mucho, aunque con lo empollón que es dudo que lo haga.

—De lo que estoy orgullosa es de lo estudioso que es, ¿verdad, tesoro?

Él respondió desde el otro lado de la estancia con un asentimiento de la

cabeza.

—Sé lo importantes que son las notas si quiero continuar en el estudio —añadió—. De lo que me lamento es que en nuestra universidad solo los deportes comunes como el fútbol americano y el baloncesto sean las estrellas y dejen a otros como el baile excluidos. Es una pena. Estoy seguro de que la universidad lamentará no apoyarlos durante esta etapa que es tan importante.

Estuve totalmente de acuerdo con él.

—Hay un compañero que hace gimnasia a nivel profesional en nuestra clase y tampoco siente que la universidad lo apoye. Las becas deportivas están siempre destinadas a los mismos deportistas. Es más, sé que Jules tiene una y es muy injusto. ¿Por qué alguien que va tras un balón puede tener una, pero otros no?

—Ya ves, solo les importan aquellos que más visibilidad les dan.

Ahora fue el turno de Christina para hablar.

—Lo que no entiendo es que se supone que la institución alardea de apoyar proyectos solidarios, pero en ningún momento he visto en su página web y en sus redes sociales mención alguna al show benéfico que estás preparando. Como alumna y estudiante que eres considero que se debería apoyar al proyecto en el que colaboras, pero no siento que lo hagan.

Ambos nos lanzamos una mirada de complicidad.

—Bienvenida al mundo real —dijimos al unísono.

—Menuda bazofia. Me parece fatal, que lo sepáis.

Me encogí de hombros terminando por fin de guardar todo en su lugar correspondiente.

—Al final solo promocionan aquello que les interesa.

Aquella mujer sacó tres vasos y vertió zumo en cada uno. Después, nos los tendió con una sonrisa y se llevó el suyo a los labios.

—Pues sigue pareciéndome una mi... Quiero decir, vosotros, por ejemplo, sois unos bailarines espectaculares. No solo estáis centrados en vuestra carrera, si no que al mismo tiempo la compagináis con el baile y todo lo que tenga que ver. No solo eso, sacáis muy buenas notas en el proceso. Me parece muy malo que no se os dé ni siquiera una cuarta parte de lo que reciben los deportistas favoritos de la misma.

Estaba totalmente de acuerdo con ella. No era la primera vez que me pasaba y estaba claro que no sería la última. Estaba tan acostumbrada al favoritismo en el mundo deportivo y tan cansada de ver siempre los mismos deportes en la televisión. ¿Acaso no existían otros? Con lo bonita que me parecía la gimnasia rítmica y la natación sincronizada y la de pocas veces que se emitían. Pasaba lo

mismo con el baile. Sabía que existía un canal pequeño de pago sobre ello, pero aun así muy pocas personas se sentían atraídas por él. Solo esperaba que la coreografía que haríamos en el concurso causara el impacto que ambos estábamos buscando y que por fin se nos tuviera más en cuenta.

—Yo tengo la esperanza de que el concurso cambie su forma de pensar —confesé. Al ver cómo los dos se habían quedado mirándome en silencio como si no entendieran mis palabras, me expliqué mejor—: Kevin y yo somos muy buenos juntos. Soy consciente de que el baile no siempre suele ser tan impresionante como una *performance* de canto o de actuación. Sin embargo, estoy convencida al cien por cien que los vamos a dejar ojipláticos. La coreografía no se parece ni por asomo a algo que ambos hayamos bailado antes. Tiene un trasfondo, un tema demasiado importante como para pasar de él.

—Yo creo que como no lo hagamos perfecto, no conseguiremos nada. Además, tampoco es que vaya a ir algún cazatalentos o algo así.

Esbocé una sonrisa de sabelotodo.

—Me da a mí que esta muchachita sabe algo que tú no, tesoro.

—¿Por qué no me gusta nada de nada cómo estás sonriendo? Venga, nena, suéltalo. ¿Han dicho algo sobre eso? Arg, deja ya de sonreír así, que me pones muy nervioso. ¿Qué han dicho? ¿Qué ha pasado hoy? Contesta.

No pude evitar reírme. Adoraba con locura ver cómo Kevin se devanaba los sesos en busca de una respuesta y creaba en su cabeza teorías cada vez más alocadas al respecto.

—Han dicho algo, sí. —Me hice la interesante.

—¡Por Dios, Hayley! ¿Quieres contarlo de una maldita vez?

Solté una risita malvada antes de soltarle lo que me habían dicho esa mañana en el estudio.

—Hoy me he reunido tanto con Quinn como con Hazel. Querían vernos a los dos, pero por razones obvias solo lo han hecho conmigo —tercié mirándolo significativamente. Parecía que se estaba avergonzando de haber faltado solo un día. Lo supe por la expresión culpable que se apoderó de su rostro y por cómo agachaba la cabeza—. El caso es que según me han dicho, al concurso irán de incógnito varios productores de musicales y de televisión importantes. Así que sí, tenemos una oportunidad de visibilizarnos. Solo tenemos que rendir al máximo posible.

—¡Qué buena noticia! —exclamó Christina, llena de felicidad.

—No tenía ni idea. ¿Cómo se han enterado?

Hice una mueca.

—Digamos que ellas tienen sus contactos.

Los ojos de Kevin brillaron llenos de determinación.

—Debemos trabajar duro y demostrarles a todos que somos los mejores.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Y a pesar de estar delante de su madre, me besó cerrando así aquella promesa. Porque de lo que estaba segura era de que juntos éramos invencibles, más ahora que nos habíamos reencontrado.

Capítulo 27

Kevin

Pocos días antes del concurso, todo se fue a pique. Volví a casa tras un día bastante duro en la universidad. Había tenido que aguantar cómo Jules y Presley volvían a burlarse de mí. Estuve a nada de partirle la cara a ese gilipollas perdido, pero al final me contuve. Miento, no le di la paliza de su vida porque Hayley estaba allí conmigo.

Desde que toda la clase se enteró de que ambos estábamos juntos, no paraba de escuchar rumores. Que si por fin la reina del hielo había dejado de serlo, que si yo había calentado su corazón helado, y un largo etcétera. En el momento exacto que aquellos cuchicheos habían llegado a mis oídos, no había podido evitar poner los ojos en blanco. ¡Qué tonterías decían! Lo que pasaba era que todos los tíos de clase eran unos infantiles. ¡Vamos! Si aún se seguían comportando como críos pequeños. No me extrañaba para nada que mi chica no quisiese tener nada que ver con ellos.

El caso fue que tras un día un tanto malo —hablar con Jules era como hacerlo con la pared—, me encontré con algo mucho peor en casa. Mamá había llegado ya del colegio, pero junto a ella estaba también un hombre vestido de traje. Ambos revisaban unos papeles en la isla de la cocina, frunciendo los dos el ceño. Ella estaba tensa y por cómo se mordisqueaba el labio estaba convencido de que lo que había en ellos era malo, muy malo.

—¿No se puede hacer nada al respecto?

El hombre negó con la cabeza.

—Es totalmente legal. La señora Gardner la ha demandado.

Eh, ¿perdona? ¿Que esa zarrapastrosa de mierda había soltado esa demanda contra mamá? Estaba loca la tía de las narices. Ya me tenía harto. ¿Acaso no veía que tenía todas las de perder? Porque Maddie no quería verla ni en pintura —lo que veía totalmente normal, oye. No sé yo, si mis padres me hubiesen abandonado así, por su cara bonita, yo tampoco querría saber nada de ellos—, así que no entendía por qué la cabrona de Olivia había denunciado a Christina, como si esta fuera la culpable de todo.

A mamá se le escapó un quejido y ya no pude soportarlo más. Me acerqué a ella y le di un fuerte abrazo.

—Lo superaremos. Esa perra no se saldrá con la suya. Me da igual si debo hablar en el juicio, pienso decirle al juez la clase de mujer que es y que no es la adecuada para cuidar a Venus.

Ella se aferró a mi abrazo. Dejó descansar la cabeza en mi hombro, como si ya el asunto la cansara demasiado. La comprendía. Olivia era una mujer demasiado cansina.

—Lo... lo ha hecho —hipó—. Va a… va a...

La estreché con más fuerza.

—No, no lo permitiré.

—Ella tiene mucho poder y el dinero mueve el mundo. Ganará el juicio.

Su voz sonaba tan apagada y triste. Toda aquella situación la estaba superando. ¿Qué haríamos ahora? ¿Cómo afrontaríamos las consecuencias? Lo que menos quería era que la perra de Olivia se saliera con la suya. Venus era una niña muy sensible y los cambios radicales la perjudicaban. Cuando se mudó con nosotros, estuvo días teniendo esas horribles pesadillas. Joder. No quería ni imaginar qué ocurriría en caso de que nos la arrebataran. Era mi hermanita pequeña.

—No dejaremos que lo haga. Contrataremos un buen abogado y...

—¿Con qué dinero?

—Ganaré el concurso por ti y...

—No.

—Maddie también podría colaborar y...

—No. No quiero que vosotros tengáis ese peso en vuestras espaldas. Se supone que soy la adulta.

La separé y la miré directamente a los ojos. Borré todo rastro de lágrimas con los dedos y, acto seguido, empecé a acariciarle la mejilla con cariño. Sus iris verdes se veían enrojecidos por el llanto y parecía que la noticia la había

envejecido unos años.

—Mamá, tanto Maddie como yo somos lo suficientemente mayorcitos como para ayudarte. Has hecho tantas cosas por mí que ahora quiero ser yo quien te apoye en esto. Sé que mi hermana ha estado ahorrando para casos de emergencia y, en cuanto le cuente lo ocurrido, no dudará en dejarte el dinero que necesites para el abogado. Yo pienso ganar el concurso y darte mi parte.

—No puedo permitirlo.

Le besé la palma de la mano con todo mi amor.

—Te quiero mucho y lo que deseo es devolverte un poco todo ese dinero que has invertido en mí, en mis clases. Me has pagado cada estudio de baile, cada cursillo de verano y la universidad. Deja que sea yo ahora quien colabore. No tendré pasta a rabiar, pero sí que tengo unos ahorros que de seguro aumentarán cuando Hayley y yo arrasemos en ese concurso.

Una pequeña sonrisa triste se dibujó en sus labios.

—¡Qué engreído eres! —bromeó y me sentí aliviado de escucharla. Al menor ya era un paso—. ¿Qué te hace pensar que ganaréis? Yo no te he educado para que pienses así.

Su gesto me contagió. En un intento por animarla fingí soberbia.

—Claro que lo sé. Soy uno de los mejores bailarines del país, por no decir el mejor. Además, mi pareja de baile es lo más y juntos somos la *crème* de la *crème*.

Una carcajada brotó de su garganta y solo por conseguir aquella reacción me sentí la persona más dichosa del planeta, aunque en realidad lo era: tenía a la mejor madre del mundo, a dos hermanas maravillosas y a una novia increíble. ¿Quién diría que el pequeño Kevin al que nadie quería en el futuro encontraría el amor de aquella manera? Si es que la vida daba muchas vueltas.

—¿Estás seguro de que lo ganaremos?

La miré con toda la seriedad del universo.

—Completamente seguro. Esa gentuza no va a robarnos a nuestro mayor tesoro. Además, ¿con quién estaría mejor Venus que con nosotros?

Otra sonrisa se instaló en su boca y esta vez le iluminó el rostro e incluso hizo brillar de esa manera tan especial aquellos ojos de infarto.

—Tienes toda la razón.

Le di un beso en la mejilla.

—Lucharemos con todas las garras y todas las armas de las que disponemos. No nos quitarán a Venus.

—No nos la quitarán.

Y cerramos esa promesa con un fuerte abrazo.

***

Estuve distraído en el ensayo, pensando que quizás Olivia podría arrebatarnos a Venus. No quería, sabe Dios que no, que esa mujer sin escrúpulos se saliera con la suya. Ella era mi hermana pequeña y la adoraba con locura.

Maldije por lo bajo con otro paso tonto no me salió como debería, más aún cuando de lo ausente que estaba dejé caer a mi pareja de baile en una elevación.

—Perdona, nena —solté e intenté ayudarla a levantarse.

Se toqueteó la zona afecta e hizo una mueca de dolor.

Como quedaban pocos días para el concurso Quinn había insistido en invertir más horas en la coreografía. Habíamos hecho ejercicios de técnica y ejercicios sueltos a lo largo de la tarde para perfeccionarlos y ahora estábamos dándole los últimos retoques. Nuestra instructora no podía ayudarnos, ya que estaba dando una *masterclass*.

—¿Me vas a decir ahora qué te pasa? ¿Por qué parece como que ha ocurrido algo malo y no quieres contármelo?

Estaba seria y su ceño fruncido me dio a entender que no iba a dejar el tema correr tan fácilmente.

—No es nada —mentí—. Será mejor que sigamos con los ensayos.

Puso los ojos en blanco.

—Sabes que no me chupo el dedo, ¿verdad? Llevas toda la tarde en tu mundo. Incluso fallas en los pasos de baile más sencillos y que mejor se te dan. Así que desembucha de una vez si no quieres que lo averigüe por mi cuenta. Podría llamar a Maddie o incluso a Christina y saberlo en menos de lo que tarda en cantar un gallo.

Mierda. Era verdad. Estaba segurísimo de que ninguna de las dos tendría reparo en contarle lo que había pasado. Fabuloso. Solté un suspiro.

—Está bien. ¿Te acuerdas de Olivia, la madre biológica de Maddie? —Esperé hasta verla asentir con la cabeza antes de continuar hablando—. Pues ha vuelto a hacer de las suyas. La muy cabrona ha... ha cumplido con su amenaza. Cuando he llegado a casa de la universidad, me he encontrado con todo el percal. La ha demandado. ¿Cómo se le ocurre hacer algo así? ¿No ve que la hija a la que abandonó no quiere saber nada de ella? No puede obligarla a quererla, a que esté a su lado cuando ni siquiera la quiso cuando nació. Es bastante mayorcita para tomar ya sus propias decisiones.

Estaba que echaba fuego por la boca. Me ponía de muy mala hostia la actitud

de esa mujer.

No sé en qué momento pasó, pero de repente Hayley me dio un fuerte abrazo. ¿Cómo se había movido tan rápido? Tampoco sé cuándo empecé a llorar; de lo único que era consciente fue que, desde el momento en el que empecé a hacerlo, me fue difícil detenerme.

—No quiero perder a Venus. Intento... —hipé—. Intento ser fuerte por mamá. Ella cree que nos la arrebatarán y yo solo... solo quiero ser positivo y pensar que no se saldrá con la suya, que existe la justicia en este mundo.

Sus dedos empezaron a recorrerme la espalda con ternura. Su simple presencia me transmitía una calma y una seguridad que no encontraba en otro lugar. Cuando me separé, me percaté de que sus mejillas también estaban bañadas en lágrimas, un llanto silencioso. En aquel instante me di cuenta de que el asunto también la afectaba a ella, que sin comerlo ni beberlo se había visto envuelta en aquel lío de tres al cuarto.

—Se avecinan tiempos difíciles, cariño, y debemos estar preparados para lo peor. Es normal que pienses en la posibilidad remota de perderla, pero te aseguro que ni Maddie ni mi hermano se dejarán vencer tan fácilmente.

—Lo único que quiero es que no sufra más. Venus lo ha pasado fatal cuando era pequeña y temo que si Olivia se sale con la suya vuelva el sufrimiento a su vida. Como se atreva a tocarle un solo pelo de su cabecita, me veré obligado a sacar mi demonio interior.

Una pequeña carcajada salió de sus labios.

—El niño del demonio volverá —se burló. No la culpé por ello. De pequeño fui un niño muy travieso y diría que hasta cruel con mis hermanos. No sé cómo conseguí que me perdonaran, con la de bromas pesadas que les gasté. Si incluso le rompí la ropa a Maddie y les hice la vida imposible a Kara y a Álvaro.

—Volverá con mucho más ingenio que antes. Porque nadie le hace daño a las personas a las que amo.

***

Después del ensayo, Hayley me acompañó a casa de mi hermana. Había estado tan preocupado que me había prometido estar conmigo cuando hablara seriamente con Maddie sobre Olivia. Estaba seguro de que mamá ya le habría puesto al tanto del asunto, pero quería pedirle una cosa que a Christina no le iba

a gustar cuando se enterara.

Eric y su mujer vivían en un buen barrio de Nueva York, en un adosado muy pintoresco con un pequeño jardín trasero. En cuanto aparqué el coche a unas calles de allí, sentí que me iba poniendo nervioso a cada paso que daba. ¿Cómo estaría ella ahora? ¿Se vería tan afectada como mamá y yo? Sabía que el tema de su madre biológica había removido sentimientos que había creído superar y con todo el tema del musical que estaba a punto de estrenarse suponía que Maddie sería como una bomba de relojería a punto de explotar.

—Todo saldrá bien —intentó infundirme ánimos mi acompañante.

Llegamos hasta el adosado cogidos de la mano. Las mochilas donde guardábamos la ropa de baile las habíamos dejado en el coche para no ir cargados. Total, no es que fuéramos a matarnos bailando. Íbamos única y exclusivamente de visita.

Toqué el timbre y esperé paciente a que la puerta se abriera. Le había enviado un mensaje de texto aquella misma tarde a mi hermana para avisarle y ella había mostrado una actitud que me había inquietado, respondiéndome de manera seca, cosa rara en ella, que era la persona más amable y cálida que conocía. Tuvimos que esperar muy poco, ya que en un abrir y cerrar de ojos el pestillo fue quitado y en el umbral apareció un Eric totalmente descompuesto. Tenía el cabello revuelto a más no poder y la cara pálida y tan blanca como si hubiese visto un fantasma —y en parte lo era. Olivia era el fantasma del pasado de Maddie—. Me alarmé.

—Menos mal que habéis venido. No sé qué hacer con ella, lo juro. Lleva sin salir de su sala de baile desde hace horas.

Genial, simplemente genial.

—Intentaré hablar con mi hermana; aunque ya sabes que cuando se pone así, es casi imposible hacerlo.

—Lo sé, lo sé. Pasad. Estáis en vuestra casa.

Avanzamos por el largo pasillo. Al pasar por la sala vi una cabellera rubia que en seguida reconocí como Lea. Madre mía, hacía por lo menos dos años que no la veía, desde la vez en la que los dos asistimos a la fiesta anual de Navidad del Moonlight. A su lado estaba su pareja y charlaba frunciendo el ceño. En su mano había un vaso de agua mientras que su marido tomaba una cerveza.

—Gracias por venir. No sé si conseguiremos que salga. Es difícil hacerla volver cuando se encierra en sí misma —habló Eric—. ¿Queréis tomar algo? ¿Un refresco? ¿Agua?

Negué con la cabeza.

—No es necesario.

En cuanto entramos a la sala de estar, Lea se levantó del sofá y corrió todo lo rápido que su barriga le permitía para achucharme como solo ella sabía y podía hacer.

—¡Demonio! ¿Qué es de tu vida, chaval? Hace que no te veo años y que no hablamos por Skype meses.

Cuando me soltó, se fijó en mi acompañante y una sonrisa que no me gustó ni un pelo se empezó a formar en sus labios.

—Así que nuestro Kevin se ha buscado una novia muy guapa, eh. —Subió y bajó las cejas con aire sugerente. La madre del cordero. ¿Cómo narices sabía...? Ah, claro. ¡Cómo no! Maddie y ella eran inseparables, tanto que se había mudado también a Nueva York en cuanto John, su marido, fue trasladado. No sé si lo sabréis, pero él era uno de los jugadores de baloncesto más cotizados del país. La de vueltas que daba la vida.

—¡Lea, por Dios! —exclamé—. Que la asustas.

Hayley a mi lado soltó una risita nerviosa.

—Es un placer volver a veros —dijo con timidez—. ¿Habéis podido hablar con Maddie? La hemos intentado llamar, pero no atendía.

—¡Qué va! En cuanto Christina le ha dado la mala noticia, se ha encerrado en esa dichosa habitación. Llevamos toda la tarde intentando que salga. La conozco lo suficiente como para saber que, si ella no quiere, no lo hará. Es tan terca cuando se lo propone.

—No me digas —ironizó Eric. Se había apoyado en el marco de la puerta y miraba la escena con las cejas enarcadas.

Me froté las manos y, tras soltar a Lea, me puse en marcha con determinación.

—Voy a hablar con ella. Me escuchará sí o sí.

—Ten cuidado, demonio. Ya sabes cómo se pone cuando se cabrea.

Por supuesto que lo sabía. Lo había vivido en mis propias carnes.

Salí de la estancia y recorrí el pasillo hasta dar con las escaleras y en vez de ascender a la segunda planta —en la que estaban los dormitorios y en la que seguramente en aquel momento Clara estaría durmiendo ajena a todo el revuelo —, descendí hasta el sótano. Una de las razones por las que mi hermana había decidido mudarse precisamente allí fue por el espacio extra que la casa le proporcionaba para bailar. A medida que iba avanzando, una melodía bastante brusca empezaba a apreciarse. Si bien la puerta que daba al sótano estaba cerrada a cal y canto, pude escuchar varios bufidos provenientes desde el interior.

Antes de meterme en la boca del lobo, tomé un gran respiro. Era la hora de tener una charla de hermanos. Sabía que ella lo necesitaba, como cuando hacía años tuve una de las peores pesadillas que recuerdo a unas horas de Los Naciones. Ella tuvo la paciencia de hablar conmigo y hacerme entrar en razón, porque os juro que yo estaba emperrado en dejarlo todo solo porque había soñado que en el coche en el que iban mis padres también estaba Christina. Era la hora de que actuara como el hermano que era.

Toqué la puerta con decisión. No obtuve respuesta. Volví a intentarlo sin conseguir una respuesta por su parte. Toqué con más fuerza, pero nada.

—¡Maddie, sé qué estás ahí!

Silencio, un perturbador silencio.

—¿Quieres abrir la maldita puerta y dejar de comportarte como una cría?

Pero como única respuesta solo obtuve un resoplido.

—¡Joder! Eres increíble. ¿Vas a dejar que esa gilipollas te hunda? ¿En serio vas a dejar que esta mierda te afecte? ¿Qué hay de eso que siempre me dices cuando siento que no soy capaz de compaginar todas las cosas que me traigo entre manos? Porque eres mucho más fuerte de lo que piensas.

Di un golpe seco a la puerta. Estaba ya cansado de su no hablar. Me estaba asustando de verdad que no dijera ni una sola palabra cuando Maddie se caracterizaba de ser una habladora nata.

—Mira, ¿sabes una cosa? —finalicé al entender que así no conseguiría nada —. Puedes quedarte aquí encerrada, de brazos cruzados, mientras allí arriba nos estamos devanando los sesos pensando en cómo afrontar la dichosa demanda. Solo tú puedes hacerle frente; solo tú puedes demostrar que Olivia no es una buena madre para Venus. Cuando quieras dignarte en aparecer, te recibiremos con los brazos abierto. Buenas noches.

Me di la vuelta con claras intenciones de reunirme con el resto, pero una voz débil me detuvo.

—Espera.

El cerrojo se abrió y de ella salió una Maddie irreconocible. De entrada, tenía el pelo revuelto, totalmente salido del moño que estaba claro que había tenido. Los ojos rojos e hinchados por las lágrimas y el rastro de ellas en sus mejillas encendidas como farolillos era una evidencia más que clara de que se había pasado llorando gran parte de la tarde. Sus ojos apagados y tristes no me gustaron para nada. Maddie estaba rota y sabía que se sentía culpable de todo lo que había pasado. Al fin y al cabo, ella era a la que Olivia quería y se había negado a ello; y, como consecuencia, había atacado a Christina de una manera muy rastrera. En cuanto nuestros ojos se conectaron, la estreché contra mis

brazos y dejé que se desahogara. Se la veía tan afectada. Le pasé los dedos por el pelo a pesar de tenerlo desaliñado y sudado —porque, sí, por lo que veía se había desfogado con el baile, como siempre hacía—.

—No pasa nada, Maddie —intenté tranquilizarla—. Nosotros estamos contigo.

—No quiero que por mi culpa se la lleven. Soy tan horrible —sollozaba ella en mi hombro. A pesar de haber dado el estirón, yo seguía siendo más alto que ella.

—No lo eres. Estás dolida y no me extraña. Estás en todo tu derecho de no querer verla.

Mi hermana se separó de mí. Se frotó la cara con las manos en un gesto cargado de frustración y soltó todo el aire que seguramente sus pulmones estaban reteniendo.

—Me siento como una mala persona que solo piensa en sí misma y no en las consecuencias que sus acciones acarrearían en los demás.

Intentó apartar la mirada, pero yo no se lo permití. Le coloqué una mano en el mentón y con toda la seriedad y determinación que tenía, le dije:

—De entrada, Olivia tiene todas las de perder si piensa llevarnos a juicio. Te abandonó cuando eras una recién nacida. ¡Ni siquiera tuvo los huevos de dejarte con tu tía, con quien estarías mil veces mejor que en un orfanato! No creo que eso un juez lo vea con buenos ojos...

—Pero ahora parece que ha cambiado. Incluso tiene una familia feliz —escupió con amargura. Y es que lo que más le dolía era que no la hubiese buscado antes, sino ahora que ya estaba crecidita y con una familia.

—Segundo, ¿no se te hace muy raro que de la noche a la mañana te quiera de nuevo en su vida? ¿Por qué ahora y no antes? Y no me vengas con la excusa de que no estaría preparada para afrontar la realidad, que eso no se lo traga nadie.

»Tercero, si tanto te quería, si tanto te estaba buscando, ¿por qué no contactar con Christina? Estoy seguro de que Olivia sabría que la pobre mujer te había estado buscando como una desquiciada desde el mismísimo día en el que se enteró de tu abandono.

»Así que creo que lleva las de perder —concluí—. Como se ponga muy pesada, no te preocupes, que tengo argumentos en su contra para dar y exportar.

Una breve pausa procedió a toda la parrafada verbal que había soltado. Maddie no decía nada y aquello, en parte, me estaba poniendo nervioso. Cuando por fin emitió palabra, sentí el cantar de los ángeles.

—¿En serio crees que no ganará, que no se hará con la custodia de Venus? —Su voz salía en un hilillo apenas audible si uno no estaba tan cerca como yo lo

estaba de ella.

Acaricié sus mejillas con los dedos en un intento por calmarla.

—No lo creo, lo sé. Vamos a ganar, pulgarcito.

Una pequeña sonrisa se extendió por su rostro, iluminando así todos sus rasgos.

—Gracias. Necesitaba hablar de esto con alguien y no... no encontraba la persona adecuada.

La abracé de nuevo y le di un beso en la coronilla.

—Ya sabes que de estos temas siempre vas a poder hablarlos conmigo.

—Lo sé y te quiero mucho por eso.

Tras unos minutos más en los que ambos disfrutamos de un momento fraternal, volvimos arriba y nos reunimos con el resto. Era hora de afrontar el problema y cortarlo de raíz. Juntos podríamos con todo lo que se interpusiera en nuestro camino. Era hora de sacar las garras y luchar.

Capítulo 28

Hayley

Cada vez me sentía más segura cuando les daba clases a los niños. Poco a poco fui cogiendo el ritmo y amoldándome a su nivel de aprendizaje. Descubrí con asombro lo mucho que me gustaba el rato que pasaba con ellos y cómo ansiaba alargarlo. Daban igual los problemas que tuviera; en el momento en el que pisaba la sala todo se quedaba atrás y solo existíamos ellos y yo.

Cuando la clase llegó a su fin, llamé a Carter. Llevaba unos días mucho más callado de lo que era habitual e incluso le había visto más de un rasguño. Estaba preocupada. Sabía que algo le estaba pasando. Mientras el resto de las niñas se cambiaban, llevé al crío a un rincón.

—¿Por...? ¿Por qué qui... quiere hablar conmigo? —tartamudeó con temor. Empezó a retorcerse los dedos del nerviosismo, un gesto que me recordó a mí. Cuando era pequeña tendía a hacerlo cuando sabía que mis padres o mis maestros querían contarme algo de suma importancia.

—¿Ha pasado algo de lo que tenga que ser informada?

El chiquillo perdió todo el color del rostro, como si acabara de ver un fantasma.

—No...

Chasqueé la lengua y le coloqué las manos sobre sus hombros con delicadeza.

—Mira, llevas días estando muy raro en clase y apenas veo esa sonrisita que

tanto me gusta ver cuando bailas ni ese brillo que te caracteriza. ¿Qué ha ocurrido? Sabes que puedes contarme lo que sea y que siempre intentaré ayudarte.

Esbocé una sonrisa tranquilizadora en un intento por infundirle confianza.

Permaneció un buen rato en silencio con la mirada ausente. Una pequeña lágrima descendió por su mejilla. Cuando ya pensaba que no me iba a responder, tomó una gran bocana de aire.

—Hay unos niños en la escuela que no paran de meterse conmigo —acabó confesando pasados unos minutos—. Dicen que soy gay porque me gusta bailar ¡y yo ni siquiera sé qué es eso! Me ponen la zancadilla y me gastan bromas muy malas. Mamá dice que no les haga caso, pero es que son muy malos conmigo.

¡La madre del cordero! Joder. Los abusones ya empezaban a atacar a sus víctimas desde bien temprana edad. Qué sociedad de mierda era esta. ¿Cómo alguien tan pequeño debía sufrir solo porque no seguía los estereotipos estipulados por la misma?

—¿Has hablado con tus profesores?

Asintió enérgicamente con la cabeza.

—Ellos no hacen nada. Dicen que solo son juegos de niños, pero no lo son, señorita Woods. —Su voz terminó por romperse y empezó a derramar lágrimas.

No pude soportarlo, no soportaba ver tan mal a un niño tan pequeño. Le di un fuerte abrazo en un intento por calmarlo. Sentí al instante cómo se aferraba a mí y sollozaba sin pavor y vergüenza alguna.

—¿Qué pasa? ¿Por qué Carter está llorando? —susurró Holly tan de repente que ambos nos asustamos. Nos separamos y al hacerlo aprecié el ceño fruncido de la misma y cómo miraba a su amigo con preocupación—. ¿Le has contado lo que te hacen esos niños?

Así que la pequeña Holly era sabedora de ello. Interesante.

—¡Holly! —la recriminó él. Se le tiñeron las mejillas de un rosa tan adorable que daban ganas de achucharlo.

La pequeña alzó las manos en señal de rendición.

—De entrada, me parece horrible que tus profesores no hagan algo.

—¡Eso les he dicho a mis papis! —exclamó la niña.

—Mamá siempre me dice que pase de ellos, pero no puedo. Son cinco contra mí.

Claro, ¡cómo no! Estaba ya tan cansada de ello, de ver cómo los populares se metían con los que creían más débiles. Quizás vieran en Carter a un niño tímido y algo escuálido, pero estaba segura de que con el tiempo él sería la envidia de la

escuela. Tenía una habilidad increíble para el baile, era como si hubiese nacido para hacerlo, pero, por circunstancias de la vida, su familia no podía pagarle una buena escuela. Eso sí que era una gran putada. Quiero decir, no me imaginaba qué habría sido de mí si no hubiese encontrado en el baile la pasión que sentía. Quizás habría sido una niña infeliz.

—Yo sigo sin entender qué es ser gay —comentó Carter pasado un tiempo.

¡Vaya! ¿Cómo le explicaba a un crío lo que era la homosexualidad? «Genial, Hayley, siempre te metes en jardines monumentales», me dije para mis adentros.

—El amor puede darse en distintas maneras —empecé. No estaba muy segura de si entendería lo que quería decir o si yo me sabría explicar, puesto que a veces podía enrevesar hasta el concepto más sencillo—. Cuando una chica y un chico se quieren, como, por ejemplo, tus padres.

—Yo no tengo papá; solo tengo a mi mamá —aclaró con rapidez.

Me di una bofetada mental. «Ole, amiga mía. Eres lo más».

—Bueno, pero me entiendes, ¿verdad? —Hice una breve pausa y esperé a que el chiquillo asintiera con la cabeza antes de continuar—. También puede darse entre dos chicos o dos chicas. En el primer caso, se les llamaría gais y en el segundo, lesbianas.

—Pero ¿es malo serlo? Porque esos niños lo decían como si lo fuera.

Le acaricié el pelo con cariño.

—No, mi vida. No es malo serlo. Hay personas que piensan que el que dos chicos o dos chicas se quieran es malo, pero están totalmente equivocados. —Le alcé el mentón para que me mirara a la cara—. Por eso, no debes dejar que lo que ellos digan te afecte. Si te gusta bailar, hazlo. Es lo más bonito que le puede pasar a uno y, además, se te da muy bien. No sé por qué me da que Hazel te dará una beca. —Le guiñé un ojo con complicidad.

Holly hizo un ruidito con la boca de lo más mono en señal de afirmación.

—Es que es muy bueno. Si esos niños se vuelven a meter contigo, vente conmigo. Siempre podemos jugar juntos. Eres mi mejor amigo.

Ay, qué adorables que eran, por el amor de Dios. En aquel instante me di cuenta de que Kevin y yo debimos de habernos visto igual. Éramos inseparables y, a pesar de estar en cursos diferentes, jugaba con Maya, Owen y conmigo.

Hablando del rey de Roma.

—Hayley, llevo esperándote más de diez minutos fuera chupando frío como un tont... —le escuché decir desde la entrada, pero calló al darse cuenta de que no estaba sola—. Esto... Hola.

No pude evitar sonreír como una boba, pero es que ese era el efecto que él tenía en mí. Sentía mis piernas como si fueran de gelatina y mi cuerpo temblaba

solo con escuchar mi nombre salido de sus labios.

Los pequeños nos miraron, primero a uno y luego a otro. Carter empezó a ponerse nervioso de nuevo e intentó de manera disimulada ocultarse tras el cuerpo de su amiga.

—¡Hola! Soy Holly. ¿Quién eres? —saludó como siempre la pequeña con aquel entusiasmo que tanto la caracterizaba.

A Kevin pareció hacerle cierta gracia su comentario, puesto que una sonrisita se formó en sus labios, pero no dijo nada al respecto. Solo se limitó a responder las dudas de la cría.

—Soy Kevin, su pareja. —Me señaló.

Aquella niñita adorable abrió tanto los ojos que por un momento pensé que se le saldrían de las cuencas.

—No sabía que tenías novio. ¿Te da besitos como lo hacen papá y mamá? Puaj, es muy asqueroso.

Kevin rio por su ocurrencia y yo por un momento quise morirme de la vergüenza.

—Algo así, sí —dijo entre risas. La niña hizo una mueca de asco que me sacó un par de carcajadas—. ¿Quién es tu amigo?

—Car... Carter —tartamudeó. Como siempre, cada vez que conocía a alguien nuevo se ponía tan nervioso que las palabras le salían temblorosas.

Mi chico se puso a la altura de los niños y habló con ellos como si fuesen amigos de toda la vida.

—Así que tú eres el famoso Carter. Hayley no para de hablar de ti. —Sonrió, totalmente en su salsa.

El niño salió de su escondite totalmente asombrado y perdiendo toda la vergüenza.

—¿La señorita Woods te ha hablado de mí? —Y se volvió para mirarme con admiración. Qué se le iba a hacer: cuando alguien me dejaba impresionada, debía decirlo.

—Muy a menudo, encima. Ya empezaba a ponerme celoso pensando que me había reemplazado.

—¿Bailas? —indagó Holly.

Ay, mi madre. Esos pequeños le estaban haciendo un interrogatorio a mi novio.

—Por supuesto. ¿No os ha dicho la señorita Woods que estamos practicando un dueto para un concurso muy importante?

Los dos abrieron los ojos como platos.

—¡Sí! ¿Eres tú su pareja? ¡Qué guay!

Los dos estaban que no cabían en sí de la felicidad.

—¿Eres bueno? —se atrevió a preguntar Carter, captando toda la atención de mi chico.

—Es el mejor.

—Aunque no lo he tenido fácil. Al ser chico he tenido que afrontar muchos obstáculos, como insultos.

—¡Como yo! Es que verás...

Y pasó los próximos minutos narrándole con todo lujo de detalle lo que le había pasado en el colegio. Kevin lo escuchaba con atención y cuando el crío terminó de hablar, le dijo:

—Esos niños solo están celosos de ti. No debes dejar que lo que te digan te afecte; de lo contrario, seguirán metiéndose contigo. Te lo digo desde la experiencia. No veas la cantidad de insultos que he tenido que soportar cuando era pequeño.

Carter infló los mofletes, no muy convencido de sus palabras.

—Pero son muy pesados y nunca van a dejarme en paz, no ahora que saben que me gusta bailar. Dicen que eso es para niñas.

Fruncí el ceño. ¡Qué tontería más grande! Mierda de estereotipos.

Kevin puso los ojos en blanco. Sabía que no era la primera vez que le decían aquello. Es más, me acordaba de que hacía unos años, antes de que se fuera, se peleó con varios de sus compañeros precisamente por ese tema. Y es que el baile no era de niñas, había muy buenos bailarines hombres.

—Ellos no entienden que para ser bueno hay que meterle muchas horas y trabajar muy duro. Es otro deporte más, pero, claro, como no es tan visto como el fútbol, béisbol o cualquier otro deporte estrella del país no importa.

—¡Eso es verdad!

—¿Podemos verte bailar? —le pidió Holly—. Porfi, porfi, porfi —suplicó juntando las manos.

—¿Podemos ver el baile que harás con la señorita Woods? Me muero de la curiosidad —la siguió Carter.

Abrí los ojos como platos. «¿En serio nos acababan de pedir lo que creo que nos acababan de pedir?», pensé asombrada en su totalidad. Kevin me miró y en cuanto aquel mar de chocolate derretido dio con mis ojos supe que estaba perdida.

—Si a Hayley le parece bien, no me importa. Así podréis verla en primicia justo antes del estreno. —Les guiñó un ojo con complicidad.

Yo estaba en *shock*. Quiero decir, ¿en qué momento había descubierto lo fácil que le era a mi chico tratar con niños pequeños? A ver, era consciente de la complicidad que mostraba tener con Venus, pero era su hermana pequeña. No le quedaba otra opción que llevarse bien con ella. Ay, mi madre.

Tres pares de ojos se posaron sobre mí y me costó horrores no ponerme roja. «Vamos, respira, puedes hacerlo», intenté darme ánimos a mí misma.

Asentí con la cabeza.

—Por mí no hay problema.

Preparé la pista en mi teléfono y le di al *play*. Mientras, mi compañero se puso en la posición inicial y, antes de que empezara a sonar, me coloqué a su lado. Bajo la atenta mirada de los pequeños fuimos realizando aquella coreografía que tanto habíamos practicado y, al terminar, recibimos una calurosa ovación de parte de ambos.

—¡Qué guay!

—¡Qué chulo!

—¡Me encanta!

—¿Cómo hacéis esos pasos tan difíciles?

—De mayor quiero ser como tú. —Carter estaba maravillado y atónito; miraba a Kevin con pura admiración.

—¿Cómo conseguís ir a la par? Por mucho que lo intento hacer, siempre me adelanto o me atraso.

Solté una pequeña risita al verlos tan emocionados. Me recordaban tanto a mí cuando tenía su edad, lo impresionable que era y cómo me deslumbraba ver bailar a los bailarines más expertos del estudio de Hannah. ¡Quién diría que ahora las tornas cambiarían!

—Muchas horas de ensayo y dedicación. ¿Cuánto tiempo lleváis bailando juntos? —les preguntó Kevin.

—Este es el primer año. Me gusta bailar con Holly, pero a veces siento que no soy tan bueno como ella.

La niñita lo miró.

—Pues yo pienso lo mismo: a veces creo que te retraso.

Ay, pero qué monos que eran y cómo me recordaban a Kevin y a mí con su edad.

—Nosotros llevamos muchos años bailando juntos. Os contaré un pequeño secreto: la primera vez que hice un dueto con ella, pensé que perderíamos por mi culpa. Ella ya era asombrosa y yo no me sentía muy preparado, pero Hayley me dijo que confiara en nosotros porque juntos éramos imparables. ¿Sabéis que pasó al final?

Los dos críos lo miraban expectantes, muertos de curiosidad.

—¿Qué? —Holly tenía unas ganas de saber el final de la historia que incluso los ojos le brillaban.

—No me digas que perdisteis.

Mi chico esbozó una sonrisa genuina, aquella que tanto me gustaba.

—No ganamos, pero quedamos en segundo lugar. Aunque a partir de aquel instante, cada dueto que hacíamos juntos quedaba en la primera posición. Solo es cuestión de que aprendáis a coordinaros y a que sepáis cuándo vuestro compañero va a ejecutar el mismo movimiento. No os voy a mentir: requiere de bastante tiempo, pero es viable.

Carter y Holly estaban en su salsa, más contentos que unas castañuelas. Es más, había cierto brillo en este primero que no había estado en el resto de mis clases. Se sentía más confiado y ahora que había conocido a otro chico que bailaba; ya no se sentía tan solo. Creo que aquel encuentro le vino de fábula, puesto que descubrí a posteriori que empezó a sentir más seguridad y a confiar más en sí mismo.

***

El día del concurso había llegado y yo estaba que me moría de los nervios. Desde el mismísimo instante en el que me había levantado, estuve como un terremoto, de un lado para otro sin poder estarme quieta. Pero es que no era mi culpa que sintiese aquel miedo al fracaso, tan familiar y a la vez tan lejano. Si bien sentía la emoción y las ganas de subirme a un escenario tras años de inactividad, también estaba que me subía por las paredes.

—Oh, Hayley, es solo un concurso más —intentó calmarme Maya al verme tan alterada.

La miré como si fuera una niña pequeña que no comprendía la gravedad del asunto.

—No es un concurso más; es EL concurso. Será la primera vez que compita en casi cinco años. Solo espero no tropezar con mis pies o caerme o quedarme en blanco o hacer el ridículo allí arriba —dije de corrillo. Comencé a sentir tanto calor que empecé a abanicarme con las manos. ¿Por qué siempre me entraban los calores cuando me alteraba?

Maya terminó de poner las dos tazas de café bien cargadas sobre la encimera y me dio un ligero apretón en los hombros.

—Venga ya. Siempre te pones en modo dramática antes de salir a escena y después arrasas.

—¿Y si esta vez...?

Se me llenaron los ojos de lágrimas. ¿Por qué tenía que importarme tanto aquello? ¿Por qué simplemente no podía disfrutar como cuando era pequeña? «Porque esta vez tenemos que ganar sí o sí. Hay que hacerlo por Kevin, Christina y Venus; para que puedan afrontar la demanda de Olivia», me respondí.

—Lo harás como siempre, dando el ciento veinte por ciento. Te tiene que dar igual ganar o perder; solo se tú misma sobre el escenario. Quiero ver a la Hayley Woods de toda la vida, aquella que se lo pasa en grande y que domina el escenario con solo su presencia.

Sentí un nudo en la garganta.

—¿En serio lo crees? Ya sabes lo importante que es que ganemos.

—Hayley, no todo en la vida se basa en ganar. Es solo un simple concurso universitario de talentos...

—Y como todos sabemos el baile no está tan bien visto como otros —completé con amargura.

Mi mejor amiga puso los ojos en blanco.

—Puf, sí que eres cabezota cuando te lo propones. Mira, dalo todo y, si con eso no basta para vencer, para la próxima entrena el doble. Deberías confiar un poquito más en ti misma y en tu compañero. Juntos sois la caña, una bomba de éxito asegurado.

Si aquellas palabras las hubiese escuchado la Hayley del pasado, aquella que competía con fervor y arrasaba, la habría creído sin rechistar. No es por nada, pero antes de retirarme de los concursos siempre quedaba entre los tres primeros puestos de mi categoría. Mas, ahora, ya no lo tenía tan claro; no estaba segura de si, de haber continuado asistiendo a esos concursos, habría seguido ganándolos o si, en su defecto, no habría estado a la altura. Por eso tenía tantas dudas, por eso a mi mente venían tantas preguntas al respecto y por eso no me sentía tan confiada como antaño.

—¿Y si no soy tan buena como antes?

Maya me miró como si fuera una cría tonta en ingenua.

—¿En serio me acabas de hacer esa pregunta tan estúpida? Porque, amiga mía, eres lo más. A ver, yo no entiendo un pimiento de baile, pero por las horas que le metes aun estando fuera del estudio sé que te apasiona y que se te da bien. Las veces que haces tus famosos estiramientos mañaneros siento tal dolor en mis partes más íntimas y a la vez una envidia de la leche porque soy consciente que no podría hacer lo que haces ni en un millón de años. ¡Si sacrificaste una

excursión escolar solo por no perderte un ensayo! Vives por y para el baile. Ya sé que te lo he dicho un montón de veces, pero siento que te has equivocado de carrera, que deberías dedicarte en cuerpo y en alma a la danza. No sé, podrías enseñar a otros bailarines, actuar en espectáculos, salir en anuncios y en revistas... Tienes muchas opciones de las que estoy segurísima de que eres apta. Nunca he entendido por qué justo, de entre todas las opciones, elegiste estudiar periodismo. No te veo como reportera, ya lo sabes.

Tragué saliva.

—Ya sabes que siempre he querido visibilizar más el mundillo del baile. Empecé la carrera pensando en crear mi propio negocio: una revista o un periódico centrado en él. Me gustaría que el mundo conociera todo el talento que hay en el país y la poca estima que se les tiene a estas personas solo porque, según la sociedad, «han elegido la carrera equivocada».

—Es un sueño muy bonito, pero costoso de hacer realidad. ¿Eres consciente de ello?

Me encogí de hombros.

—Lo sé. De momento he escrito un par de artículos relacionados con el tema para varios trabajos y casi todas las fotografías que saco son de mis compañeras de estudio. Ojalá algún día la danza esté mejor vista y no sea algo tan invisible.

—¿Sabes qué es lo que pienso? Creo que, si te lo propones, podrás hacer cualquier cosa. Te conozco lo suficiente como para saber que, objetivo que te marcas, objetivo que cumples. ¿O acaso has olvidado la vez en la que querías vencerle a esa niña del estudio de Summer con tantas ganas que estuviste ensayando con ahínco hasta arrasar en tu categoría? ¿Has olvidado el día en el que me estuviste enseñando esa coreografía que tanto me gustaba y que no desististe a pesar de que tuviese dos pies izquierdos? Sea lo que sea que te propongas, arrasarás. Confío plenamente en ti.

Miré a mi mejor amiga con lágrimas en los ojos. ¿En serio pensaba eso de mí? A lo mejor tenía razón y solo necesita tener más confianza en mí misma.

***

Tomé una gran bocanada de aire. Por fin había llegado la hora de poner en práctica todo lo ensayado, cada segundo invertido en aquel número que debía salir espectacular. «Vamos, Hayley», me dije a mí misma con la intención de

animarme y de disipar aquellos nervios que me carcomían por dentro. «Eres una Woods, y los Woods nunca fallan».

Miré mi reflejo en el espejo del tocador que habían instalado en el pequeño camerino improvisado que se nos había asignado. Esos ojos azules que me devolvían la mirada, mucho más llamativos e intensos debido al maquillaje, estaban serios y reflejaban una tranquilidad sorprendente. ¿Dónde se habían quedado mis movimientos frenéticos; aquellos paseos sin sentido alguno, como si fuera un león enjaulado; y aquellas ganas terribles de vomitar que había sentido esa misma mañana?

—¡La madre del amor hermoso! —exclamó Kevin al entrar en aquella estancia. Habíamos instalado un pequeño vestuario en el que cambiarnos, puesto que me daba una tremenda vergüenza ponerme la ropa que habíamos elegido delante de él—. Estás muy guapa. —Me echó un gran repaso con la mirada a pesar de que estaba sentada y de que, por ello, no podría apreciar en su esplendor el vestido que llevaba.

Si bien sentí cómo me ponía roja debido a sus palabras, no aparté la mirada del espejo. Tomé otra gran bocanada de aire y me dije mentalmente que era muy buena y que les iba a mostrar a todos que Hayley Woods no era una bailarina del montón.

Mi compañero se acercó a mí y enroscó sus manos en torno a mi cuello. Después, miró nuestro reflejo y entrelazó aquellos ojos color chocolate en los míos. Esbocé una sonrisa boba al vernos a los dos así, tan juntos y felices. ¿En qué momento había pasado algo así?

—Vamos a hacerlo fenomenal —me dijo con determinación—. Quiero ver en el escenario a la misma Hayley de siempre, nena. Vamos a dejarlos boquiabiertos con el espectáculo que vamos a dar y, si no ganamos, no va a pasar nada.

Me volví y lo encaré.

—¿Qué pasará entonces con Venus y con Olivia?

—Buscaremos otra solución, otra manera de ganar dinero. Lo único que importa es que lo demos todo sobre el escenario y que lo pasemos tan bien como siempre.

Él se puso en cuclillas y me miró directamente a los ojos. Sus manos acariciaron con delicadeza mi mejilla y sus labios se posaron en mi frente, en un beso tierno y cargado de amor.

—Esta es nuestra única opción.

—No lo es, nena. Hay muchas posibles maneras de solucionar lo de Olivia. No pasa nada si no ganamos.

—Pero es tan importante hacerlo. Temo tropezar y estropearlo todo.

Intenté apartar la mirada, avergonzada, pero él fue mucho más rápido y me lo impidió colocando su mano en mi mentón. El marrón tierra de sus ojos chocó contra el azul intenso de los míos, agua y tierra unidos. Sentía un gran nudo en la boca del estómago y poco a poco las ganas de vomitar estaban volviendo a mí.

—¿Estropear? Nena, solo con tu presencia vas a mejorarlo. No sabes lo suertudo que soy de contar contigo como compañera. —Me guiñó un ojo con descaro, en un intento por distraerme.

—Solo lo dices para que me calme.

Si de algo estaba segura era de que en aquel concurso participaban compañeros muy talentosos. Por lo que había podido ver por la pantalla que habían instalado en nuestro camerino, había bandas de música increíbles, actores que dejaban a uno boquiabierto y bailarines asombrosos. ¿Cómo nos haríamos destacar de entre tanto talento? Era imposible. ¿En serio Quinn había confiado en mí para algo tan sumamente grande?

Empecé a hiperventilar. Ya no quedaba nada para que saliéramos a escena y a medida que el tiempo iba avanzando, mis nervios incrementaban. ¿En serio podría hacerlo?

Fui a una esquina a estirar para después ponerme a ensayar el dúo con mi compañero un par de veces antes de que nos llamaran. Nos quedaban escasos diez minutos para salir a escena y mostrar así todo el trabajo que habíamos realizado a lo largo de aquellos meses de duro entrenamiento.

—Lo vamos a hacer genial —me dijo entre bastidores antes de ponerse a hacer aquel ritual tan adorable que comprobaba que seguía haciendo a pesar de haber pasado tantos años. Mientras, yo efectué el mío propio. Di varios saltos en el sitio y sacudí las manos con fuerza al mismo tiempo que me daba ánimos mentales. «Eres una Woods, y los Woods nunca fallan», «Eres una Woods, y los Woods nunca fallan», repetía constantemente.

—A continuación, démosle una calurosa ovación a los participantes número doscientos sesenta y ocho, Kevin Graham y Hayley Woods, quienes interpretarán una pieza contemporánea llamada *Siempre contigo*.

El público aplaudió en el momento en el que Kevin salió a escena y se colocó en su posición inicial. En cuanto la música empezó a sonar, él empezó a moverse al ritmo de esta. Esperé con paciencia el momento exacto en el que debía entrar y cuando llegó, corrí al escenario y empecé a moverme al son de él, sincronizando mis movimientos con los suyos como si fuéramos una única persona. Hice los pasos lentos en los momentos indicados y los rápidos, mezcla entre hip hop y

contemporáneos, a la par que él. Bailé entre sus brazos, me dejé llevar, actué y me lo pasé como nunca. Me sentía en el mismísimo cielo estando entre sus brazos. Efectué aquel mortal desde encima de sus hombros sin que se me saliera ni un solo pelo del moño y continué con aquella coreografía sin perder el ritmo ni una sola vez. Mi corazón bombeaba con fuerza a medida que nos acercábamos al final. Sus brazos volvieron a acogerme y se movió en círculos cargando conmigo mientras yo movía las piernas con suavidad. En el instante en el que llegó el gran final, tiró de mí, me alejó de él mientras daba vueltas, volvió a tirar de mí, me inclinó, volvió a levantarme y estampó sus labios contra los míos.

Joder, menudo beso. Juro que no estaba planeado, que me había pillado de improviso. Sentí sus labios moverse con suavidad en torno a los míos, cómo su pecho y el mío subían y bajaban con rapidez en busca de aire y, al separarnos, cómo toda la audiencia nos aplaudía con fervor e ímpetu. Con una sonrisa tirando de mis labios, saludé con elegancia tomada de la mano de mi chico y, así, con los dedos entrelazados, salimos del escenario.

—¡Oh, Dios mío! ¡No me creo que hayamos actuado así! ¡Lo hemos hecho increíble! —decía con la voz teñida de exaltación. Me abracé a él con fuerza.

—Ha sido perfecto.

—¿Por qué no me has avisado de que me besarías? —lo acusé. Abrí los ojos con fuerza—. ¿Por qué me has besado delante de todos?

Kevin se hizo el inocente.

—Solo quería darle un final espectacular a un baile que ya de por sí lo era. No sé, quería estar a la altura y llamar la atención de los jueces.

Me empecé a poner roja solo de pensar en cómo aquellos espectadores habían visto la manera en la que él me había dado ese beso que me había pillado por sorpresa.

—¿Solo lo has hecho por eso? —Batí mis pestañas con aire coqueto.

Esbozó una amplia sonrisa y me acercó más a él, colocando una mano en mi cintura para que no me escapara de su agarre, aunque ni muerta me soltaría.

—Y porque me apetecía darte un beso delante de todos. No sabes lo guapa que estás y lo afortunado que soy de estar a tu lado.

Todavía sentía la adrenalina recorrerme por entero, así que mi ya de por sí acelerado corazón comenzó a danzar a mayor velocidad. Kevin era el hombre perfecto que toda mujer querría conocer y de entre todas ellas había sido yo la elegida. Ni en mis mejores sueños me pasaba, vaya.

Enrosqué mis manos en su cuello y me puse de puntillas para quedar cara a cara y mirarlo directamente a los ojos. Se veía tan atractivo ataviado con aquellos

pantalones negros y esa camiseta a juego con mi vestido… y me encantaba cómo su pelo rubio lucía perfectamente desordenado.

—Para guapo ya estás tú. —Le guiñé el ojo con picardía y coqueteo antes de unir nuestros labios de nuevo y abandonarme a aquellas sensaciones que solo él podía provocar en mi sistema. Sentí cómo me apretaba aún más contra su cuerpo, cómo sus dedos recorrían mi espalda y tocaban aquella parte que aquel vestido dejaba al descubierto, haciéndome estremecer entre sus brazos.

Cuando nos separamos, me hizo girar en el sitio al mismo tiempo que una pequeña carcajada brotaba de mi garganta.

Los números fueron pasando con más rapidez de lo que yo había pensado al principio y, pronto, mucho antes de lo esperado, nos llamaron a todos los participantes al escenario. Había llegado la hora de que dieran los resultados y me encontraba muerta de los nervios. Me movía en mi lugar de manera sutil y constante, aunque Kevin intentaba con todas sus fuerzas hacerme ver que si no ganábamos no pasaría nada. Sí, ya, y yo me chupaba el dedo.

—De entrada, agradecemos a todos los estudiantes su participación. Ha sido una jornada muy reñida y estamos todos de acuerdo en que hay mucho talento —comenzó a decir la presentadora, una mujer joven y muy carismática que no dejaba de sonreír. ¿Acaso no le dolían los pómulos de tanto hacerlo?—. Los jueces lo han tenido muy difícil para decidir los tres mejores números.

Mientras aquella pelirroja natural rasgaba el sobre y sacaba de él aquel papel en el que estaban anotados los finalistas y el número ganador, sentía que un gran nudo se me hacía en la boca del estómago. ¿Y si no ganábamos? ¿Y si el número no era lo suficientemente bueno? Joder, lo que menos quería era decepcionar a Kevin y que pensara que era una incompetente; no quería que Quinn se cabreara conmigo si no lo lográbamos.

Los dedos de mi chico se enroscaron con los míos. Dejé de mirar a la pobre mujer para centrar mi atención en él. Pese a que intentaba por todos los medios ocultarlo, en sus ojos brillaba aquel temor que sabía que estaba sintiendo, al igual que yo. Y es que ambos éramos conscientes de la importancia que tenía ganar, no por el hecho de hacerlo, sino por el premio en metálico. Si lo conseguíamos, él le cedería su parte a su madre y podrían luchar contra la idiota de Olivia y todo se solucionaría de una vez por todas.

—Tranquila, no importa si vencimos o no; lo importante es haberlo dado todo, haber dado nuestro máximo y haber disfrutado sobre el escenario de la misma manera en la que lo hemos hecho —susurró en mi oído solo para que yo lo escuchara. Sus palabras ocasionaron un efecto calmante, como siempre. Si bien mi corazón bombeaba con fuerza por la situación, dentro de mí algo me dijo que

no me dejaría de querer si no conseguíamos proclamarnos vencedores—. Debes tranquilizarte. Estoy tan orgulloso de ti y agradecido de haber tenido la oportunidad de volver a bailar contigo.

Una de las cualidades que Kevin tenía era que era capaz de encontrar las palabras necesarias para dar en el clavo.

—¿Seguro?

Su agarre se intensificó y su sonrisa tan característica se instaló en sus labios tan apetitosos.

—Segurísimo.

No hubo tiempo para más intercambio de palabras, puesto que la presentadora volvió a tomar la palabra y a robar toda la atención de los presentes, la mía incluida.

—Antes de dar los resultados quiero deciros a todos que habéis estado de fábula y que debéis sentiros ya unos ganadores. —Posó su vista en aquel papel y os juro que por un momento pensé que me daría una taquicardia. Venga, no era tan difícil decir unos simples resultados. Los nervios y las ansias por saber me estaban carcomiendo por dentro—. En tercer lugar, démosles un fuerte aplauso a *Rats and men*.

Los aludidos, un grupo de cinco chicos se abrazaron con fuerza mientras la multitud les daba una fuerte ovación. Su música había sido muy buena y he de decir que, de tener un disco, lo compraría. Además, juraría haber visto al guitarrista por los pasillos de mi facultad. Uno de los integrantes dio un paso al frente y recogió su premio, un cheque de cinco mil dólares.

—En segundo lugar tenemos a una banda que nos ha cautivado desde el primer acorde. ¡*Aphrodite desires*!

Los aludidos fueron al centro a recibir su premio. Me alegré por ellos, pero en mi interior un mar de inquietud me revolvió de pies a cabeza. Lamentablemente solo podríamos haber quedado o primeros o no haber clasificado.

A mi lado, Kevin me atrajo hacia sí y me acarició con mimo el hombro, en un mensaje silencioso de «No pasa nada», pero sí pasaba algo. Como no ganáramos, estaría muy decepcionada conmigo misma.

—Y los ganadores de este concurso son, señoras y señores... —Me pegué aún más a él y mientras me mordía el labio inferior distraídamente, le apreté con todas mis fuerzas las manos. «Por favor, por favor», suplicaba—. Los ganadores son ¡*Everest*!

Mierda.

Eso solo significaba una cosa: estábamos perdidos.

Capítulo 29

Kevin

No sabía cómo me sentía tras aquella derrota. ¿Estaba satisfecho con nuestro trabajo? Por supuesto. Pero no con el resultado. Quiero decir, ole por los ganadores, se lo tenían bien merecido, aunque me parecía un poco raro que, de entre todos, dos hubieran sido grupos musicales y otro un grupo de teatro. Sí que debo confesaros que había muy pocos bailarines en la competición, pero, aun así, muchos me habían parecido muy buenos. ¿Acaso los jueces no lo habían notado? ¿O simplemente el baile se quedaba de nuevo en las sombras?

Estaba decepcionado. Por un momento, una milésima de segundo, creí que podríamos lograrlo, e incluso me habría bastado con el tercer puesto, pero ni siquiera nos habíamos clasificado.

El ambiente en el pequeño camerino estuvo cargado de tristeza y desilusión. La esperanza que había sentido en mi interior todas aquellas semanas se había esfumado como el humo entre los dedos. La tristeza y la impotencia de no saber que ahora ya no podría hacer nada más por salvar a Venus de las garras de la injusticia me recorrieron de arriba a abajo; la rabia de no poder ayudar a mamá, de que mis esfuerzos hubiesen sido en balde, me estaba consumiendo.

—Lo siento, siento no haber sido lo suficientemente buena —rompió aquel silencio tan asfixiante Hayley con los ojos cargados de pura decepción. Se había acomodado de nuevo en aquel tocador improvisado en el que se había estado preparando para el concurso y había empezado a sacar todos esos potingues que

las chicas utilizaban para desmaquillarse.

Llegué a su lado en varias zancadas largas y me puse a su altura.

—No es tu culpa. Eres asombrosa y juntos somos la bomba, dinamita.

—Quizás si hubiese ensayado más, habría habido otro resultado.

La miré incrédulo. No sé por qué me sorprendía tanto si incluso cuando era pequeña se echaba la culpa de los fracasos de cualquier baile, fuera un solo, un dúo, un trío o un grupal. Siempre había creído que, al ser la menos experimentada, era la responsable de todos los errores cometidos durante la rutina cuando la realidad era claramente otra. No veáis la de veces que la había pillado ensayando en otra aula porque sentía que retrasaba al grupo.

Tomé su mentón entre mis manos y la obligué a mirarme.

—Ha sido fantástico, mucho mejor que en los ensayos. No sé cómo se vio desde fuera, pero te juro que sentí aquella conexión que existía ya desde que éramos unos críos. Hemos ido coordinados, hemos actuado, hemos dado el ciento veinte por ciento... Ha sido nuestra mejor actuación. Quinn estaría orgullosa y Maddie aún más. Estoy completamente seguro de que a mi hermana le habría gustado asistir y vernos bailar.

Ella infló los mofletes como siempre hacía cuando no estaba de acuerdo con lo que uno decía.

—Siempre se puede mejorar y...

La callé con un beso. Madre mía lo cabezota que era.

Las palabras murieron ahogadas en mis labios y se dejó llevar por aquella ola de emociones que nos arrastraron a los dos. Cada vez que la tocaba sentía esa descarga eléctrica que me recorría desde la punta de los dedos del pie hasta la última hebra de mi cabello. Mi corazón se aceleraba y su fragancia tan fresca y característica arrasaba con la poca cordura que me quedaba.

Me separé unos milímetros y apoyé la frente en la suya.

—No importa —susurré muy cerca de sus labios. La besé con ternura para después depositar un pequeño beso en la punta de su nariz. La atraje hacia mi cuerpo y la abracé de aquella manera tan íntima y personal que tanto me reconfortaba y que tanto necesitaba en esos instantes—. Lo hemos hecho fenomenal.

Permanecimos así, unidos el uno al otro, hasta que nos vimos obligados a separarnos. Alguien llamó a la puerta de nuestro camerino y ambos nos separamos un tanto extrañados.

—¿Esperas a alguien? —me preguntó mi compañera sorprendida en su totalidad. Frunció el ceño de esa forma tan adorable que tanto me gustaba.

—No, ¿tú?

—Tampoco.

Cuando me acerqué y abrí la puerta, me llevé la gran sorpresa de encontrar no solo a Derek, Maya, Owen y Michi, sino que mamá, Venus, Maddie y Eric también lo estaban. Me quedé ojiplático. ¿Qué hacían allí? ¿Acaso Venus no había ido a su entrenamiento ni Maddie a sus ensayos? ¿Eric había faltado al entrenamiento del equipo al que estaba entrenando? ¿Mamá no tenía una reunión muy importante? Estaba mudo.

Y es que no me esperaba que ellos estuvieran allí, tanto mamá como mis dos hermanas flores en mano. ¡Qué surrealista que parecía!

—¡Enhorabuena! Lo habéis hecho de cine —nos felicitó Maddie tendiéndome aquel ramo de margaritas, petunias y demás vivas flores.

Hayley torció el morro, en claro desacuerdo.

—Sí, ya, y yo me chupo el dedo. Ha sido un completo desastre.

Mi hermana mayor puso los ojos en blanco.

—Eso ha estado lejos de ser un desastre. Me ha parecido digno de un espectáculo.

—Bueno, a mí me ha sobrado el beso —terció Eric lanzándome una mirada fulminante. Tragué saliva. Vaya, no había contado con que él me viera besando a su hermanita pequeña y...

Pero mis pensamientos pendieron de un hilo cuando otras cuatro personas entraron en la pequeña estancia. Hayley los miró con los ojos abiertos de par en par y la mandíbula desencajada.

—¡Mamá! ¡Papá! ¡Dylan! ¡Andrew! ¿Qué estáis haciendo aquí?

Y corrió a sus brazos. A saber cuándo fue la última vez que pudo hacerlo. Debía de ser algo duro vivir lejos de tus seres queridos; no me veía siendo capaz de soportar los kilómetros de distancia. Si cuando debía viajar o ir a otro estado para estar allí durante todo un verano, se me hacía insoportable la no compañía de mi familia.

Su madre le revolvió el cabello con cariño y sus hermanos se abrazaron a ella con fuerza. Eric pronto se unió a ellos.

—Queríamos ver tu momento de gloria. Has estado fenomenal, tesoro. ¿Cuándo te has hecho tan mayor?

Su padre le depositó un beso en la mejilla y le dedicó una mirada cargada de orgullo.

—Todavía recuerdo la primera vez que ibas a concursar y lo nerviosa que te veías. ¿Cómo ha pasado tanto tiempo desde entonces, desde ese primer solo tan espectacular que hiciste? Has mejorado tanto, cariño, y estoy tan feliz de ver en la maravillosa bailarina en la que te has convertido.

Los ojos de Hayley se empañaron y se llenaron de lágrimas de felicidad que empezó a derramar en silencio.

—¿En serio creéis que lo hemos hecho bien?

Ahora fue el turno de Maddie.

—Por lo que he visto, ha sido una presentación muy limpia, sin apenas errores. Habéis bailado a la par e impresionado al público, porque os juro que ha habido un momento de auténtico estupor ahí abajo y que tras acabar con ese final espectacular se han puesto a aplaudir como locos.

Vaya, no tenía ni idea.

—No sé yo, eh. A lo mejor simplemente les ha parecido una presentación aburrida y solo han aplaudido porque se ha acabado.

Maddie torció el morro.

—No estoy de acuerdo. Como antigua profesora y bailarina profesional que soy sé de qué estoy hablando, enana.

—Además, está el hecho de que de todas las artes que existen el baile es la menos apreciada —añadió mi hermano mayor.

—Es cierto, melli —habló Andrew clavándome sus ojos idénticos a los míos. No me gustaba la miradita que me estaba lanzando—. ¿No te acuerdas de la vez en la que te presentaste a aquel concurso de talentos que la escuela organizó cuando tenías nueve años? Ni siquiera clasificaste entre los diez primeros puestos y eso ocurrió porque se prefiere a un buen músico, cantante o actor que a un buen bailarín. Lo hiciste increíble y dejaste a nuestros profesores estupefactos. ¿No te pidieron después que coreografiaras el baile que haríamos al final de año?

Vaya, no tenía ni idea de ello. Y es que a pesar de que de pequeños nos llevábamos bien, la diferencia de edad provocaba que cosas como aquellas se me pasaran por alto. Ahora cuatro años no eran nada, pero antes eran un mundo. Cuando me mudé, en mi interior se instaló un sentimiento de vacío que no logré comprender hasta que volví a ver a aquella rubita; y es que sin saberlo había sentido cosas muy profundas por ella desde que era pequeño.

Todavía recordaba la vez en la que, siendo ya un preadolescente, me entró la tontería de no querer estar con ella solo porque la consideraba una niña. ¿Sabéis qué hizo Hayley? Se plantó en mi puerta y no se fue en toda la noche. Al final, me vi obligado a salir. Además, Christina la invitó a pasar la noche, lo que nos obligó a mantener una conversación crucial. Ella apenas tenía diez años, a punto de cumplir los once, pero eso no implicaba nada; Hayley siempre había sido mucho más madura que el resto de sus compañeras, y eso fue algo que me atrajo al instante.

—Calla, calla. Qué vergüenza sentí cuando me pidió que bailara para la clase.

La atmósfera se había tornado cálida y agradable. La presencia de nuestras familias había ocasionado que toda aquella desilusión sentida se esfumara, dejando únicamente un halo de diversión que agradecía con todo mi ser.

Sin embargo, todo ello se fue al garete cuando otra persona llamó a la puerta. Hayley y yo nos miramos sin comprender, preguntándonos en silencio si sabíamos quién estaba al otro lado. Mas ninguno pudo imaginar jamás lo que ocurriría a continuación.

Abrí la puerta, encontrándome con un hombre vestido de pies a cabeza con un traje que tenía pinta de ser caro de narices. Su colonia masculina inundó la sala y llenó de tensión el ambiente. Se recolocó las gafas de pasta sobre el puente de la nariz. Era unos años más mayor que mi hermana Maddie y algo en él provocó que se me instalará en la boca del estómago un nudo de puro nervio. ¿Quién era?

—Disculpad la intromisión, pero ¿ustedes son Kevin Graham y Hayley Woods?

Mi chica se separó de su familia y se unió a mí. Ambos lo miramos con una mezcla de inquietud y ansiedad. Volvimos a lanzarnos una miradita buscando las respuestas en el otro, en balde. Por mi parte, no conocía a aquel tipo y por la expresión que ella tenía pintada en el rostro, tampoco.

—Sí, somos nosotros. ¿Usted es...?

Me extendió la mano.

—Richard Mitman. —Estreché su mano y mi compañera repitió el gesto con cordialidad—. Soy el coreógrafo de *Chaston,* un musical que se estrenará muy pronto, y poseo mi propia escuela de baile. He venido aquí en busca de bailarines aptos para un pequeño proyecto que tengo en mente y, si os soy sincero, me ha gustado mucho vuestro número. Creo que deberíais haber tenido una mayor visibilidad. Ha sido una pieza muy complicada cuya ejecución ha sido casi perfecta. Os felicito por ello.

Mi pecho se hinchó de puro orgullo al escucharlo decir aquello.

—¿Qué clase de proyecto sería? —preguntó el padre de Hayley no muy convencido.

Una sonrisa jovial se instaló en sus labios. Llevaba barba de tres días que le daba un aire más profesional y el pelo perfectamente peinado. Aquel hombre desprendía auras de confianza.

—Estoy planeando un espectáculo de baile protagonizado por la *crème* de la *crème* del baile. Busco bailarines con potencial y mucha pasión y creo que vosotros dos tenéis el perfil que busco para dicha función. Por supuesto, se os pagará por ello en igualdad de condiciones.

¡Hala! Estaba estupefacto con la oferta del buen hombre. Ni en un millón de años se me habría ocurrido que un cazatalentos se fijaría en mí, en nosotros. ¿En qué momento había pasado? Se sentía tan irreal, propio de una película.

—También quiero ofreceros una beca —añadió el señor Mitman—. Todos los años, en agosto, ofrezco un campamento enfocado a los distintos estilos del baile. Son veinticuatro horas comiendo, bebiendo y respirando por y para la danza. Quiero que vosotros dos asistáis. La beca incluye el alojamiento en un piso estudiantil, la asistencia a las clases y *masterclass,* desayuno, comida y cena. El resto de gastos irán de la mano del estudiante.

Miré a Hayley, que lo observaba con una mezcla de asombro y pasmo. Estaba igual que yo. Madre del amor hermoso. ¿Aquella oferta iba en serio? ¿O solo era una broma cruel? Porque como lo fuera, me iba a cagar en la perra. Joder, se veía tan tentadora, la fantasía de cualquier bailarín.

—¿Podríamos pensarlo antes de darte una respuesta? —inquirió mi compañera.

—Por supuesto. No tenéis que darme una respuesta inmediata. —Buscó en el bolsillo interno de su chaqueta algo y de ella sacó dos pequeñas tarjetas de color oro que me recordaron a los billetes dorados de *Charlie y la fábrica de chocolate*—. Cuando hayáis tomado una decisión, no dudéis en llamar al número que aparece.

Y tan rápido como había aparecido, se marchó de allí dejándonos a todos sin palabras. Un silencio se estableció en la pequeña estancia, silencio que fue roto por el grito de júbilo que Venus soltó, el que desencadenó que mis hermanas junto a mamá, Derek, los hermanos de Hayley y sus padres hicieran piña a nuestro alrededor y nos dieran un fuerte abrazo.

—¡Sabía que conseguirías hacer algo grande juntos! —casi gritó Maddie llena de emoción. ¿Cómo no estarlo cuando de todos los participantes un cazatalentos se había fijado en nosotros?

Capítulo 30

Hayley

¿Hola? ¿Qué acababa de pasar? ¿En qué momento habíamos pasado de ser derrotados a que nos ofrecieran una propuesta?

Cuando todos empezaron a saltar y a vitorear, yo me quedé estática en el sitio, en *shock* o como queráis llamarlo; y es que mi mente no asimilaba lo acontecido hacía apenas unos minutos. Algo áspero en mis dedos me hizo descender la mirada. Allí estaba aquel trozo de papel dorado en donde se podía leer a la perfección el nombre del señor Mitman y, debajo, su correo electrónico y su número de teléfono. Jugueteé con él en mis dedos, aún con la mente embotada e incapaz de digerirlo.

¿Un cazatalentos estaba interesado en Kevin y en mí? ¿En serio le había gustado tanto la pieza como para ir al camerino y presentarse personalmente? ¡Qué locura! Quería darnos una beca para aquellas colonias que, según tenía entendido, eran exclusivas para lo mejorcito del baile. Creo que incluso Maddie había asistido gracias a una beca, no estoy segura del todo. No solo eso, estaba interesado en que participásemos en un espectáculo de baile.

Volví de nuevo a la realidad en cuanto noté cómo mamá me despachurraba contra ella.

—¡Estoy tan contenta por ti, cariño!

—Al final la canija de la familia se convertirá en toda una estrella —comentó con un tono burlesco mi mellizo. Le respondí con una miradita de desdén.

—Ya lo soy, Andrew —solté con un tono de falsa petulancia.

Lo siguiente que sé es que ambas familias salimos a festejar. Como el concurso había transcurrido durante la tarde, al salir del edificio central de la universidad ya había anochecido. Mamá y papá insistieron en ir a un restaurante caro en el que se servían las mejores cenas de la ciudad y, tras acabar, pagaron la cuenta a pesar de que Christina, Maddie y Eric insistieron en pagar su parte.

—¡Por Kevin y Hayley, las estrellas de la familia! —inició un brindis papá.

—¡Por las estrellas! —brindaron los demás, llevando las copas al centro. Al instante, aquel tintinear inundó el lugar.

Sentí que me ruborizaba. Todas las miradas estaban puestas en nosotros. Uf, ¿qué pensarían? Seguro que estaríamos locos.

La mesa a la que estábamos sentados era enorme y circular. A mi lado estaba Kevin, cuya mano se había entrelazado con la mía desde que prácticamente nos habían arrastrado hasta allí. Al sentirme cohibida, sus dedos se ciñeron a los míos con más firmeza y yo alcé la vista para mirarlo directamente a los ojos. Aquella mirada reluciente y esa sonrisa tan jovial que siempre tenía tatuada en los labios me dieron la bienvenida y provocaron que mi pobre corazón diera un vuelco. Se inclinó sobre mí y me susurró en el oído para que nadie más lo oyera:

—Juntos somos imparables.

Lo éramos, en aquel momento me di cuenta de ello. Habíamos llegado muy lejos siendo pareja de baile; lo sucedido lo corroboraba. Si algo tenía claro era que los dos éramos una máquina bien engrasada, nuestros pasos en la pista de baile se movían en una perfecta sincronía y fuera de esta sentía que el tiempo no había pasado y que esos años perdidos carecían de importancia. Cuando estaba con él mi corazón se movía al son de una música silenciosa, acoplándose al suyo en total harmonía. Estábamos hechos el uno al otro y, en cierta medida, sentía que, de una manera u otra, estábamos destinados a estar juntos. Puede que de no haber muerto sus padres él se hubiese dedicado al baile también, con total probabilidad, y que nos hubiésemos enfrentado el uno al otro en los concursos de baile. Quién sabe lo que habría pasado.

Sonreí como una boba y me dejé llevar por el ambiente tan relajado y feliz de la velada. En todo momento sentí los dedos de él en torno a los míos y en pocas ocasiones, demasiado a mi parecer, me daba un pequeño beso bajo la atenta mirada de Eric.

***

El fin de semana se me pasó volando entre ensayos. Quinn se mostró un poco triste por el resultado del concurso, aunque cuando le contamos lo ocurrido con aquel cazatalentos en seguida la alegría volvió a sus ojos.

—No esperaba menos —nos dijo con el orgullo tiñendo su voz. Acto seguido, nos enumeró cada fallo. Realmente no estaba segura de dónde había conseguido el vídeo de nuestra actuación, pero el caso es que lo expuso en una de nuestras sesiones para recalcar los puntos débiles de la coreografía y los fuertes, resaltando aquellos pasos que a su parecer habían sido brillantes.

El coreógrafo encargado del espectáculo benéfico nos metió mucha caña a mis compañeros y a mí y es que poco a poco la fecha del estreno se iba acercando a paso lento.

—Quiero que me des más, Hayley. Sé que tienes mucho potencial y que puedes hacerlo mucho mejor —declaró él al ver el ensayo—. Repítelo de nuevo.

Hice todo lo que se me pedía y mucho más. Acabé sudando la gota gorda, mostrándome a la perfección. Claro que podía dar mucho más. Puse los pies en punta y estiré la pierna todo lo que podía, mostré todos mis conocimientos que tenía sobre el baile y los puse en práctica y saqué a relucir toda esa técnica que se me había inculcado desde que era una cría. Puse toda mi alma en aquel entrenamiento. Si Hazel había pensado en mí para encarnar a aquel personaje sería por algo, pensé al mismo tiempo que seguía los pasos de aquella coreografía que se me había dado.

—Quiero que trabajes más la expresión y, recuerda, es imprescindible que se vea la evolución del personaje a medida que va avanzando la coreografía. Tienes tres solos en uno y, por lo que sé, Elsa es un personaje popular entre las niñas pequeñas. No quiero ver ni un solo error.

—Está bien.

Salí de aquella sala con la frente perlada de sudor y exhausta. Tomé varios sorbos de agua mientras avanzaba por los pasillos hacia mi clase de hip hop avanzada. Algo que había aprendido con los años era a ser una bailarina todoterreno, completa. Sabía desde contemporánea hasta ballet, hip hop y jazz. En vez de especializarme en un solo género, había preferido aprender un poco de todos, profundizando en aquellos que más me llamaban la atención.

Unas horas después, salía del edificio hablando animadamente con mis compañeras cuando Paris se acercó a nosotras. Aquel brillo macabro en su mirada me puso en alerta. A saber qué se le estaba pasando por la cabeza a esa mujer y qué querría. Al llegar a nuestra altura, chocó su hombro con el mío con demasiada brusquedad, como si no tuviera espacio suficiente para pasar cuando la realidad era otra muy distinta.

—No te metas en mi camino —escupió con veneno.

—Mira por dónde vas —me defendí—, que tienes espacio de sobra.

Pensé que pasaría de nosotras, pero en vez de eso se paró en seco a unos metros y se volvió. Nos evaluó con una mirada cargada de soberbia y altanería. Una sonrisa malvada se dibujó en sus labios finos y una expresión propia de cualquier villano se apoderó de sus rasgos. Sus ojos fueron de una en una hasta caer en los míos. Avanzó un paso cruzándose de brazos al mismo tiempo.

—¿Sabes? Dicen por ahí que estás saliendo con el chico nuevo —soltó así, como quien no quiere la cosa.

Permanecí alerta a sus movimientos. Con ella uno no estaba lo suficientemente preparado.

—Así es. No me dices nada nuevo.

—Llevan saliendo más de un mes —se adelantó Erika, dando un paso al frente para encararla. De verdad que mi amiga no aguantaba a Paris y lo peor de todo era que había tenido que soportar bailar con ella y tolerar cada uno de sus comentarios ponzoñosos—. Llegas tarde.

La castaña ni se inmutó.

—Creo que es mentira. ¿Qué hace un chico guapo como él con alguien tan insignificante como tú? Vamos, si ni siquiera has sido capaz de ganar un mísero concurso y estoy segura de que ha sido todo por tu culpa. Quiero decir, él es un gran bailarín y tú no eres más que del montón, tan poca cosa que pasas desapercibida con facilidad.

Sentí que la rabia recorría mis venas. ¿Cómo se atrevía a decir algo así la muy perra? Estaba clarísimo que se creía lo más de lo más del estudio, pero por muy buena que fuera, si no cambiaba esa actitud de mierda que tenía, no iba a llegar muy lejos. Para conseguir un buen papel se necesitaba carisma, aparte del talento y las horas de arduo trabajo. Si no caías bien al público, había muy pocas papeletas de que te eligieran. Eso era algo que había aprendido con el tiempo y, a pesar de ser tan obvio, muchos artistas fallaban en este punto, incluida Paris.

—Deberías aprender a controlar tu bocaza.

Aquel bicho dio un paso al frente, elevando al mismo una ceja con un aire de chulería molesto.

—Oblígame. ¿Qué te pasa, pequeña Hayley? ¿Te ha molestado que dijera la verdad? Porque todos nos preguntamos qué hace una mujer que posee tan poco talento dentro de un estudio de tanto renombre. Seguro que tus padres sobornan a la directora para que puedas acudir, porque por ti misma es imposible que entres.

Las palabras de Paris picaban y dieron en el clavo con respecto a cómo me

sentía. ¿Cómo había conseguido entrar en un estudio de tanto prestigio? ¿En qué momento Hazel había visto talento en mí? Si a la audición se presentaron muchísimos bailarines y solo nos eligió a dos de nosotros. ¿Qué tenía yo de especial? ¿Qué había visto en mí?

En aquel instante abrí los ojos. ¡Lo único que esa idiota quería era hacerme sentir miserable y patética! Por unos instantes casi se salió con la suya, pero si Hazel había confiado en mí como para permitirme estudiar en su estudio, puede que sí fuera lo suficientemente buena.

—No te creo —la desafié recuperando toda la confianza en mí—. No sé si estarás enterada, pero Kevin y yo hemos conseguido que un cazatalentos se sienta interesado en nosotros y nos ha ofrecido una beca completa para una de sus colonias formativas y, además, quiere que formemos parte de su espectáculo. Si tan mala fuera, no me habría dado siquiera una oportunidad.

Paris hizo una mueca y por unos segundos pareció aturdida, aunque se recuperó en un abrir y cerrar de ojos.

—Estás mintiendo.

Fue mi ocasión de cruzarme de brazos y alzar una ceja.

—Piensa lo que quieras. Puedes incluso preguntárselo a mi compañero o a Hazel.

Y con esas palabras, la dejé en el pasillo, plantada como un pasmarote.

***

El lunes fue un día que no sabría describir. Surrealista, quizás. Fui a la universidad como todos los días, aunque antes de asistir a mi primera clase fui a la cafetería a por una buena taza de café. Maya y Michi estaban conmigo, la primera sumida en sus apuntes, repasando, porque tenía un examen importantísimo; la segunda absorta en sus propios pensamientos.

Puse las manos en torno a la taza y dejé que esta me calentara los dedos. Afuera hacía un frío que te invitaba a quedarte en casa, calentito. Estaba a punto de darle un sorbo a mi bebida cuando un par de chicas se acercaron a la mesa. No las conocía de nada, pero al ver que portaban algo en la mano y que su expresión rondaba entre el nerviosismo y la emoción, empecé a sospechar por dónde iban a ir los tiros.

—¡Dios mío! ¡Eres Hayley Woods, la famosa, la increíble y talentosa bailarina! —exclamó una de ellas. Iría a primero o, en su defecto, a segundo. No

podían ser más mayores.

Me sentí halagada y un poco cohibida. Jolines, no sé por qué siempre me pasaba aquello, por qué me quedaba cortada cuando algún fan se acercaba a pedirme un autógrafo.

—Sí, esa soy yo.

Su amiga se puso a dar pequeños botes, llamando la atención del resto.

—¡No me puedo creer que estudies en nuestra misma universidad!

Esbocé una sonrisa tímida.

Una de ellas, la que tenía unas gafas muy chulas, me tendió una imagen en la que aparecía junto a Kevin. Abrí los ojos tanto que por un momento pensé que se me saldrían de las cuencas. ¿Qué hacíamos nosotros dos en la revista de la universidad? ¡La hostia! Si habían escrito hasta un artículo.

—¿Podrías... podrías firmar en la imagen que más... más prefieras, por... por favor?

Amplié mi gesto, mostrándome encantada.

—Claro que sí. ¿Cómo te llamas?

La chica parecía estar en el mismísimo cielo.

—A... Alice.

Junto a mi firma le escribí un pequeño mensaje motivador.

—¿Eres bailarina? —le pregunté mientras tanto.

—Sí, pero no tan buena como tú. No tengo tanta experiencia y tampoco he ganado muchos concursos. Tu... Tu técnica es fabulosa.

Sus palabras me llegaron al alma. ¿En serio pensaba que era tan buena?

—Seguro que exageras. Me la juego a que trabajas duro todos los días y que haces horas extras en casa.

Los ojos de Alice adquirieron un brillo especial, como si me comprendiera. Muy pocas personas creían que se necesitaba trabajar no solo en el estudio de baile, sino que también era necesario estirar en casa, por ejemplo, o ensayar las coreografías. Si bien en Portland, donde me había criado, yo no contaba con un espacio extra para ensayar cómodamente, mamá me dejaba el salón para hacerlo en los días de lluvia. Los días que hacía bueno trabajaba en mis lecciones en el jardín trasero de casa.

—Intento hacerlo siempre que puedo, pero a veces es casi imposible, más ahora que he empezado la carrera de sociología. Nos mandan tantos trabajos grupales que cuando llego a casa lo único que me apetece hacer es desconectar.

La entendía muy bien. De verdad, los profesores se pasaban a la hora de que hiciésemos trabajos. Mandaban hacerlos como si solo tuviésemos su asignatura, cuando la realidad era otra muy distinta. A ver, para una persona que tiene toda

la tarde libre, estaba bien; pero para alguien que, aparte de las clases, va a un estudio de baile y que, además, trabajaba, se le hacía a uno muy costoso. Yo me había visto obligada a hacer malabares para compaginar mi carrera universitaria con la de bailarina profesional.

—Se pasan.

—Estoy de acuerdo.

La otra chica carraspeó y, de pronto, me di cuenta de que la pobre mujer también traía consigo la misma revista y enseguida me sentí avergonzada por haber pasado de ella por un momento.

—¿Podrías tam... también firmármela a mí, por favor?

—Por supuesto. ¿Cómo te llamas?

—Andy. ¡No me puedo creer que seas tú y que, además, estudies en nuestra misma universidad! —dijo de corrillo la pobre mujer, sin respirar siquiera.

Mientras le escribía una pequeña dedicatoria, pude ver que el artículo nos mencionaba a Kevin y a mí, pero no pude leerlo por completo. Rayos, debía hacerme con una copia cuanto antes.

Le tendí la revista esbozando una sonrisa de dicha en mis labios.

—¿Visteis la coreografía que Hayley y su compañero hicieron en el escenario? —les preguntó Michi con un tono alegre.

Al instante, ambas dos asintieron enérgicamente con la cabeza.

—¡Por supuesto! Fue increíble. Kevin es tan guapo y os veíais tan bien juntos, como si estuvieseis hechos para bailar en pareja desde siempre. ¿Tuvisteis que ensayar mucho? —comentó Alice llena de emoción.

—Nos ha llevado más de un mes que la pieza se viera tan espectacular como lo hizo en escena. No os mentiré, es duro y requiere de muchas horas de entrenamiento, de compromiso por parte de cada componente de la pareja.

—Os ha salido de diez. Es una pena que no ganarais. A mi parecer, os merecíais el primer puesto. Me ha gustado la mezcla de estilos y ese final. ¡Insuperable! —exclamó Andy con las mejillas rojas de la impresión.

—¿Sois pareja? Es que tenéis muy buena química —soltó de pronto su amiga y yo no pude evitar ruborizarme de pies a cabeza.

Las muy condenadas de mis amigas se rieron y Maya fue la que les soltó la bomba.

—Llevan juntos ya... ¿un mes?

Las dos chicas soltaron un par de gritos propios de las fans eufóricas de los conciertos de los famosos. ¿En qué momento me pasaba algo así? A ver, ya era conocida dentro del mundillo del baile y había tenido algún encuentro con alguna fan, pero es que me parecía flipante que se me considerara alguien

famoso. Hayley Woods, una estrella del baile. ¿Quién lo diría?

—¡Dios mío! Si es que ya decía yo que se os veía tan *shippeables* —comentó Andy con los ojos brillantes.

—Y ese beso, madre mía. Ha sido la guinda del pastel —estuvo de acuerdo su amiga.

Dos pares de ojos se posaron en mí ávidos y curiosos.

—¿Podemos sacarnos una foto, por fi? Cuando se la enseñe a mis amigas del estudio, se van a morir de la envidia —habló Andy.

—No se lo van a creer. ¿Sabes? Eres un modelo para la gran mayoría. Cuando nos enteramos de que estudiarías en Nueva York, no nos lo podíamos creer. Es una pena que dejaras de competir. Estoy segura de que habrías arrasado.

—Nos ha gustado verte en aquel programa y en *America´s Got Talent*. ¡Llegaste a la final y quedaste finalista! Menudo logro.

Me sentía como en una nube. Madre de Dios, ¿aquello era real?

—Claro que podemos sacarnos una foto, faltaría más.

Tras unas cuantas tomas, me despedí de ellas y me dirigí a mi clase sonriente, con Michaela a mi lado. Me sentía tan feliz, y es que el que te reconocieran le subía a uno la moral y el ánimo. Al llegar a clase, Lydia, una compañera muy maja, nos abordó. Traía entre sus manos aquella revista y tras aquellas gafas tan monas podía ver un destello de sorpresa y felicidad.

—¡Hayley! Mira, mira. Has salido en la revista de la universidad. ¡Eres una celebridad!

Oh, pero qué encanto que era. Habíamos trabajado juntas más de una vez y, si bien se juntaba con otro grupo, me caía fenomenal. Era la clase de mujer fácil de querer. Era bajita y tenía una voz muy mona, parecida a la de una niña. Eso sí, tenía un carácter la tía. No solo eso, era una de las personas más inteligentes de la clase y sacaba unas notas que ya me gustaría a mí tenerlas.

Lydia me la tendió y, mientras leía el artículo que estaba dedicado a Kevin y a mí, se sentó en una de las sillas que había, sin apartar en ningún momento la mirada de mí. Michi hizo lo mismo y, al mismo tiempo que leía, sentí los ojos de esa pareja sobre mí.

¿Quiénes son en realidad Hayley Woods y Kevin Graham? La pareja que ha causado sensación y ha cautivado al público en el concurso de talentos, se titulaba. Continué con la lectura.

El pasado viernes tuvo lugar la décima edición del concurso de talentos de nuestra querida universidad y he de decir que se presentaron un veinte por ciento más de estudiantes que el año pasado. Sin lugar a dudas, nuestra institución cuenta con una cantidad inmensa de talento oculto. Podéis leer la entrevista de los tres finalistas en las

siguientes páginas si lo deseáis.

No obstante, la que se llevó la atención y el corazón de la mayoría de los asistentes fue una pareja de baile que dejó a la audiencia sin habla. Compuesta por Hayley Woods y Kevin Graham, dos estudiantes de periodismo de primer año, este dúo arrasó con el número que hizo sobre el escenario y ese final no tan esperado, si bien se notaba cierta química entre ellos dos.

¿Quiénes son este par? ¿Eran conocidos antes de pisar la universidad? Pues sí. Como lo leéis, tanto Hayley como Kevin cuentan con una carrera asombrosa dentro y fuera del baile. Ambos antiguos estudiantes del Hannah Brown Studio, *competían tanto en la categoría solista, como en la de dúo, trío y grupal, ganando más del setenta por ciento de las veces. ¿Queréis conocerlos en profundidad? Seguid leyendo.*

Kevin, hijo de Isabelle, una gran bailarina y actriz de Broadway, y Jules Graham, un empresario cuyo pequeño negocio de ropa desapareció tras su muerte, se ha formado en las mejores academias de baile, ha competido e incluso se ha llevado varios premios nacionales y participado en los famosos Internacionales. No solo eso, este hombre de tan solo veinticuatro años ha aparecido en varios anuncios, ha modelado para un par de marcas de renombre y salido en un par de series. ¡Sin lugar a dudas, tiene un gran talento!

Hayley, por el contrario, ha estudiado toda su vida en el Hannah Brown Studio, *ha acudido a varios cursillos avanzados tanto de ballet como de danza contemporánea y lírica, ha asistido a* masterclass *dadas por grandes bailarines e incluso ha dado alguna ya. No solo eso, por lo que he podido indagar, esta joven de veinte años, al igual que su compañero, ha modelado para varias marcas de ropa, ha salido en la televisión e incluso tuvo un pequeño papel en una película que fue llevaba a la gran pantalla, fue la protagonista de un espectáculo en Broadway y, por si fuera poco, quedó finalista de una de las ediciones de* America´s Got Talent. *Por si esto fuera poco, cuando competía, arrasaba con esa técnica que tanto la caracteriza.*

Se rumorea que ambos mantienen una relación sentimental y que son pareja desde hace tiempo. ¿Qué opináis? Podéis ver las fotografías del concurso en esta y en la siguiente página y podéis gozar del vídeo en el canal de YouTube *de la universidad. Esperamos vuestra opinión. ¿Creéis que se merecían ganar?*

Miré las imágenes que había adjuntas al artículo y me quedé fascinada. Ostras, ¿tan bien lo habíamos hecho? En una de ellas estaba apoyada en el hombro de Kevin con la pierna izquierda estirada por encima de mi cabeza, sonriéndole como una boba enamorada. En otra estábamos a punto de realizar un mortal. También estaba aquella en la que bailábamos tomados de las manos y la del beso. Espectacular.

—¿Qué miras con ese ceño fruncido?

La voz de Kevin me hizo dar un bote en el sitio. Fue tal el susto que la revista se me resbaló de los dedos y cayó al suelo. Maldije por lo bajo.

Los ojos verdes de Michi se iluminaron al verlo a mis espaldas.

—Rubiales, mira qué pedazo de artículo han escrito sobre vosotros dos los encargados de la revista universitaria.

El rostro de Kevin pasó por un sinfín de emociones. Posó aquellos ojos que tan cautivada me tenían sobre mí para, después, centrar toda su atención en aquel papel que estaba tirado en el suelo. A cámara lenta —así lo sentí yo— se agachó y lo recogió del suelo. Le echó un vistazo y lo leyó bajo nuestra mirada. Pasó a la siguiente página y miró las fotografías, en especial la del beso. Una sonrisa tiró de sus labios hacia arriba, seguramente pensando en el momento. Sin pensarlo, evoqué el instante en el que me rodeó con sus brazos y, allí, delante de todos, me dio uno de los mejores besos que había recibido en mi vida.

Kevin levantó la mirada de las hojas y me miró. Señaló una foto en concreto, aquella en la que aparecía sola haciendo un movimiento, la mar de concentrada.

—Me gusta esta. Hablaré con el editor para que me la dé. Estás muy favorecida.

—Oh, qué monos. ¿No te lo parece, Lydia? —articuló Michi poniendo ojitos y lanzando besitos al aire. Creí que moriría de la vergüenza allí mismo.

—Sois adorables. —Torció el gesto, mostrando una sonrisa malvada—. ¿Para cuándo la boda?

Joder, empecé a ruborizarme de pies a cabeza. Las mataría, tarde o temprano cometería un asesinato doble.

No llegamos a decir nada más, puesto que nuestro profesor entró en el aula. Me dirigí a mi asiento y me dejé caer con Kevin y Michi a mi lado. Mientras sacaba todo el material que había impreso el fin de semana, Kevin me tomó la mano bajo la mesa. Cuando nuestras miradas se conectaron, me guiñó un ojo con picardía y yo dejé de respirar durante unos segundos; había olvidado cómo hacerlo.

—Estás perfecta en las fotos. Me alegra que nos hayan puesto como dúo de nuevo.

No sabía muy bien qué responder. Al final acabé soltando un corto:

—A mí también.

El resto de la clase no me soltó la mano, aunque yo tampoco quería que lo hiciera.

Capítulo 31

Kevin

Hacía una tarde malísima: llovía a raudales y apenas se veía la carretera. Fuera, el viento ululaba con demasiada fuerza, chocando fuertemente contra el coche en marcha. La mujer, sentada en el asiento del copiloto, hablaba con entusiasmo mientras su marido la escuchaba, prestando al mismo tiempo su atención a la carretera. Él manejaba el vehículo con sumo cuidado, las gotas de lluvia cayendo sin tregua contra el parabrisas.

De pronto, un rayo iluminó el cielo y un trueno resonó con estruendo. La mujer miró hacia arriba, hacia las nubes oscuras encapotando y oscureciendo el día. No eran ni las cinco de la tarde y parecía noche cerrada. Ella tembló en su asiento. No le gustaban las tormentas, menos los relámpagos. La mano de su marido en su rodilla hizo que lo mirara.

—Todo irá bien. No debes preocuparte por nada —le aseguró, esbozando aquella sonrisa que tan enamorada la tenía.

Podía sonar tonto, pero aquellas palabras fueron suficientes para calmar el miedo que estaba empezando a formarse en la boca de su estómago.

—Solo quiero ver a mi bebé en escena —confesó, iluminando con una sonrisa radiante sus rasgos.

El hombre apartó la mirada durante unos segundos para contemplarla, craso error. El coche dio un bandazo debido al fuerte viento y el conductor, sorprendido, no tuvo apenas tiempo de reaccionar. El vehículo se salió de la

carrera y chocó contra un poste, acabando con su vida al instante.

No muy lejos de allí, un niño pequeño se preparaba para actuar en aquel espectáculo anual. Era su primera actuación y estaba muy nervioso. Solo quería que su mamá estuviera orgullosa de él y que su papá aplaudiera con tanta fuerza que eclipsara al resto. Mientras calentaba en un rincón, evocó cada paso de la coreografía que le tocaba en su mente. «Vas a hacerlo muy bien, cariño», pensó en las palabras que su madre le había dicho aquella misma mañana cuando lo llevó al colegio. «Eres el mejor bailarín que he visto jamás».

Poco se imaginaba el chiquillo que unos minutos antes de subir al escenario su profesora se iba a acercar a él para darle la peor de las noticias.

—Lo lamento, pequeño, lamento tener que contarte esto —le dijo entre lágrimas—, pero tus padres han tenido un accidente.

—¿No van a venir? —preguntó con la mirada llena de tristeza.

La inocencia del crío enterneció a su profesora y le dolió en el alma tener que decirle aquellas duras palabras:

—No, pequeño. El accidente... han... han muerto.

Los ojos del niño se llenaron de lágrimas y empezó a sollozar con fuerza, preguntándose por qué se habían tenido que marchar tan pronto. Una voz lejana le susurró en su interior: «En el fondo solo eres un huerfanito cuyos padres murieron en un accidente del que tú eres el principal culpable. ¿Sabes? Mereces que estén muertos y no mereces recibir ni una pizca de amor. Eres patético».

Aquella imagen poco a poco se fue tornando borrosa hasta convertirse en una pantalla en negro, pero aquella voz horrible estaba allí y le decía de forma incansable:

«Es tu culpa que tus padres estén muertos».

«Si no hubieras asistido a ese recital, habrían seguido con vida».

«Fue tu culpa».

«Asesino».

«No te mereces ser feliz».

***

Desperté con un grito, totalmente lleno de sudor y con el corazón latiéndome con fuerza. Las sábanas se habían enrollado en torno a mi cuerpo de lo mucho que me habría movido. Intenté recuperar el aliento, volver a respirar con normalidad.

«Fue tu culpa», repetía mi mente una y otra vez, aquella voz horrible que me había torturado durante años. Me llevé las manos al pelo y tiré de él con fuerza. Llevaba semanas sin sufrir ni una sola pesadilla y, por un momento, había pensado que ya no volvería a tenerlas nunca más. Qué equivocado que estaba. Aquella había sido de las peores.

Por norma general, casi siempre repetía en bucle el momento exacto en el que me decían que mis padres habían fallecido y ocasionalmente soñaba con los abusos sufridos en las diferentes casas de acogida. Os juro que aquello nunca me había pasado; nunca me había soñado dentro del coche de mis padres. Veía tan real sus rostros llenos de vida y la forma tan fatídica en la que habían perecido.

—Vamos, contrólate —susurré al ver que no conseguía calmarme.

La puerta se abrió de golpe y una Christina preocupada entró corriendo en mi habitación. Ni siquiera se había molestado en ponerse las zapatillas de casa ni la bata. En sus ojos vi lo intranquila que estaba.

—¿Pesadilla? —se limitó a murmurar.

Todavía con el pulso acelerado, clavé los ojos en ella. Sentí que las lágrimas descendían por mis mejillas. ¿En qué momento había empezado a llorar?

—Pesadilla.

No tuve que añadir nada más. Mamá se acercó a mi cama y yo me aparté para hacerle un hueco. No era muy grande, pero cabíamos perfectamente los dos sin ningún problema. Nos tapó y empezó a acariciarme el rostro con ternura, de aquella manera que, sabía, me calmaría.

—¿Quieres contarme qué has visto?

Me eché a llorar, recordando la forma brutal y tan real con la que el coche se había estampado contra esa farola. A veces esto último variaba, puesto que yo no había estado presente en el accidente. En ocasiones, era un muro; otras veces, un árbol. Aquella vez había sido una farola.

—Eh, tranquilo.

Depositó un pequeño beso en mi frente. A pesar de estar sudado, me pasó las manos por el pelo con cariño, como sabía que a mí tanto me gusta.

Empecé a hablar con la voz temblorosa:

—Iba en el coche en el que mis padres murieron. —La voz apenas me salía en un hilillo audible. Me aclaré la garganta para que no se me rompiera—. Iba en la parte trasera. Ellos hablaban. Se veían entusiasmados con la idea de verme en escena. Fuera llovía demasiado y... y, no sé cómo, papá perdió el control total del vehículo.

—Tesoro.

—Yo... los vi, ¿sabes? Vi a mis padres cubiertos de sangre, muertos. Lo peor

es que tan pronto como ocurría el accidente, mi mente volaba al momento exacto en el que me dijeron lo que había pasado y, después, todo... todo se volvió oscuro. Y apareció esa horrible voz, joder.

Mamá se quedó estática por un momento,

—¿La misma que te repite una y otra y otra vez que eres el culpable del accidente de tus padres?

—Ajá.

Apenas podía articular palabra. Sentía un gran nudo en la garganta. Parpadeé y más lágrimas rodaron por mi cara.

Odiaba toda esa mierda. Era plenamente consciente de que yo no había sido, ni por el forro, el culpable de nada. ¿Quién podría haber predicho que mis padres sufrirían un accidente el mismo día de mi función? Yo no tenía la culpa. Solo era un niño con un único objetivo: hacer que sus padres se sintieran orgullosos de él. No era como si los hubiese empujado hacia la muerte.

—Ven aquí, mi niño. —Mamá me acercó a ella y me envolvió en un gran abrazo. Me apoyé en su pecho y lloré sobre su hombro en silencio.

Existían pequeños momentos de debilidad, aquellos que me pillaban con todas mis defensas bajadas. Volvía a ser ese niño pequeño que tanto dolor había soportado, tantas palizas y tantas noches pasando hambre. Si bien ya eran cada vez menos, seguían ocurriendo. En aquella ocasión había sido una de las peores. Lo había sentido tan real.

«Es tu culpa. Tu culpa».

«Mereces que tus padres estén muertos».

Intenté alejar de mi mente aquellos pensamientos tan atroces cambiándolos por otros más alegres, como los recuerdos que tenía junto a mis padres biológicos. La vez en la que papá hizo para mí mi propio vestuario de baile o cuando mamá pasaba horas y horas en casa bailando y yo la intentaba imitar. Sus risas. La forma en la que papá miraba a mamá cuando ella no se daba cuenta. Mi última fiesta de cumpleaños con ellos.

«Ellos estarían muy orgullosos de ti, de en lo que te has convertido», me dije a mí mismo. Estaba seguro de ello. Sabía que mis padres estarían contentos con mi desempeño en el concurso. Mamá se sentiría llena de dicha al ver que su hijo había seguido sus pasos y que se había destacado dentro de un mundo en el que el talento sobraba.

Sonreí.

A mamá y a papá les habría caído de fábula Hayley.

—No eres el culpable de nada, ya lo sabes —me dijo Christina con la voz teñida de amor—. De lo único que eres culpable es de que te quiera tanto. No

sabes la forma en la que me robaste el corazón cuando visité el Moonlight por primera vez. Sentí algo aquí. —Se llevó una mano al pecho, allí donde su corazón descansaba—. Vi estos ojitos y esta cara pilla que tienes y supe que quería convertirme en tu madre, que quería cuidarte y darte todo el cariño que tenía que dar.

Miré a la persona más buena y bondadosa que había tenido el honor de conocer. Nadie se imaginaba la cantidad de barbaridades que habíamos pasado juntos, como aquellos momentos en los que mi subconsciente me jugaba una mala pasada, la búsqueda de su sobrina, la lucha por adoptar. Si de algo estaba seguro era de que ella era mi madre. Puede que no me hubiese tenido en su interior nueve meses, pero sí que era la que se había encargado de cubrir, por primera vez en mucho, todas mis necesidades; la que me había querido pese a todos mis problemas.

Era mi madre, mi segunda madre. La quería como tal.

—Lo sé, pero a veces me pregunto qué habría pasado si mis padres no hubiesen muerto.

Ella me miró apenada.

—Puede que no te hubiese conocido. Si no hubieses estado en el Moonlight, no habríamos coincidido y yo no me habría sentido tan plena como desde el instante en el que llegaste a mi vida. —Me revolvió el pelo de nuevo, esbozando una sonrisa triste—. Has revolucionado mi mundo, ¿sabes? Incluso puede que no hubiese adoptado a Venus.

—Puede que Maddie te hubiese impulsado a hacerlo.

—No creo que hubiese sentido aquella conexión, tesoro. Tú fuiste la razón de que quisiera tenerla con nosotros. Os veía tan bien juntos. Recuerdo la vez en la que os conocisteis, ¿te acuerdas?

Sonreí. ¿Cómo olvidarlo? Una tarde fui a buscar a mamá al centro en el que daba clase y, sin querer, me di de frente con aquella pequeña. Su manera de vestir y su reacción saltaron todas mis alarmas. Desde aquel encuentro, siempre que podía le llevaba algo dulce y entablaba conversación con ella. No veáis la cantidad de veces que la veía fuera, esperando a que la recogieran. Había días en los que los gilipollas de sus padres de acogida no aparecían hasta la noche.

—Me acuerdo. A día de hoy me pregunto cómo fue capaz de soportarlo.

Ella me dio un pequeño pellizco en la mejilla y frotó su nariz contra la mía.

—De la misma manera que tú lo hiciste. Sois muy fuertes, mucho más de lo que pensáis.

Aquella charla logró calmarme del todo y tras una ducha para quitarme todo el sudor del cuerpo y asegurarle mil veces que estaría bien, me metí de nuevo

entre las sábanas y ya no hubo malos sueños ni pesadillas, solo imágenes de todo lo bueno que me había pasado en la vida: Maddie, mis hermanos del Moonlight, Kara, Álvaro, mis padres, Eric, Venus, Hayley... Pero sobre todo ella: mi madre.

***

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste una?

Dejé de mirar la pared blanca del despacho de la señora Morgan para centrar de nuevo mi atención sobre sus palabras.

—Creo que fue hace tres meses y no tan gorda. Era tan real y nítida, como si de verdad hubiese estado en aquel coche.

Linda Morgan, mi psicóloga, me clavó aquellos profundos ojos grises. Su cabello, atado en una cola de caballo, se movió de un lado para el otro cuando meneó la cabeza. Llevaba atendiéndome semanalmente desde que me había mudado a Nueva York, sin contar los otros dos con los que estuve en contacto desde que Christina me adoptara.

—¿Crees que la aparición de Olivia y la derrota en el concurso de talentos pueden haber desencadenado el mal sueño?

Una de las cosas que más me gustaba de ella era facilidad que tenía de dar en el clavo. Desde el momento en el que pisé su clínica, haría casi cuatro meses, me caló. Supo leerme como si fuera un libro abierto.

—No lo creo, estoy seguro. Temo las consecuencias que acarreará el haber perdido.

Linda se llevó un dedo a la barbilla y dio pequeños golpes en esta, su manera de mostrar que estaba pensando.

—¿No me comentaste que había un cazatalentos interesado en vosotros?

Asentí con la cabeza.

—Así es, aunque todavía no sé qué hacer. Su oferta es tan tentadora.

—Y con el dinero que consigas trabajando para él podrías ayudar a tu madre con todo el asunto.

Moví la cabeza de nuevo arriba y abajo.

—Así es. —Me eché hacia delante y me llevé las manos al pelo, tirando de él con frustración—. ¡Argh! No sé qué hacer.

La sonrisita de aquella mujer me sacó de quicio.

—Creo que sí sabes qué es lo que quieres.

Bufé.

—A veces odio que me conozcas tan bien. Sí, lo sé. Me gustaría decirle que sí, pero ¿y si todo es solo una estafa? ¿Y si no soy tan bueno como piensa y espera que sea?

Ella se inclinó hacia delante.

—Mira, Kevin, de entrada, si no fueras lo suficientemente bueno, no se habría fijado en ti. Yo creo que deberías hacer lo que creas correcto.

—No es una decisión que me concierne solo a mí. Debo hablarlo con mi compañera antes de elegir.

—Lo que pienses que será lo mejor.

Tras aquellas palabras, la sesión continuó hasta que unos minutos después la hora que había reservado llegó a su fin. Le agradecí como siempre hacía y me despedí de ella con una sonrisa. Una vez fuera, pensé en sus palabras y decidí que hablaría con Hayley cuanto antes.

Capítulo 32

Kevin

El tiempo fue pasando con lentitud. Mis pesadillas se volvieron más frecuentes a medida que avanzaban los días. Sentía la presión constante de Olivia, de sus palabras y de sus actos, sobre mí. Que no apareciera en tanto tiempo me puso aún más tenso. Si algo sabía era que si una persona desaparecía tanto solo significaba una cosa: problemas. Y esos problemas vinieron en forma de llamada telefónica. Estábamos cenando los tres cuando, así, sin comerlo ni beberlo, el teléfono fijo de casa empezó a sonar. Mientras mamá atendía, empecé a bromear y hacer muecas chistosas. Me puse un trozo de zanahoria sobre el mostacho a modo de bigote que hizo que mi hermana riera. Ella, a su vez, se colocó una mazorca de maíz a modo de perilla. Ambos reíamos como siempre, sin sospechar siquiera la noticia tan desgarradora que le estaban dando a Christina.

En cuanto escuché aquel grito cargado de dolor, el ambiente lúdico se evaporó y yo corrí junto a mamá, quien sostenía el aparato con mano temblorosa. Sus ojos verdes estaban llenos de lágrimas y sus labios temblaban.

—¿Qué ha pasado? ¿Quién es?

Pero ella no fue capaz de responder. Se quedó allí, inmóvil, y no supe qué hacer. Me estaba preocupando tanto que llegó un punto en el que no lo pude soportar más y empecé a tirar de las hebras de mi cabello con fuerza, frustrado por no poder hacer nada.

—¿Mamá?

Silencio.

—¿Quién es?

Más silencio.

—¿Qué quiere?

Cuando pensaba que ya no obtendría ni una sola respuesta, una palabra salió de sus labios en apenas un susurro. ¿Cómo un solo nombre podría aterrarnos tanto, podría significar tanto para nosotros?

—Olivia.

Lo siguiente que recuerdo fue que Christina perdió todo el control y empezó a llorar. Venus vino corriendo al recibidor y al ver a nuestra madre tan rota, también se echó a llorar.

—¿Es... es esa mujer? ¿La que... la que quiere llevarme con ella? No quiero que lo haga. ¡No quiero irme con ella! —acabó gritando entre sollozo y sollozo. Mientras, yo estaba allí, quieto como una estatua sin saber qué movimiento hacer a continuación.

Mamá la abrazó y lloraron juntas.

—No lo harán, pequeña. No lo permitiremos —prometí.

No obstante, al ver cómo torció el morro Christina, supe que estaba totalmente equivocado.

—No creo que superemos este obstáculo, tesoro. Ha llamado el... abogado de esa mujer. Nos van a llevar a juicio y, según lo que me ha dicho ese sujeto, tenemos todas las de perder.

Venus enterró la cabeza aún más en mamá, quizás con la idea de que cuanto más fuerte la abrazara, más difícil sería que la separaran de su madre.

—¡No! ¡No! ¡No! No quiero. ¡No quiero! —chillaba envuelta en un mar de lágrimas. Se volvió por un momento hacia mí y me miró con ojos suplicantes—. Por favor, Kevin, no dejes que me lleven.

Juro que aquellas palabras se me clavaron en lo más hondo de mi ser. Y es que veía en ella a un pequeño Kevin que sufría por más de lo mismo: un cambio no deseado, un traslado hacia vete tú a saber dónde. La de veces que había cambiado de domicilio en mis años como niño de acogida. Solo de pensar en que mi hermanita había pasado por lo mismo, en que pretendían separarla de una familia que la quería con locura solo porque a una mujer se le había puesto en la punta de las narices hacerlo por venganza me ponía enfermo. Ella no se podía ir, no. Me negaba a que algo así sucediera.

—Habrá algo que podamos hacer, mamá. Aceptaré la oferta de ese hombre, buscaré un trabajo, lo que sea.

Pero ella no estaba de acuerdo. Se acercó a mí y me cogió la cara entre sus

manos. Sus ojos estaban llenos de una tristeza que me provocó un gran nudo en la garganta. Odiaba verla tan desolada y destruida.

—No podemos hacer nada. Lo hemos intentado y hemos fracasado. En la vida real los buenos también fracasan y los malos ganan utilizando todas sus artimañas rastreras.

Pero yo me negaba a escucharla. Seguro que había algo que podíamos hacer.

—¿Y Maddie? Ella podría ayudarnos con el abogado y...

—¿Crees que no lo he pensado? Ellos necesitan el sueldo de ella para pagar la guardería de Clara, el piso y los gastos que este tiene. No puedo pedirle a mi sobrina algo así. Lamento que todo este tema la esté distrayendo de los ensayos. Ayer Eric me comentó que no la está viendo bien, que todo el tema la estaba afectando mucho más de lo que en realidad dice y no la culpo. Ha sufrido tanto de pequeña que no me imagino lo que debe suponer que su madre biológica haya aparecido así como así.

Aquellos ojos tan llenos de vida se fueron apagando poco a poco y yo ya no pude aguantarlo más. Le di un fuerte abrazo y dejé que se cobijara en mí. Era tan buena que incluso en una situación tan extrema como esta pensaba en todos antes que en sí misma.

—¿Qué vamos a hacer, joder?

Venus se llevó una mano a los labios, como si no se creyera lo que acabara de oír y por primera vez en un buen rato dejó de llorar.

—Mamá, Kevin ha dicho una palabrota.

Solo con eso, consiguió que a ambos se nos formara una gran sonrisa en los labios. Con cariño, Christina me dio una pequeña toba.

—¿Cuántas veces he de decirte que no se dicen malas palabras en esta casa?

A pesar del tono autoritario que había empleado, aquella sonrisa encantadora que ella tenía seguía cincelada en sus labios e incluso le llegaba a los ojos, cuyo brillo característico estaba allí, en su lugar de siempre. Así me gustaba.

Un pequeño silencio nos inundó. Ninguno sabía qué movimiento hacer a continuación, temiendo romper el momento. Al final, fue Christina la que, tomando una bocanada de aire, rompió aquella pausa:

—Según el abogado, el juicio será el viernes. Tenemos cinco días para intentar ganarlo. —Se volvió hacia Venus y le guiñó un ojo—. No vamos a dejar que te alejen de nosotros, pequeño terremoto. —Empezó a caminar en dirección al pasillo cuando, de pronto, se paró en seco. Se giró hacia mí y señaló con una mano la isla de la cocina—. Antes de que se me olvide, esta tarde te ha llegado una carta mientras estabas en el estudio. Vamos, Venus. Es hora de que te acuestes, que mañana tienes colegio.

La más pequeña de la familia hizo un puchero.

—¿No puedo quedarme un poco más? Porfi, porfi.

Le di pequeñas palmaditas alentadoras en el hombro.

—Yo que tú ni lo intentaría. Mamá ya se conoce todas las estrategias. No cae con los ojitos de *El gato con botas* ni con las miraditas de niña buena.

—Estoy inmunizada. Es lo que tiene que tú las utilizaras cuando eras un moco, Kevin.

Fingí culpabilidad.

—Lo siento, enanita.

—Jopetas, no vale. Es injusto. ¿Por qué él siempre se puede quedar más tiempo?

—Porque soy mayor. —Sonreí con altanería. Me puse a su altura y le di un beso en la mejilla y un pequeño pellizco en la nariz—. Cuando seas más mayor podrás hacerlo, pero no ahora.

La niña bufó, pero no se opuso. Siguió a mamá por el pasillo y ambas se metieron en la habitación de la pequeña. Sonreí. Estaba seguro de que Christina le contaría uno de esos cuentos que se inventaba y que tanto me había gustado escuchar cuando me mudé con ella.

Ya solo, fui hacia la isla de granito blanco decorada con adornos femeninos y coronada por un gran frutero. En uno de los lados estaba el correo, intacto. Tras hurgar entre las facturas, encontré por fin aquella carta. Fruncí el ceño. El sobre blanco tenía como remitente una mujer cuyo apellido me era muy familiar. Alexandra Miller. ¿De qué me sonaba a mí aquel nombre? Hice memoria, pero no fui capaz de recordar de qué podría conocerla.

Sin poder esperar más tiempo, lo rompí y saqué la carta que había en su interior. Una letra elegante y muy cuidada fue lo primero que pude observar antes de leer su contenido.

Kevin,

Puede que no me recuerdes, puesto que han pasado muchos años desde la última vez que nos vimos. Eras un niño tan mono y adorable, y siempre ibas agarrado de la mano de tu madre. No sé si te acordarás, pero te cuidé un sinfín de veces, cuando tus padres debían trabajar más horas de lo previsto.

Le prometí a tus padres que cuidaría de ti en caso de que les pasara algo y lamento tanto no haberlo hecho. La ley es una mierda y no me dejó adoptarte porque era madre soltera y mi salario no era tan bueno para mantener a un crío. Ojalá pudiera volver el tiempo atrás y evitar el accidente. Les añoro tanto que hay días en los que pienso que en realidad siguen vivos y que tú no pasaste a manos de los servicios sociales.

Fui la mejor amiga de tu madre, pequeño renacuajo. Fuimos juntas a la misma escuela de baile y al instituto. Decidí estudiar Derecho como plan B en el caso en el que no pudiera dedicarme a la danza y, si bien pude hacerlo al principio, me vi obligada a dejarlo tras sufrir una lesión muy grave. Es por eso por lo que les propuse a tus padres ser su abogada de confianza.

Existe un testamento que ellos hicieron meses antes de morir. Ese es el motivo de mi carta. Ahora que me he enterado de que has vuelto a Nueva York, la ciudad en la que naciste y criaste, creo que es hora de que nos veamos y que recibas lo que te pertenece. He oído que tu familia está pasando por un bache y espero que eso os ayude. Sé que, a diferencia de antaño, eres feliz. No veas lo mucho que me alegro y lo que siento todo lo malo que te ha ocurrido. Si yo hubiese tenido un mejor sueldo, tal vez te habría evitado todo el sufrimiento. Lo peor de todo es que la maldita ley no me permitía verte y comprobar con mis ojos en el buen hombre en el que te ibas convirtiendo con los años.

He oído que te han aceptado en el estudio de Grace, aquel en el que estudiaba tu madre. No sabes lo orgullosa que se sentiría de ti ahora mismo. También sé que a lo largo de estos años has seguido sus pasos y que te has convertido en uno de los mejores bailarines del país. ¡Eres un máquina!

Espero de corazón que podamos reunirnos. Te dejo aquí mi teléfono móvil y el que utilizo en el trabajo. Podemos tomar un café o dar un paseo. No te escribiría estas palabras si no supiera de antemano que aquello que dejaron tus padres te servirá para o bien ahorrar para el futuro o bien para usar en casos de emergencia.

Con mucho cariño.

Alexa, una vieja amiga.

En cuanto terminé de leer la carta, supe exactamente de qué me sonaba su nombre e incluso recordé vagamente su rostro. Alexandra Miller, o Alexa para los amigos, fue mucho más que la mejor amiga de mi madre biológica; fue como la hermana que nunca tuvo. La de veces que se hizo cargo de mí cuando mamá tenía ensayos hasta tarde y papá aún seguía trabajando en su empresa de ropa. ¿Qué habría sido de ella?

Sin perder más tiempo, corrí hacia mi habitación y encendí el ordenador portátil. Mientras esperaba que el viejo aparato terminara todo el proceso, empecé a mordisquearme el dedo gordo con nerviosismo. Puse a todo correr su nombre en el buscador e hice clic en «buscar». Al instante, me apareció la imagen de una mujer que, a pesar de haber envejecido, reconocí como la que tantas horas había pasado en casa. Aquellos ojos aguamarina y aquel pelo marrón recogido en un moño por un momento me hicieron flaquear. Era como volver años atrás, como si nada malo hubiese pasado y todo fuese un maldito sueño, una

pesadilla.

Pero no lo era. Los años habían pasado con rapidez para mí. Llevaba sin verla casi veinte años y, pese a eso, fui capaz de acordarme de la mujer que me compraba dulces siempre que podía.

Bajé la tapa del ordenador y, tomando una decisión apurada, tomé mi teléfono móvil. Sin pensarlo dos veces, marqué su número.

***

Hacía un día horrible, de esos que a uno no le apetecía ni salir de casa. Llovía a cántaros y hacía un viento horroroso, tan fuerte que casi podía llevarte lejos. Llegué al local en el que había quedado con Alexa cinco minutos antes de la hora y ocupé una mesa al fondo del local. La mujer no tardó nada en llegar, ataviada en un pantalón negro ancho, una blusa blanca y una americana bajo el abrigo que llevaba. En cuanto me vio, se dirigió hacia donde estaba. Aquella misma tarde le había enviado un mensaje de texto diciéndole la ropa que llevaría al encuentro.

Me levanté para recibirla y cuando llegó a mi lado me abrazó, sorprendiéndome por completo.

—¡Qué mayor que estás! Si hace cuatro días eras solo un mocoso.

Me quedé un poco cortado, aunque al final pude articular:

—A ti te han sentado de perlas los años. Eres como el vino, cuando más tiempo pasa, mejor estás.

Al separarnos, colocó sus dedos en mi barbilla y recorrió mi rostro con la mirada cristalizada.

—Te pareces tanto a tu padre, aunque diría que la sonrisa la has sacado de tu madre. —Aparté por un momento los ojos de ella y esbocé una pequeña sonrisa —. Sí, la has heredado de ella. ¿Qué tal estás? Siento que no hayamos podido reunirnos antes. He estado a mil cosas y...

—No te preocupes. Yo también he estado ocupado, ya sabes, entre los estudios, los ensayos y demás apenas he tenido tiempo libre.

—Ya veo. He oído que la madre biológica de tu hermana mayor intenta recuperarla y que para ello está dispuesta a hacer cualquier cosa.

Resoplé.

—¿Cómo te has enterado?

Se encogió de hombros.

—Ha salido en las revistas del corazón.

—Puf, no me digas. Lo que faltaba. Bastante hemos tenido que soportar como para que ahora la prensa se meta en medio.

Me dejé caer en la silla acolchada; Alexandra hizo más de lo mismo, situándose en frente. Alargó las manos y me dio un ligero apretón.

—¿Es tan serio como parece?

La miré y por un momento dudé en si confiar en ella. Me recordé que tenía delante de mis narices a una de las personas más importantes de mi madre y todos los miedos se esfumaron como el humo entre los dedos. Estaba más que claro que era de confianza.

—Demasiado. Maddie no quiere verla ni en pintura, pero la muy pesada de Olivia, así se llama esa dichosa mujer, no la deja tranquila. Es más, ha acudido a Christina, mi madre adoptiva y la tía de Maddie, para que la convenza de que debería irse con ella, pero ¿sabes?, mamá no quiere eso. Está tramando algo. No es normal que de la noche a la mañana decida volver a aparecer en la vida de Madison como si no hubiese ocurrido nada, como si no la hubiese abandonado hace más de treinta años.

Alexandra me escuchaba con atención, sin perderse detalle alguno. En un momento de mi monólogo tuve que detenerme, puesto que una camarera vino a anotar nuestros pedidos.

—Es increíble. No doy crédito. ¿En serio ha decidido que la quiere de nuevo en su vida?

—Lo peor es que Christina sabe que la mujer rehízo su vida: que está felizmente casada con un hombre rico y que tiene dos hijos. No sabemos cuál es la razón de que la quiera de vuelta. Hemos descartado el tema de la herencia. Mamá pensaba que a lo mejor la mujer solo quería cobrar una herencia multimillonaria y para ello había una cláusula que implicaba a mi hermana.

La mujer que tenía en frente se tocó la barbilla con los dedos, pensativa. Mamá siempre decía que era inteligente a más no poder y que era capaz de resolver hasta el más difícil de los acertijos.

—Tiene mucho sentido lo que decís. Es muy extraño que haya aparecido.

Otra pequeña pausa se instaló a nuestro alrededor cuando la misma chica apareció con nuestras bebidas. Al instante, puse las manos en torno a mi taza de café y dejé que la temperatura calentara mis dedos.

Un suspiro largo se escapó de los labios de Alexandra al llevarse su taza a los labios. ¿En qué momento el ambiente se había vuelto tan tenso?

—Añoro muchísimo a tus padres, Kevin. No puedo imaginar cómo debes de sentirte tú…

Tragué saliva. Nadie sabía lo mucho que los echaba de menos, la de días que había ido al cementerio a verlos desde que había vuelto a Nueva York, porque mamá y papá estaban allí enterrados. Una sonrisa triste se formó en mis labios, seguida de una lágrima tímida. Alexandra alargó la mano para apretar la mía con fuerza.

—Hay un modo de que ganemos el juicio, Kevin.

Las palabras de Alexandra me devolvieron a la realidad. Alcé la mirada y le presté toda mi atención.

—Te escucho.

Una sonrisa cargada de esperanza se instaló en sus labios. Yo también sonreí. Era hora de plantarles cara a todas esas adversidades y demostrarles que no nos rendiríamos jamás. Era hora de hacer justicia.

Capítulo 33

Hayley

El juicio por la custodia de Venus se llevó a cabo aquel viernes. A pesar de que la cría era menor de edad y que, además, tenía colegio, la jueza decidió que la pequeña debía estar presente no-sé-por-qué-razón.

En el momento en el que me encontré a un Kevin totalmente acelerado en la puerta de mi habitación, supe que las cosas se habían complicado. Me contó todo: desde que iba a haber un juicio hasta la aparición de la mejor amiga de su madre biológica, que, por suerte, era abogada. Me habló del plan que tenían para vencer a Olivia, todos los argumentos que tenían en contra de ella y a favor de su madre.

Cuando llegué al Palacio de Justicia justo a la hora, con los nervios carcomiéndome por dentro, temía lo peor, y lo que menos quería era que un ser tan inocente como lo era Venus tuviera que pasar por aquello. Joder, no tenía la culpa de nada.

Christina, Kevin, Venus, Maddie y mi hermano estaban allí, charlando entre ellos. Si bien intentaban aparentar que estaba todo bien, la tensión en los hombros de mi chico y la forma rígida en la que andaba la mejor amiga de mi madre daban a entender todo lo contrario. Además, Maddie se estaba retorciendo los dedos con nerviosismo y, si no se hubiese dejado de morder las uñas, estaba claro que se las habría llevado a la boca. Eric la tenía abrazada a él y de manera apenas imperceptible le recorría la espalda con los dedos. Supuse que habían dejado a Clara con Lea o con Sarah, su compañera de estudio y de show.

Me uní al grupo con paso vacilante. La primera en verme fue mi exinstructora. Me lanzó una mirada de agradecimiento. Cuando Kevin me pidió que asistiera, no me lo pensé dos veces. Sabía que necesita apoyarse en alguien y que yo era muy importante para él, por eso le había dicho que iría, porque me necesitaba en un momento tan importante y duro como aquel.

—Siento que tengas que ver todo esto, cariño —se disculpó él esbozando una sonrisa triste.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no solo estaré en las buenas contigo? —Alcé una ceja de manera inquisitiva.

Estaba segura de que iba a añadir algo más, pero una Venus muy triste y asustada lo cortó. En cuanto me vio, corrió a mis brazos y se cobijó en mí.

—Por favor, Hayley, no dejes que me lleven de nuevo. No quiero, no quiero irme. Estoy muy a gusto con mi mamá y mis hermanos —suplicó la pequeña y estoy segura de que no solo a mí se me rompió el corazón al escucharla.

Fui consciente de cómo Kevin apretaba la mandíbula y los puños con fuerza.

—No te separarán de tu familia —le aseguré poniéndome a su misma altura —, ¿sabes por qué?

La cría movió la cabeza de un lado a otro, negando.

—No, ¿por qué?

Le di un pequeño beso en la mejilla.

—Porque nadie va a cuidar de ti mejor que ellos. Te quieren con locura y no van a dejarse vencer tan fácilmente.

Por el rabillo del ojo vi cómo a Christina se le escapaba una lágrima y cómo mi chico articulaba un mudo «gracias».

Alguien carraspeó a mis espaldas. Al volverme, me encontré con una mujer de mediana edad que no me sonaba de nada. Llevaba el pelo atado en un moño e iba enfundada en unos pantalones color vino, una blusa clara y una americana del mismo color que los pantalones. Se veía profesional y al momento supe que era Alexandra Miller.

—No se preocupen por nada. Intentaré hacer todo lo que esté en mis manos para que lo peor no ocurra —nos intentó calmar. Se arremangó las mangas de su chaqueta. Cargaba un maletín donde supuse que llevaría todo lo que necesitaría para superar aquel juicio.

Christina se acercó a ella y le regaló una pequeña sonrisa.

—Quiero agradecerte de nuevo todo lo que estás haciendo por nosotros.

Alexandra le quitó importancia a sus palabras con la mano.

—No es nada. Todo por hacer feliz a este hombrecito.

—¡Alexa! —exclamó colorado Kevin—. Gracias por dejarme en evidencia

delante de todos.

Solté una carcajada.

—No es nada a lo que no estemos acostumbrados. —Sonreí con maldad.

—Serás...

El ambiente había pasado de ser tenso a ser más relajado. Mas cuando Olivia apareció con esos pasos de altanería y seguridad, pensando seguramente que ganaría y que haría sufrir a la hermana de su difunto novio por no permitirle acercarse a Maddie, cosa que no era cierta, seguida de su marido y su abogado, aquella burbuja reventó y de nuevo esa angustia volvió a envolvernos. Ojalá todo fuera sobre ruedas. Los tres pasaron de largo y ni siquiera se dignaron a girarse. Al ver a la mujer que la había alumbrado, mi ex instructora de baile apretó los puños con rabia. Por un momento pensé que iría a partirle la cara, pero no; Eric la apretó con más fuerza contra su pecho y le susurró unas palabras al oído.

Al ver que mi chico volvía a cerrarse en sí mismo, me acerqué a él y lo tomé de la mano. Sus ojos escalaron desde nuestros dedos entrelazados hasta mi rostro. Le di un tímido beso en la mejilla y le dije en voz baja y decidida:

—Todo irá bien.

***

El juicio empezó a las once en punto. La sala del tribunal estaba compuesta por unas filas de bancos de madera para que los pocos oyentes pudiésemos escucharlo, una gran tribuna donde todas las personas que iban a declarar pudieran hacerlo y la mesa de la jueza encargada del caso. A unos metros por delante estaba Christina junto a Alexandra, su abogada. A su derecha estaba Olivia con el abogado que habían contratado. Antes de que se iniciara, ambas mujeres intercambiaron una mirada cargada de hostilidad.

—Damos inicio al juicio por la custodia de la menor Venus Turner-Price —sentenció la jueza, una mujer bastante mayor, dando con el pequeño mazo en el atril.

A mi lado, la pequeña se estremeció. La acerqué a mí y la rodeé con los brazos en un intento de darle todo mi apoyo y ánimo. También estaban Eric y Maddie, quienes pronto tendrían que declarar. Aquella mujer que tanto me había enseñado estaba pálida como el papel y tenía los ojos puestos en la mujer que la había traído al mundo. Aquellas esmeraldas se mostraban serias, tan inusual en ella.

La primera persona en declarar fue Christina. Bajo juramento, narró cómo Olivia se había deshecho de su sobrina y por qué creía que no sería la mejor madre que Venus se merecía. Aquella carta era muy buena, y esperaba que tuviera un gran peso. Pero cuando Olivia subió al estrado a defenderse, alegó que había decidido abandonar a su hija por razones externas y que si no la había dejado a cargo de ella fue porque simplemente no creía que pudiese mantenerla.

Sentí tal rabia con las palabras que ese bicho soltó que estuve a poco de soltarle una bofetada. ¿En serio se pensaba que podría ganar con un argumento tan malo? Lo tenía claro.

—¿Por qué abandonó a su hija, Madison Woods? —fue lo siguiente que se preguntó.

Por un momento, aquella mujer titubeó. Miró a su marido y a su abogado y tras hacer un pequeño asentimiento este último, volvió la mirada al frente. Cuadró los hombros antes de responder con una seguridad fingida:

—Cuando me quedé embarazada de ella era demasiado inmadura. Su padre pensó que sí podríamos darle un buen futuro juntos y al principio le creí. Sin embargo, al morir en aquel accidente, me quedé sola. Mis padres me habían dado la espalda y ya ni me hablaba con mis amigos de la infancia. No tenía a dónde ir.

»Así que tomé la decisión de volver con mi familia a pesar de que ellos pensaran desde el principio que Austin era una mala influencia para mí. Mis padres son de mentalidad tradicional y creían que una mujer soltera era incapaz de criar a un bebé, que necesitaba a un marido que los mantuviera. Del mismo modo, opinaban que mancharía toda la reputación que tanto les había costado construir durante todos esos años. Empezaron a presionarme y a presionarme, a decirme que lo mejor para esa bebé era dejarla... Y les creí. Pensé que hacía lo correcto, que le estaba dando una vida mejor.

No sé cuándo ocurrió con exactitud, pero en algún momento de su relato empezó a llorar y, si bien al comienzo pensé que eran lágrimas de cocodrilo, pronto me di cuenta de que estaba errada. Por un instante pudimos ver a la verdadera Olivia, aquella que había sufrido tanto tras la muerte de su pareja con la que seguramente se habría casado de haber podido. Miré a Christina, cuyos ojos estaban puestos en ella. Parecía noqueada, aunque pronto su gesto fue cambiando hasta fruncir el ceño. Estoy segura de que sus palabras la habían conmovido.

—Si tanto pensaste que le darías una mejor vida, ¿por qué has decidido aparecer ahora, más de treinta años después? ¿Por qué no antes? —la atacó Christina llena de rabia.

—Porque... porque... —Se le cristalizaron los ojos. O la tía era una actriz de la leche o eran verdaderos sus sentimientos—, porque me he dado cuenta de que he cometido un gran error. Soy humana y tengo derecho a equivocarme.

—No te creo. Si tanto la quisieras, no la habrías dejado sola. ¿Por qué no acudiste a mí? Sabes que la habría criado como si fuera su madre.

Un par de lágrimas descendieron por las mejillas de Olivia. Agachó la cabeza y se encogió en su sitio, quizás sintiendo culpabilidad por la atrocidad que había hecho hacía treinta años atrás.

—Estaba asustada. Iba a ser madre soltera, mis padres me habían dado la espalda y no tenía a dónde ir. Lo que menos quería era endiñarte a un bebé recién nacido cuando sabía que estabas comenzando tu carrera como maestra. Tu hermano siempre decía lo difícil que estaban las cosas para los profesores de primaria. No quería que renunciaras a todos los años de estudio y de seminarios.

—Sabes que lo habría hecho. La quiero con locura y es una pena que me hayas privado de años de estar a su lado. No sabes lo mucho que se parece a él... y a ti, la de cosas que veo de ambos, lo preciosa que es. Estoy tan orgullosa de ella, de en lo que se ha convertido, que no me explico cómo un ser tan rastrero como tú ha sido capaz de hacer algo tan cruel.

La madre biológica de Madison apretó los labios e hizo fuerza sobrehumana para no llorar, aunque falló en el intento. Ante todos, se mostraba una Olivia destrozada. Estaba perpleja. ¿Quién era ella y qué había hecho con el monstruo que amenazaba con arrebatarles la custodia de una niña ajena al asunto?

—Señorita Price, siéntese —le exigió la jueza al ver que la aludida se levantaba para acercarse con rabia a la acusada.

—No te creo. Si tan arrepentida estuvieras, no habrías montado este circo, no habrías involucrado a una niña que no tiene nada que ver con el asunto. Eres un monstruo y, ¿sabes?, estoy harta de ti.

—Señorita Price —repitió la pobre mujer a la que le había tocado asistir a aquel juicio con un toque amenazador.

Christina alzó las manos y volvió a su lugar no sin antes lanzarle una miradita de aversión a Olivia, que permanecía con la vista en el suelo.

—Es... es cierto. Soy un ser horrible. —Se pasó las manos por el cabello y tiró de él con frustración, de la misma manera que Maddie hacía cuando se ponía así. Poco después, tuvo el valor de levantar el rostro y buscar a Madison con la mirada, que estaba pálida como un muerto y estática como una estatua. Eric, a su lado, le sostenía la mano en un intento de mostrarle su apoyo—. Ahora entiendo que no quieras estar conmigo. ¿Quién querría estarlo?

Ante todos los presentes, se derrumbó. Nunca antes había visto a una persona

perdiendo el control de sí misma de la misma forma en la que aquella mujer lo hizo. Se vino abajo, como una torre de naipes lo hace por el viento.

—Lo... lo siento —balbuceó entre sollozo y sollozo.

La jueza empezó a aporrear con el mazo para llamar nuestra atención.

—¡Orden, orden en la sala! —exclamaba—. Señora Gardner, necesita unos minutos para refrescarse. Doy un descanso de media hora. —Y volvió a dar un mazazo ensordecedor.

A mi lado, la pequeña Venus se estremeció. Sus ojos estaban empañados en lágrimas y sus labios temblaban con temor.

—¿Qué va a pasar? —susurró la cría.

Antes de que pudiera contestar, aprecié cómo Olivia salía a toda pastilla de la sala. Maddie se fijó en cómo se marchaba y, tras darle un beso a Eric, la siguió. Ambos intercambiamos una mirada interrogativa, no comprendiendo a qué venía aquello.

—Todo irá bien —le aseguré a la pequeña, pero en mi interior temía que todo se fuera a la mierda.

Madison

El juicio se estaba convirtiendo en un gran desastre. Era tan doloroso ver a mis seres queridos sufriendo por algo que sabía de antemano que era mi culpa. Si no hubiera sido tan terca, a lo mejor esa situación no se estaría dando. Por eso, cuando escuché todo lo que Olivia tenía que decir, ver lo arrepentida que se había mostrado y su manera de salir de aquella estancia asfixiante, decidí seguirla.

Caminé por aquellos pasillos laberínticos hasta que, cuando creía que la había perdido, escuché un sollozo ahogado proveniente de los lavabos femeninos. Tomé una gran bocanada antes de entrar y enfrentarme a mi pasado, a la persona que por unas razones determinadas había optado por abandonarme en las puertas del Moonlight.

No dijo nada al principio, solo se limitó a mirarme de arriba abajo, como si estuviera evaluándome. En sus ojos había reflejado el más puro arrepentimiento y compunción. Se había sentado en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y la cabeza mirando al frente, aunque en cuanto entré formé parte de toda su atención. Aquel cabello rubio tan bien peinado al comienzo se veía tan desordenado; estaba tan fuera de lugar con aquel vestido caro y los zapatos en los baños tan simples del edificio.

—Espero que te sientas satisfecha —fueron las primeras palabras que salieron de sus labios.

No sé qué fuerza me movió, pero pronto me vi sentada a su lado, observándola del mismo modo que ella hacía conmigo. No parecía para nada una actuación y se veía tan real que por eso no había dudado en seguirla. Quería saber si lo que había confesado bajo juramento era cierto o solo otra mera mentira más. Estaba cansada de que me hicieran daño. Cuando yo ya sentía que

había superado el hecho de que mi madre me abandonara iba ella y, ¡zas!, regresaba así como así.

—No estoy satisfecha. Confusa, intrigada o perpleja, pero no satisfecha.

No apartó la mirada de mí en ningún momento y aquello, en cierto modo, me estaba poniendo nerviosa.

—Te pareces tantísimo a él. —Una pequeña sonrisa de verdad se instaló en sus labios, nada de falserío. Era de las que llegaban a los ojos y la que le formó dos hoyuelos que descubrí que yo también había heredado—. Tienes su misma vitalidad y su pasión por aquello que ama; sus ojos y la chispa que tan enamorada me tenían; su inteligencia. He visto que tus notas siempre han sido ejemplares y que te ha ido muy bien en la vida.

Fruncí el ceño. ¿Cómo sabía aquello?

—¿Qué...? —Pero no llegué a terminar de formular la pregunta, puesto que ella se me adelantó.

—Cuando comprendí que el mayor error de mi vida fue abandonarte, empecé a buscarte. Volví al mismo lugar en el que te dejé, pero, por desgracia, la mujer que me atendió me dijo que ya habías sido adoptada. Comencé a investigar, a darme cuenta de todo lo que habías conseguido con mucho sudor y lágrimas, a sentirme orgullosa. Porque lo estoy, Madison, estoy orgullosa de que no te parezcas a mí, que no seas tan horrible como yo.

Mientras procesaba sus palabras, no aparté la vista de ella. ¿Aquello era real o solo una pesadilla convertida en un buen sueño?

—¿Me investigaste? ¿Por qué? ¿Qué te hizo pensar que querría estar contigo?

Olivia tragó saliva con fuerza y, por unos instantes, fue incapaz de mantenerme la mirada. No obstante, cuando sus ojos color avellana se conectaron con los míos, vi determinación.

—Comprendí que quería estar ahí cuando me necesitaras. Sí, me di cuenta demasiado tarde, no te lo voy a negar. Cometí un gran error y tomé una decisión impulsiva que me ha perseguido allá a donde iba e incluso ahora, más de treinta años después, me ha perseguido como un fantasma del pasado.

»Soy consciente de que no querrás saber nada de mí y entiendo tu manera de actuar, te lo juro. Pero no quería perder la oportunidad de verte en persona, de descubrir en qué te habías convertido, qué te gustaba y qué no... Ya sabes, ese tipo de cosas.

Me crucé de brazos.

—Entiendo tu punto, pero lo que no comprendo es por qué has metido a Venus, una niña que no tiene nada que ver con el caso, dentro de tu juego. Has

sido cruel y tía Chris ha sufrido mucho. No veas los sacrificios que ha hecho por todos nosotros, cómo al descubrir que ella era mi tía se planteó dejarlo todo y seguirme allá donde fuera.

Si bien no pretendí que mi tono fuera acusador, no pude evitar que cierta amargura se dejara notar. Me había puesto de muy mala leche que involucrara a mi hermana pequeña.

Olivia pareció afectada por mis palabras. Ocultó el rostro entre las manos, muerta de la vergüenza.

—De todas las cosas terribles que he hecho esa ha sido una de las peores. Me arrepiento. No querías verme y Christina no quería ayudarme. Estaba desesperada y creí que esa sería mi mejor carta. No tenía pensado llegar tan lejos, porque podría haberla llevado a los juzgados mucho antes. Mi intención solo era asustarla para que intentara convencerte.

Toda aquella conversación estaba cargada de información difícil de procesar. Siempre había pensado que mi madre biológica era un ser sin sentimientos, cruel y que solo pensaba en sí misma; mas ahora veía en ella una faceta nueva. Algo en mi interior me gritaba que todo lo que decía era cierto, que en realidad estaba arrepentida y que toda aquella situación se había dado porque ella había sido incapaz de manejar mejor sus impulsos.

Olivia se limpió las lágrimas que emborronaban su rostro y esparcían todo el maquillaje que llevaba.

—Ojalá algún día puedas perdonarme.

Me la quedé mirando durante unos segundos, tan seria e impertérrita como me fue posible.

—Me va a costar hacerlo, pero no lo veo imposible si decides poner fin a toda esta locura. No puedes obligarme a quererte. Para que pueda empezar a hacerlo, de entrada, tengo que ver en ti algo que me agrade y, por ahora, no has hecho nada que no fuera ocasionar problemas. Me llevará tiempo aceptarte, sí, pero no lo veo imposible.

Los ojos marrones de la mujer que me había dado la vida se apagaron, cargados de la más sincera tristeza.

—Lo entiendo.

Le tendí una mano, ocasionando que ahora su expresión pasara a la incomprensión.

—Podemos empezar de cero —me limité a decir—. Puede que no te vea como una madre, porque, oye, has llegado treinta años tarde, pero podríamos intentar llevarnos bien.

Una sonrisa se instaló en sus labios, una genuina y brillante, tan iluminadora

que yo también esbocé una.

—Me encantaría.

Me estrechó la mano y tras darnos un pequeño abrazo, volvimos a la sala.

Capítulo 34

Kevin

Había vivido situaciones realmente estresantes, como la primera vez que me subí a un escenario a competir o cuando me presenté a mi primer *casting*. Recordaba las ganas de vomitar, los nervios, el querer darlo todo y ser el mejor. Todas aquellas emociones las estaba sintiendo multiplicadas por mil. Sentía la tensión constante, palpable en el ambiente desde el mismísimo instante en el que había entrado en aquella sala asfixiante.

—¿A dónde ha ido Maddie?

Venus se estaba impacientando y no me extrañaba. Llevábamos allí dentro casi dos horas. Olivia se había largado y Madison se había ido a quién sabe dónde. La pequeña ya había soportado su dosis de tensión.

—Volverá pronto —le prometió Hayley, sentada a su lado. Le acarició las mejillas con cariño y le dio un beso en el pómulo en un intento por tranquilizarla.

—¿Podemos irnos ya? Estoy cansada y aburrida.

Enredé mis dedos en los suyos tan pequeños y empecé a juguetear con ellos.

—Pronto lo haremos. Solo hay que tener más paciencia, abejita.

Justo en aquel momento dos mujeres entraron en la estancia. Maddie y Olivia caminaban a la par con la mirada al frente. Antes de separarse, madre e hija se lanzaron una miradita que no fui capaz de descifrar. ¿Qué habría pasado entre ellas dos durante el receso? Estaba seguro al cien por cien que mi hermana mayor la había seguido, pero no sabría deciros sobre qué habrían hablado. Por cómo la

más joven se unió a nosotros, seria y sobria, deduje que había cerrado un capítulo de su vida.

—¿Todo bien? —le preguntó Eric cogiéndole de la mano.

La castaña asintió con la cabeza.

—Perfectamente.

Lanzó otra mirada en dirección a Olivia y esta esbozó una sonrisa que me dejó totalmente descolocado. ¿Qué demonios estaba pasando?

—¿Segura que estás bien? —la interrogó Christina preocupada.

—Segurísima.

No me lo tragaba. Había pasado algo entre ellas, fijo. Quizás Olivia le había comido el coco o contado una mentira más. Era toda una víbora. ¿Cómo se le ocurría hacer semejante actuación? Estaba claro que solo quería quedar como la buena del cuento, la víctima de todo.

No pude seguir rumiando en mi interior, puesto que aquella rubia desquiciante avanzó al centro de la sala y se dirigió expresamente a la jueza. Se aclaró la garganta y, tras tomar un par de bocanadas de aire, soltó unas palabras que me dejaron sorprendido:

—Señoría, quisiera desistir el juicio.

Todos soltamos unas exclamaciones de asombro. ¿Iba en serio o solo era otro jueguecito más? Porque ya estaba cansado de jugar al gato y al ratón, muy harto.

—¿Está usted segura, señora Gardner?

La rubia miró la castaña de manera significativa antes de asentir en la dirección de la autoridad.

—Completamente segura.

—Bien, es tal caso doy por suspendida la sesión. Pueden retirarse. —Y para darle mayor énfasis a sus palabras, golpeó la mesa con el mazo.

Sentí al instante cómo la vida volvía a mí tras aquellos meses de agonía y de tensión constante. ¿Por qué razón había decidido, así de repente, echarlo todo a perder cuando muy probablemente habría podido ganarlo?

***

Ya una vez todos hubimos salido fuera, se desató lo que yo llamaba el huracán Christina. Los años me habían enseñado que mamá podía ser todo un dulce de leche en el noventa por ciento de las situaciones; pero cuando se cabreaba,

sacaba esa leona interior y arrasaba con el que osara pisotearla. Bien, eso fue lo que pasó. En cuanto estuvimos fuera, agarró a Olivia con mucha más fuerza de la usual y la encaró.

—¿Qué ha sido eso? ¿A qué estás jugando? ¿Qué coño quieres?

Todos nos quedamos de piedra, en especial mi hermana pequeña, que no se creía que su madre hubiese soltado una mala palabra. Me miró con los ojos abiertos de par en par y la señaló sin emitir palabra. Yo moví ligeramente la cabeza de arriba abajo, contestando a su pregunta en silencio. Con sutileza, la pequeña se cobijó en mí, temerosa de hacer un movimiento brusco y quedar de nuevo en el campo de mira.

Olivia cuadró los hombros, dispuesta a pelear si hacía falta. En el último segundo, clavó los ojos en Maddie, que negaba con la cabeza en silencio, muda por el arranque de Christina. No la culpaba; yo también deseaba saber de una buena vez qué narices se le estaba pasando por la cabeza. No era normal, joder.

—He entendido que así no voy a recuperar a mi hija, que hay maneras menos crueles de hacerlo. He sido una egoísta y solo he pensado en mí sin caer en la cuenta de que no solo os hacía daño a vosotros, sino que una cría también estaba sufriendo por mi culpa.

—Mientes —la acusó mamá, no queriendo creer sus palabras.

—No lo hago. ¿Acaso no puedo estar arrepentida?

Ella chasqueó la lengua.

—Venga ya, ni siquiera sabes qué es el arrepentimiento.

—Tía Chris, escúchala, por favor —la interrumpió su sobrina. Se le acercó con paso rápido y la rodeó con los brazos—. Yo lo he hecho. Puede que sea de verdad.

—No, este bicho es incapaz de pensar en alguien más que en sí mismo.

Entendía a mamá. Había sufrido tanto por su culpa que parecía mentira que toda la palabrería de que quería recuperar a su hija fuera cierta. Vamos, ¿por qué si no nos había atacado así como así? No, no tenía sentido.

—¿Sabes, Christina? Piensa lo que quieras. Ya he hablado con Madison y ya le he explicado mis razones. Me ha dado esperanzas de que, en el futuro, pueda tener algo cercano a lo que vosotras dos tenéis.

Mamá estaba perpleja.

—¿Toda esa palabrería de que querías recuperarla era cierta? —Se cruzó de brazos y, de seguro, alzó una ceja de la misma manera en la que Maddie lo hacía.

—Quiero recuperarla. No sabes lo duro que fue tener que dejarla por la presión que ejercían mis padres sobre mí. Me sentía tan sola que no me quedó más remedio que hacerlo, aunque pronto me di cuenta del gran error que cometí.

—¿Por qué la buscas ahora y no antes? —Ni siquiera yo fui consciente de que mis palabras se escapaban de mis labios sin permiso alguno hasta que lo hicieron.

Los ojos marrones de Olivia, llenos de un sentimiento tan sincero que por unos segundos me desestabilizó, se clavaron en mí. Ya no era la misma persona confiada que había irrumpido en nuestras vidas meses atrás. Se había transformado en aquella mujer llena de abatimiento y pesadumbre, ya no era la misma que tanto miedo nos había infundido tiempo atrás. Era más humana, más cercana, más... como Madison.

—¿Quién dice que no lleve un tiempo buscándola? —Apretó los puños con rabia al no sentirse comprendida, aunque pronto se volvió a tranquilizar—. Llevo buscándola años. Cuando fui al mismo lugar en el que la dejé, ya la habían adoptado y desde ese instante empecé a buscarla como una loca. Juro que no sabía que tú la habías encontrado —confesó señalando expresamente a Christina —. Es más, acudí a ti para que precisamente me ayudaras a buscarla y cuando la vi allí, a tu lado, tan guapa y tan feliz, no supe cómo reaccionar.

—¿Por qué metiste a Venus en estos? —exigí saber.

—Esa fue una de las peores decisiones que he tomado en mi vida. Lo que menos quería era que la pequeña se viera involucrada en este lío. Es más, pensé que Madison no sería tan terca y que hablaría conmigo antes de que finalizara la amenaza, porque podría haber solicitado el juicio mucho antes. Ya sabéis que tengo mis contactos y que el dinero lo mueve todo, así que...

Joder, joder. ¡Joder! Estaba que echaba fuego por la boca. Menuda mujer, en serio.

—Mirad, sé que es difícil de creer, pero es la verdad —siguió explicando—. No sabe nadie cuánto he lamentado haberla dejado a su suerte, cuántos días la buscaba entre todos los niños que veía. Me preguntaba cómo sería, a quién se parecería más y si sería igual a mí. Fui presionada por mis padres a dejarla. Era estar con ellos o quedarme sola. ¿Qué queríais que hiciera?

—¿Acudir a mí, por ejemplo? Sabes que te habría acogido sin dudarlo, que os habría ayudado a las dos. Además, si mal no recuerdo, tú habías estudiado una carrera muy buena en la universidad que, de conseguir un puesto, te habría dado suficiente dinero como para criarla —la acusó mamá con menos rabias y más comprensión—. ¿Por qué no luchaste por ella?

—Porque estaba muy asustada. No sabía qué hacer y la pérdida de Austin era tan reciente que me quemaba. Sentía que todo era una broma cruel del universo que me decía que debería haberles hecho caso a mis padres. Estaba aterrada, tenía miedo de lo que ocurriría. Con Austin era todo más sencillo y, de un día para el otro, ya no lo tenía mi lado, ya no habría más sonrisas ni caricias.

Los ojos de Olivia se deshicieron en lágrimas ante nuestra atónita mirada. En el momento en el que empezó a hablar de aquel chico del que había estado enamorada en su juventud se vino abajo como un alud. Comprendí entonces que la mujer nos estaba diciendo la más pura verdad, que todo lo que sentía era cierto.

Miré a mi hermana mayor y vi cómo aguantaba el tipo, cómo permanecía entera mientras escuchaba las palabras que salían de su madre. Todavía permanecía abrazada a su tía, y pronto Olivia fue consciente de ello. Miró a ambas mujeres llena de congoja, como si tuviera ganas de unirse a aquel abrazo. Estaba totalmente destrozada y sus ganas de recuperarla eran sinceras.

—Siento... siento todo este lío. —Miró a Venus con todo el arrepentimiento del mundo—. Lo siento, pequeña, siento haberte metido en esto.

—¿Por qué eres tan mala? ¿Por qué quieres separarme de mi mamá y mis hermanos? —La pequeña se cobijó aún más en mis brazos, buscando esa seguridad que sabía que encontraría.

La mujer que tantos quebraderos de cabeza nos había dado siguió llorando, abrazándose a sí misma. Su marido la abrazó en un intento por calmarla, supuse.

—Yo... yo... no quería... —Las palabras se le quedaban atascadas en la garganta. Soltó un ruido gutural.

—¿No ves todo lo que has provocado? ¿Por qué no has esperado, como cualquier otra persona? En algún momento ella habría querido hablar contigo —volvió a acusarla mamá—. La conozco lo suficiente como para saber que en algún punto habría acudido a ti, habría accedido a mantener la charla que tú tanto ansiabas.

—No... no lo sabía.

—Te lo dije la segunda vez que viniste a mi casa. Te aseguré que con tiempo era muy seguro que Madison buscase las respuestas a esas preguntas que siempre se había hecho. No me hiciste ni caso, así que ahora asume las consecuencias de tus actos.

Maddie se abrazó a Christina con más fuerza, como si fuera su único bote salvavidas en aquel mar de problemas.

—Tía Chris, no seas tan dura. ¿Cuántas veces debe disculparse para que la creas?

Eric la miró sorprendido.

—¿No me dirás que estás creyendo lo que dice?

Madison clavó durante unos segundos los ojos en su marido, trasmitiéndole un montón de sentimientos y mensajes con solo aquella conexión. Ella le dedicó una sonrisita y él, al ver aquel gesto, se limitó a asentir levemente con la cabeza,

no muy convencido aunque confiando ciegamente en ella.

—Ten fe. Yo la tuve contigo y es la mejor decisión que he tomado en mi vida.

El juicio había terminado revuelto y nos había dejado a todos desorientados y con un mal sabor de boca. Que sin comerlo ni beberlo Olivia hubiese decidido suspenderlo me había sorprendido y, en parte, alegrado. En el fondo temía que la muy odiosa nos quitara a Venus. ¿Quién diría lo mucho que cambiarían las tornas y que ella se hubiese convertido en la buena del cuento? No me lo esperaba para nada y puede que por esa misma razón me encontrara tan confuso.

Por un lado, tenía la imagen de aquella mujer altanera y arrogante, la que solo pensaba en sí misma y no en los demás. Nos había hecho pasarlo tan mal que parecía mentira que así, de repente, toda esa fachada se derrumbara y que mostrara a otra mujer totalmente distinta; más humana y cercana, llena de sentimientos.

Maddie parecía de verdad creer en sus palabras. Había una gota de esperanza en sus ojos, como si ansiara que dentro de ella hubiese una mujer llena de cariño y arrepentimiento por un error del pasado. Para mí mi hermana siempre había sido mi referente y me fiaba de su instinto. Si ella creía de verdad que su madre biológica era buena, debía apoyarla. Por eso, di un paso al frente y rodeé a mamá con el brazo, del mismo modo que Maddie hacía. Le susurré unas palabras alentadoras antes de que mis ojos se entrelazaran con los de mi hermana. Una pequeña sonrisa se instaló en sus labios al comprender lo que estaba haciendo, que le estaba dado todo mi apoyo, que creía en ella.

—Te creo —confesé—. No me digas por qué, solo sé que algo en mi interior me dice que no estás mintiendo. Espero por tu bien que sea cierto; de lo contrario, haré de tu vida un infierno en cuanto me entere. Ya sabes que la verdad siempre sale a la luz, tarde o temprano.

—Lo comprendo.

—Bien.

Maddie se aclaró la garganta.

—Yo solo quiero dejar claro que, si bien no he llegado a perdonarte, estoy dispuesta a empezar de cero, a darte la oportunidad de conocerme, siempre y cuando prometas que jamás volverás a ser tan perra y a actuar de manera tan egoísta. Es lo único que puedo ofrecerte.

—Lo entiendo y me alegro de que me des otra oportunidad.

Christina miró a Olivia con receló, pero pronto alternó la mirada entre su sobrina y ella y, tras soltar un suspiro cansado, acabó dando su veredicto:

—Está bien. Ya eres lo suficientemente mayor como para tomar tus propias

decisiones y no soy yo quién para decirte lo que puedes y no hacer. Así que, adelante, es momento de que te reencuentres con tu madre. —Ambas, madre e hija esbozaron una gran sonrisa, aunque antes de que la primera pudiera celebrar siquiera lo que aquello significaba, mamá se volvió hacia ella y le la señaló con un dedo acusatorio, achinando al mismo tiempo los ojos—. Pero como se te ocurra hacerle daño, me encargaré personalmente de hacerte la vida imposible, ¿me entiendes?

A pesar de que Christina era más joven que ella, tragó saliva.

—Está bien.

Y dicho esto, madre e hija se unieron en un abrazo que nos conmovió a los que lo presenciamos.

Capítulo 35

Hayley

El tiempo fue pasando con rapidez y pronto llegó aquel recital de baile en el que todos los bailarines del estudio tendríamos que mostrar al público lo que habíamos ensayado durante el año. Mis padres confirmaron su asistencia aquella semana y, por suerte, pudieron viajar unos días antes para estar conmigo. Les hice una visita a la ciudad para, después, encerrarme en el estudio y pulir cada uno de los pasos de las coreografías en las que participaba.

Llegó el día y estaba de los nervios. A pesar de que no me jugaba nada, quería darlo todo, quería demostrarles a los asistentes cuánto amaba el baile y lo mucho que me encantaría dedicarme en el futuro a ello, aunque solo fuera dando clase. Porque había descubierto con mis niños que me gustaba ser maestra y me estaba planteando dedicarme a ello en el futuro. Me encantaba la idea de formar a los bailarines del mañana.

—¡Buenos días! —saludé con energía a la agradable mujer que estaba en el puesto de secretaría.

Ella me devolvió el saludo y me deseó buena suerte en el gran día.

Nuestros instructores querían que fuésemos por la mañana para terminar de poner todo a punto para el gran show de la tarde: haríamos el último ensayo y la prueba de vestuario final con los últimos retoques en la confección de los trajes. Así que allí estaba yo, con unas ganas inmensas de comerme el mundo y de ponerme a bailar como si mi vida dependiera de ello, aunque en parte sentía que

sin el baile yo no era nada.

La mañana fue un revuelo de bailarines histéricos y nerviosos, de gritos de última hora y correcciones exprés. Paris tuvo una bronca con Erika, puesto que al parecer esta última se retrasaba en la coreografía, pero al final se supo que la culpa no era del todo de mi amiga. Paris era la que en la mayor parte de la danza se adelantaba.

Me tocó ensayar aquel dueto que no ganó en el concurso de talentos universitario, otros dos más, un trío que tenía junto con Erika y Harriet, un par de solos que se me habían asignado y todos los bailes grupales en los que participaba. Fue una mañana intensa y cargada de tensión, de lloros incluso y de «No puedo» por parte de varios compañeros. El estudio de baile era uno de los más prestigiosos del país y los bailarines debían estar a la altura. Una de las muchas cosas que aprendí de Hannah Brown, mi primera instructora de baile, fue a ser profesional pese a la edad que tuviera. Aprendí desde que era una cría cuál era mi papel si quería ser en el futuro una estrella. Por eso, en situaciones extremas los bloqueos no me jugaban malas pasadas, ya no. Recordaba una vez en la que tuve una semana demasiado estresante y, a raíz de eso, olvidé mi parte en un dueto. De aquello saqué la enseñanza de que debía dejar mis problemas personales fuera de la academia, que una vez que entrara solo existíamos el baile y yo.

Almorcé con mis amigos en la cafetería y a la vuelta todo se volvió un caos. Los camerinos femeninos estaban llenos de puros nervios. Las chicas se movían de un lado para el otro murmurando que no serían capaces de aguantar la presión. Mientras, otras repasaban en una esquina o se preparaban. Yo fui de las últimas. Junto a Harriet, Erika y Autumn, empecé a ponerme el primer traje que necesitaría para el número en el que saldría: un baile grupal de estilo contemporáneo.

—¿No estás emocionada por el espectáculo? —me preguntó Autumn mientras yo salía de los vestuarios dentro de aquel vestido color vino pegado a mi piel. Me gustaba que la falda fuera pomposa, como un tutú de ballet.

—Lo estoy —estuve de acuerdo con una sonrisa.

Empecé a aplicarme el maquillaje que necesitaba para ese número y cuando me puse el pintalabios en tonos burdeos, empecé a peinarme. En cuanto estuve lista, fui hacia una esquina a estirar y repasar en silencio. Pronto, el grupo estábamos allí, haciendo los últimos cambios o, en su defecto, retocándonos las unas a las otras.

Alguien llamó a la puerta con energía y nos pidió con amabilidad que saliéramos. Era nuestro turno. Mientras veía al grupo infantil, aproveché para

hacer mi ritual, ese que si no hacía pensaba que me daría muy mala suerte.

—A continuación, démosles una calurosa bienvenida al grupo sénior de la modalidad avanzada, quienes bailarán una pieza contemporánea llamada *Rainbow* —nos presentó el agradable sujeto que habían contratado para la ocasión.

Nos situamos en el centro envueltos en una calurosa oleada de aplausos y, cuando los primeros acordes sonaron por los altavoces, empezamos a movernos al son de la música. La coreografía era bastante compleja y tenía varias elevaciones en las que un par de compañeras éramos alzadas en el aire y, por tanto, la confianza en las otras era fundamental. La habíamos ensayado desde casi el principio del año y, si bien al comienzo fue desastrosa, sobre el escenario se tuvo que ver brillante; lo supuse por la cantidad de aplausos que recibimos del público. En un segundo vislumbré la cabellera pelirroja de mamá y fui consciente de cómo mi familia me miraba con orgullo.

Al salir de escena, sentía el corazón bombeante y la adrenalina recorriéndome cada vena del cuerpo. Primera ronda superada.

Así, la tarde se fue pasando entre baile y baile. En un momento podía estar haciendo un solo cuando de repente hacía un dueto o un baile grupal. Pronto, mucho más de lo que me habría gustado, me encontraba saliendo de escena tras mi último número del día. Me abracé a Erika, quien había salido solo un número antes que yo de hacer el dueto con Paris, ese que les había quedado impresionante.

—Has estado espectacular.

—Tú también.

Era consciente de lo ruborizadas que se veían sus mejillas, aunque las mías deberían de verse igual, entre la emoción y toda esa adrenalina recorriendo cada poro de mi piel.

Nos cambiamos para el saludo final y cuando llegó mi turno, salí y fui recibida con un montón de aplausos. Kevin salió después, y aprovechó para abrazarme y besarme en cuanto se puso a mi lado. La última que salió fue Hazel, la dueña del estudio de baile, y les agradeció a todos los presentes que hubieran venido.

—Espero que os haya gustado el espectáculo y que el trabajo que mis alumnos hacen a diario se note en cada una de las coreografías —concluyó.

En definitiva, había sido un gran momento y me lo había pasado en grande bailando ante un público que sabía que no iba a juzgar si los pies no estaban bien estirados o si la técnica no estaba pulida del todo.

***

Poco después llegó el día en el que se daba el show benéfico. Kevin, Maya, Owen y Michi fueron a apoyarme y a ayudarme a prepararme. El vestido doble fue sencillo de poner —mucho más de lo que me figuraba al principio—, pero tardé más de una hora en colocarme los miles de cristales con forma de copo de nieve en mis brazos, piernas y cabello; por no hablar de que tuve que tintarme el pelo de un rubio más blanquecino para parecerme a mi personaje, con ese tinte que se iba con el lavado.

—Guau, ¡estás impresionante! —bramó Maya en cuanto terminé de hacerme la trenza y ponerme esos cristales engorrosos.

Sonreí, totalmente cohibida.

—Si es que ya decía yo que el papel de Elsa te venía como anillo al dedo. —Mi chico no podía apartar la mirada de mí. Es más, recorría mi cuerpo de arriba abajo como si no reconociera a la mujer que tenía delante de sus narices.

Fui a una esquina de la sala en la que estábamos para empezar el calentamiento antes de ponernos rumbo al hospital en el que haríamos el show. Si todo salía bien, me había comentado Hazel que el año siguiente tendría un papel fijo. Y es que un salón de belleza profesional se había encargado de cada uno de los bailarines, todos los gastos pagados. Era increíble, alucinante.

Comencé a hacer mis ejercicios mientras escuchaba la música de las tres canciones que me tocarían bailar. Si bien hice más un ejercicio mental que físico, sentí que estaba lista para asombrar a esos niños que por circunstancias de la vida les había tocado sobrellevar una situación tan dura.

No sé en qué momento pasó, pero pronto sentí que tenía a una persona a mi lado y al abrir los ojos me encontré con aquel mar de chocolate derretido y esa sonrisa genuina que tan enamorada me tenía.

—Vas a hacerlo fenomenal. —Toqueteó el vuelo de mi vestido maravillado—. Todavía no me creo que vayas a convertirte por un momento en toda una reina.

—Siento una mezcla de nervios y emoción. Tengo ganas de llegar al hospital y darles una alegría a esos críos.

Kevin esbozó una amplia sonrisa.

—Lo harás. Los vas a dejar flipados. —Se acercó unos pasos más diciéndolo todo con la mirada—. Te van a querer mogollón, tanto como yo.

Enroscó sus manos en mi cuello y acortó la poca distancia que nos separaba. Sus labios se movieron al son de los míos, sin prisa pero sin pausa y, por unos segundos, me permití abandonarme al momento. Sus dedos toquetearon la punta

de la trenza y los míos tiraron con sensualidad de las hebras rubias de su cabello. Sus labios en los míos me estaban volviendo loca.

Un carraspeo nos hizo separarnos.

—Disculpad el momento morreo, pero Hayley tiene que terminar de retocarse el maquillaje —soltó con todo su desparpajo Michaela y, sin dejarme tiempo a responder, me arrastró para que una de las maquilladoras terminara conmigo.

***

El show era mucho más grande de lo que me esperaba. Había efectos de humo, nieve y luces, muchos actores y estaba segura de que, si el espacio hubiese sido otro, habría habido carrozas como en los desfiles navideños. Todo estaba listo para que hiciésemos la gran entrada. Me situé junto a la compañera que hacía de Anna y al instante me incluyó en la conversación que estaba manteniendo con los bailarines que hacían de Olaf y Kristoff. Por el rabillo del ojo vi cómo mis amigos se lo pasaban en grande, vestidos de duendes mágicos repartirían caramelos a los niños.

—Bien, chicos —nos dijo Axel, el director de todo el show. Nos reunimos en torno a él a modo de piña para escucharle—. Este es el momento. En cuanto entréis por esa puerta dejaréis de ser vosotros mismos y os convertiréis en los personajes que os he asignado, ¿me habéis entendido? El objetivo de hoy es hacer feliz a esos pobres niños, que por un momento olviden todo lo malo y vuelvan a creer en los finales felices.

—Ajá.

—En ese caso, ¡qué comience el espectáculo!

Desde el segundo en el que puse los pies en el edificio dejé de ser Hayley para convertirme en Elsa, aquella reina fuerte e independiente con poderes mágicos. Nos dirigieron al ala infantil. Por el camino, algún que otro médico o enfermero sonreía al vernos y nos decía que *Disneyworld* había tenido una fuga de personajes.

—¡Mirad quiénes han venido a saludaros, chicos! —bramó una de las jefas del ala, la que se había coordinado con Axel para llevar a cabo aquel gran montaje.

—¡Qué pasada!

—¿Son de verdad?

—¡Aladdín!

—¡Qué de princesas *Disney*! De mayor quiero ser una de ellas.

Los críos cuchicheaban entre ellos mientras avanzábamos sonriendo. Había niños de todas las edades y con enfermedades y dolencias variadas. Una de ellas, al verme, empezó a gritar y apretó con más fuerza su muñeca de Elsa. Se me acercó con paso tímido, pero determinante.

—¿Eres la verdadera Elsa? —me preguntó alzando el mentón. Llevaba un gorro de lana para que la cabeza no se le enfriara. Sentí cómo mi corazón se me estrujaba en el pecho al pensar en la suerte que había tenido en la vida.

Me puse a su altura, arrodillándome en el suelo.

—Por supuesto. He viajado desde Arendelle junto a mi hermana y mis amigos solo para haceros una visita. Un pajarito me ha dicho que aquí necesitabais un poquito de magia, ¿no es así? Cuéntame, pequeña, ¿cómo te llamas?

La niña, de no más de seis años, esbozó una gran sonrisa que dejaba al descubierto sus pequeños dientes. Uno de ellos se le había caído hacía nada, puesto que aún tenía el agujero. Se giró por un momento hacia su madre y me señaló. Susurró un «Es Elsa, la de verdad» la mar de contenta y solo por eso sentí que todo había merecido la pena.

—Me llamo Melanie y mami dice que pronto saldré de aquí y podré volver a jugar con mis amigas en el parque.

Se me llenaron los ojos de lágrimas. Era un deseo tan simple y para muchos niños casi imposible de conseguir. Si es que la vida a veces era injusta y se cebaba con los más pequeños, aquellos que no tenían la culpa de nada. Solo esperaba que aquella niña pudiera pronto salir del hospital y llevar una vida como la de cualquier crío. No me imaginaba lo deprimente que podría ser la vida dentro del hospital, por muy normal que intentaran hacérselo ver.

—Encantada, Melanie. Mis amigos y yo hemos venido para pasar el día con vosotros y daros una pequeña sorpresa. Alguien nos ha dicho que necesitabais que os animáramos.

Ella movió la cabeza en señal de afirmación.

—Es que aquí me aburro mucho. Mami y papi apenas me dejan moverme de mi cuarto y es un rollo. No me voy a romper si voy a la sala común a ver la tele o a jugar con mi amiga.

Ay, pobre niñita.

—Hoy no haremos eso. Tenemos planeado una gran sorpresa para la tarde. —Le guiñé un ojo, sonriéndole—. ¿Vienes con nosotros a saludar?

Soltó un gritito infantil lleno de ilusión.

—Sí, sí, ¡sí! —Se volvió hacia donde estaba su madre, la que no la perdía de vista ni una sola vez, y le preguntó—: ¿Puedo ir con ella? Por favor —suplicó juntando las manos y haciendo lo que yo creía que era un puchero.

La madre no opuso mucha resistencia. Sus rasgos cansados se iluminaron con una pequeña sonrisa, similar a la de su hija, y le dio permiso.

—Claro que puedes ir. Pórtate bien y no te olvides de pasártelo bien.

—¡Yupi!

La pequeña me agarró la mano y juntas volvimos con el grupo. Ya casi todos los que nos veían se acercaban curiosos y se unían a nosotros. Fue un desfile inicial perfecto y me lo pasé pipa hablando con los niños. Terminamos en la sala común y allí nos dividieron por habitaciones para visitar a aquellos que por una razón u otra no podían moverse de la cama. Fue duro entrar en muchas de ellas: había niños pequeños y no tan pequeños con enfermedades inimaginables e incluso cuya existencia desconocía. No obstante, ver cómo sus pequeños rostros se llenaban de felicidad al verme entrar fue el mejor regalo que me habían dado e hizo que la experiencia fuera aún más enriquecedora. Hablar con ellos y que me contaran su experiencia me hizo ver lo fuertes que eran y las ganas de vivir que tenían.

Llegó la tarde y, con ello, el momento del show. Mientras cada bailarín salía al escenario, el resto los observaba desde el *backstage*. En el instante en el que Ana salió a escena, empecé a ponerme un poquitín nerviosa, aunque lo que sentía no se comparaba al torrente que me recorrió cuando subí a escena a darlo todo. La primera canción fue sobre ruedas y la segunda igual. Me movía al son de la música, haciendo el conteo en mi cabeza y actuando como la mismísima reina del hielo. Sin embargo, cuando llegó *Show Yourself,* tuve miedo de echar todo el trabajo por tierra si no conseguía hacer bien la parte del cambio del vestuario.

Hice el comienzo bien, estiré las piernas como debía y sonreí en los momentos indicados. Puse todo mi empeño en la técnica y en aquellos pasos básicos a los que no siempre se les pone atención. Hice los giros a la perfección, el ejercicio del *escorpión* dejó a los críos asombrados y las piruetas fueron asombrosas. Llegó el momento del cambio en medio de un giro realmente complicado. Empecé a rotar sobre mi eje y en un momento dado toqué la parte de la tela indicada para que el vestido se transformara por completo en una copia exacta del que Elsa llevaba en la película, soltándome al mismo tiempo la trenza. En el segundo en el que vi que todo marchaba bien, me permití relajarme y disfrutar de lo que quedaba de baile. Así, poco a poco, me vi en la pose final, respirando agitadamente, pero sonriendo al mismo tiempo.

Las personas que estaban en la sala me aplaudieron con fuerza y, tras hacer

una reverencia, salí de allí sin perder la sonrisa. La primera persona que me recibió fue Kevin, quien me echó los brazos encima y fundió nuestros labios en un beso mucho más pasional de los habituales.

—Has estado perfecta —dijo cuando se separó de mí, aunque no me soltó.

—¿Tú crees?

—Claro que sí. Me ha gustado todo, pero para mí la mejor parte ha sido cuando te has cambiado en medio del baile. Parecía pura magia y por unos instantes creía que estaba viendo la película de nuevo.

Kevin era todo un zalamero. Sabía qué palabras usar para provocar en mí un millar de sentimientos que burbujeaban en mi interior y me recorrían entera como una corriente cálida y dulce.

Tras la última coreografía, nos despedimos en el pequeño escenario improvisado que habían montado y volvimos a reunirnos con los niños. La misma niñita del comienzo se me acercó de nuevo, con los ojos brillantes por la emoción.

—De mayor quiero ser como tú. Ya le he dicho a mi mami que cuando me cure quiero aprender a bailar. ¿Cómo has hecho esos pasos tan difíciles? Yo no puedo subir tanto la pierna. —Y para demostrarme que estaba siendo sincera, hizo un intento muy cómico de un *heel strech*.

La experiencia fue tan enriquecedora que incluso estuve más de una hora charlando con los familiares de los niños. La madre de Melanie, la pequeña que se había mostrado interesada en el baile, me preguntó dónde podría apuntar a su hija a baile, ya que cuando superara la leucemia quería que la niña aprendiera si era eso lo que le gustaba.

—Podría enseñarme ella. Es muy buena —propuso.

La idea de enseñar cada vez la veía más tentadora. Crear coreografías me gustaba muchísimo y de verdad me estaba planteando dedicarme a la enseñanza o abrir mi propio estudio de baile en el futuro. Me encantaría formar a los bailarines y enseñarles todo lo que tenía que mostrarles, desde simples trucos hasta las coreografías más complejas que bullían en mi mente y que tenía apuntadas en unos cuantos cuadernos.

—Creo que ella tiene otros planes.

—La verdad es que doy clases de baile en un colegio. Me gusta la enseñanza y, quién sabe, a lo mejor en el futuro me decanto por montar mi propia academia.

La cría agrandó los ojos tan bonitos que tenía.

—Ay, sí. ¡Qué pasada!

A las nueve abandonamos el edificio. Mientras mis compañeros charlaban

entre sí sobre lo bien que se lo habían pasado, yo no podía quitarme de la cabeza la conversación que había mantenido con la madre de aquella niñita. Mi interior gritaba por convertirme en una coreógrafa de renombre y enseñar a la generación del futuro.

***

Lo más duro de montar el espectáculo anual de baile del Collage Saint Angel no fue mantener a los padres a raya ni calcular el espacio. Tampoco el tener todo bajo control o buscar un presentador que cubriera el evento. Para mí lo más difícil fue toda la preparación anterior y los minutos antes de que cada niño saliera a escena.

Todo era un caos. Las madres no sabían qué hacer y la gran mayoría no se ayudaban entre sí; no se comportaban como un equipo.

—Andrea, necesito que me pases el coletero que está en el tocador de Dana —le pedí a la madre de Gia, una de las niñas a las que le daba clases.

—Eh, ese coletero es de mi hija —se quejó esta.

Puse los ojos en blanco. Ya estábamos de nuevo. No entendía cómo Nathaly había podido aguantarlas, cómo lidiaba con ellas cuando estaba clarísimo que no eran capaces de colaborar.

Mientras enrollaba el pelo de Dana para hacerle el moño porque su madre era incapaz de hacer algo decente, la fulminé con la mirada.

—Mirad, todas somos un equipo. Si queréis que uno de vuestros hijos obtenga una beca, tenéis que trabajar juntas. Esto no es una competición, es un maldito recital, ¿entendéis? No vais a conseguir nada con esa actitud y es una pena; tenéis unos hijos talentosos y con un futuro brillante en la danza. Así que más os vale dejaros de tonterías y empezar a llevaros bien —solté con firmeza. Me daba igual que aquellas mujeres me sacaran más años e incluso me doblaran la edad. Debía poner fin a la actitud negativa que veía.

Se hizo un silencio sepulcral en la habitación que nos había cedido el centro para preparar a los críos. Todas las mujeres se miraron entre sí, evaluándose quizás. Ninguna de ellas pareció querer dar el primer paso.

—Cuando queráis que vuestros hijos brillen, llamadme. Yo no estoy para comportamientos infantiles, que ni siquiera los niños se portan así.

Hice amago de irme, oyendo las quejas de mis alumnos, pero las madres

enseguida me detuvieron.

—Está bien —dijeron ellas.

—Aquí tienes el coletero —soltó a regañadientes Andrea.

Sonreí con satisfacción. Así me gustaba.

Prepararlos para el espectáculo fue una auténtica locura. Por suerte, había traído a Maya y a Kevin para que me ayudaran, dos expertos. La mano artística de mi mejor amiga también se reflejaba a la hora de aplicar el maquillaje y Kevin desde bien pequeño nos había ayudado a mis compañeras y a mí a prepararnos.

—Venga, vamos, Carter. Sales en dos minutos —lo apremié mientras salía casi a todo correr junto a Maya, y Michaela se comía el escenario distrayendo al público con su carisma. Entre niño y niño hacía un pequeño monólogo para ganar tiempo.

—Dana, Gia. Sois las siguientes. Quiero que el dúo salga perfecto y le demostréis a Hazel que merecéis la beca.

Las dos niñas se reunieron en torno a mí y asintieron al mismo tiempo que escuchaban mis instrucciones. Revisé una última vez el baile y, cuando las vi listas, Maya las llevó al escenario.

La tarde se pasó así, entre niños yendo y viniendo y arreglos. Hice moños, trenzas, ayudé con el vestuario y el maquillaje. Cada niño dio su máximo y cuando ya todos salieron a saludar sonriendo de alegría por el trabajo que habían hecho, los aplaudí desde el *backstage.* Al volver, los abracé con fuerza.

—¡Bien hecho, equipo! Así me gusta. Carter, esos saltos han sido la leche. Holly, muy buenos giros. Gia, te has convertido en un monstruo del baile, nena. Dana, muy buena técnica; ese *needle* ha sido espectacular. Alexa, eres la niña de goma. Se han quedado prendados de ti.

—Muchas gracias por ayudarnos, señorita Woods —corearon los cinco críos abrazados a mí.

Volvimos a los vestuarios improvisados envueltos en una burbuja lúdica. Los niños se chinchaban entre ellos, haciendo bromas y juegos. No obstante, al llegar la presencia de Hazel nos hizo volver al mundo real. Sentí la tensión de cada niño y cada madre, el deseo silencioso de que les dieran esa ansiada beca para poder bailar en un buen estudio.

—Muy buen trabajo, niños —los felicitó ella, esbozando una cálida sonrisa. Si bien al principio Hazel podía parecer una mujer muy seria, con el tiempo había aprendido que bajo aquella apariencia se escondía una mujer increíblemente agradable. Sus ojos marrones se clavaron en mí y por un momento temí por mi vida—. Cuando dijiste que estaban preparados para entrar en la compañía, no

pensé que hablaras en serio. La última vez que los vi, el año pasado, veía una gran falta de trabajo. Pero ahora veo en cada uno de ellos un buen bailarín. Por ello, me complace el honor de entregarles a cada uno una beca completa para formar parte del *Grace Dance Studio.*

De un segundo a otro los críos pasaron de estar hiperserios a contentísimos. Soltaron gritos de júbilo y corrieron para abrazarla. Las mujeres sonreían con lágrimas en los ojos. Aquello era lo que habían estado trabajando durante un año entero y por fin se había cumplido su mayor deseo.

—¡Muchas gracias, señora Williams! —le agradecieron.

—No es a mí a quién le tenéis que agradecer. La que ha hecho todo el trabajo es Hayley, no yo. —Me miró esbozando una amplia sonrisa—. Están más que listos para formar parte del grupo infantil de competiciones del estudio.

—Es que Hayley es muy buena.

—Nos ayuda mucho a mejorar y corrige siempre que ve algún fallo.

—Y a veces nos deja jugar un poquito al final de la clase, pero solo un poco. —Gia, la pequeña del grupo, mostró con sus dedos un pequeño espacio para darle más énfasis a sus palabras.

Hazel estaba encantada con las palabras de mis alumnos.

—Es interesante oír eso.

—¿Podría darnos clase el año que viene? Por favor —suplicó Carter juntando las manos a modo de súplica.

—¡Sí! Es muy maja y aprendemos mucho con ella —corroboró Holly, a su lado.

Hazel parecía alegrarse de la reacción de los críos, puesto que sus rasgos se iluminaron con una gran sonrisa. Los observó uno a uno hasta llegar a mí y os juro que su sonrisa se amplió.

—¿Podría hablar contigo en privado, Hayley?

Tragué saliva. A pesar de toda la emoción vivida, de su gesto y de todo lo ocurrido, me puse nerviosa al pesar en lo que querría que decirme.

Ambas salimos al pasillo. Me crucé de brazos en un intento por ocultar mi nerviosismo, el ligero temblor de mis manos. La directora del estudio, la muy condenada, permaneció callada un buen rato, un tiempo en el que los nervios empezaron a carcomerme por dentro. Sin embargo, cuando abrió la boca, sus palabras me dejaron en el sitio.

—Estoy muy satisfecha con tu trabajo. Estos niños han pasado de ser del montón a que vea en ellos ese trabajo que les faltaba. Quiero tenerte en mi cuerpo de profesores y que les des clase no solo una hora. He visto un par de coreografías que no son de Nathaly.

—¿Cómo...?

Estaba sorprendida de que se hubiese dado cuenta de que les había enseñado un par de bailes más de los que mi compañera me había pasado.

Hazel me colocó una mano en el hombro.

—¿Que cómo lo sé? —Los ojos le brillaban con fuerza—. Tienes un estilo único y muy diferente al de ella. Te quiero en mi equipo. Sé que te gusta enseñar y, por lo que he visto, se te da muy bien. Los críos te adoran, incluso ese chiquillo no deja de mirarte con admiración. Que un maestro se gane tal respeto es muy difícil, más en el mundo del baile.

—Pero ¿y la beca que me ha ofrecido el señor Witman?

Todavía no había decidido qué hacer al respecto. Me gustaba la idea de asistir a ese cursillo intensivo, pero, por el otro lado, amaba coreografiar. No me veía en el futuro sin hacerlo, ya no.

—Podrás hacer ambas cosas, aunque perderás horas de aprendizaje. Mira, Hayley, sé que esto de ser profesora es lo tuyo y, por lo que veo, a ti te ha gustado. No te ofrecería un puesto en mi compañía si no supiera que estás a la altura. Sé que estás estudiando una carrera y sé que te gustaría montar tu propia revista sobre la danza, pero también tienes la opción de convertirte en una gran instructora y en el futuro, quizás, abrir tu propio estudio o escuela.

La miré de hito en hito. ¿Cómo había adivinado aquello? ¿Tan evidente era?

—Solo piénsalo.

Con esas palabras, Hazel volvió dentro de la sala a celebrar con mis alumnos que el año que viene estudiarían en una escuela de baile de verdad después de las clases. Mientras, yo me quedé allí, plantada, confusa y sin saber qué hacer.

Capítulo 36

Kevin

—¿Qué te gustaría ser de mayor?

La pregunta de Venus nos pilló desprevenidos a Hayley y a mí. Durante unos segundos nuestros ojos se conectaron, como tantas veces lo hacían, cielo y tierra, mar y barro, en armonía. Estábamos tumbados los tres en mi cama, con las piernas colgando de esta y Venus entre los dos, mis dedos acariciaban con lentitud un mechón de su cabello; no sabía en qué momento exacto había comenzado a hacerlo, aunque no me apetecía despegar mis manos de ella.

—De mayor quiero ser un gran bailarín o actor o las dos cosas. Me veo en un escenario en Broadway haciendo lo que más me gusta. Si tengo suerte, coincidiré con Maddie y juntos seremos parte de un exitazo.

—¡Qué chulada! Yo también quiero ser eso de mayor, aunque igual no es lo mío.

—Si cerraras los ojos y te imaginaras tu futuro ideal, ¿dónde estarías? —le preguntó Hayley esbozando una sonrisa y centrando ahora toda su atención en la pequeña.

Mi hermana le hizo caso y cerró los ojos. Permaneció callada durante unos segundos, sumida en su propia fantasía. Mientras, le robé un beso rápido a Hayley, cuyas mejillas empezaron a teñírsele de escarlata. Una de las cosas que más adorables me parecían de ella era cuando todo su rostro se ponía colorado por algo que yo hiciera, como cuando me presenté a su última clase con los niños

con un ramo de flores o el día en el ambos nos pusimos a bailar bajo la lluvia.

—Me gustaría ser futbolista, la mejor del país. Jugar partido tras partido y llevar a mi equipo a la victoria. —Abrió los ojos—. ¿Crees que será eso posible?

—No lo dudo ni un ápice, abejita. Serás la mejor siempre que pongas empeño, esfuerzo y mucha pasión.

—Y que te diviertas —añadió Hayley dándole un pequeño beso en la mejilla.

La niña rio la mar de contenta y, pronto, sus diminutos ojos marrones estuvieron puestos en aquella rubita que tan loco de amor me tenía.

—¿Qué quieres ser de mayor tú, HayHay?

En el momento en el que vio que sus hermanos la llamaban así, ella decidió hacer lo mismo.

Mi chica sopesó la respuesta y, mientras lo hacía, yo dejé de respirar. También quería saber qué gustaría ser en cuanto acabáramos la carrera y si su pasión seguiría ligada a la danza.

—Quiero enseñar baile, fundar mi propia escuela. También quiero bailar hasta mi último aliento.

Estaba maravillado. A lo largo de los últimos meses ella me había dado ligeras pistas, como lo cómoda que se veía enseñando a esos críos o lo a gusto que parecía cuando modificábamos una parte u otra de la coreografía del concurso. ¿Estaba sorprendido? En absoluto. Pero deseaba con todo mi ser que pudiera dentro de unos años ver su sueño hecho realidad.

—Hazel me ha ofrecido un empleo como instructora —continuó ella, provocando que saliera de mi ensimismamiento—. Todavía no le he dicho nada. Tengo mucho que pensar. Está la oferta del señor Witman, la beca y mis ganas de seguir aprendiendo. ¿Está mal pensar en querer hacer un millón de cosas?

Venus meneó la cabeza de un lado a otro, en señal de negación.

—Yo a veces pienso en que podría ser policía o veterinaria o surfista o doctora o... —Mi hermana enumeró un montón de oficios cuyos nombres ni recuerdo—. A lo mejor deberías pensar qué rama es la que a ti te gusta, de entre todo. ¿Por qué solo puedo decidir una opción? ¿Por qué no puedo ser dos cosas o tres? No es justo.

Le revolví el pelo con ternura y le deposité un beso en la mejilla.

—Eso mismo hemos pensado todos, enana.

Hizo un mohín adorable, no estando del todo de acuerdo con mis palabras.

—Jopetas, vaya caquita.

La expresión que había utilizado mi hermana nos causó cierta gracia a Hayley y a mí, puesto que, al mirarla, comprobé cómo su labio inferior temblaba. Estaba intentando no reírse, igual que yo. Me pregunté si con su edad yo también

habría dicho expresiones tan monas al no poder decir malas palabras.

—No debes preocuparte por eso aún —intentó calmarla mi chica—. Una niña tan guapa como tú, tan talentosa e inteligente, debería centrarse en jugar, divertirse y hacer lo que le gusta. Ya llegará un momento en tu vida en el que debas centrarte en qué quieres ser. Ahora solo vive y disfruta de la libertad, porque en unos años todo se centrará en torno a los estudios.

Venus la escuchaba con atención, bebiendo de sus palabras. Y es que mi hermana pequeña la adoraba. Sin apenas hacer esfuerzo, Hayley había conseguido cautivarla con esa personalidad tan activa que tenía.

—¿En serio crees que soy lista? Si este año me ha costado mucho seguir el ritmo de la clase. No me extrañaría nada que volviera a repetir.

Puse los ojos en blanco. Ya empezábamos de nuevo, madre de Dios. No sabía cuántas veces debía repetirle que el hecho de repetir no era malo y que no implicaba que fuera menos lista.

—¿Qué hay de malo en eso? Yo repetí mi último curso de instituto y aquí estoy. ¿Soy tonta por ello?

La niña agrandó los ojos.

—¡Pero si sabes muchas cosas! No puede ser. Me estás mintiendo.

Ella le revolvió el cabello a mi hermana con cariño, esbozando al mismo tiempo una sonrisa de culpabilidad.

—Siempre he tenido problemas de aprendizaje. Me costaba atender en clase y eso me pasó factura en mi último año de instituto. Qué se le va a hacer. —Se encogió de hombros.

—Entonces, ¿crees que de mayor podré estudiar lo que sea? —preguntó al mismo tiempo que se incorporaba, girando su cuerpo hacia la rubia. Mi chica hizo lo mismo y la acomodó entre sus piernas. Le pasó una mano por el pelo, acariciando su rostro.

—Serás lo que quieras ser. No hay nada ni nadie que pueda impedírtelo. Si lo tuyo es el fútbol, invierte cada segundo del día en ello. Si, en cambio, prefieres convertirte en inspectora, estudia mucho. Cada oficio requiere su sacrificio, pequeña; aunque si de verdad te gusta, este dejará de ser un trabajo para ti.

—¿Y si quiero ser repartidora?

Hayley le dio un beso en la frente.

—Haz lo que de verdad te haga feliz.

La niña movió la cabeza en señal de afirmación.

—Lo haré. —Se abrazó a ella—. Gracias. Eres la mejor.

***

Mamá llegó una hora después. Tras ducharse, la ayudé en la cocina.

—Hoy no vendrá Maddie a cenar—dijo al ver que empezaba a preparar una buena ración.

La observé. Parecía triste por no ver a su sobrina. La entendía. Tras el estreno de su obra en Broadway la semana anterior, no había tenido ni un solo respiro. No veáis lo grande que se vio en escena, en su salsa. Lo mejor de todo fue que pudo compartir el escenario con dos compañeros del estudio de Hannah: Sarah y Wyatt. Estaba tan orgulloso de ella que no dejé de aplaudir al final, por no decir del gran ramo de flores que le regalé. Había estado fabulosa, brillante como toda estrella. Lo mejor de todo habían sido, además, las buenas críticas que había tenido, alabándola y haciendo hincapié en lo buena que había sido su interpretación vocal.

—No te pongas triste. Maddie está triunfando como debería de haberlo hecho ya.

Una sonrisa se fue formando en sus labios.

—Lo sé. Solo me cuesta asimilar todo esto. Pero no es porque esté ocupada por lo que no va a venir. Al parecer, le ha prometido a Olivia que cenaría con ella —masculló haciendo una mueca muy parecida a las que uno pone cuando chupa un limón, agria.

Olivia. Claro, cómo no. Desde que mi hermana había decidido darle una segunda oportunidad, entre ellas dos las cosas estaban más tensas. A mamá le costaba perdonarla, todavía más aceptar que su sobrina estaba intentando arreglar las cosas con su madre biológica. Que Olivia no se la hubiese dejado a cargo era una herida que tardaría en sanar, pero sabía que con el tiempo lo haría. Por lo que había podido observar, ellas dos tenían mucho en común, más de lo que había esperado, sorprendentemente. Compartían gustos gastronómicos, musicales e incluso de moda, si bien la primera vestía ropas más caras.

Dejé lo que estaba haciendo para abrazarla. Sabía que me necesitaba, porque, aunque no lo pidiera, Christina también deseaba ser querida.

—Estará bien. Deja que disfrute y viva estos momentos con ella. Ya sé que te cuesta compartirla, pero es algo que debes hacer.

Ella echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en mi pecho.

—Lo sé. Me costará, no me cabe la menor duda, pero he de dejarla si quiero que sea feliz.

***

Tras la cena y tras acostar a Venus, mamá, Hayley y yo nos quedamos un rato despiertos. Charlamos animadamente sobre cualquier tema al mismo tiempo que bebíamos un poco de vino, hasta que mamá se levantó y dejó su copa en el lavavajillas.

—Me voy a la cama, que he tenido un día de locos. Hayley, estás en tu casa. Si veis que se os hace tarde, puedes quedarte a dormir en el sofá cama. Kevin sabe cómo montarlo.

Nos dio un beso de buenas noches a cada uno, frotó su nariz contra la mía y se marchó a su cuarto. Mi chica me miraba con una sonrisita endiablada tatuada en su boca, aunque no hizo comentario alguno sobre la manera que tenía mamá de decirme «Te quiero».

Permanecimos en silencio bastante rato, tomando pequeños sorbos a nuestras copas casi vacías cada poco. Su cuerpo recostado en el mío sobre el sofá, su cabello enredándose con el mío y su respiración tranquila se habían convertido en mi mayor paraíso y ya no me veía en el futuro sin momentos como aquel.

—¿Has pensado ya que vas a hacer con la oferta del señor Witman? —preguntó de repente.

Claro que lo había pensado y requetepensado. Levanté la mirada para entrelazarla con la de ella. Estaba seria y parecía que su cabeza le daba mil y una vueltas a lo que nos había ofrecido ese hombre tan pintoresco. Una beca y una oferta de trabajo no se daban todos los días; era una oportunidad de oro.

—Quiero aceptarla. Me gusta estar sobre el escenario y brillar. Me siento vivo, en mi mundo. No me veo en el futuro haciendo otra cosa que no sea bailar o actuar.

Inclinó la cabeza a un lado, movimiento que siempre hacía cuando los engranajes de su cabeza giraban a la velocidad de la luz. Se pasó una mano por la cola de caballo que llevaba y jugueteó con nerviosismo con sus dedos, retorciéndolos inconscientemente.

—Ajá.

La acerqué más a mí y le di un beso en la coronilla.

—¿Qué vas a hacer tú?

Hayley soltó un suspiro cansado, como si aquella pregunta se la hubiera repetido en un millar de ocasiones.

—Pues, la verdad, no lo sé —confesó en un hilillo de voz, como si temiera que me pudiera enfadar por lo que anhelaba—. La oferta es tentadora, sí, y solo

un tonto la rechazaría... Pero, por el otro lado, me gustaría crear mis propias coreografías y que otros bailarines las tomaran, bien para concursos bien para espectáculos. Es algo que siempre me ha gustado, desde que era una cría y nuestros maestros nos dejaban improvisar o montar nuestro propio baile. —Se llevó las manos a la cabeza y resopló—. Puf, no sé qué narices hacer. Estoy tan confusa. ¡Es que me gustan las dos! ¿Es malo que me guste bailar, pero también enseñar?

—No lo es. Si cerraras los ojos, ¿qué es lo que verías? ¿Estarías sobre el escenario o creando nuevas rutinas?

—Estaría... estaría...

Cerró los ojos y permaneció un buen rato en silencio. Mientras tanto, le acaricié la frente con ternura, esperando su respuesta. Para mí era importante lo que quisiera hacer. En el mundillo del baile había opciones de cara al futuro: podías actuar en Broadway, hacer una audición para un buen estudio de baile, salir en películas o series...

—Veo a una Hayley enseñando y bailando en sus ratos libres. —Una sonrisa le iluminó el rostro—. Me veo rodeada de niños que tienen ganas de aprender y mejorar, de adolescentes y adultos que desean convertirse en grandes estrellas y que necesitan mi ayuda para ver sus sueños cumplidos.

—Es muy bonito lo que quieres hacer.

Ella abrió los ojos sin perder la sonrisa.

—¿Crees que podré cumplirlo, que podré compartir mis conocimientos con otros bailarines?

La abracé con fuerza y, unos instantes después, me separé lo justo para besarla en los labios con todas mis ganas, como me estaba muriendo por hacer. Era tan irresistible y yo tan débil que sabía que haría cualquier cosa que me pidiera.

—Lo lograrás. Tienes la determinación y la pasión que se necesita para hacerlo. Confío en ti.

En aquel momento no fui consciente de lo importantes que fueron mis palabras para ella y de lo lejos que llegaría. Ninguno de los dos nos imaginábamos lo que el futuro nos tenía preparado para cada uno, lo lejos que llegaríamos si permanecíamos unidos. Porque desde el mismísimo instante en el que nos conocimos, desde ese primer baile improvisado, una pequeña parte de mi corazón se quedó con ella, al igual que sé que una parte del suyo se había ido conmigo. No solo dentro de la pista bailábamos en una sincronía perfecta, era como si estuviésemos hechos el uno para el otro. Sin apenas ser consciente al principio, la buscaba por cualquier simple excusa y poco a poco nuestra amistad

se hizo más fuerte, tanto que ni siquiera los años en los que estuvimos separados hicieron mella en ella. Ahora me daba cuenta de que junto a Hayley era mucho más fuerte y valiente y que no había nada ni nadie que pudiese pararnos.

Epílogo

Unos años después

Hayley

—Recordad que vuestros padres deben rellenar el impreso para la próxima sesión. Es imprescindible que también os acompañen para que les explique en persona todo lo relacionado con las competiciones de baile —les recordé a mis estudiantes—. Formaréis parte del equipo juvenil de la compañía y espero que entendáis la importancia que tiene. Quiero que en cada concurso deis siempre todo lo que tengáis y que impresionéis al jurado, chicos, porque sé que sois capaces de hacerlo. Confío en vosotros.

—Sí, señora Graham.

Me despedí de los niños con una sonrisa y salí de allí en busca de mi siguiente clase. Mientras recorría los pasillos del edificio de mi propiedad, observé la gran cantidad de diplomas y trofeos que adornaban sus paredes, orgullosa de haber construido y logrado mi sueño de formar mi propia academia de baile. El *HayHay Dance Studio* se había abierto paso poco a poco y se había ganado la fama que tenía a pulso. Los estudiantes graduados tenían una

probabilidad muy alta de conseguir un trabajo en Broadway y aquellos que practicaban la danza día y noche quedaban en muy buenas posiciones en los concursos.

Tras trabajar para Hazel durante más de diez años, decidí que quería que mi vida diera un giro y todavía tenía la espinita de que quería montar mi propio negocio. Fueron dos años de trabajo duro y miedo constante; miedo a fracasar, a no ser lo suficientemente buena o a no estar a la altura. Inauguré el edificio y, si bien al principio muy pocos padres apuntaban a sus hijos en mi estudio, pronto fue ganando popularidad al hacerse hueco entre los primeros puestos de las competiciones y al formar bailarines fuertes.

Y pensar que no lo habría conseguido sin el apoyo de mis seres queridos.

Llegué a mi aula cinco minutos antes de que comenzara la clase y aproveché el tiempo para prepararme para el ruedo. Me tocaba con el grupo sénior del equipo de competiciones del estudio, compuesto por seis chicas y un chico. Todos ellos habían llevado al estudio al estrellato, ya que eran tan buenos que siempre oscilaban entre el primer y segundo premio. No solo eso, mis chicos habían salido en campañas publicitarias, habían modelado para varias marcas de renombre, salido en videoclips e incluso participado en obras de teatro o series de televisión.

—Buenas tardes, señora Graham —me saludó Holly, aquella muchacha de pelo castaño que siempre traía consigo un entusiasmo y unas ganas de darlo todo que la habían llevado a ganar los Nacionales el año anterior en la categoría de adolescentes.

—Holly, ¿qué tal llevas el último año de instituto?

Ella hizo una mueca de lo más graciosa.

—Así así. Intento no bajar del ocho de media, pero me cuesta muchísimo. Este año es el más difícil y siento que la voy a cagar en el último momento.

—No debes preocuparte por eso. Sabes que siempre logras cumplir todos los objetivos que te marcas.

—Lo sé, lo sé. Pero es difícil.

El único chico del grupo salió de los vestuarios masculinos estirándose la camiseta hacia abajo, como si estuviese mal colocada cuando no era el caso. Si bien habían pasado años desde que lo había conocido, seguía luciendo adorable, aunque hubiera madurado. Holly, al verlo, se acercó a él y se tiró a sus brazos.

—Carter, por fin apareces. Estaba preocupada porque ayer no viniste y...

Él la acalló con un beso. Sí, esos dos estaban saliendo juntos desde hacía unos meses. No os mentiré, yo ya me olía algo mucho antes. Se notaba a leguas que ella estaba pillada por él y que a él ella no le era indiferente tampoco. El día en el que los vi tomados de la mano casi pegué un grito. Mi chico me tuvo que dar

cincuenta dólares —le había asegurado que había lío entre mis alumnos y él había defendido que solo se trataba de una buena relación de mejores amigos—.

Carraspeé al ver que se empezaban a poner empalagosos.

—Id estirando mientras el resto se va uniendo.

Ellos me hicieron caso y esperaron hasta que el resto del equipo llegó y estuvo listo para afrontar un día más. Durante mi hora estuve corrigiendo errores que veía en las rutinas de baile que participarían en el concurso de aquella semana. El dueto de Melanie, aquella muchacha que en su niñez padeció leucemia y que conocí en el primer espectáculo benéfico en el que participé, y Holly, se veía espectacular, aunque había un par de pasos que aún estaban muy verdes; el solo de Carter era increíble; y el baile grupal les salía fenomenal. Se notaba que llevaban trabajando juntos durante años. Estaba muy satisfecha con su trabajo.

Al terminar mi hora, los dejé en manos de Amy, una de las mejores instructoras con las que contaba. Me encerré en mi despacho para atender un par de llamadas importantes, entre ellas la confirmación de los números que asistirían al concurso *Dance Floor NY*. En cuanto me hube asegurado de que todo estaba en regla, revisé el papeleo que me quedaba antes de poder marcharme a casa. Me moría por darme un buen baño de espuma.

Mas mis planes se fueron al garete en cuanto salí al exterior. Y es que un rubiales me esperaba apoyado en un coche. Aquellos ojos color chocolate derretido no habían perdido su brillo tan característico y su sonrisa iluminó todo mi mundo, provocando que mi pobre corazón aleteara y brincara con fuerza a pesar de los años que ya llevábamos juntos.

—¿Qué haces aquí? ¿No tenías ensayo?

Kevin, mi chico, había conseguido un papel protagónico en una obra de teatro en Broadway el mes anterior. Recordaba lo nervioso que estaba por no lograrlo, el miedo al rechazo transformado en alegría pura cuando le dijeron que era el indicado para el papel. Si bien había sido rechazado en unas cuantas ocasiones, aquellos «no» le sirvieron para no rendirse hasta que las respuestas negativas se convirtieron en una positiva. Estaba tan orgullosa de él.

—He salido un poco antes porque quería sorprenderte. —Se acercó a mí y me dio un beso en los labios con la misma intensidad de siempre—. ¡Feliz cumpleaños, nena!

—Ay, gracias.

Tiró de mí hacia el interior del vehículo.

—Venga, vamos. He preparado una pequeña sorpresa para ti.

Se me iluminaron los ojos. Adoraba las sorpresas, sobre todo si venían de él.

—¿Qué es? ¿Qué es? —pregunté con ansiedad.

A Kevin le pareció divertida mi reacción, puesto que se carcajeó. Entramos dentro del coche y lo puso en marcha. Mientras conducía por las concurridas calles de Nueva York, tomó mi mano y entrelazó nuestros dedos como siempre hacía.

—¿A dónde me llevas? —indagué al ver que se pasaba el cruce que nos llevaría a casa.

Él esbozó una sonrisa traviesa, esa que tanto me gustaba. Apartó durante un segundo la mirada de la carretera para guiñarme un ojo y continuó conduciendo en silencio. Maldito.

—Es una sorpresa —se limitó a decir.

Hice un ruidito en señal de protesta, pero tampoco funcionó para que él soltara prenda. Al final, resignada, me pasé el resto del viaje mirando por la ventana mientras en la radio ponían música pop.

—¿Qué tal los chicos?

Su pregunta me sacó de mi propio mundo para llevarme de nuevo a la realidad.

—Bastante bien. Con lo que trabajan, no tengo dudas de que llegarán lejos. Incluso con los más pequeños noto que ya están listos para subirse a un escenario, pero no quiero precipitarme y que luego todo salga mal. Prefiero darles un año más y prepararlos mientras tanto.

—Si crees que todavía son demasiado pequeños, no le des más vueltas. Confía en tu instinto, casi siempre acierta.

—Tienes razón.

Pasados unos minutos, llegamos a nuestro destino. Kevin aparcó el coche en un *parking* subterráneo y, tras sacarle una foto a la letra y el número en el que habíamos estacionado (una vez estuvimos una hora buscando el vehículo como tontos porque no nos acordábamos de la zona en la que lo habíamos dejado), salimos al frescor de la noche.

Lo miré con intensidad a medida que recorríamos las calles llenas de vida.

—¿No me vas a decir dónde vamos?

Él solo se limitó a darme un pellizco en la nariz.

—Ten paciencia, nena. Te va a gustar.

Y vaya si me gustó la sorpresa. En el momento en el que paramos frente al mismo restaurante en el que me pidió matrimonio me quedé de piedra. Hacía un par de años que no íbamos y era toda una lástima; la comida era exquisita y los postres de ensueño, por no hablar de la decoración. Al adentrarnos comprobé que nada había cambiado y que el tema de ensueño seguía allí. Todo estaba decorado

con lujo.

—¿A qué viene esto? —Alcé una ceja de manera inquisidora.

Se encogió de hombros.

—Quería sorprenderte. Sé que es uno de tus restaurantes preferidos y que por culpa de mi carrera no he podido traerte. Me apetecía mimarte. Además, tengo una cosita que contarte.

Abrí los ojos de par en par.

—Cuenta, cuenta.

Un camarero nos tomó el pedido y tras traernos las bebidas, se fue hacia la cocina. Kevin descorchó el vino y se sirvió una copa. Cuando me fue a echar, le dije que no con un gesto. Unos segundos después, volvió a hablar:

—El director del musical me ha dicho que, si todo sale bien, es muy probable que haga una gira y, adivina, ¡quiere que vaya con él!

—¡Eso es fantástico, cariño! —lo felicité.

Durante la cena hablamos y hablamos sobre diferentes temas hasta que, completamente llenos, pagamos y nos fuimos. A mi chico se le ocurrió dar un pequeño paseo antes de volver a casa. Llegamos a un pequeño y adorable parque iluminado por la luz de las farolas, creando así una imagen de película. En un momento dado, Kevin me tomó de las manos y empezó a moverse al son de una música silenciosa. Sonriendo como la boba enamorada que era, seguí sus movimientos y así estuvimos hasta que, exhaustos, nos dejamos caer en uno de los bancos. Mi cabeza recostada en su pecho, escuchando el latido acelerado de su corazón y sus manos en mi cuerpo fueron lo mejor de la noche.

De repente, hizo un movimiento raro y me despegó de él.

—Tengo un regalo para ti.

Sacó del bolsillo de su abrigo un pequeño paquete envuelto cuidadosamente. En cuanto lo tuve en mis manos, lo desenvolví con ansiedad, con las ganas de saber qué me habría comprado a flor de piel. Bajo su divertida mirada saqué una pequeña caja de terciopelo y, al abrirla, me encontré con un colgante plateado. El dije tenía la misma forma que el logo de mi estudio de baile y solo eso me hizo llorar de la emoción.

—¡Dios, es perfecto!

Lo abracé con fuerza y le di beso tras beso, con ganas de demostrarle lo mucho que lo quería y lo importante que era en mi vida.

—Tú sí que eres perfecta.

Me abandoné al momento y dejé que me besara con ansia, con las mismas ganas que tenía yo. Pero cuando todo se tornaba demasiado intenso, frené.

—Espera, quiero darte yo también un regalo.

—¡No tenías por qué molestarte! Si es tu cumpleaños, no el mío.

—Digamos que justo se ha presentado la ocasión y he decidido aprovecharlo. ¿Estás preparado?

Me tomó las manos y me do un ligero apretón.

—Estoy listo. ¿Qué es?

Hice una mueca.

—Ese es el punto. No sabremos cómo será hasta dentro de unos ocho meses.

Su expresión fue todo un poema. Abrió la boca tanto que por un segundo pensé que la mandíbula rozaría el piso. Miró mi rostro para después posar aquellos ojos en mi barriga y volver de nuevo a subir la mirada a mis ojos.

—Oh. ¿Quieres decir que estás...?

—¿Embarazada? —terminé por él con una sonrisa dibujada en los labios y lágrimas de emoción en los ojos—. Sí, lo estoy.

No sé qué esperaba que hiciera, pero su reacción no fue lo que tenía pensado. Me cogió en brazos y dio vueltas en su sitio conmigo sobre él.

—¿Vamos a ser padres?

Me dejó en el suelo y juntó sus labios con los míos, llenos ahora de una felicidad pura y genuina. Reí cuando frotó su nariz contra la mía, de la misma manera en la que había visto que su madre hacía con sus hermanas y con él.

—Vamos a serlo, cariño —corroboré.

Se subió al banco y tiró de mí para que lo siguiera. Juntos empezamos a movernos con una coreografía inventada. Empezó a darme vueltas al son de nuestras carcajadas.

—Te quiero. Te quiero mucho.

Sabía que aquello no sería el final de nuestra historia de amor. Era solo el comienzo, el principio de otra gran aventura. Puede que hubiera momentos en los que querría arrancarle el cuello o que él quisiera estrangularme a mí, pero habría otros en los que juntos lucharíamos por todo y ante todos, en los que nos amaríamos con locura y que reiríamos y construiríamos recuerdos felices.

Mientras le seguía la corriente y bailaba a su lado, pensé en todo lo que había conseguido a su lado: los concursos que habíamos ganado, lo que había mejorado gracias a sus consejos e incluso el que me lanzara de lleno a la piscina y decidiera crear mi propia escuela. No sabía qué habría conseguido de no haber contado con su apoyo y agradecía el día en el que nuestros caminos volvieron a reencontrarse.

Era tan feliz a su lado que nada ni nadie podría vencernos, porque juntos éramos invencibles.

FIN

Agradecimientos

No me puedo creer que ya haya acabado. Tengo la sensación de que empecé a escribir esta historia hace cuatro días. Me sentía muy presionada al comienzo, ya que es la segunda parte de una novela que os ha gustado mucho y temía defraudaros. Si bien cuando empecé pasé por un pequeño bloqueo que me tuvo dos meses sin escribir, al final comprendí que no debía fijarme en el qué dirán, sino que debía volver a escribir para mí.

Ha sido un camino duro; a veces bonito y colorido, y otros lleno de incertidumbre y miedo. He sudado la gota gorda con más de una escena y me he preguntado muchas veces si la decisión de hacer a Olivia buena ha sido la correcta.

En fin. Quisiera dar las gracias en primer lugar a mis padres, a mi madrastra y a Sara, mi hermana pequeña, por el apoyo constante que me dan y por hacerme poner los pies sobre la tierra y volver del mundo imaginario en el que habito.

En segundo lugar, quiero darle las gracias a un grupo de personas que me han motivado y guiado a seguir adelante pese a las adversidades:

A María, por mostrarse siempre ilusionada y por motivarme y alentarme en todo momento. Me encantan los momentos que pasamos juntas y esos viajes que me dan más de un buen recuerdo. ¡Gracias por todo el apoyo! Eres la mejor.

A Tammy, por los consejos que me da y porque sin ella yo no habría descubierto *Wattpad* ni me habría animado a publicar jamás. ¡Gracias por ser mi guía!

A Miriam, por siempre mostrarme su apoyo, por leerse mis novelas y darme su opinión pese a que sé que no es su género preferido. Me encantan cada

quedada y cada aventura nueva que vivimos juntas. Eres ese soplo de aire fresco que necesito cuando me siento bloqueada. ¡Gracias por ser tan única y por sacar mi lado menos vergonzoso! Eres todo un brillante en bruto.

A Eneko o *Enekobitch*, por el entusiasmo que muestra cada vez que le hablo sobre cómo me va en la escritura y por la ilusión que le hace verme tan feliz con algo que sabe que me apasiona. ¡Gracias por ser esa luz que nunca se apaga! Te quiero un montón, perra.

En tercer lugar, quiero daros las gracias a vosotros, mis queridos lectores. Sin vuestros comentarios este viaje no habría sido el mismo. No sabéis cuánto me habéis motivado, cuántas sonrisas me habéis sacado y cuánto me habéis enseñado. Sois increíbles y tenéis un poder hermoso. ¡Gracias por ser parte de esta aventura! Brindemos por muchas más.

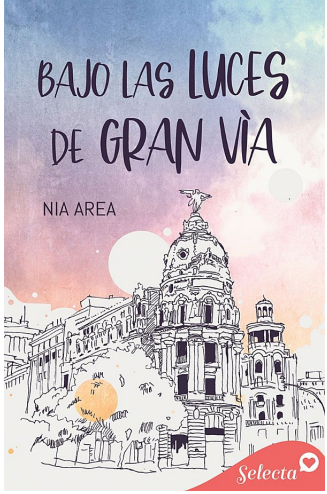
Por último, quiero agradecerle a Sia por crear tan buenas e inspiradoras canciones que me han ayudado a seguir con cada traba que me encontraba.

¡Gracias! Muchas gracias a todos por ser parte de esta locura y por formar parte de mi vida.

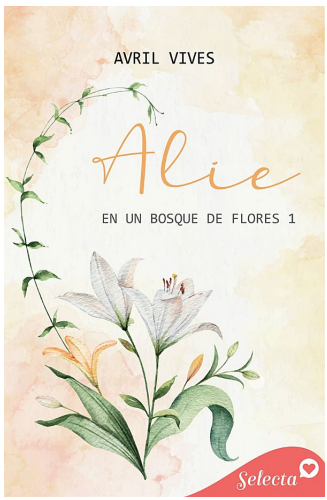
Si te ha gustado

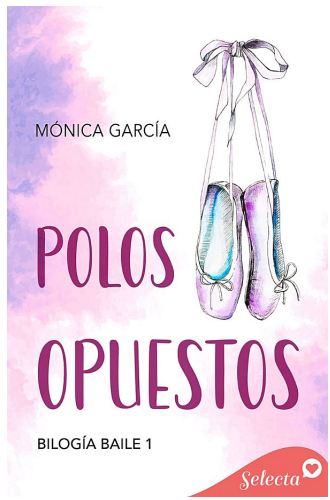
Perfecta sincronía

puedes disfrutar de estas

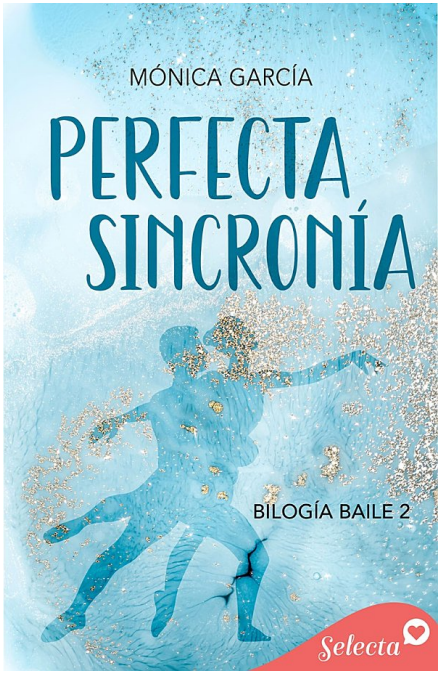

BAJO LAS LUCES DE GRAN VÍA
NIA AREA
Selecta

ANDREA D. MORALES
Bajo la luz del faro
Selecta


AVRIL VIVES
Alie
EN UN BOSQUE DE FLORES 1
Selecta


MÓNICA GARCÍA
POLOS OPUESTOS
BILOGÍA BAILE 1
Selecta

¿Pueden dos almas distintas volver a encontrarse?



Hayley Woods ha vivido toda su vida siguiendo un único objetivo: convertirse en una gran bailarina. Para ello, no le ha importado hacer sacrificios como no salir mucho con sus amigos o perderse eventos importantes. Apodada «la reina del hielo», vive su día a día en torno a la danza. Pero ¿qué pasará cuando un viejo amor se cruce en su camino?

Kevin Graham es un chico apasionado por el baile. Desde pequeño se ve bailando y actuando en los grandes escenarios de Broadway. Pero, al fracasar tras años de intentarlo, decide dejar de lado su sueño para estudiar una carrera que lo ayude a salir adelante.

Después años de estar separados Kevin y Hayley se vuelven a reencontrar y, al instante, se sienten atraídos el uno por el otro. Solo hay un problema: ella tiene una regla, no enamorarse.

Dos almas no tan diferentes y una única pasión.

Mónica García nació en Baracaldo, España, el 15 de noviembre de 1995. Estudió Educación Primaria en la Universidad de Deusto. Le gustaría poder dedicar su tiempo tanto a la enseñanza como a la escritura.

En 2013 se unió a *Wattpad*, una plataforma de escritura y lectura online gratuita. Allí ha publicado obras como *Polos Opuestos*, la trilogía *Amor Enredado, Dulce Mirada*. Actualmente se encuentra trabajando en la secuela de Polos Opuestos, la que ha nombrado *Perfecta Sincronía*. Con el tiempo la autora ha ido creciendo poco a poco hasta tener ahora más de veinte mil seguidores. *Polos Opuestos* tiene ya en dicha plataforma diez millones de visitas y la primera parte de la trilogía supera el millón. Está muy agradecida de todo el apoyo que ha recibido de sus lectores. Para ella son personas muy importantes en su día a día e intenta estar en contacto con ellas. En su tiempo libre le gusta leer, escribir, escuchar música, salir con sus amigos y practicar tiro con arco.

Puedes encontrarla en Facebook como Mónica García Saiz; en Instagram como @monica_garcia_saiz; y en Wattpad como @MnicaGarcaSaiz.

Edición en formato digital: octubre de 2021

© 2021, Mónica García
© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-18399-81-7

Composición digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta
Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

Perfecta sincronía

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6

Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19

Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo
Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela
Sobre este libro
Sobre Mónica García
Créditos